UNA AVENTURA DE
PERRY MASON



el caso del abrigo de visón

ERLE STANLEY GARDNER

El propietario de un restaurante de carne, Marty Alburg, le pide a Perry Mason y a su secretaria Della Street que oculten el abrigo de visón apolillado que se dejó la nueva camarera Dixie Dayton al marcharse apresuradamente. La policía quiere interrogar a Dixie ya que su novio es el principal sospechoso de matar a un policía.



Erle Stanley Gardner

El caso del abrigo de visón

Perry Mason - 39

ePub r1.1
Titivillus 29.12.2014

Título original: *The Case of the Moth-Eaten Mink*
Erle Stanley Gardner, 1952
Traducción: María del Refugio Contreras

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



Prólogo

La capitana Francés G. Lee, mujer de setenta años que ha dado su vida y su fortuna a la llamada Medicina Legal, al trabajo policíaco y a la investigación científica del crimen, es una personalidad tan fabulosa, que hasta las más coloridas creaciones de los escritores de novelas policíacas y de misterio resultan inferiores comparadas con ella.

Hace varios años me invitó por vez primera a asistir a unos cursos sobre investigación de homicidio, que tienen lugar bajo los auspicios de esta mujer en la Escuela de Medicina, de Harvard, en Boston.

En estos cursos me llamó la atención uno de los jóvenes profesores, el doctor Russell S. Fisher, hombre que dominaba grandemente su materia y reunía otras grandes cualidades, especialmente un estilo de suave sinceridad. Era modesto al extremo de casi eclipsarse, no obstante lo cual la tranquila confianza con que desarrollaba su trabajo, demostraba que tenía fe en sí mismo.

Yo estoy interesado en misterios, crímenes, investigación policíaca y delincuencia en general, pero sobre todo, como escritor, me interesa la gente. Me gusta tratar de clasificar a la gente y «leer caracteres».

Hay quienes dicen que es imposible «leer caracteres». Pero lo que esos escépticos pasan por alto, es que cuando un hombre establece sus relaciones de vida diaria, es hasta cierto punto tratado conforme a su carácter y valores. Es posible que el carácter de un hombre no se muestre en una forma especial de moldes; sin embargo, por su actuación, sus maneras y el tono de su voz, un observador puede decir mucho sobre ese individuo y la forma en que está acostumbrado a que lo traten aquellos que bien lo conocen.

Un hombre cuyas opiniones sean constantemente ignoradas, hará sus observaciones en forma tímida o tratando de atenuar los efectos que cree que sus palabras puedan producir, envolviéndose en unas maneras sintéticamente positivas, convencido de que no engañará a nadie.

El hombre de quien se sospecha que es un charlatán o un traidor, se mantendrá siempre a la defensiva. Otro, cuyas opiniones sean buenas pero no suficientemente buenas, continuará hablando mucho tiempo después que ya expuso su criterio, tratando de que sus ideas sean a toda costa aceptadas.

Yo he conocido personas muy hábiles en esta clase de lectura de caracteres, y para mí el estudiar esto constituye un pasatiempo. Por ello me decidí a estudiar al doctor Fisher, y cuanto más supe de él, más lo estimé.

Durante los dieciocho meses siguientes, la capitana Lee me invitó a asistir a otros dos cursos, y cada una de estas veces observé el desarrollo el trabajo del doctor Fisher con mayor placer.

Después llegó un tiempo en que el Estado de Maryland decidió reorganizar sus servicios policíacos y dejar de bromear con homicidas y asesinos, y estableció sobre sólidas bases su sistema de examen médico, que ya tenía diez años de existencia. Y para esto buscaron a un hombre que fuese ampliamente capacitado.

Yo sabía que la comisión de cinco miembros en Baltimore había decidido obtener los servicios del hombre más capacitado en estas cuestiones, y además dotaron el cargo con un elevado sueldo, que no dudaban atraería a la persona de mayor capacidad.

La capitana Lee es una especie de madrina de todas las organizaciones de policía del Estado, en la costa del Atlántico, y yo tuve la suerte de acompañarla en un viaje de inspección de esa policía, que empezó en New Hampshire, donde ella ostenta el título de capitana, siguiendo después a un Estado tras otro, hasta que llegamos a Virginia.

Las personalidades de Maryland dentro de las organizaciones de policía del Estado y la policía de la ciudad, así como en Investigación Criminal, se desbordaron en tributar honores a la capitana Lee, y yo fui incluido en esas invitaciones. Y disfruté de la hospitalidad tradicional del Sur, que me parece extraordinaria porque se funda esencialmente en la sinceridad y el reconocimiento

de que la amistad constituye la verdadera riqueza de la vida. El dinero puede ser muy de desear, pero es secundario.

Era una tarde de calor. Teníamos delante vasos con menta granizada y una cena tan eficiente y tan sin ostentación, que uno se sentía inclinado a tomarla como una cosa normal. Después, luego de haber tomado el café, la conversación se concentró en el puesto que estaba vacante, y comprendí que aquellos hombres habían aplazado el designar a quien había de ejercer el cargo de jefe de examen médico hasta que hablasen con toda sinceridad con la capitana Lee.

Esto fue como llovido del cielo. Ella empezó a pensar en voz alta, revisando cuantas personas conocía que estuvieran disponibles, y luego dijo: «Hay un hombre joven que creo que sería el más adecuado. Está en Harvard y tiene mucho porvenir. Es competente, consciente y tiene extraordinarias habilidades directivas. Su nombre es doctor Russell S. Fisher».

Después se volvió hacia mí y me dijo: «Usted lo conoce, Erle. ¿Qué le parece a usted?».

Yo concordé en breves palabras con lo que ella había dicho. Este era un asunto suyo y yo me limitaba a observar, oír y aprender.

La conversación continuó diez minutos más.

Se veía claramente que los patrocinadores de esta cuestión en Maryland la consideraban asunto de la más gran importancia y querían que todo comenzase perfectamente. En realidad, la propia reputación personal de todos ellos estaba en juego. Por eso precisaban de un hombre capaz, un hombre, que fuese realmente extraordinario.

La capitana Lee les expuso sus ideas sobre el doctor Fisher. Algunos arrugaron el entrecejo. Las recomendaciones de la capitana Lee se extendieron y progresaron, pero sin embargo era obvio que la persona y actividades del doctor Fisher iban a ser investigadas en todos los ángulos antes de nombrarlo. Y empezaron a hacer preguntas sobre él.

Durante los años que yo he actuado como abogado en los Tribunales, he aprendido a apreciar el arte de extraer informaciones decisivas con preguntas breves y pertinentes, y así eché mi silla hacia atrás, apartándome de la mesa, para disfrutar mejor de lo que estaba ocurriendo.

Había siete u ocho altas personalidades del Estado en esta comida y todos tenían mucho cerebro. Tenían cerebro bastante para trabajar juntos y coordinar entre sí los esfuerzos individuales. Durante diez o quince minutos interrogaron a la capitana Lee, en todos sentidos, sobre el doctor Fisher, en forma tan hábil, que ese interrogatorio resultaba un verdadero desafío para un ex abogado de los Tribunales como yo, que había disfrutado de una magnífica cena, que se estaba meciendo en la suave hospitalidad del Sur y que estaba escuchando a un agudo grupo de hombres tan diligentes como sea posible ver en acción.

Después, uno de esos hombres hizo una pregunta en extremo pertinente. Dijo: "Ese doctor Fisher es joven. Por lo que usted dice, capitán Lee, reconocemos que tiene suma competencia en la materia. Pero ahora supongamos que viene aquí como jefe de examen médico y surge un caso de asesinato y él tiene que comparecer ante el Tribunal, y allí es examinado y repreguntado por uno de los mejores abogados de estas tierras, el cual está quizá tratando de confundirlo, tratando de embrollar sus conclusiones y hasta de desconcertarlo y dejarlo en ridículo. Entonces, ¿el doctor Fisher es el tipo de hombre que pueda afrontar una situación semejante y conservar su dignidad, mantenerse firme en sus conocimientos y conservar su temple y dominar la situación con simplicidad, mediante su competencia y sus conocimientos?".

Yo estaba mirando al mantel esperando la respuesta de la capitana Lee, pensando para mi interior que la persona que hizo semejante pregunta había demostrado con ella que tenía una gran agudeza en la técnica del interrogatorio y la repregunta.

Hubo un silencio. Yo me preguntaba si la capitana Lee no se sentiría dudosa; la miré y vi que todos los demás estaban mirándome a mí. Por primera vez comprendí que la pregunta me había sido dirigida en mi calidad de abogado.

Me tomó de sorpresa, por lo cual lancé solamente dos palabras que expresaban concretamente mi criterio sobre el doctor Fisher. Y dije: «Diablos, sí».

Les llevó algún tiempo hacer sus averiguaciones sobre el doctor Fisher, que resultaron favorables, y le ofrecieron el cargo. El doctor Fisher aceptó, y su elección fue un gran acierto.

En los años transcurridos desde entonces, el jefe de examen

médico de Maryland tiene sus oficinas espléndidamente equipadas, y sus laboratorios, provistos de lo mejor por la ciudad de Baltimore, han sido tema de discusión en muchas reuniones. Dondequiera que se vaya dentro de los Estados Unidos, cuando se habla de Medicina Legal y la eficacia con que son comprobadas muchas muertes sin explicación, e investigados muchos homicidios y muchos hechos puestos en manos del fiscal público, uno descubre que Baltimore y Maryland figuran entre las más eminentes capitales y Estados en esta materia.

Sólo muy pocas personas se dan cuenta de la gran cantidad de asesinatos que quedan sin descubrir a causa de la ignorancia, la incompetencia o la falta de facilidades para investigar por parte de aquellos que tienen a su cargo el realizar la investigación médico-legal.

Demasiadas pocas personas se dan cuenta de cuán frecuentemente la serena eficiencia del médico forense puede ayudar a la causa de la Justicia.

Hay un caso que ilustrará mi opinión y creo les probará a los lectores la sapiencia de los dirigentes de Baltimore al buscar el mejor cerebro disponible para dirigir este campo especial de investigación.

Hace unos meses, un muchacho blanco, acompañado por tres amigos, estaba conduciendo su automóvil por las calles de Baltimore. Otro automóvil conducido por un muchacho negro se les cruzó en una esquina, cerrándoles el paso.

Esto produjo entre ellos irritación. El muchacho blanco aceleró su coche y obligó al negro a irse sobre la acera.

El negro salió por la puerta de la derecha de su auto y se quedó de pie en la acera, presto a defenderse.

El muchacho blanco salió por la portezuela de la izquierda, corrió dando la vuelta en torno a su coche y se acercó al negro.

Algunos testigos dicen que el negro golpeó con el puño al blanco y que éste se desplomó sin sentido sobre la acera. Fue llevado, rápidamente al hospital y murió seis horas después sin recobrar el conocimiento.

El muchacho negro fue detenido y acusado de homicidio. La Prensa local tomó con gran ardor el caso, y los odios raciales comenzaron a desbordarse.

Entonces, el doctor Fisher realizó la autopsia del muchacho muerto, y descubrió algo que a otro médico menos hábil le hubiera pasado inadvertido. Descubrió que la causa de la muerte había sido un aneurisma roto en esa parte del cerebro conocida con el nombre de «Circulo de Willis». No había señal alguna de que el muchacho hubiera sido golpeado. Era evidente que la ruptura del aneurisma había sido provocada, no por el golpe, sino por el aumento de la presión sanguínea debida a la irritación moral.

Así pues, el examinador médico requirió que la policía empezase a averiguar sobre aquellos que decían *haber visto* darle el golpe al fallecido.

Y entonces se produjo algo extraordinario.

Al hallarse cara a cara con el descubrimiento del examinador médico, resultó que en realidad nadie había visto darle el golpe. Lo más que los testigos decían es que estaban seguros de que había recibido un golpe el muchacho blanco, puesto que éste cayó al iniciarse la disputa.

Una minuciosa reconstrucción de la escena del crimen demostró que algunos de los testigos ni siquiera estaban situados en forma que hubiesen podido ver que el golpe había sido dado. En vista de los descubrimientos del examinador médico, quedaba probado que el muchacho blanco murió de causas naturales, probablemente provocadas por su propia furia.

Así pues, he citado un auténtico ejemplo demostrativo de las responsabilidades de un médicos forense, así como también una de las razones de que Maryland y Baltimore estén clasificadas en las máximas cumbres en esta materia, en la seguridad de que ustedes, los lectores de novelas de misterio, que, igual que yo mismo, están interesados en todas las incógnitas del crimen y la investigación de éste, encontrarán eso interesante. Y así dedico este libro a mi amigo:

RUSSELL S. FISHER, MD.

Jefe de Medicina Legal del Estado de Maryland

ERLE STANLEY GARDNER

Capítulo 1

Había sido un día duro y agitado. Perry Mason y su secretaria Della Street habían terminado de tomar una declaración. El testigo había sido astuto y evasivo, y su abogado había obstruido con objeciones técnicas, de forma que fue necesaria toda la habilidad de Perry Mason para obtener los hechos significantes.

El abogado y su secretaria entraron en el restaurante de Morris Alburg y buscaron la quietud de un reservado, con cortinas en la puerta, al fondo del salón. Della Street respiró con alivio, miró al rostro cansado de Mason y dijo:

—No sé cómo logras hacerlo. Yo me siento igual que un guiñapo.

Morris Alburg quiso él mismo servir a su distinguido cliente, y para ello alejó al camarero.

—¿Un día duro, señor Mason? —preguntó.

—Un día endiablado —confesó Mason.

—Estuvo usted todo el día en el Juzgado, me imagino.

Mason movió la cabeza afirmativamente.

—Fue un testimonio, Morris —explicó Della Street, señalando a su libro de taquigrafía—. Yo tomé las notas.

Sin entender gran cosa, Alburg lanzó una vaga exclamación y después preguntó:

—¿Les sirvo cócteles?

—Dos «Bacardís» dobles —ordenó Mason— con un poco de ginebra.

Morris transmitió el pedido al camarero y sugirió a su cliente:

—Tenemos un excelente pollo frío. Y los bistecs son fantásticos.

Y se llevó el pulgar y el índice a los labios expresando las delicias de esos platos.

Della Street rió y dijo:

—¡Está usted elegantizándose mucho, Morris! ¿De dónde sacó usted *eso*?

—¿Los bistecs?

—No, me refiero a ese ademán.

El dueño del restaurante hizo una mueca y confesó:

—Se lo vi hacer a un individuo en una escena de restaurante en una película. Y quisiera que usted viera la clase de manjares que les servía después a los clientes. Bastaba con mirarlos para ver que aquellos bistecs eran duros como suelas de zapatos.

—Entonces, déjese de ademanes —le dijo Mason—. Queremos dos bistecs gruesos, medio pasados, con gran cantidad de patatas lionesas, pan de manteca, y… —miró interrogante a Della Street.

Della asintió con la cabeza.

—Y… ajo —dijo Mason.

—Muy bien —replicó Morris—. Así serán servidos. ¡Lo mejor!

—Tiernos, jugosos y medio pasados —reiteró Mason.

—*Lo mejor* —repitió también Morris, al propio tiempo que se eclipsaba dejando caer la cortina de la puerta.

Mason le tendió su pitillera a Della Street y le acercó una cerilla. El abogado aspiró profundamente su cigarrillo y después lanzó despacio el humo, mientras cerraba a medias sus ojos.

—Si ese viejo chivo hubiera dicho la verdad en un principio, en lugar de andar dando golpes a ciegas —dijo—, hubiéramos terminado en quince minutos.

—Bien, a pesar de todo, finalmente le sacaste la verdad.

—Sí, finalmente —admitió Mason—. Era como estar intentando coger mercurio fundido con los dedos. Tú le preguntabas una cuestión, y él se escurría, giraba y se evadía con mil artimañas, tratando de cambiar el tema.

Della Street sonrió y dijo.

—¿Te das cuenta de que hubo una pregunta que le hiciste exactamente doce veces?

—No había contado las veces —dijo Mason—, pero ése era el punto culminante. Yo le había hecho la pregunta, y cada vez él trataba de desviarme por otro camino; pero yo tenía que esperar a que él terminase de hablar para hacerle entonces otra vez y otra la misma pregunta, exactamente con las mismas palabras. El intentaba constantemente nuevas tácticas para desconcertarme, y yo tenía que

asentir con atención como si estuviera aceptando lo que él decía, mientras él se inspiraba con nuevos recursos y evasivas verbales. Y entonces, cuando él acababa, yo volvía a hacerle la misma pregunta exactamente con las palabras.

El abogado paladeó estas reminiscencias.

—Pero eso fue lo que finalmente lo hizo quebrar —dijo Della Street—. Cuando se dobló al final, entonces ya lo tenías a tu merced.

Morris volvió trayendo los cócteles, que relampagueaban en sus recipientes.

Mason y su secretaria chocaron los vasos brindando y luego bebieron en silencio.

En la puerta, mientras los observaba, Morris dijo:

—Hay que ver cómo hablan ustedes con sus miradas —Y se encogió de hombros.

—El señor Mason se cansa de hablar con su voz, Morris —dijo Della Street ligeramente turbada.

—Adivino que es así y me figuro cómo hablan los abogados —replicó Morris apresuradamente, tratando de disimular el hecho de que su observación había sido un poco indiscreta.

—¿Están nuestros bistecs al fuego? —preguntó Mason.

Morris afirmó con la cabeza.

—¿Están buenos?

—*Lo mejor* —replicó Morris con un guiño. Después, haciendo un gesto que era como una silente bendición, abandonó el lugar y volvió a caer la cortina de la puerta.

Mason y Della no volvieron a ser molestados hasta que, terminados los cócteles, reapareció Morris con una bandeja en la cual había platos calientes con magníficos bistecs, patatas lionesas, tostadas de pan francés brillantes de dorada mantequilla y raspaduras de ajo.

—¿Café? —preguntó Morris.

Mason le mostró dos dedos.

Morris asintió, retiróse y regresó después con una gran cafetera, dos tazas y platillos, crema y azúcar.

Durante unos minutos estuvo atento a poner agua en los vasos y mantequilla en los platos. Parecía reacio a marcharse, y Mason miraba significativamente a su secretaria.

—No lo comprendo —dijo Mason—. El servirnos a nuestra llegada fue un gesto delicado de hospitalidad, Morris, pero el acentuarlo demasiado resulta un poco sorprendente.

—Es que tengo ciertas dificultades —dijo el dueño del restaurante con un suspiro—. Me imagino que todos tenemos dificultades. En los tiempos que corremos, nadie quiere trabajar, excepto el patrón… Pero no hagan caso. Ustedes, amigos, han venido aquí para olvidarse de sus problemas.

La cortina verde volvió a caer una vez más al marcharse Morris.

Fue cuando Mason estaba ya acabando su bistec, que Morris volvió a presentarse en la puerta.

Della Street dijo:

—¡Oh! Morris tiene un problema, jefe.

Mason levantó la mirada.

—¿En verdad no es eso una locura? —comentó Morris.

—¿Qué cosa es una locura? —preguntó Mason.

—Esa camarera que tengo… Loca, absolutamente loca.

Observándolo, Della Street dijo en broma:

—Creo que se trata de un problema legal, jefe. Mejor será que estés a la expectativa.

—Está usted en lo cierto, es un problema legal —explotó Morris —. ¿Qué haría usted con una muchacha como ésa?

—¿Cómo cuál? —preguntó Mason.

—Vino a trabajar aquí hace cinco días. Como hoy es primero de mes, voy a pagarle. Se lo digo así. Tengo el cheque ya preparado. Ella parece con toda seguridad necesitar el dinero. Y de pronto, un poco antes de que ustedes llegasen, se eclipsa.

—¿Qué quiere usted decir con que se eclipsa? —preguntó Mason.

—Pues que se largó por la puerta de atrás, y no ha vuelto.

—Quizá necesitaba tomar un poco de aire —dijo Della Street.

—Pues esa calleja de atrás —dijo Morris—, por la que se fue, no es el sitio más adecuado. Tiró el delantal en la calleja, apenas traspuso la puerta, y se marchó. Figúrense, sin sombrero, sin abrigo, y ya saben ustedes el frío que hace afuera.

—Quizá no tenía abrigo —comentó Della.

—Pues claro que tiene abrigo. Lo dejó en el ropero. En otro tiempo fue un abrigo lujoso. Pero ahora está comido por la polilla.

—¿Comido por la polilla? —preguntó sorprendido Mason—. ¿Qué clase de abrigo es?

—De la mejor clase.

—¿De qué es, Morris? —preguntó Della.

—Visón… Del mejor… Y apolillado.

—Continúe —sugirió Mason—. Diga todo cuanto tiene usted en la cabeza, Morris.

—Pues a mí —replicó Morris— este asunto no me gusta. Esta muchacha, les apuesto, a ustedes que la anda buscando la policía.

—¿Qué es lo que le hace a usted creer eso?

—El friegaplatos la observó cuando se iba por la calleja, desde la ventana. La muchacha arrojó el delantal al suelo, y luego echó a correr. Corría como el diablo… Bueno, y aquí yo con su cheque por cinco días de salario, su abrigo apolillado, el restaurante lleno de clientes, y alguno de ellos furioso hasta la locura. Yo creía que estaba atendiendo a alguna de las mesas y que todo marchaba bien. Y de pronto oí tocar el timbre… Tocar y tocar… ring, ring, ring. ¿Lo oyen ustedes?

Della asintió.

—Ese timbre —dijo Morris— es el que toca el cocinero cuando ya tiene mi plato listo para que sea servido. Y el cocinero tenía multitud de platos acumulados y que aquella muchacha le había ordenado, pero que no acudía a recoger para servirlos. Yo creía que estaba sirviendo a los clientes. Pero se había marchado. ¿Y entonces? Pues entonces la comida se enfriaba, los clientes se enfadaban y la muchacha corría huyendo como si fuera un corzo. ¿Qué clase de lío es todo eso?

—¿Y usted qué hizo? —preguntó Mason.

—Pues ordené que cada una de las otras camareras sirviese una mesa más, y yo mismo me puse a servir. Pero, ¿qué es todo esto? Trabaja cinco días y luego se escapa como una liebre.

Mason apartó los platos que tenía delante. A pesar de sí mismo, el interés se reflejaba en sus ojos.

—¿Le dijo usted que tenía un cheque para entregarle? —preguntó Mason.

—Se lo dije. Intenté dárselo hace ya media hora, pero estaba muy ocupada y dijo que lo recogería más tarde.

—Entonces es que en ese momento no pensaba marcharse —

comentó Mason.

Morris se encogió de hombros.

—Así, pues —prosiguió Mason—, cuando ella se marchó tan apresuradamente, debió de ser porque entró alguien en el restaurante que la atemorizó.

—La policía —dijo Morris—. Anda perseguida. Usted tiene que protegerme a mí.

—¿Vinieron algunos detectives aquí? —preguntó Mason.

—No lo creo así… Lo que creo es que simplemente se largó.

Mason dijo:

—Me gustaría echarle una ojeada a ese abrigo, Morris.

—Ese abrigo —replicó Morris— es lo que más me está fastidiando. ¿Qué voy a hacer yo con semejante abrigo? El dinero…, bueno, eso le pertenece. Puede venir y recogerlo cuando quiera. Pero el abrigo… Supongamos que es valioso. ¿Quién va a ser responsable de él? ¿Qué voy hacer yo con él?

—Guárdelo en algún lugar —aconsejó Mason—. Vamos a echarle una ojeada.

Morris asintió con la cabeza y desapareció una vez más.

Della Street dijo:

—La muchacha debió haber visto a alguien que entraba, quizá un detective…, quizá…

—Espera un momento —dijo Mason—. No pongamos el carro delante del caballo, Della. Echaremos una mirada al abrigo, primero.

Morris regresó trayendo el abrigo.

Involuntariamente, Della Street lanzó una exclamación:

—¡Oh! ¡Qué pena, qué pena tan grande!

Estaba perfectamente claro, incluso desde el umbral donde se hallaba Morris sosteniendo el abrigo, que éste estaba apolillado. La piel tenía grandes lunares comidos en la parte delantera, completamente visibles, así como otras partes con agujeros como cabezas de alfileres. El destrozo quizá no hubiera sido tan notorio en una piel de menos valor, pero era claramente visible en una piel tan fina.

Della Street se levantó de la mesa, tomó el abrigo y le dio la vuelta para buscar en su interior la etiqueta, y dijo:

—Caramba, jefe, es un «Colton y Colfax», de visón garantizado.

—Me imagino que lo compró barato en cualquier parte —dijo Morris.

—Pues yo no lo creo así —le respondió Mason—. Creo que se puede hacer mucho para reparar esta piel. Creo que tiene sitios donde puede remendarse con piel nueva… Sí, mire…

—Pues claro —intervino Della—. Sólo está comido por la polilla en dos o tres sitios, en la parte delantera. Poniéndole piel nueva, el abrigo podría resultar tan bueno como si fuese nuevo. No hay vendedor de ropa usada que hubiese vendido un abrigo así en estas condiciones. Primero lo hubiera mandado a arreglar, para venderlo después más caro.

—¿Y este abrigo era de esa camarera?

—Yo no sé si era suyo o lo había robado —contestó Morris—. Quizá fuese lo segundo, y viéndose apurada por ello y sin saber qué hacer con el abrigo, lo colocó durante unas semanas en un armario, y mientras tanto la polilla lo picó.

Pensativamente, Mason observó:

—Quizá algún amigo suyo se lo dio, y luego desapareció para que ella creyese que a lo mejor lo había robado. De todas formas, esto es un misterio, y a mí me gustan los misterios, Morris.

—Pues a mí no —dijo Morris.

Mason inspeccionó el abrigo cuidadosamente, dedicando atención especial a las costuras de los lados.

—¿Cree usted que la etiqueta es falsa? —preguntó Morris.

—La etiqueta es auténtica —contestó Mason—. Pero puede haber sido sacada de otro abrigo y cosida en éste… Espere un momento, aquí hay algo. Este cosido es reciente. Las puntadas son de un color un poco diferente de las otras.

Los dedos de Mason tantearon el cosido nuevo y el antiguo, y luego el abogado dijo:

—Aquí hay algo extraño, Morris.

Mason miró al dueño del restaurante y luego se quedó dubitativo.

—Usted es el técnico —dijo Morris.

Súbitamente, Mason adoptó un aire preocupado y dijo:

—Hay ciertas circunstancias peculiares relacionadas con este caso, Morris.

—¿Qué me dice usted?

Mason contestó:

—Supongamos que este abrigo fue originariamente comprado por esa joven. Eso quiere decir que anteriormente era muy rica, hablando comparativamente. Después, debió de haberse marchado apresuradamente abandonando el abrigo. Y no estaba allí para cuidar de él ni había tampoco nadie a quien ella quisiera o se atreviera a llamar para que se lo cuidase.

—¿Y luego? —preguntó Della.

—Y luego —prosiguió Mason después de un intervalo durante el cual la polilla atacó el abrigo, la muchacha regresó. Por esa época, la mala suerte la dominaba por completo. Estaba desesperada. Se dirigió al sitio donde había dejado el abrigo de piel y se lo puso. No disponía de dinero bastante para que se lo arreglasen, o como quiera que ustedes llamen a eso.

—Muy bien; así, pues, estaba arruinada —comentó Morris.

—Y entonces vino a este restaurante a buscar trabajo. Tiene que haberse encontrado en una situación muy difícil, pues de otra manera no hubiera tomado ese empleo. Y, sin embargo, cuando ya su cheque estaba pronto y no tenía más que pedírselo a usted, Morris, se siente repentinamente invadida de pánico y huye, dejando tras de sí el abrigo y el cheque de su sueldo.

Los ojos de Morris se entrecerraron y dijo pensativo:

—Ahora comprendo. Usted ha reunido todas las piezas sueltas, y todo está claro como dos y dos son cuatro. Ha estado en la cárcel. Quizá hirió a su amigo durante una disputa; quizá lo golpeó y estuvo presa o se escapó, pero tenía miedo de que la viesen con este abrigo de pieles. Ella…

—¿Entonces por qué no lo puso en uno de esos almacenes de guardarropas especiales que se encargan de eso? —preguntó Della.

—Porque no quería que nadie se enterase de que estaba mezclada en un tiroteo. Era algo que ella había hecho, pero nadie la identificó… Espere un momento: quizá también pudo haber sido detenida por conducir su automóvil estando borracha. Y le dio a la policía un nombre falso, no dejando que nadie supiese quién era en realidad. El juez la condenó a noventa días de cárcel y ella cumplió la condena bajo un falso nombre. Supongamos que fue con ese mismo nombre que ella me dio a mí: Dixie Dayton. Suena muy extraño ese nombre… Esta mujer ha estado en la cárcel.

Della Street dijo, riendo:

—Con una imaginación como la suya, Morris, debía estar usted escribiendo novelas.

—Con una imaginación como la mía —dijo Morris picado— puedo ver a la policía entrando aquí por la puerta ahora mismo… El problema en que me encuentro… y una delincuente trabajando aquí. Si está perseguida por la justicia, van a acusarme de que yo la ocultaba. Muy bien, tengo amigos en la Jefatura de Policía. ¿Y qué?

—Continúe —dijo Della riendo—. Usted lo está confesando todo, Morris. Y así, muy pronto acabará declarándose autor de un asesinato y en seguida será atado a la silla en la cámara de gas…

—Eso no —interpuso Morris tan agudamente que su voz era como el chasquido de una pistola—. No diga usted eso ni siquiera en broma.

Quedaron en silencio durante unos momentos y luego Morris, ya tranquilizado, movió la cabeza con expresión enfática y dijo:

—Pues ésa es la historia. En un tiempo, era rica. Después se metió en un lío grave. Quizá se trataba de marihuana. Eso es. Y fue a una reunión de adictos a esta droga para fumar juntos, y allí fue detenida por la policía. Y la condenaron a seis meses de cárcel. Esa es la causa de que el abrigo de pieles estuviese en el armario, olvidado todo el tiempo que ella permaneció en la cárcel. Después, cuando salió, la polilla se había apoderado del abrigo…

—Y luego —dijo Mason sonriendo con ironía— resulta que cuando entró en la cárcel, era rica, y cuando salió, estaba arruinada.

Morris frunció el ceño muy pensativo y preguntó:

—¿Cómo pudo ocurrir eso?

—No me lo pregunte a mí —le contestó Mason—. Así es como usted cuenta la historia, y yo me limito a señalar detalles. Si era una dama rica y de la alta sociedad, que fue sorprendida en una reunión de fumadores de marihuana y condenada a seis meses, ¿cómo es posible que cuando salió de la cárcel tuviese en seguida que buscarse un trabajo de camarera?

—Vamos —dijo Morris—, usted hace unas preguntas extrañas.

—Cuéntenos cómo fue que se marchó —dijo Mason invitativo—. ¿Qué fue lo que ocurrió exactamente, Morris? Lo que necesitamos ahora saber son hechos reales y no teorías imaginativas de usted.

Morris replicó:

—Pues ella simplemente se marchó en la forma en que ya le dije a usted. Oí sonar el timbre de la cocina, el que toca el cocinero cuando tiene los platos listos para que sean servidos por las camareras. Y a mí no me gusta oír sonar repetidamente ese timbre, porque eso significa que las camareras no están atendiendo al trabajo.

—¿Cuántas camareras tiene usted? —preguntó Mason.

—Cinco camareras y tengo también un camarero que atiende a los clientes en los reservados de este lado. Ya lleva conmigo mucho tiempo. Los clientes de los reservados son los mejores, porque son los que dan las mayores propinas.

—Muy bien, continúe. ¿Qué me dice de las camareras?

—Pues bien, después que oí sonar el timbre del cocinero un par de veces, fui a investigar lo que pasaba. Y en el aparador, junto al fogón, había platos servidos que se estaban enfriando. Entonces fui a buscar a las camareras para que los sirviesen. En ese momento uno de los clientes me preguntó por qué tardaban tanto en servirlo. Y yo le pregunté qué camarera lo estaba atendiendo; me dio las señas de ella y comprendí que era Dixie. Entonces fui a buscarla, pero no la encontré. Y en efecto, todos los platos preparados en el aparador eran para mesas que le correspondían a Dixie.

»Mandé a otra de las muchachas a los lavabos femeninos, diciéndole que trajese a Dixie aunque fuera arrastrándola. Pero no estaba allí, y luego el friegaplatos me dijo que la había visto marcharse por la puerta posterior y correr por la calleja.

»Y usted ya sabe cómo son las cosas. Cuando hay apuro con la clientela, hay que cuidarse primero de ella. Así es que apremié a las otras muchachas para que sirviesen a los clientes, ordenándole a cada una que se encargase de una mesa más… Después de esto, vine aquí a comunicarle a usted mis problemas.

—¿Y esa camarera se hizo amiga de las otras?

—No. Mantenía la boca siempre cerrada.

—¿No era amiga de ellas?

—No quiso mezclarse con ellas, y las otras pensaron que era porque se las daba de distinguida…, sobre todo con ese abrigo de visón.

—Bueno —dijo Mason—, yo deduzco que…

El camarero apartó a un lado la cortina verde, tocó en el hombro

con la mano a Morris y dijo:

—Perdone, patrón, pero la policía está aquí.

—¡Oh! —exclamó Morris, mirando desamparado por encima del hombro—. Llévelos a uno de los reservados, Tony. No puedo dejar que la clientela me vea siendo interrogado por la policía… Mason, yo ya sabía desde el primer momento que ésta era una delincuente y…

—Todos los otros reservados están ocupados —dijo el camarero.

Morris gruñó.

Mason intervino:

—Dígales que vengan aquí.

—¿No le importará a usted?

—Ya que hemos llegado hasta aquí, debemos seguir hasta el final —dijo Mason.

Morris se volvió al camarero para preguntarle:

—¿Vienen de paisano o de uniforme?

—De paisano.

—Tráigalos —dijo Morris—. Y traiga otras dos sillas, Tony. Traiga café y cigarros. Cigarros de los buenos… Los mejores.

El camarero se retiró. Morris se volvió hacia Mason y le dijo:

—Ha sido usted muy gentil, señor Mason.

—Encantado de hacerlo así —contestó Mason—. En realidad, me siento muy curioso ahora. ¿Qué cree usted que quieren?

—¿Qué quieren? ¿Qué quieren? —repitió Morris—. Lo que quieren es echarle mano a esa dama, desde luego, y además querrán el abrigo de visón. Aunque no sea robado, querrán llevárselo como una prueba de acusación. Dentro de dos semanas la novia de cualquiera de esos policías llevará ese abrigo. ¿Y yo qué iba a hacer con él? Yo…

Della Street interrumpió:

—Póngalo aquí, en el respaldo de mi silla, y creerán que es mío.

Apresuradamente Morris dobló el abrigo de visón y lo colocó en el respaldo de la silla de Della, murmurando:

—No quisiera ocultarles nada a esos policías, pero tampoco quiero que encuentren aquí este abrigo de visón. Ya sabe usted el mal efecto que esa noticia tendría para mí al publicarse en los periódicos diciendo: «La policía encuentra un abrigo de visón robado en poder de una camarera en el restaurante de Morris

Alburg», e inmediatamente todo el mundo pensaría que se lo había robado a una cliente. Y yo…

Las cortinas fueron echadas a un lado; apareció el camarero y dijo:

—Aquí mismo.

Dos policías de paisano entraron en el reservado. Uno de ellos señaló con el dedo a Morris diciendo:

—Este es el sujeto.

—¡Hola! —dijo el otro.

—Siéntense, muchachos, siéntense —dijo Morris—. Todos los reservados están ocupados y yo estaba conversando con este amigo mío, el cual decía…

—Este es Mason —dijo uno de los policías.

—Exactamente. Exactamente. Perry Mason, el abogado. Y ahora, veamos, ¿qué ocurre, muchachos? ¿En qué puedo servirles?

Mason dijo:

—Esta es la señorita Street, mi secretaria, caballeros.

Los policías murmuraron unas palabras de presentación, pero ninguno de ellos dio su nombre. El más pequeño de los dos fue el que habló por ambos.

El camarero trajo dos sillas, café y puros.

Morris preguntó:

—¿Hay algo más que pueda servirles? ¿Alguna otra cosa…?

—Con esto es bastante —dijo el policía que hablaba por los dos —. Únicamente dígale que traiga una cafetera grande. Me gusta gran cantidad de crema y azúcar. Mi compañero lo bebe negro. Muy bien, Morris. ¿Cuál es el asunto?

—¿Qué asunto?

—Usted sabe, la camarera.

—¿Cuál de ellas?

—La que salió huyendo —dijo el policía—. Vamos, no pierda tiempo dando rodeos. ¿Qué demonio de ideas son las suyas? ¿Usted mezclado en esto?

—No comprendo —dijo Morris—. ¿Por qué vienen ustedes a preguntarme a mí? Trabajaba aquí. Ustedes, amigos, la descubrieron, pero ella también los descubrió a ustedes y entonces se escapó.

Los dos policías se miraron significativamente. El que hablaba

por ambos, dijo:

—¿Qué quiere usted decir con que nos descubrió?

—¿Acaso no fue así?

—Demonios, no.

—Entonces, ¿por qué se escapó? —preguntó Morris.

—Para saberlo es por lo que venimos a verle a usted.

—Bueno, ¿entonces cómo supieron ustedes que se había escapado?

—Porque alguien trató de hacerla entrar a la fuerza en un coche que estaba estacionado al fondo de la calleja, pero ella se resistió. El individuo tenía un revólver y le disparó dos tiros. Después, ella echó a correr y pudo llegar a la calle, pero entonces fue atropellada por un coche que intentó cruzar antes de que cambiasen las luces del tráfico. El que conducía el auto que la atropelló, no tuvo ninguna culpa, pues en ese momento la luz del tráfico estaba aún en el verde. El otro individuo del otro coche, el que hizo los disparos, retrocedió por la calleja y desapareció velozmente.

Morris se pasó la mano por la calva de su cabeza y dijo:

—Vaya, ¡maldita sea! ¡Qué sorpresa!

—Así pues, queremos saber todo lo posible sobre ella y sobre lo ocurrido. Llevaba consigo su bolso, en el cual había papeles revelando que su nombre es Dixie Dayton y que trabajaba aquí. Fue identificada como una camarera que iba corriendo por la calleja hacia la calle ancha, pues encontramos un delantal de camarera caído en la puerta posterior de este establecimiento. El friegaplatos dice que salió huyendo a toda velocidad y al propio tiempo que echaba mano de su bolso y sin siquiera pararse a quitarse el delantal, hasta que ya estaba fuera… Y ahora, háblenos de ella.

Morris movió la cabeza dubitativamente y dijo:

—Acabo de contarle al señor Mason todo lo que sabía sobre ella. Vino a trabajar aquí. Parecía necesitar el dinero. Y yo le tenía preparado el cheque de su salario. Ella…

—¿Cuál es su nombre verdadero?

—Dixie Dayton. Ese es el nombre que ella me dio.

—Suena extraño.

—También a mí me lo sonó —dijo Morris—, pero ése era su nombre y sobre él extendí el cheque.

—¿Tenía número del seguro social?

—Claro que sí.

—¿Cuál es?

—No puedo recordarlo, pero está anotado al respaldo del cheque.

—Ya lo miraremos después. ¿Y por qué huyó?

—¡Vaya una pregunta que me hace! —contestó Morris.

Los policías parecían pensar que el terminar su café era más importante que hacer un registro.

—¿Vio alguien lo que la asustó?

—No lo creo.

—Pues averígüelo.

Morris se levantó de su asiento y salió del reservado hacia la sala del restaurante.

Della Street sonrió inquisitiva a los policías y dijo:

—¡Caramba! De verdad que ustedes se lanzaron a trabajar pronto en este caso.

—Gracias a la radio —explicó uno de ellos—. ¿Y ustedes, cómo se metieron en esto?

—No nos metimos —dijo Mason—. Estábamos terminando de comer. Habíamos venido a visitar a Morris, y nos dijo que una de sus camareras se había escapado.

—¿Y cómo lo supo él?

—Porque las órdenes de los clientes empezaron a acumularse, la comida a enfriarse y la gente a quejarse del servicio.

Morris regresó y dijo:

—No puedo averiguar qué es lo que la asustó, excepto que…

—¿Qué mesa estaba sirviendo?

—Tenía cuatro mesas —explicó Morris—. En ese momento iba con una bandeja llevando tres vasos y mantequilla. Eso es todo lo que sabemos, y nada más.

—¿*Tres* vasos? —preguntó Mason.

—Exactamente.

—Eso es una clave —dijo un policía—. Generalmente la gente cena sola, por parejas o a cuatro. Un grupo de tres no es usual. Eso explica el caso. Tenía tres personas a una de sus mesas, y cuando fue a recibir la orden de servicio, los reconoció y ellos la reconocieron a ella.

Morris hizo un movimiento de cabeza.

—¿Dónde están esos tres? —preguntó el policía.

—Todavía están allí. Pero quisiera que ustedes no los interrogasen.

—¿Por qué?

—Porque están muy enfadados. Tuvieron que esperar mucho a que los sirviesen y están irritados.

—Eso no importa —dijo el policía—. Vamos a interrogarlos.

—¿Pueden ustedes hacerlo suavemente?

—¡Oh! Al diablo con esa tontería —replicó el oficial—. Alguien ha intentado matar a esta niña. Ella estaba atemorizada por las personas de esa mesa. Y ahora vamos a sacudirlos a ver qué pasa. Serán muy afortunados si no nos los llevamos detenidos a la Jefatura de Policía. Vamos, Bill, vámonos.

Los policías terminaron su café y empujaron para atrás sus sillas.

Morris los siguió, protestando entre dientes.

Mason miró a Della Street.

—La pobre muchacha —dijo Della.

—Vamos a echar una ojeada —dijo Mason.

—¿A qué?

—A esas tres personas.

Mason salió delante eligiendo un sitio desde el cual podían ver la mesa a la cual Morris llevó a los policías.

Los policías no se molestaron en andar con fingimientos. Era un interrogatorio y todo el mundo en el restaurante pudo darse cuenta de que de eso se trataba.

Los comensales eran dos hombres y una muchacha. Los hombres pasaban de media edad y la muchacha andaba cerca de los treinta.

Los policías ni siquiera se molestaron en tomar sillas y fingir que eran amigos de los comensales. Se quedaron de pie junto a la mesa y empezaron a hacer preguntas. Y lo hicieron sin contemplaciones.

Exigieron los permisos de conducir y toda clase de documentos de identificación.

Otros clientes empezaron a mirar con curiosidad. Las conversaciones en el restaurante fueron callándose, hasta que todo el mundo estuvo en silencio mirando el pequeño drama que se desarrollaba en aquella mesa.

Mason le tocó en el brazo a Della Street y le dijo:

—Fíjate en aquel hombre solo que está comiendo un bistec.

Fíjate bien en él.

—No comprendo.

—Aquel individuo de mirada decidida que está sentado solo en una mesa. Tiene cejas espesas, pelo negro hirsuto y…

—Sí, sí, ya lo veo. Pero, ¿qué pasa con él?

—¿Te fijas en la forma en que está comiendo?

—¿Y qué hay con ello?

Mason dijo:

—Está comiendo su bistec con extraña regularidad, tragando la comida tan rápido como puede. Sus mandíbulas tienen mucha prisa, pero su cuchillo y su tenedor están disciplinados en un ritmo regular. Quiere comer rápidamente. Observa que es uno de los pocos clientes que no presta absolutamente atención a lo que está ocurriendo en la mesa donde los policías están interrogando a las tres personas.

Della Street asintió con la cabeza.

—Además, está sentado muy cerca de aquel trío y en posición de oír lo que están hablando, si quiere escuchar, pero sin embargo se limita a permanecer sentado y comer. Fíjate en la forma en que se mueven sus mandíbulas. Fíjate en la forma rítmica en que come. No quiere parecer que tiene prisa, ni tampoco quiere atreverse a marcharse y dejar la comida en el plato, pero ciertamente quiere marcharse.

—Sí, en verdad se apresura con su comida —concordó Della Street.

Observaron al hombre por unos momentos.

—¿Y todo eso quiere decir algo? —preguntó Della.

—Sí.

—¿Qué?

Mason dijo:

—Nueve de cada diez veces, los policías ponen el carro delante del caballo.

—Temo que no comprendo.

—Míralo de esta manera —dijo Mason—. La camarera huyó exactamente después que había llenado tres vasos con agua helada, recogido tres platos con mantequilla y cuando ya se iba hacia la mesa que servía cerca de la puerta de la cocina.

Della asintió.

—Por lo tanto —continuó Mason— está claro que había salido de la cocina sabiendo ya que tenía que servir a tres personas en una mesa.

—Naturalmente —dijo Della riendo—. Tres vasos de agua y tres platos de mantequilla, significan tres personas en una mesa.

—Y después, ¿qué ocurrió? —preguntó Mason con ironía.

—Pues yo no veo nada equivocado en la teoría de la policía —dijo Della frunciendo el entrecejo—. Cuando vio mejor a las tres personas que estaban en la mesa, descubrió que conocía a una de ellas o a todas, y entonces se sintió invadida de pánico y decidió huir rápidamente.

—¿Y cómo descubrió que había tres personas a la mesa que tenía que servir?

—Debió de haberlas visto al mismo tiempo que fue a buscar los vasos de agua.

—¿Y desde qué punto del salón las vio?

—Ah, eso no lo sé. Debió de…, debió de verlas cuando entraron.

—Exactamente. No pudo verlas desde la cocina.

—Pero quizá las vio cuando salió de la cocina con platos para servir a otros clientes en otra mesa.

—Sus mesas estaban todas agrupadas juntas —señaló Mason—. Allí están las cuatro mesas en aquel rincón. Así pues, si hubiera visto a las tres personas mientras estaba sirviendo a una de las otras mesas, entonces es que estaba cerca de aquella donde están sentados los tres.

—¡Oh! Ya comprendo —dijo Della—. Entonces no crees que huyó apresuradamente porque vio más de cerca a las tres personas cuando salía de la cocina.

—Eso es lo que la policía cree —dijo Mason—, pero los hechos no demuestran esa teoría.

Della Street asintió.

—Por lo tanto —dijo Mason—, ¿por qué no suponer que las tres personas no significaban nada para ella; que las vio entrar cuando estaba sirviendo platos en otra mesa; que cuando ella regresó a la cocina tomó una bandeja, puso en ella tres vasos de agua y tres porciones de mantequilla y se dirigió a la mesa para servirlo? Fue entonces cuando por vez primera advirtió la presencia de alguien que acababa exactamente de entrar en el restaurante, alguien que

significaba algo para ella.

—¿Quieres decir el hombre que está comiendo el bistec?

—Pudiera muy bien ser el hombre que está comiendo el bistec —dijo Mason—. En una situación de esta clase, en que una muchacha se siente completamente aterrada por algo y huye por la puerta posterior del restaurante a la calleja, hay que suponer más bien que fue asustada por un hombre que la estaba mirando, que por un grupo de clientes que estaban entregados a hablar de sus propios problemas y de sus diversiones.

»Entonces —continuó Mason—, si éste es el caso, cualquier individuo que repentinamente apartase su plato cuando todavía había comida en él, hubiera causado las sospechas de la policía.

Della Street asintió.

—Por otra parte, si un individuo se tragase su comida apresuradamente, también la policía podría sospechar de él.

La muchacha asintió otra vez.

—Por consiguiente —dijo Mason—, si el individuo que es causante de la fuga de Dixie Dayton viese a la policía interrogando, se inclinaría más bien a desaparecer en la forma que pudiese, *pero sin hacer nada que provocase sospechas*.

»Por lo tanto, Della, debemos fijarnos en ese hombre que está comiendo con tan estudiada rapidez. Observemos si pide postre o una segunda taza de café. Si mira su reloj, actúa como si tuviese una cita, llama con naturalidad a la camarera, le da los billetes para pagar la comida y no espera que le traiga el cambio…

—Cielo santo, jefe, está haciendo todo eso precisamente ahora —exclamó Della, al tiempo que el hombre corpulento apartaba el plato, miraba su reloj de pulsera, sorbía los restos del café y levantaba la mano señalando con un dedo para llamar la atención de la camarera.

Y entonces pudo oírse la voz del hombre diciendo:

—Tengo una cita. Tráigame en seguida la cuenta. No importa el postre, gracias.

Mason le preguntó a Della:

—¿Crees que podrías dedicarte a detective? Entonces, sal afuera y observa lo que ese hombre hace cuando se encuentre en el exterior. Quizá puedas ver el número de matrícula de su automóvil. Síguele si se te presenta la ocasión…, pero no corras riesgos. Puede

haber elementos de peligro si cree que lo estás siguiendo. Quizá sospechase de un hombre, pero de una muchacha guapa como tú puede que no sospeche. Yo quisiera saber algo más respecto a ese individuo… Sería mucho mejor que fuésemos los dos, pero la policía querrá aclarar cosas conmigo antes de marcharse. Tienen sospechas de nosotros. Mi presencia les resultó demasiado significativa.

—Intentaré hacerlo todo —dijo Della, y después añadió—: ¿Crees que en todo esto hay mucho más de lo que Morris nos dijo, no es así?

—Sí —respondió Mason dándole las llaves de su auto.

—¿Y qué hay respecto al abrigo de visón?

Mason dudó.

—Si la policía hace más preguntas —añadió Della—, descubrirán la existencia de este abrigo, y entonces querrán tenerlo en su poder.

—Pues bien, déjales que se lo lleven —dijo Mason—. Después de todo, están tratando de esclarecer este caso de la mejor forma que pueden.

—Estaba pensando sobre Morris Alburg. Nos está mirando y ciertamente no quiere que la policía sepa nada sobre este abrigo.

Mason dijo bruscamente:

—Muy bien, Della. Continúa y póntelo tú.

Della se puso el abrigo y se preparó para marcharse, cerca de la puerta del reservado.

—¿No crees que el individuo ya te haya observado?

—Lo dudo mucho. No es fácil adivinar lo que pueda estar pensando. Ni siquiera parece hallarse observando lo que pasa en este lugar, ni parece sentir la menor curiosidad por ello, pero al propio tiempo da la impresión de estar completamente atento a todo cuanto está ocurriendo.

—Ya se está preparando para marcharse en seguida. No te fíes de él ni corras riesgos, Della. Sal de aquí igual que si fueses una empleada que acabase de pagarse una buena comida y después se encaminase a su casa.

—¿Una empleada y con *este* abrigo?

—Era precisamente una empleada la que llevaba ese abrigo antes que tú —le recordó Mason.

—Maldito si no fue así —confesó Della—. Y mira donde se encuentra ahora. Bueno, jefe, ya me voy.

—Y ahora recuerda —dijo Mason— que no debes llevar demasiado lejos la buena suerte. Limítate a obtener el número de matrícula del auto. Y no trates de arriesgarte más. Puede ocurrirte alguna desgracia. No sabemos de lo que se trata en todo esto…

Della Street echó hacia atrás la cabeza para que le rozase el cuello la suave piel del abrigo de lujo, y luego, con la barbilla erguida y los ojos fijos al frente, caminó lentamente saliendo del restaurante.

Mason, de pie y apoyado en la esquina del reservado, observaba la conferencia que estaban celebrando los policías en la mesa, y que ya parecía terminar. Vio también al corpulento desconocido del bistec que se detenía en el guardarropa, y después de entregar una contraseña, recibía de la empleada un grueso sobretodo y un sombrero de fieltro negro, e inmediatamente salía al exterior, donde ya reinaba la noche.

Morris Alburg llevó a los policías al reservado.

—¿Qué le ha ocurrido a la muchacha que se encontraba aquí con usted? —preguntó uno de los policías.

—Se fue a su casa —dijo Mason—. También yo me dispongo a marcharme, Morris. Estaba esperando únicamente el tiempo necesario para pagar la cuenta.

—No tiene cuenta ninguna que pagar —dijo Morris—. La casa les invitó.

—¡Oh, vamos! —protestó Mason—. Eso…

—La casa les invitó —repitió Morris con firmeza.

Y sus ojos se dirigieron a Mason con un significativo relámpago.

—¿Qué descubrieron ustedes allí? —preguntó Mason a los policías.

—Diablos —replicó uno de los agentes—, toda la situación está sumamente complicada. Esa muchacha salió huyendo, y eso es todo lo que sabemos. Sin duda alguna, esos tres que interrogamos no tienen nada que ver con este asunto.

—¿Quiénes son?

—Personas forasteras; es decir, lo son dos de ellos. La muchacha es vecina de esta ciudad. La misma vieja historia de siempre. La muchacha está empleada como secretaria en el departamento de

ventas de una firma de aquí. Y los dos individuos que la acompañan son compradores de fuera. Están tratando de organizar una fiesta. Es decir, estaban tratando. Pero ahora adivino que están muertos de pánico.

—¿Qué clase de fiesta era ésa? —preguntó Mason.

—Pues estaban preguntándolo a la muchacha que los acompañaba si ella tendría otra amiga. Y la muchacha llamó por teléfono a su compañera de cuarto. El trío estaba aquí matando el tiempo, cenando y esperando para irse a otros lugares de diversión, hasta que la otra muchacha llegase a reunirse con ellos.

»Pero ahora los hemos asustado tanto, que sólo desean volverse a su hotel a toda prisa y ponerse a trabajar en sus negocios comerciales. Están temblando tanto, que no sé cómo no se les caen los zapatos.

—¿Y qué pasa con la muchacha? —preguntó Mason.

—No hay duda. No conocían a la camarera que huyó; de eso estamos seguros. Apenas si la miró cuando la camarera llegó con la bandeja a servirles los vasos de agua… Esta es una buena chica, pero se ha divertido lo suyo. Es secretaria en el departamento de ventas. Mañana comprobaremos de quien se trata, en la casa donde trabaja.

—¿Y qué fue lo que asustó a la camarera? —preguntó Morris.

—¿Y cómo demonios vamos a saberlo? —replicó impaciente uno de los policías—. Quizá vio a algún amigo suyo fuera del restaurante, o a lo mejor creyó que lo había visto, o también es posible que recibiera una llamada telefónica. De todas formas, vamos a investigar. Mañana se averiguará en el hospital para saber cómo se encuentra, y si recuperó el conocimiento, responderá a lo que se le pregunte. Aquí ya nada tenemos que hacer.

La cara de Morris Alburg denotó alivio.

—Eso es también lo que yo creo —dijo—. Aquí no había nada que pudiera asustarla. Debió de ser una llamada telefónica lo que hizo que huyese… A la gente no le gusta que llegue la policía a hacerle preguntas sobre a quién han invitado a cenar. Por esa causa, acabo de perder tres clientes.

—A nosotros no nos gusta tampoco hacerlo —dijo un policía—. Pero a causa de las circunstancias, tuvimos que averiguar quiénes eran esas tres personas. Muy bien, Alburg, hasta la vista.

Los policías se marcharon y Morris se volvió hacia Mason limpiándose el sudor de la frente y murmurando:

—En qué cosas se ve envuelto un hombre…

Mason dijo:

—Della salió para conseguir algunos informes para mí. Se llevó el abrigo. Yo no sabía si usted querría que los policías lo viesen.

—Claro que no quería que lo viesen. Ya vi a la señorita Street marcharse. Llevaba puesto el abrigo. Estoy mortalmente nervioso. Estaba ansioso de que los policías se marchasen rápidamente. Y no me atrevía a hacerlo notorio. Hubieran creído que yo trataba de ocultarles algo, y entonces ya no saldrían de aquí. Usted es mi abogado, señor Mason.

—¿Qué quiere que haga yo por usted? —preguntó Mason—. Pensé que quizá usted tenía algo en la mente, por la forma en que…

—Guarde ese abrigo —dijo Morris—. Si alguien se presenta aquí buscando a la camarera, haciendo preguntas sobre ella, o sobre otras cosas, lo mandaré junto a usted. Usted me representará en todo. ¿Qué dice usted?

—¿Qué quiere usted decir *en todo*?

—Quiero decir en todo.

—Pero usted no estará complicado en nada —señaló Mason—. Si usted no la conocía, y…

—Ya sé, ya sé —interrumpió Alburg—. Y entonces no habrá nada que hacer. Pero aunque nada haya que hacer, usted me manda la cuenta y se la pago. Eso le conviene a usted y me conviene a mí, señor Mason. Pero si por el contrario ocurre algo, usted será mi abogado.

—Muy bien —replicó Mason tolerante—. Si usted no quiere decírmelo, no tiene por qué hacerlo.

—¿No quiero decirle, qué?

—Pues lo que usted no me dice.

—¿Por qué piensa usted que hay algo que no quiero decirle?

—Pues porque todavía no se lo he oído decir…

Morris puso las manos en alto y exclamó:

—Ustedes los abogados… No aceptan nada como seguro. Los detectives son diferentes. Le tengo más miedo a los abogados. Hace algún tiempo, tomé a mi servicio detectives. Y de verdad que hicieron un buen trabajo.

—¿Por qué detectives, Morris?

—Me encontraba en dificultades. Cualquiera puede tener dificultades. Entonces, precisaba detectives. Ahora preciso un abogado. ¡Y el mejor de todos!

—Muy bien —dijo Mason sonriendo ante la nerviosidad de Morís—. Y ahora, Morris, puesto que la casa me invitó, vuelvo a sentarme a la mesa para pedir de su «pastel de manzana a la moda», mientras espero que regrese Della Street.

—¿Entonces ella vuelve? —preguntó Morris.

—Seguro —dijo Mason—. Únicamente salió para llevarse el abrigo y que los policías no se pusiesen a hacer un montón de preguntas.

—Estoy muy contento de que se hayan marchado —dijo Morris —. Sabe usted, pudieron haberme salvado a esos clientes. En la forma en que sacuden a la gente, todo el mundo tiene que hablar. Bueno, tengo que irme ahora. Voy a ir por las mesas y tranquilizar a la gente.

—¿Y qué va a decirles usted?

—¿Decirles? —dijo Morris—. Decirles lo que sea menos la verdad… Siempre tengo que decir tantas mentiras, que puedo arrancarlas hasta del aire. Les diré que esos tres clientes estacionaron su auto y que un borracho se escapó con él y chocó aplastándole la delantera. Y que la policía estaba tratando de averiguar a quien pertenecía el coche y si habían de presentar denuncia o no contra el borracho. Esa era la razón de que los policías les pidiesen los permisos de conducir.

Mason hizo un guiño:

—Eso no me parece muy convincente, Morris. Yo no creo que tampoco se lo parezca a sus clientes.

—Lo será apenas empiece a hablarles —contestó Morris.

Mason se volvió al reservado, esperó ansioso diez minutos y luego se alzó la cortina de la puerta y apareció Della Street envuelta en el abrigo de visón y con el rostro enrojecido por la actividad bajo el frío de la calle.

—Conseguí un huevo de pato.

—Siéntate —la invitó Mason—, y dime todo lo que pasó.

—Bien —dijo Della con la cabeza gacha—, creo que soy un policía desastroso.

—¿Qué pasó, Della?

—El hombre salió a la calle, echó a andar por la acera abajo, y repentinamente llamó a un taxi que pasaba y saltó dentro de él.

»Fingí que no tenía interés en lo que ocurría, hasta que ya se alejó bastante, pero conseguí el número del taxi. Luego, corrí y traté desesperadamente de encontrar otro taxi.

—¿Y no hubo suerte?

—Ninguna. Él había caminado media distancia entre dos esquinas cuando tomó el taxi. Tuvo toda la suerte que podía desear. Claro que también lo acompasó todo de forma que le saliese así.

Mason asintió.

—Y en cambio, cuando yo intenté lo mismo, la suerte fue completamente mala. Salía gente del restaurante que pedía un taxi y el portero sonó el silbato y claro es, el primer taxi que apareció no me hizo caso para ir a servir al portero. Y tu coche estaba en el estacionamiento.

—¿Entonces, perdiste de vista al hombre? —preguntó Mason.

—Espera un momento. Todavía no has oído lo importante —dijo Della—. Corrí hasta la esquina para ver si tenía la suerte de que los taxis rodasen en ambas direcciones. Y esperé hasta que al fin llegó uno en el cruce de la calle. Lo llamé y salté al interior.

»Le dije al chófer: «Un taxi acaba de salir por la calle Ocho abajo, y dobló a la derecha. Quiero tratar de alcanzarlo. No sé adónde se dirigió después de doblar, pero apriete el acelerador cuanto pueda y siga recto por la calle Ocho con la esperanza de que podamos alcanzarlo.

»El chófer obedeció y salimos a toda velocidad por la calle, doblamos en la esquina y seguimos, y entonces el chófer me dijo: «¿Conoce usted ese taxi si lo ve?». Y yo le contesté: «Pude ver el número de su placa: es el 863».

—¿Y luego, qué ocurrió? —preguntó Mason cuando Della calló.

—Pues que… el taxi en que yo iba… era el 863… exactamente.

—¿Qué? —exclamó Mason.

—Eso es. Lo que aquel hombre hizo, fue tomar el taxi, siguió hasta la esquina en él, dobló, siguió dos o tres esquinas más, le pagó al chófer y se subió a su propio auto que tenía estacionado cerca, junto a la acera.

—¡Oh, oh! —exclamó Mason—. Entonces es que el hombre sabía

que tú lo ibas siguiendo.

—No creo que lo supiese, jefe. Lo que creo es que fue sólo una precaución que tomó para asegurarse de que nadie lo seguía. Desde luego, cuando subió al taxi, pudo ver perfectamente detrás de él y comprobar si lo seguían. Esa es la razón de que caminó primero en dirección opuesta a la que en realidad quería seguir. En esa forma, podía asegurarse de que si alguien lo seguía a pie, tenía que continuar siguiéndolo después en auto.

Mason tragó saliva y dijo:

—Al menos, tendremos que reconocerle que es un hombre agudo, y el hecho de que tú intentaras seguirlo en auto, te dio un interesante y artístico matiz.

—Me indigna que se haya burlado de esa forma de mí —dijo Della.

—Eso no quiere decir que se haya burlado de ti —dijo Mason—. En realidad se burló de sí mismo.

—¿Cómo es posible?

Mason dijo:

—Esa camarera huyó porque alguien le causó miedo. Pero no sabíamos qué era lo que la había amedrentado, o quien la había asustado. Pero ahora sí lo sabemos.

—¿Quieres decir que con eso el hombre se descubrió a sí mismo?

—Seguro. El hecho de que apelase a todos esos subterfugios, prueba que él es el hombre a quien buscamos.

Mason se asomó a la puerta del reservado y le hizo una seña a Morris Alburg.

—¿Cuántos de los comensales que había aquí hoy son clientes habituales, Morris? ¿Qué porcentaje?

—Hay bastantes que ya han venido otras veces.

Mason dijo:

—Ahora, por lo que yo deduzco, un hombre y una mujer o dos parejas, pueden concurrir aquí por pura casualidad. Puede que hayan oído hablar de este restaurante recomendándoselo, o bien puede que anduviesen buscando un sitio para comer y encontraron éste.

—Eso es.

—Por otra parte —añadió Mason—, un comensal solitario, un

hombre que vino por cuenta propia a comer, puede resultar ser un cliente habitual.

—Sí, de acuerdo.

—Dudo que usted pueda decirme el nombre del hombre corpulento, con cejas más bien espesas, que estaba sentado a aquella mesa a la derecha, allí, la que está libre ahora…

—¡Oh! ¿Aquél? Sí, ya me di cuenta de él —dijo Morris presuroso —. No, no puedo decírselo. No lo conozco. No creo que haya comido aquí antes.

—¿Lo observó usted bien?

—No mucho. No su cara. Sólo observé la forma en que se conducía. Uno tiene que tener mucho cuidado con un hombre que viene solo; a lo mejor intenta llevarse a una mujer de aquí y provoca un lío. Si no causa conflicto, lo dejamos; pero si está bebido, si toca a las mujeres, entonces actuamos. Es por eso que observamos a los hombres que vienen solos. Este, lo observé…, pero vi que se mantenía dedicado a sus propios asuntos. Yo hubiera querido que la policía también se dedicase a los suyos…

Mason asintió.

—¿Por qué lo preguntó usted? —inquirió Morris súbitamente.

—Sólo estaba cavilando… —dijo Mason—. Apenas tratando de imaginarme quién podría ser ese hombre.

—¿Por qué?

—Porque me pareció haberlo visto antes en otro sitio.

Morris Alburg observó detenidamente el rostro de Mason. Luego, dijo:

—Al diablo con todo. Usted y yo estamos tratando de engañarnos mutuamente. Pero ninguno de nosotros aventaja al otro. Nosotros sabemos muchísimo sobre la naturaleza humana. Es lo que usted llama rebaño… Buenas noches.

Capítulo 2

Una esquina más allá del restaurante de Morris Alburg, Mason se detuvo en una cabina telefónica pública y llamó al teniente Tragg de la Brigada de Homicidios.

—Le habla Perry Mason, teniente. ¿Me haría usted un favor?

—Demonios, no —respondió Tragg.

—¿Por qué no?

—Porque me acarreará disgustos.

—Pero si ni siquiera sabe usted de lo que se trata.

—Al diablo que no lo sé. Si no fuese algo tan candente que usted mismo no se atreve a tocarlo con un palo de diez pies de largo, nunca me hubiera llamado…

—Espere un momento —dijo Mason—. No pierda los estribos. Esto es para ayudar a una muchacha que fue atropellada por un automovilista, el cual probablemente no tuvo la culpa. La muchacha iba corriendo para huir de un individuo que trataba de obligarla a subir a un automóvil con él. Algunos testigos dicen que tenía un revólver y…

—¿Es esa del restaurante de Alburg?

—Esa misma.

—¿Y qué tiene usted que ver con ella?

—Probablemente nada —dijo Mason—, pero tengo la sensación de que esa muchacha puede estar en peligro. Y ahora le diré lo que quiero. Ella probablemente está en el hospital de urgencia. No sé hasta qué punto son graves sus heridas, pero estoy dispuesto a pagarle una habitación particular, con enfermeras especiales.

—Demonios, ¿lo está usted?

—Ciertamente.

—¿Y por qué toda esa filantropía?

—Sólo para prestarle una ayuda a la muchacha.

—¿Por qué?

—Porque tengo la impresión de que si la ponen en una sala del Hospital General, la matarán.

—¡Oh! No diga eso, Mason. Una vez que un paciente entra en un hospi…

—Ya lo sé —interrumpió Mason—, es sólo un presentimiento por mi parte. Soy un tonto. Tengo una idea absurda de cómo funciona eso. He visto demasiados contratos que acabaron en procesos. He visto demasiados matrimonios que terminaron en los tribunales de divorcio. Y he visto demasiadas diferencias de opinión que acabaron en asesinatos… Pero un abogado nunca se para a escuchar los detalles de un matrimonio normal y feliz. Nunca se para a ver un contrato que termina sin una diferencia de opinión y con ambas partes absolutamente satisfechas. ¿Y qué? Entonces se hace uno cínico… Ahora la cuestión es si usted va a ayudarme a que saquen a esa muchacha del hospital de urgencia y la coloquen en una habitación donde nadie, absolutamente nadie, excepto el médico que la atienda, sepa que se encuentra allí.

—¿Y qué más? —preguntó Tragg.

—Eso es todo.

—¿Por qué?

—Porque estoy intranquilo por ella.

—¿Y usted sabe quién es?

—Nunca la he visto en mi vida. Es decir, no para reconocerla. Es posible que yo la haya visto ligeramente cuando iba al restaurante de Morris Alburg. Precisamente yo estaba allí cuando la cosa ocurrió.

—¿No es su cliente? ¿No tiene usted algún interés personal en ella?

—Ninguno, de ninguna clase. Le dije a Morris Alburg que tomaría a mi cargo todos los asuntos pertenecientes a ella que pudieran surgir, y le dije también que me enviase a toda persona que…

—Muy bien —dijo Tragg—. Trato hecho. Yo manejaré esto con carácter privado y le mandaré a usted la cuenta.

—Gracias —contestó Mason, y colgó el auricular.

De vuelta en el auto, el abogado dijo:

—Y ahora, Della, si puedo sacarte por algún tiempo del interior

de ese abrigo de visón, quiero que analices el sitio donde fue cosido recientemente. Tengo la impresión de que en el forro hay escondido algo.

—Pues yo tengo la seguridad de que es sólo un poco de relleno —respondió Della riendo—. Los sastres, algunas veces, tienen que ayudar con su arte a la silueta de una muchacha.

—Pero ese arte no me ayuda a mí —replicó Mason—. Muchacha, salta de ese abrigo y vamos a averiguar lo que pasa con el visón misterioso de Morris Alburg.

Della se despojó del abrigo.

Mason estacionó el coche, encendió la luz del techo y con un cortaplumas descosió las puntadas del abrigo, abriendo un pliegue en el forro de la prenda.

Mason introdujo el índice y el anular por la abertura y cortó una pequeña pieza de cartón.

—¡Caramba! ¿Qué será eso? —preguntó Della.

—Eso —dijo Mason— parece ser una contraseña de una tienda de empeños de Seattle, con el número 6384-J, y la prenda a que se refiere puede ser recuperada en cualquier momento en el plazo de noventa días, pagando la suma de un préstamo de dieciocho dólares, más un recargo de comisión, otro de almacenaje y el uno por ciento de interés por mes.

—¡Qué cosa tan poco interesante! —comentó Della—. La pobre muchacha tuvo que empeñar las alhajas de su familia para marcharse de Seattle y se valió de este medio cosiendo el recibo en el forro para no perderlo.

—¿Dieciocho dólares por unas alhajas, Della? Tú confundes a la familia. Vamos a dirigirnos a la «Agencia de Detectives Drake», y le preguntaremos a Paul Drake el nombre de su agente en Seattle. Le enviaremos allí por correo aéreo el recibo de empeño para que recupere el artículo empeñado. Con esto, por lo menos conseguiremos algo que valga dieciocho dólares, más unos cientos de dólares de informes. Después, podemos vender el artículo de que se trate, aunque no podamos vender los informes.

—¿Y si suponemos que esos informes resultan ser de un género que no te interesan? —preguntó Della.

—Pues entonces, habré salido perdiendo —dijo Mason—, pero a esas alturas nosotros ya sabremos muchísimo más sobre Morris

Alburg.

Capítulo 3

Eran aproximadamente las nueve y media, cuando Perry Mason abrió la puerta de la sala de sus oficinas privadas y encontró a Della Street arreglando sobre su mesa pilas de correo recién llegado.

—Caramba, Della, ¿qué hay de nuevo? —preguntó Mason cruzando la estancia para colgar el sombrero en el ropero.

—Telefoneó Morris Alburg.

—¿Qué quería?

—Dijo que un agente de seguros quería ver a la camarera.

—¿Te refieres a Dixie?

—Así es. El agente representa a una compañía que tenía asegurado el coche que atropelló a Dixie cuando salió corriendo de la calleja.

—Un trabajo rápido —comentó Mason—. Demasiado rápido.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Que se apresuran para conseguir un arreglo con la víctima logrando concesiones y… No, quizá no sea eso.

—Pues ciertamente parecía como si lo fuera.

Mason hizo una pausa, quedándose de pie junto a la esquina de su mesa. Se pasó las puntas de los dedos de la mano por la mandíbula recién afeitada, miró ceñudo a los papeles que había sobre la mesa, sin al parecer verlos, y dijo:

—Eso es algo nuevo.

—No lo comprendo. Yo creía que las compañías de seguros procedían siempre así.

—Acostumbran a hacerlo —dijo Mason—. Algunas de ellas aún lo hacen. Pero la mayor parte de ellas observan ahora mucha ética. Si hay alguna reclamación contra ellas, prefieren pagar una compensación razonable y justa.

»Pero aquí tenemos un caso en que una muchacha sale corriendo

por la puerta trasera de un restaurante a una calleja, se lanza enfrente de un coche que llega, y éste, claro está, la atropella.

Della Street dijo:

—Todavía no comprendo a lo que te estás refiriendo.

—Pues es muy simple —dijo Mason—. El chófer del automóvil que la atropelló no puede ser acusado de negligencia, a menos que detrás de todo eso haya algo oculto, y de lo que nosotros no sabemos nada. Él iba conduciendo su coche por la calzada, al parecer a una velocidad muy moderada. Probablemente, pensaba cruzar la esquina antes de que cambiasen las luces del tráfico, y tenía el derecho de suponer que los transeúntes cruzarían con prudencia y con sentido de seguridad. Y de repente, esta muchacha surge de la acera, corriendo ciega de terror, y salta delante de su coche.

—A lo mejor el que conducía iba borracho.

—Los testimonios señalan que detuvo el coche casi instantáneamente. No hay nada que demuestre que había estado bebiendo, y sin embargo he aquí que a las pocas horas se presenta un agente de una compañía de seguros que quiere un arreglo… ¿Y qué le dijo a ese agente Morris Alburg?

—Le dijo que viniese a verte a ti, que tenías a tu cargo todo lo referente a los asuntos de Dixie Dayton.

Mason rió y dijo:

—Apuesto a que esa respuesta le dio a ese sujeto algo en qué pensar.

—¿No crees entonces que venga aquí?

Mason volvió a reír y dijo:

—Me cuesta mucho trabajo creer que él quiera entrar en tratos con un abogado. El…, espera un momento, Della. Hay una posibilidad de que esto sea sólo un intento para descubrir dónde se encuentra la muchacha. Ese hombre puede ser simplemente… ¿Le dijo su nombre a Morris Alburg?

Della Street asintió y dijo:

—Dijo que se llama George Fayette.

—¿Cuánto tiempo hace que llamó Morris?

—Un poco después de las nueve.

El teléfono sobre la mesa de Della, repicó. Della Street tomó el receptor y dijo:

—Sí, hola, Gertie… ¿Quién es…? Espera un momento.

Della tapó con la mano la boca del receptor y le dijo a Mason:

—Aquí está el hombre.

—¿Quién?

—George Fayette.

Mason hizo una mueca y replicó:

—Della, sal afuera y acompáñalo aquí. No le demos tiempo a que cambie de idea y se marche. Quiero ver el aspecto que tiene, y preguntarle también unas cuantas cosas.

Della dijo por el teléfono:

—Ya voy ahí, Gertie, en seguida —y colgó el receptor.

Mason se acomodó en la butaca detrás de su mesa, y Della salió al recibidor para acompañar a George Fayette a la oficina privada de Mason.

Un momento después, Della estaba de regreso sola.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Mason sorprendido—. ¿Se marchó el individuo?

Della Street cerró cuidadosamente la puerta y dijo:

—Jefe, éste es el mismo hombre.

—¿Qué quieres decir?

—El hombre a quien yo trataba de seguir anoche, el hombre que estaba sentado solo a la mesa…

—¿Quieres decir que está ahí ahora, fingiendo representar a una compañía de seguros que tenía asegurado el coche que atropelló a Dixie Dayton?

—Exactamente.

Mason echó mano al teléfono y dijo:

—Gertie, póngame en seguida en comunicación con la «Agencia de Detectives Drake». Si puede ser, con el propio Paul Drake. Y dígale al señor Fayette que lo recibiré dentro de un minuto. No deje que él la oiga hablar a Drake. Dígale a Fayette que tengo una llamada de larga distancia.

Después, Mason miró a su reloj de pulsera y dijo:

—El telefonear puede ser una pérdida de tiempo, Della. La oficina de Paul está exactamente al final del pasillo. Quizá sea mejor que vayas allí y…

—Espera un momento… Gertie dice que Paul está al teléfono.

Mason dijo:

—Hola, Paul; te habla Perry Mason.

—Bien, bien, bien. ¿Qué tal estás…?

—Déjate de cumplidos, Paul, éste es un asunto urgente.

—¿De qué se trata?

—Hay un hombre aquí, en mi oficina. Ha dado el nombre de George Fayette. No sé si ése es o no su nombre real. Dudo mucho que lo sea. Quiero que sigan a este hombre. Quiero saber quién es, quiero saber adónde va, y quiero saber lo que hace.

—Muy bien. ¿De cuánto tiempo dispongo?

—Lo entretendré aquí todo el tiempo que me sea posible, pero creo que cinco o diez minutos será todo lo que logre retenerlo. Y ahora, Paul: el individuo tiene unos treinta y cinco años, unos cinco pies y siete pulgadas de estatura, pero debe pesar muy cerca de ciento ochenta y cinco libras. Es moreno y tiene cejas espesas…, y es capaz de engañarte. Aparentará estar completamente enfrascado en sus propios asuntos, pero, sin embargo, en realidad estará alerta como un diablo.

—Conozco esa clase de tipo —contestó Drake—. Ya nos encargaremos de él.

—Tengo mucho interés en conseguir el número de su automóvil —añadió Mason—, así como también averiguar quién es y todo lo demás.

—Muy bien. ¿Y crees que dispondré de diez minutos?

—Mejor es que cuentes sólo con cinco —dijo Mason—. Creo que podré entretenerlo aquí unos diez minutos, pero puede ocurrir que a él no le guste el aspecto de las cosas, se imagine cualquier sospecha y se marche.

—Tendré a un hombre esperándolo para que baje con él en el ascensor. Pero asegúrate para retenerlo por lo menos cinco minutos, Perry.

Mason colgó y le dijo a su secretaria:

—Y ahora, Della, sal y entretenlo un minuto. Sonríele con dulzura, y dile que estoy hablando por teléfono a larga distancia: una llamada que me llegó del Este; que tú se lo harás saber tan pronto como yo haya terminado. Después, vete a la mesa de Gertie y dile que espere hasta que tú tosas. Cuando te oiga toser, puede decirle al hombre que yo he acabado con mi llamada. ¿Comprendido?

—Sí, sí. ¿Y cuándo toso?

—Cuando veas que él empieza a impacientarse. Retenlo tanto tiempo como puedas. Precisamos ganar tiempo. Pero si ves que se pone nervioso, tose.

—Allá voy —dijo Della deslizándose a través de la puerta a la oficina exterior.

Apenas se había cerrado la puerta, cuando Della volvió a abrirla repentinamente una vez más.

—Jefe, el hombre se ha ido.

—¿Qué? ¿Cuándo?

—Gertie dice que en el mismo momento que ella empezó a hacer la llamada a la oficina de Paul Drake, el hombre se levantó, le sonrió tranquilizadoramente y le dijo: «Volveré dentro de un instante», y salió al pasillo. El…

Mason saltó en su butaca tan violentamente, que aquélla fue a chocar contra la pared; contorneó la mesa, abrió de par en par la puerta de su oficina privada y dijo:

—Vamos, Della. Comunícalo a Paul. Vámonos.

Mason se apresuró por el pasillo mirando en dirección al ascensor, pero allí no había nadie a la vista.

Corrió hasta el ascensor y frenéticamente tocó el timbre de llamada.

Della Street, corriendo detrás de él, se dirigió a la oficina de la «Agencia de Detectives Drake».

Una luz roja se encendía y se apagaba, y luego se quedó encendida. El ascensor llegó y se paró. Mason saltó dentro y le dijo al ascensorista:

—Baje sin detenerse a la planta baja, amigo. No pare usted. Es un asunto importante. Vamos.

El ascensorista abrió el control y el ascensor bajó rápidamente.

—¿Qué es lo que ocurre? —le preguntó al abogado.

—Quiero cazar a un individuo —contestó Mason.

El ascensor se detuvo suavemente. Se abrió la puerta y un vigilante de los ascensores dijo enfadado:

—¿Qué es lo que pasa, Jim? Usted…

—Yo me hago responsable de esto —dijo Mason, y se encaminó presuroso a través del vestíbulo a la calle.

Miró arriba y abajo de la calle, pero no vio huella alguna del

hombre a quien buscaba. Sin embargo, reconoció que la calle, llena de gente, ofrecía una perfecta oportunidad para que cualquiera que quisiera se mezclase a aquélla y se evaporase.

Mason avanzó hasta la acera, miró abajo de la calle para ver si algún taxi había salido recientemente del borde de la acera, y divisó a uno esperando el cambio de luces en la esquina. El taxi se acercó a la propia esquina ya antes de que la luz roja cambiase, y en seguida arrancó, desapareciendo.

En la entrada del edificio, al volverse, Mason vio a Paul Drake, Della Street y uno de los ayudantes de Drake, parados junto a la puerta.

—No dejó huella —dijo Mason—. Aquí no hay nada que hacer. Vamos a vigilar los garajes de estacionamiento. Della, tú conoces al hombre. Ve con el ayudante de Drake y vigila el garaje de estacionamiento al fondo de la calle. Paul y yo iremos al otro lado de la calle. Si le veis detenedle.

—¿Y cómo? —preguntó Della.

—Deténganlo —le repitió Mason al ayudante de Drake—. A mí me importa un bledo cómo lo hagan. Finja usted que le dio un pisotón, que le dio un golpe o cualquier cosa semejante; deténgalo y nada más. Afirme usted que le machacó uno de los guardabarros de su auto. Exíjale que le enseñe su permiso de conducir.

—¿Armo bronca si es necesario?

—Diablos, sí —dijo Mason—. Vamos, Paul.

Paul Drake y Mason salieron corriendo de la acera cruzando la calzada en medio del tráfico, sin hacer caso de los furiosos bocinazos de protesta de los automovilistas, y cruzaron al otro lado, al parque de estacionamiento de coches.

—Si él vino en su propio coche —dijo Mason—, entonces lo cazaremos en uno de estos dos sitios. Tú observa aquí y vigila a todos cuantos lleguen, Paul. Yo avisaré a Della.

Mason avanzó junto a la acera, hizo una señal, y dijo:

—Vamos, Paul, echemos una mirada por todo este lugar, para asegurarnos de que no está simplemente sentado dentro de uno de los coches.

Cinco minutos después, Mason reconocía su derrota. Se encaminó a través de la calle hacia donde Della y el ayudante de Drake estaban esperando y dijo:

—Bien, creo que nos la ha jugado. Pero todavía no comprendo cómo pudo bajar y evaporarse en el aire, pero durante este tiempo…

—¿Y el taxi? —preguntó Drake.

—*Creo* que iba vacío. No creo que pudiese alcanzarlo, Paul. Hice que el ascensorista bajase sin parar. De allí salté a la acera. Recuerda que si este hombre hubiese ido delante de mí… ¡Oh! Bueno, mejor será que vayamos a hablar con los ascensoristas y ver si saben algo.

Entraron en el edificio.

Uno por uno, interrogaron a todos los mozos que manejaban los ascensores a medida que bajaban con ellos. El cuarto y último ascensorista, después de escuchar la historia, dijo:

—Caramba, señor Mason. Yo recuerdo a ese hombre perfectamente. Pero ese hombre no bajó; solamente subió.

—¿Subió? —dijo Mason.

El ascensorista asintió, añadiendo:

—Recuerdo que hubo una doble llamada en el piso de usted, una para subir y otra para bajar, porque en el mismo momento que yo recogí a ese hombre para subir, el otro ascensor que bajaba paró y la puerta se abrió, pero resulta que allí no había nadie para bajar. De todo esto resulta que aquel hombre apretó los dos botones de llamada, el de subir y el de bajar… Claro está, hay individuos que a veces hacen eso cuando quieren subir a otro piso. De una manera mecánica y sin darse cuenta, aprietan el botón de bajada y luego recuerdan que lo que quieren es subir y entonces llaman al de subida y…

—Eso no lo haría este individuo —dijo Mason—. Lo que ocurría es que sabía que estaba en apuros y deseaba desaparecer lo más rápidamente posible. Por eso apretó los dos botones de llamada y entró en el primer ascensor que paró allí. Lo que quería era desaparecer de aquel piso. Paul, hay todavía grandes posibilidades de que ese sujeto esté aún dentro del edificio.

—¿Cómo iba vestido? —preguntó Drake.

Della Street dijo:

—Vestía un traje oscuro, con la chaqueta cruzada, corbata roja y azul, y camisa blanca.

—¿Llevaba sombrero?

—Anoche llevaba un sombrero negro y… Sí, sí, estoy segura de que a su lado había hoy, sobre una silla, un sombrero negro.

Mason le dijo a Drake:

—Ve arriba, Paul. Pon a una de tus muchachas en mi centralita telefónica. Gertie vio a ese hombre, así es que tráela abajo. Es posible que haya subido en el ascensor unos cuantos pisos; salió de aquél y después esperó, imaginándose que iba a engañarnos. Pero ahora ya sabemos que no pudo salir delante de nosotros. Yo iré a preguntarle a la muchacha del estanco del edificio.

Drake dijo:

—Dentro de un par de minutos ya tendré aquí a otro ayudante. Vamos, pues, a averiguar en el estanco, Perry.

La muchacha encargada del estanco y venta de revistas, les dirigió una sonrisa a la vez que les preguntaba:

—¿A qué se debe tanta prisa?

Mason dijo:

—Estamos tratando de encontrar a una persona. No sé si usted la habrá visto.

La muchacha movió la cabeza negativamente y replicó:

—No, a menos que sea un cliente habitual. La gente pasa por aquí como un río durante el día y…

Mason dijo:

—Pero este hombre tiene que estar dentro del edificio, o debe haber salido muy poco después que yo. Puede que lleve, o puede que no, un sombrero de fieltro negro, un traje oscuro con la chaqueta cruzada, corbata azul y roja, tiene unos treinta y cinco años, cinco pies y siete pulgadas de estatura, y pesa aproximadamente ciento ochenta y cinco libras. Su rasgo más destacado es un par de espesas cejas.

—¡Santo cielo! —exclamó la muchacha.

—¿Qué ocurre?

—Pues que salió del ascensor exactamente después que su secretaria, Paul Drake y el otro hombre llegaron a la calle.

—Prosiga —dijo Mason.

—No parecía tener prisa alguna. Iba caminando hacia el exterior del edificio, cuando bruscamente se detuvo aquí, en el mostrador, y se puso a mirar una revista.

Mason cambió una ojeada con Paul Drake, y dijo:

—¿Comprendes lo que ocurrió, Paul? El individuo vio a Della de pie en el borde de la acera y entonces desvió su camino y ocultó el rostro entre las páginas de una revista.

—Después compró un puro —dijo la muchacha— y cuando usted y el señor Drake pasaron corriendo hacia la calle, él salió también por esa puerta y dobló a la derecha… Sospecho que la única razón de que yo lo observase, fue porque estaba muy interesada al verlo a usted cruzar por el vestíbulo a toda prisa, seguido inmediatamente por su secretaria, el señor Drake y este otro señor, todos corriendo. Naturalmente, al ver eso me pregunté qué sería lo que estaría ocurriendo. El…

—Vamos, Paul —dijo Mason—. Della: Paul y yo subiremos al primer taxi que encontremos y nos dirigiremos calle arriba. Tú tomas el primer taxi que encuentres después, vas hasta la esquina y doblas a la derecha. Y todos nos dedicaremos a dar vueltas en torno a estas manzanas, observando a los transeúntes, para ver si podemos encontrar a ese individuo.

—¿Pero qué es lo que ocurre? —preguntó Drake—. ¿Un asesinato?

—Todavía no —contestó Mason con una significativa mueca.

—¿Y qué hacemos si lo encontramos? —preguntó el ayudante de Drake.

—Síganlo —dijo Mason—. No traten de detenerlo ahora. Pero, por todos los medios, averigüen quién es.

Mason se acercó al borde de la acera y tuvo la suerte de que pasara un taxi vacío, casi inmediatamente. El y Drake saltaron al interior del vehículo y rodaron cuatro calles arriba, y luego doblaron a la derecha una calle más, para volver a doblar hacia abajo por otra vía paralela.

—Esto es igual que estar buscando una aguja en un pajar —dijo Paul Drake.

Mason asintió, pero con los ojos fijos en la acera observando a los transeúntes, le dijo al chófer:

—Despacio. Cuando llegue usted a la próxima calle, doble a la derecha y luego siga cinco esquinas por esa calle. Después vuelva a doblar y vaya y venga por las calles principales de cruce. Lo que hace falta es que se mantenga rodando.

—¿Es usted agente de la autoridad? —preguntó el chófer.

Mason replicó:

—No se preocupe de quién soy yo. Limítese a conducir bien y a observar el funcionamiento del taxímetro.

—No quiero que se trate de algún trabajo violento —dijo el chófer.

—No habrá violencia —prometió Mason—. Usted mantenga los ojos fijos en el camino y las manos en el volante.

Estuvieron rodando despacio arriba y abajo por diversas calles, hasta que finalmente en una esquina se encontraron con el taxi en el cual iban también vigilando Della Street y el ayudante de Paul Drake.

—Toque la bocina —dijo Mason al chófer—. Llame la atención de esas personas que van en el otro taxi… Así está bien.

Mason hizo una señal a Della Street cuando ésta miró al oír el sonido de la bocina.

Della movió lenta y afirmativamente la cabeza.

Mason le volvió a hacer señas para que regresasen a la oficina, y una vez en ella se arrellanó, recostándose en el mullido asiento y diciendo:

—Así es, Paul. Le concedemos a ese sujeto el habernos ganado la primera partida…, hasta ahora. Incluso dos partidas.

—¿Quién es él? —preguntó Drake.

—Para eso es para lo que yo he solicitado tus servicios, para descubrirlo.

—Entonces, ¿me contratas?

—En efecto, quedas contratado —replicó Mason.

—¿Con qué intensidad quieres que trabaje?

—A toda potencia. Ya me estoy cansando de que un pícaro de poca monta se esté burlando así de mí.

—Puede que no sea un pícaro de poca monta.

—Quizá, pero te apuesto diez a uno de que sí es un pícaro. Della te dará todos los informes que hasta ahora tenemos. Y tú toma éstos como punto de partida para investigar.

Capítulo 4

De vuelta en la oficina de Mason, el abogado dijo:

—Della, ponme en comunicación telefónica con el teniente Tragg. Vamos a ver lo que él sabe. Quizá consigamos interrogar a la aterrada camarera y resolver por lo menos una parte del misterio.

Della Street hizo la llamada, y después dijo:

—Hola, teniente, ¿qué tal está usted? Aquí le habla Della Street… ¿Qué dice usted…? Bien, el señor Mason quiere hablar con usted. Por favor, escuche.

Della Street hizo una seña a Perry Mason y éste tomó el auricular y dijo:

—Hola, teniente, ¿cómo está usted?

—¿Qué clase de trato quiere usted hacer conmigo? —preguntó Tragg.

—¿Qué quiere usted decir?

—Me refiero a lo de poner a esa muchacha en una clínica particular con enfermeras especiales… La próxima vez que yo le saque a usted las castañas del fuego, puede usted…

—Vamos, ya volvemos a las andadas —dijo Mason—. ¿Qué es lo que le está carcomiendo ahora?

—Ya sabe usted muy bien lo que me está carcomiendo —respondió Tragg, irritado—. Usted sabía que si nosotros llevábamos este asunto por cuenta propia, hubiéramos hecho de forma de que no pudiera huir. Y usted fingió que lo que quería era que estuviese en completa seguridad, y luego colocarla en una situación en que ella pudiese…

—¿Quiere usted decir que la muchacha desapareció? —preguntó Mason.

—Está usted endiabladamente en lo cierto: ha desaparecido.

—Tragg, le doy a usted mi palabra de honor de que ese asunto

estaba en marcha ascendente. Todo estaba tal cual yo se lo describí a usted.

—¿Sííí…? —replicó Tragg, sarcástico—. Usted sólo quería cooperar con las viejas y santas fuerzas de policía, ¿verdad, Mason?

—Escuche, Tragg —dijo Mason—. ¿Acaso le he hecho yo jamás una mala jugada?

—¿Que si me la ha hecho usted? —dijo Tragg—. Me ha hecho usted tantas, que ya…

—Es posible que una o dos veces yo haya tenido que estar en el lado opuesto a usted —dijo Mason—. ¿Pero acaso le he pedido a usted su cooperación en algo con objeto de sacar ventaja de usted?

—Bueno…, no…

—Ni tampoco lo haré —afirmó Mason—. Lo que usted acaba de decirme, es tan nuevo para mí como lo es para usted, y eso me fastidia mucho. ¿Cómo fue que se escapó?

—Nadie lo sabe —replicó Tragg—. Se encontraba allí, y de pronto, cinco minutos más tarde, había desaparecido. Estaba en cama, aparentemente dormida. La enfermera especial salió hasta el vestíbulo para ir a buscar un emparedado y una taza de café. La enfermera, desde luego, dijo que no había estado fuera del cuarto de la paciente más de cinco minutos. Pero lo probable es que estuviera media hora. La paciente estaba descansando tranquilamente y durmiendo, y la enfermera la observaba de vez en cuando.

—¿Estaba herida de gravedad la muchacha?

—Al parecer sólo había sido magullada. Posiblemente tenía sólo una contusión, algunos rasguños, un par de costillas rotas que fueron ligadas y otras lesiones ligeras. El doctor que la asistía quería mantenerla en observación por algún tiempo.

—¿Y qué hay de las ropas? —preguntó Mason.

—¡Oh, diablos! —dijo Tragg—. Sus ropas estaban en el armario. Se las puso y se marchó.

—¿Y qué hay en cuestión de dinero?

—No tenía un solo centavo. El contenido de su bolso había sido inventariado y guardado en la administración.

—¿Cómo pudo marcharse del hospital sin tener dinero siquiera para un taxi?

—¿Y me lo pregunta usted? —dijo Tragg—. ¿Quién cree usted

que soy yo? ¿Un adivino? Le estoy diciendo a usted todo lo que ocurrió.

—Pues bien, todo eso es nuevo para mí —le respondió Mason—. Y ahora sólo para demostrarle a usted de que estoy totalmente a su lado, voy a poner todas mis cartas boca arriba sobre la mesa, si usted quiere. Le diré a usted todo lo que sé sobre este caso, y…

—No cuente conmigo —dijo Tragg—. No cuente conmigo. Ya tengo bastante en mi cabeza. Vaya con su cuento el Departamento de Tráfico… Yo me limité a tratar de hacerle a usted un favor, y eso fue todo.

—Y usted me lo hizo, y muchas gracias por ello.

—No tiene por qué dármelas.

—¿No quiere usted que yo le tenga al corriente, si ocurren nuevos hechos?

—Estaba haciéndole a usted un favor solamente —repitió Tragg —. Pero me importa un bledo adonde haya ido a parar esa muchacha, ni lo que haga. Por lo que a mí concierne, pudo haberse levantado de la cama y salido por la puerta principal cuando le hubiera dado la gana. Lo único que ocurre es que me hace aparecer algo así como un tonto, eso es todo… Cuando este asunto se convierta en un asesinato, entonces llámeme usted. Estoy en la Sección de Homicidios, ¿recuerda?

—Lo recordaré —contestó Mason, y colgó.

Capítulo 5

A última hora de la tarde, Paul Drake llamó con los nudillos, conforme a un código ya establecido, en la puerta de la oficina privada de Mason.

Mason hizo una seña a Della Street y ésta abrió la puerta.

—Hola, Paul —dijo—. ¿Cómo van las cosas?

—Muy bien… ¿Y cómo van los trucos aquí?

Drake entró en la oficina y apoyó una cadera en el brazo de una butaca de cuero, equilibrando el cuerpo en una postura que indicaba su propósito de hacer de ésta una visita relámpago.

—¿Estás muy ocupado, Perry? ¿Tienes tiempo para escuchar algo?

Mason asintió.

Della Street señaló a una pila de correo que estaba sin firmar.

—Di —replicó Mason—. Habla. Y yo firmaré cartas mientras hablas. ¿Has leído todo esto, Della?

La muchacha asintió con la cabeza.

—¿Está todo listo para mi firma?

Ella volvió a asentir.

Mason empezó a firmar cartas.

Drake dijo:

—Hay algo extraño en todo este caso, Perry.

—Continúa, Paul. ¿De qué se trata?

—No lo sé.

—Entonces, si no lo sabes, ¿cómo dices que hay algo extraño? —preguntó Mason mientras su pluma iba estampando firmas, y Della Street le iba entregando cartas, una tras otra, y después secaba las firmas cuando Mason las había rubricado.

—La policía está interesada en este caso.

—Tiene motivos para estarlo.

—No los tiene, por lo que hasta ahora sabemos nosotros, Perry. El suyo es un interés más profundo que todo eso.

—Continúa. ¿Desde qué ángulo ves las cosas?

—Pues bien, en primer lugar, tú nos diste un tiquet de una casa de empeños en Seattle.

Mason asintió.

—¿Y ya sabes lo que había allí empeñado? —preguntó Paul.

Mason hizo un movimiento negativo de cabeza y dijo:

—Sé que eran objetos por valor de dieciocho dólares. Ese era el importe estampado al dorso del tiquet, y yo supongo que dieciocho dólares, más el uno por ciento por mes, más…

—Ya sé —dijo Drake—. Te imaginaste que no podías equivocarte en lo que se refiere al importe. Pero ahora voy a decirte la clase de artículo que era.

—¿Qué era?

—Un revólver.

—¿Bueno?

—Al parecer, sí. Es un revólver «Smith y Wesson», de modelo especial, calibre treinta y ocho.

—¿Lo recogisteis? —preguntó Mason.

Drake negó con un ademán de cabeza y dijo:

—No. Lo recogió la policía.

—¿Cuál policía?

—La policía de Seattle.

—¿Y cómo fue eso? Vosotros teníais el tiquet de empeño, ¿no es así? Y yo te ordené que lo enviases por correo aéreo a Seattle, y…

—Cuando la policía fue al café de Morris la noche pasada, naturalmente, le preguntaron a aquél sobre lo que sabía de la muchacha. Morris les dijo que no sabía absolutamente nada sobre ella, que había llegado pidiendo empleo de camarera, que necesitaba dinero y que era el primer mes que trabajaba en su establecimiento.

—Ya lo sé —dijo Mason—. Ya me dijo todo eso.

—Los policías hicieron una investigación y encontraron que el bolso de la muchacha había sido recogido por el chófer de la ambulancia y llevado al hospital. Y como es costumbre, hicieron un inventario de lo que el bolso contenía.

—¿Así proceden en las cosas de tráfico?

—Sí, en los accidentes de tráfico…

—Continúa.

—En el bolso encontraron pintura de labios, llaves: que todavía nada significan, maquillaje y un recibo de una casa de empeños de Seattle.

—¿Otro más?

—Exactamente.

—Y después de eso, ¿qué hicieron?

—Enviaron un telegrama a Seattle y la policía de allí se puso a investigar. El recibo de la casa de empeños correspondía a una sortija con un diamante. El dueño de la casa recordaba a la muchacha. Y dijo que había empeñado un revólver al mismo tiempo que la sortija. La policía echó un vistazo al revólver. Y en seguida comenzaron a producirse los acontecimientos.

—¿Qué clase de acontecimientos, Paul?

—No estoy seguro todavía, pero todo eso dio lugar a una gran actividad de la policía de aquí. Empezaron a ir a un sitio y a otro y a hacer cosas. El restaurante de Morris está repleto de detectives.

—¿Y dónde está Morris?

—Eso es lo que muchos quisieran saber —respondió Drake.

Mason dejó de firmar cartas y exclamó:

—¡Maldita sea!

Drake añadió:

—Es posible que Morris esté ausente por cuestiones del negocio.

—¿Y qué más, Paul?

—Morris nunca dijo nada a los policías sobre el abrigo de visón, pero a éstos se lo dijo una de las camareras. Les dijo que Morris te había dado el abrigo, y que tu secretaria se lo había llevado puesto.

—Esas soplonas, ¿no te parece?

—¡Hum! Y al parecer hay cierta cantidad de resentimiento y de celos entre ellas, de los cuales podemos aprovecharnos, quizá.

—¿Cómo es eso?

—Creo que Morris te está vendiendo un perro hinchado.

—¿Lo crees así? —preguntó Mason—. ¡Santo Dios, Paul! Precisamente yo estoy trabajando para Morris.

Drake asintió.

Della Street secó la última de las cartas, las llevó todas a la oficina de correspondencia para cerrarlas y ponerles sellos de

correo, y después regresó y se sentó a su mesa de trabajo.

Drake dijo:

—Una de las camareras se llama Nolan. Mae Nolan. Es posible que *haya* tenido una corazonada de que Morris se interesaba por ella un tanto.

—¿Acaso Morris anda por ahí de aventura con sus camareras?

—Al parecer, no —dijo Drake—. Y quizá ésa sea una de las causas parciales de las complicaciones. Sin embargo, hay muchos ángulos que es preciso tener en cuenta por ejemplo, hay algunas mesas del restaurante que son de selección, por las muchas propinas que producen. Otras, en cambio, no son buenas. Y hay otras cosas por el estilo.

—¿Morris les designa esas mesas por orden de antigüedad en la casa?

—No, es simplemente por orden de favoritismo —replicó Drake —. O por lo menos, así lo piensan las camareras.

—¿Y qué me dices de esa Mae Nolan?

—Está ahora mismo en mi oficina. Le acabo de tomar una declaración, y pensé que quizá te gustaría hablar con ella.

—Sin duda alguna —contestó Mason—. Si Morris está ocultándome cosas, ya le demostraremos de lo poco que le sirve.

—Bueno, habla con la muchacha, y después ve lo que te parece todo eso —dijo Drake.

—Muy bien. Tráela aquí.

Della Street dijo:

—Puedo ir yo a buscarla y traerla, Paul, si tú y el jefe queréis continuar hablando.

—No es eso —repuso Drake—. Es que me siento perezoso, Della. Si me haces ese trabajo de caminar por mí, te lo agradeceré… La muchacha está en mi oficina. La telefonista la conoce. Dile simplemente que venga aquí.

—¿Me presentaré yo misma a ella? —preguntó Della Street—. Es decir, si hay alguna razón para que ella no sepa que…

—Ninguna en absoluto —dijo Drake—. Por lo menos, en lo que a mí se refiere.

—Seguro —intervino Mason—. Ve, Della.

—¿Tienes ese recibo de la casa de empeños de Seattle? —preguntó Mason.

—Lo tiene nuestro agente en Seattle —replicó Drake—. Me telefoneó apenas hablaron con el dueño de la casa de empeños. Encontró a éste sin saber qué hacer, procediendo como si lo hubieran cazado robando gallinas.

—Entonces, ¿es que no tiene las manos limpias?

—Era de suponer que las tuviese, pero había algo que le preocupaba. En tales circunstancias, mi agente en Seattle no le mostró su juego al comerciante, sobre todo al ver que la policía había descubierto ya el revólver y lo tenía en su poder.

Mason alargó la mano para tomar un cigarrillo, y dijo:

—Paul, ¿quieres uno?

Drake movió la cabeza negativamente y dijo:

—Ahora no.

Mason estaba encendiendo el cigarrillo, cuando oyeron el ruido de pasos rápidos en el pasillo, y Della Street, escoltando a una mujer joven, entró en la oficina y dijo:

—Este es el señor Mason, señorita Nolan.

—¿Cómo está usted, señor Mason?

Mae Nolan era una rubia artificial, de unos treinta y pico de años. La expresión de su rostro se mantenía siempre con gesto agradable, pero los ojos azules, por encima de la boca sonriente, eran rápidos en su valoración de las cosas, y fríos en la observación.

—Siéntese —la invitó Mason.

—Gracias —dijo ella con su mejor estilo social.

Drake sonrió indulgente y dijo:

—No tiene usted que andarse con remilgos, Mae. Proceda a contarle su historia al señor Mason.

Mae le echó a Paul una mirada de enfado y dijo:

—No me andaba con remilgos.

Mason dijo:

—Creo que usted interpretó mal a Drake, señorita Nolan. Se estaba refiriendo simplemente al hecho de que podía usted ir directamente y sin rodeos al asunto. No se refería a sus maneras, sino a que no había necesidad de andar con rodeos verbales.

—¡Oh, gracias! —dijo Mae sonriéndole a Mason y agitando sus pestañas. Luego, suavemente, se volvió hacia Paul y dijo:

—Es que hoy me he sentido nerviosa y agitada. Con tantas cosas, no he tenido tiempo de dormir lo suficiente. Vamos al restaurante a

las seis de la mañana, y trabajamos hasta las doce y media, sin parar un solo momento.

—Un trabajo muy pesado —comentó Mason.

—Sí, a veces lo es.

—¿Las mesas se llenan de clientes siempre?

—Bueno, en verdad, eso es variable. Los sábados por la noche, el restaurante está lleno hasta el tope. Luego, el lunes por la noche ya no hay tanta clientela. Pero, claro está, todas las noches a la hora de apuro, también está lleno. Después, las cosas ya se calman, excepto los sábados por la noche. Luego, hay también una hora en que todo se calma, pero nuevamente empieza el movimiento a la salida de los teatros.

—Ciertamente —dijo Della Street, con simpatía—, debe ser un trabajo duro, teniendo que estar de pie todo el tiempo.

—No se da usted cuenta ni de la mitad de lo duro que es, querida —respondió Mae Nolan, volviéndose hacia Della—. Hay que apretarse la faja en un trabajo como éste. ¡Dios santo…! Yo… Bueno, no se preocupen… Ustedes, amigos, no tienen por qué interesarse en mis problemas… Pero no es el trabajo en sí sino el público que no lo aprecia, las gentes que le regañan a una por las equivocaciones que ellas mismas cometen… Por ejemplo, un hombre pide un bistec y se le olvida decirle a usted que lo quiere poco pasado. Y luego es capaz de jurar que le dijo a usted que no lo quería a menos que estuviese poco pasado… ¡Oh, de qué sirve lamentarse…!

—Yo creía que ustedes le preguntaban a los clientes cómo querían el bistec cuando les hacían el pedido —comentó Della.

Mae Nolan le dirigió una mirada de hielo:

—Sólo expuse ese caso como un ejemplo.

—Pero usted iba a decirnos algo respecto a Dixie Dayton —intervino Drake.

—Oh, ¿de veras?

—Yo creí que así era.

—No sé si debo lanzarme a abrir la boca y cantarlo todo. No sé las consecuencias que todo eso podrá acarrearme…

—Probablemente, ninguna —dijo Mason.

Mae lo observó, estudiándolo cuidadosamente, y luego dijo:

—Usted viene a nuestro restaurante de vez en cuando. Ya lo he

servido algunas veces.

Mason asintió con la cabeza.

—Y —dijo Mae— usted da siempre buenas propinas… La mayor parte de las veces, usted se sienta en los reservados, ¿verdad?

—Es que me gusta estar aislado —dijo Mason—. Cuando como, me gusta también descansar y estar a mis anchas, y cuando me siento en el salón general a comer, algunos clientes me reconocen ocasionalmente.

—¿*Ocasionalmente*? Tendría usted que oír lo que la gente dice de usted cuando come en el salón general. Ya comprendo lo que usted siente, y por eso no le critico que se vaya a comer en los reservados… No creo que yo lo haya servido más de un par de veces en todo el tiempo que llevo en la casa. Espero que algún día también yo tendré el privilegio de servir en los reservados, sí me quedo el tiempo suficiente en esa casa. Probablemente, me moriré de vieja antes de que el camarero de los reservados se marche.

—Conforme yo recuerdo, usted es una camarera muy buena —dijo Mason—. Si yo le di a usted una buena propina, entonces puedo asegurarle que fue porque el servicio era más que satisfactorio.

—Bueno, muchas gracias por sus amables frases. No las oímos con mucha frecuencia. Como estaba diciendo yo, cuando usted come en el comedor principal, los otros clientes estiran el cuello para verle a usted, y Luego se producen grandes murmullos. Después, cuando acudo a las mesas para recibir las ordenes, los clientes me dicen que me acerque más, y en voz baja me preguntan: «¿No es ése el famoso Perry Mason, aquel que esta allí, en aquella mesa?», y yo asiento, y entonces, señor Mason, ¿sabe usted lo que quieren averiguar?

—¿Qué es lo que quieren averiguar? —preguntó Mason, haciéndole un guiño a Drake.

—Quieren saber quién es la mujer que está con usted.

—¿Y usted qué les responde? —preguntó Mason.

—Entonces es cuando yo me hago fuerte —dijo Mae—, contestándoles que ese asunto no les concierne.

—Pero usted iba a decirnos algo respecto a Dixie —interpuso Drake.

—Oh, ¿de verdad? Yo…, puede ser que *usted* creyó eso, pero…

Mason se volvió hacia Drake y le dijo:

—Sabes, Paul, hay algo extraño respecto a esa Dixie Dayton.

—¿En qué sentido? —preguntó Drake captando la significativa mirada de Mason.

—Pues bien, que parecía no encajar en el oficio de camarera —dijo Mason—. No sé cómo expresarlo exactamente, pero me pareció que quizá Morris la estaba protegiendo.

—Bien, eso es también lo que a mí me pareció —dijo Drake—. Desde luego, aquí, Mae no quiere discutir más esa cuestión.

—Creo que ya he abierto mi boca demasiado, más de lo que debiera para mis intereses —replicó Mae Nolan.

Mason no prestó atención a esas palabras y continuó diciéndole a Drake:

—Desde luego, yo conozco a Morris desde hace mucho tiempo, y si estaba protegiendo a Dixie Dayton y haciéndole favores, puedes estar bien seguro de que ella se encontraba en posición para ganarlo…, quiero decir en forma de negocio. Creo que cuando hayas averiguado bastante de su historia descubrirás que había estado trabajando de camarera antes, en sitios muy distinguidos en todo el país, y que Morris sabía eso y…

Mason fue interrumpido por la risa estrepitosa y sarcástica de Mae Nolan.

El abogado se volvió hacia ella y alzó las cejas inquisitivo.

—Vaya un detective más agudo que ha resultado usted —dijo ella, y después, alzando la mano, hizo un ademán semejante al de alguien que quisiese apartar una mosca de su rostro, añadiendo—: ¿Esa muchacha una camarera? ¡Puf, puf! Fuese lo que fuese lo que ella tenía que atraía a su amigo Morris, eso, desde luego, era algo que ella no mostraba durante las horas de trabajo. Esa muchacha no haría eso.

—¿Y era algo malo? —preguntó Mason.

—¿Malo? Pésimo.

—Pero yo no puedo comprenderlo —dijo Mason con voz reveladora de hallarse sorprendido—. Morris es un agudo negociante.

—¿*Agudo negociante*? —repitió ella—. ¿En dónde le dijeron a usted eso? Quizá sea un agudo negociante cuando se trata de dirigir la cocina y poner los precios en el menú, en forma que él esté

seguro de no perder dinero, pero no se engañe usted creyendo que es hombre de negocios, cuando se refiere al manejo de las camareras. Diablos, yo he visto muchachas que lo han envuelto en los dedos. ¡Absolutamente envuelto!

—¿De veras? —dijo Mason.

—Puede usted apostar hasta el último dólar. He estado sirviendo mesas desde que era pequeña como un saltamontes, señor Mason, y hasta ahora no he encontrado nunca un solo jefe que no pudiese ser engañado por una individua guapa y avispada.

Mason hizo que su voz sonase completamente incrédula y dijo:

—¿Quiere usted decir que Morris pudo ser engañado por…?

—¿Que pudo? Oiga usted, me parece que usted no conoce a Morris lo bastante. Y esa Dixie era la muchacha que le hizo también una faena a él.

—Entonces, era muy habilidosa, ¿eh?

—Bien, yo no sé hasta qué punto era habilidosa, pero desde luego tenía una gran experiencia.

—Al parecer ella le conocía desde hace tiempo —dijo Drake.

Mason sacudió la cabeza lentamente.

—¿Por qué mueve usted la cabeza así? —preguntó Mae—. Bien, Morris la conocía…, y no me digan otra cosa. Cuando ella entró por primera vez en el establecimiento, Morris estaba sufriendo uno de sus ataques de eficiencia. Quería *esto mejor y aquello mejor y lo otro mejor*, y en ese momento alzó la mirada y vio a esa muchacha caminando hacia él, y entonces abrió la boca de par en par y sus ojos parecieron saltarle de las órbitas, como si estuviera viendo a un fantasma.

—¿Y qué dijo él? —preguntó Mason.

—Retrocedió dos pasos, y después alumbró una sonrisa en su rostro, pero era una sonrisa dudosa, y al mismo tiempo alargó la mano y se adelantó, y fue en ese momento cuando Dixie le hizo la primera jugada.

—¿Qué quiere usted decir?

—Pues ella habló inmediatamente antes de que él tuviera ocasión de decir una sola palabra. Y dijo: «¿Es usted el propietario? Bueno, creo que necesita usted una camarera, y yo necesito trabajo».

—Y luego, ¿qué ocurrió?

—Luego, el señor Morris recobró el aplomo y dijo con dignidad: «Bien, si hace usted el favor de pasar a uno de aquellos reservados del fondo, yo iré a hablar con usted dentro de unos momentos. Ahora estoy ocupado dando instrucciones a las camareras sobre la forma de atender al servicio. Espero tener mucho público esta noche. Vaya, pues, allí y siéntese».

—¿Y ella lo hizo así? —preguntó Mason.

—Que nos den a nosotras, las muchachas, sonrisas protectoras y que nos manden entrar en el reservado, al extremo del local, y ya verá usted… —dijo Mae Nolan.

—Y luego, ¿qué ocurrió?

—Después, el señor Alburg fue al reservado y se quedó allí durante…, bueno…, creo que diez o quince minutos.

—Y luego, ¿qué?

—Luego vino y nos presentó a Dixie al resto de las muchachas y nos dijo que iba a colocarla como camarera.

—¿Y eso ocurrió hace una semana?

—Sí, exactamente una semana.

—Y después, ¿qué?

—Pues después —dijo Mae en forma pensativa y sentenciosa— dijo que ella había sido camarera en otro sitio, aunque no por mucho tiempo, y que no era tampoco un establecimiento importante. No era buena camarera. Hacía demasiados viajes a la cocina y no sabía espaciarlos en forma que pudiese matar dos pájaros de un tiro y aprovecharlos, con lo cual se cansaba de una forma terrible. Y cada vez que esto ocurría el señor Alburg arreglaba las cosas de manera que los clientes no fuesen a sus mesas.

—Entonces, ¿en esa forma ella perdía las propinas?

—Perdía las propinas y abandonó el trabajo, pero si usted me lo pregunta, el señor Alburg la compensaba por ello en alguna otra forma, pues ella le dirigía sonrisas de agradecimiento cada vez que le quitaba clientes llevándolos a otras mesas, y dejándola que estuviese tranquila durante las horas de apuro en el trabajo.

—Y a ustedes, las otras muchachas, ¿no les importaba eso? —preguntó Mason.

—Oh, a nosotras no nos importaba. Nos ocupábamos del trabajo extra, por las propinas extra que representaba, pero lo que a

nosotras nos fastidiaba era el hecho de que cuando había poco negocio y venían sólo algunas personas que eran clientes habituales y daban buenas propinas, el señor Alburg se las llevaba a las mesas de Dixie. Y eso no está bien. Si un hombre va a manejar un establecimiento como ése, debe hacerlo sobre bases justas. Si quiere tener amigas, puede tenerlas fuera del negocio. A nosotras no nos importa lo que haga, con tal de que sea justo con nosotras en las horas de trabajo.

—¿Y ustedes comentaron entre sí esto? —preguntó Mason.

—No mucho. A Morris no le agrada que tengamos esas tertulias. Cuando nos ve juntas hablando, se las arregla de una manera o de otra para disolvernos, poniéndonos a trabajar o a hacer algo. En esa forma, nos mantiene aisladas.

—Entonces, ¿usted no ha comentado esto con las otras muchachas?

—No, a decir verdad.

—Entonces, eso puede ser sólo cosa de la imaginación de usted.

—¿Cómo?

—Lo que usted ha estado diciéndome sobre ese favoritismo.

—No sea tonto —replicó ella—. Me parece que ya he trabajado en este ramo lo bastante para saber cuándo tengo una buena oportunidad y cuando no.

Mason sacó una cartera del bolsillo, extrajo un billete de veinte dólares y se lo tendió a Mae.

—Lo siento —dijo él— por no haberme sentado a la mesa de usted últimamente, señorita Nolan. Quizá acepte usted esto como una disculpa y una compensación por las propinas que le hubiera dejado si usted me hubiera servido.

—Caramba, vamos —dijo ella—. Esto es lo que se llama una persona realmente decente. Es usted, en verdad, magnífico, señor Mason, y recuerde que en cualquier ocasión que vaya al restaurante y se siente a mi mesa, tendrá lo mejor y… Bien, ya sabe usted que tiene lo mejor en cualquier lugar, pero…, bueno, muchas gracias.

Mae dobló el billete, se levantó la falda sin ninguna pretensión de modestia y se guardó el billete en el doblez de la media.

—¿Algo más? —preguntó Paul Drake.

Mae Nolan bajó despacio la falda y dijo:

—Bueno, ahora esto ya es un poco diferente. Siempre es

agradable para mí hacer lo que pueda por un par de personas simpáticas… Supongo que ustedes saben ya que el señor Alburg le regaló aquel abrigo de pieles.

—¿Se lo regaló Alburg? —preguntó Mason.

—Así fue.

—Verdaderamente, él no me dijo eso —contestó Mason—. No puedo creer que él…

—Pues así lo hizo. Salió del establecimiento y lo compró para ella.

—¿Dónde?

—Eso es lo que nosotras mismas nos hemos preguntado, señor Mason. Algunas de las muchachas creen que lo extrajo de un armario en su apartamento. Es posible que lo tuviese guardado para ella.

—¿Pero fue él quien lo consiguió?

—Yo diría eso. Salió del establecimiento, y cuando regresó traía un voluminoso paquete envuelto en papel oscuro bajo el brazo. Lo llevó a la cocina y lo primero que supimos fue que cuando una muchacha se dirigió a los lavabos de señoras, allí estaba el mismo papel oscuro estrujado y tirado en el cesto de los papeles… Y Dixie Dayton estuvo llorando toda aquella tarde. Nosotras no podíamos suponer por qué lloraba en esa forma, hasta que la vimos contemplar ese abrigo de pieles, pues fue cuando comprobamos que se lo había comido la polilla.

»Es siempre lo mismo con Morris Alburg. Lo había estado guardando para ella envuelto en papel, y nunca se le ocurrió ponerle algunas bolas de naftalina.

»Caramba, ese abrigo debió de costarle en tiempos un montón de dinero a quien lo compró. Personalmente, no creo que Dixie fuese lo bastante distinguida para que se lo comprasen. Yo creo que fue robado.

—Bueno —dijo Drake—, eso me parece una buena noticia. ¿Tiene algo más que decir?

Mae meditó unos momentos, y luego dijo:

—Creo que eso es todo. Y ahora tengo que irme. Y gracias por el paseo con que me obsequiaron.

Les dirigió una sonrisa maliciosa, se puso en pie, sacudiendo y estirando su falda en las caderas.

Drake se incorporó y abrió la puerta. Mae Nolan dirigió una nueva mirada a Perry Mason, sonrió y parpadeó las pestañas varias veces, y después, moviendo con cierta exageración las caderas, salió de la oficina, pero se volvió súbitamente y dijo:

—Ah, esperen un momento. Supongo que no irán a decirle nada de eso al señor Alburg, ¿verdad?

Mason movió la cabeza negativamente.

—Gracias —dijo ella.

La puerta se cerró. Della Street echó mano de un periódico y empezó a agitarlo en el aire como si fuera un ventilador, para ahuyentar de la atmósfera el perfume dejado por Mae.

Mason arqueó una ceja con expresión sorprendida y dijo:

—No me había parecido que la cosa fuese tan mala como todo eso, Della.

—De veras que no —comentó ella.

—¿No?

—No. No con esas piernas y la forma en que maneja sus ojos. Personalmente, no concedo completo crédito a la palabra de esta pequeña tramposa así como así.

—Una parte de todo eso pudiera ser imaginación —dijo Mason —, pero no todo. Vamos a ver si conseguimos telefonearle a Alburg, Della.

—¿Por la línea privada?

Mason asintió.

—Apuesto diez contra uno que no conseguirás nada —dijo Drake.

Della se dirigió a su mesa y le dijo a la muchacha que estaba en el teléfono:

—Dame línea exterior, Gertie.

Y luego, con dedos hábiles, marcó el número del restaurante de Alburg.

—Quiero hablar con Morris Alburg —dijo—. Aquí es la oficina del señor Mason… ¿Qué dice usted…? ¿Cuándo…? ¿Cuándo lo espera usted…? Bueno, dígale que llame al señor Mason tan pronto como regrese, por favor.

Della colgó y le dijo a Mason:

—Se marchó hace un par de horas y no ha regresado.

—¿Sabe alguien dónde está?

—Al parecer, no. Dicen que no saben dónde localizarlo, pero que le dirán que llame aquí tan pronto regrese.

El teléfono interior que estaba sobre la mesa de Della comenzó a sonar con tres timbrazos agudos y cortos.

Della Street se volvió hacia Perry Mason y le dijo:

—El teniente Tragg está camino de aquí. Esta es la señal convenida que yo establecí con Gertie…

La puerta exterior de la oficina se abrió y apareció el teniente Tragg, vestido de paisano, el cual permaneció de pie, observando la estancia.

—Hola, amigos —dijo—. ¿Está usted ocupado, Mason?

—Cielos, no —dijo Mason—. Tengo únicamente alquílada la oficina para disponer de un sitio para dirigir un juego privado de carreras. Y traté de hacer esto mismo en una esquina de la calle, pero los ruidos del tráfico me distraían mucho, y por eso tomé esta oficina.

Tragg entró, cerró la puerta tras sí, y dijo:

—No se ponga usted así, Mason. Siempre le doy tiempo a Gertie para que le haga saber a usted con anticipación que vengo camino de aquí, y me detengo el tiempo suficiente para que usted pueda ocultar lo que quiera. Pero está por debajo de la dignidad de la autoridad el que yo haya de esperar en el antedespacho de nadie.

—Bien lo sé —dijo Mason con tono de simpatía—. El dinero de los contribuyentes tiene que ser ahorrado, incluso a expensas del tiempo de aquéllos.

—Exactamente —replicó Tragg acomodándose en una butaca y echándose el sombrero hacia atrás en la cabeza.

Tragg observó pensativamente a Mason, y luego añadió:

—Quizá yo debiera haber sabido que si empezaba a sacar castañas del fuego para usted, iba a quemarme los dedos.

—¿Y se los quemó usted? —preguntó Mason.

—Bueno, los tengo bastante calientes. Y espero que no me saldrán llagas; pude habérmelos quemado.

—No comprendo.

—Tampoco lo comprendo yo. Y por eso vine aquí, para averiguarlo.

—Pues me temo que no pueda decirle nada.

Drake se puso en pie y dijo:

—Bueno, yo me voy a dar una vuelta y a ver cómo marchan las cosas en mi oficina.

—Creo que no le he dado miedo a usted, Drake —dijo Tragg.

—No, solamente me voy…, pero no por miedo —replicó Drake, al propio tiempo que dirigía una mirada relámpago a Mason y salía por la puerta.

Tragg sacó un puro del bolsillo, le cortó la punta, miró a Mason inquisitivamente, y encendió el puro, diciendo:

—¿Cómo van los negocios?

—Demasiados negocios, pero no bastante dinero.

—Lo sé —digo Tragg con simpatía—. Algunos días, cuando usted no gana unos miserables mil dólares… ¿Qué asuntos tiene usted con Alburg?

Mason dijo:

—Me encontraba en su restaurante cuando se produjo toda la excitación. Voy a comer allí de vez en cuando. Alburg me preguntó unas cuantas cosas.

—¿Qué cosas?

Mason sonrió y dijo:

—No puedo recordarlas, teniente.

Tragg observó el extremo de su puro para ver si ardía rítmicamente, le hizo una mueca a Mason y dijo:

—Usted bien sabe, abogado, que yo le tengo simpatía.

—Gracias.

—Y ahí es donde empiezan los problemas.

—¿Qué problemas?

—Los míos. Hay personas en el Departamento de Policía que no le quieren a usted.

—¿No?

—No. Creen que usted está en la orilla opuesta de la ley.

Mason contestó:

—La ley da a todos los hombres el derecho de tener un abogado consejero y…

—No se moleste en explicarlo —dijo Tragg—. Cualquier día, en un almuerzo de los socios de un club, querrán que usted les pronuncie un discurso, y me fastidiaría que usted ya hubiese gastado de antemano los materiales para él.

—Simplemente, estoy ensayando.

—No necesita usted ensayar. Lo hace usted muy bien espontáneamente. De hecho, lo hace demasiado bien, algunas veces… ¿Qué me dice usted del abrigo de visón?

—¿Qué abrigo de visón?

—El que llevaba puesto Della al salir del restaurante, anoche.

Mason se volvió hacia Della Street con una mueca de sorpresa y dijo:

—Della, ¿has estado robando en las tiendas otra vez?

La muchacha asintió contrita y dijo:

—No puedo evitarlo, jefe. Siento esos terribles impulsos, todo se hace negro para mí, y cuando vuelvo a mis sentidos, me encuentro de pie en una esquina con un abrigo de pieles puesto, que tiene todavía colocada la etiqueta del precio, y entonces me doy cuenta que mi amnesia me ha jugado otra vez una mala partida.

Tragg carraspeó y con aire de tristeza movió la cabeza, diciéndole a Mason:

—¡Pobre niña! Es algo que realmente no puede dominar. Es una enfermedad que la domina. Y esa enfermedad le proviene de trabajar para usted.

—No, no es así —dijo prontamente Della Street—. Es hereditario. Me viene por el lado de la familia de mi abuelo paterno…, el viejo capitán Street, que era pirata. Acostumbraba a apoderarse de lo que quería, cuando encontraba algo a mano.

—¿Por qué no va usted a que la examine un psicoanalista? —preguntó Tragg.

—Ya lo hice. Y me dijo que mi conciencia se hallaba en guerra con mis impulsos hereditarios. Y así, cuando quiero apoderarme de algo, pongo mi mente a oscuras, con lo cual ya no puedo saber lo que estoy haciendo. A esto le llamó «mecanismo de defensa».

—¿Y le ofreció alguna cura? —preguntó Tragg.

—Pues me exigió que me tendiese sobre un sofá y que le contase todo, desde los primeros tiempos de mi vida.

—¿Y esto le sirvió de algo? —volvió a preguntar el teniente Tragg.

—De nada.

—Bueno —dijo el teniente—, pues yo voy a darle un tratamiento de mi propia cosecha que *puede* curarla a usted, Della.

—¿Y qué es?

—Pues que le voy a conceder exactamente veinte minutos para traerme ese abrigo de pieles y entregármelo.

—¿Qué abrigo de pieles? —preguntó Mason.

—El abrigo de pieles que llevaba puesto al salir anoche del restaurante de Alburg.

—Caramba, veamos ahora —dijo Mason—. ¿Era acaso de piel de conejo de la bahía de Hudson, o bien de piel de garduña, Della?

El teniente Tragg interrumpió:

—Era el de estola de visón.

—¿De estola de visón? —preguntó Mason, con sorpresa genuina.

—Quizá no expresé con exactitud de lo que se trataba —añadió Tragg—. Quizá debí de haber dicho, «el visón robado».

Della Street echó una ojeada hacia Perry Mason.

—¿Robado a quién? —preguntó Mason.

—Eso no puedo decírselo a usted todavía.

—Pues vuelva usted aquí cuando pueda.

Mason encendió un cigarrillo y se recostó en su butaca.

—Puede usted verse envuelto en complicaciones por esto —le dijo Tragg.

Mason preguntó con delicadeza:

—¿Qué tal funcionaba el ascensor de servicio para subir, Tragg?

—Pues, regular.

—Le ocurre eso con frecuencia a esta hora de la noche. Así los colegas de este edificio que pueden limpiar de trabajo sus mesas temprano, dejan a sus secretarias para que se encarguen de los últimos detalles y salen corriendo fuera del edificio para no verse envueltos en la intensidad del tráfico al marcharse a sus casas.

Tragg asintió.

—Así —prosiguió Mason—, a esta hora tendrá usted que esperar un rato para poder entrar en el ascensor, Y sin embargo, Tragg, la gente no se atemoriza por esta inconveniencia, vienen al centro de la ciudad y pagan por dejar el coche en un parque de estacionamiento. Después afrontan todas las incomodidades de los ascensores y vienen hasta aquí a verme, sólo para pedirme que proteja sus derechos. Y usted sabe, después que una persona ha pasado por todas esas dificultades, yo tengo la impresión de que debo darle algo práctico por su dinero.

—¿Le pidió alguien que lo protegiese en sus derechos en

relación con ese abrigo de pieles?

—Si yo contestase a esa pregunta —dijo Mason— en seguida, probablemente me haría usted otra.

—Le preguntaría *dos* más.

—Ya lo creía yo así.

Tragg dijo:

—Así pues, voy a decirle a usted una cosa.

—Dígala usted.

—¿Oyó usted alguna vez hablar de Robert Claremont?

Mason negó con un movimiento de cabeza.

—¿Y no recuerda haber leído algo sobre él?

Nuevamente Mason hizo un ademán negativo.

—Bob Claremont —continuó el teniente Tragg casi con un murmullo— era un chico endiabladamente agradable. Yo actué en ese caso. Era fino, límpido, sobresaliente, y este joven siempre había querido pertenecer a las fuerzas de policía. Este era su ideal. Y entonces vino la guerra y puso un freno a sus ambiciones por algún tiempo; después fue licenciado del servicio militar, y de los estudios que ya tenía hechos, prosiguió a otros más voluminosos, relativos a las ciencias policiacas, con el propósito de ser un gran policía… Ya puede usted imaginarse lo que es eso, Mason, el que un muchacho vaya a la escuela día tras día y estudie. Hay tantas gentes que creen que los policías son unos gorilas que sólo se dedican a andar por ahí golpeando a los ciudadanos en la cabeza con las porras, y exigiendo dinero de los picaros…

—Para luego retirarse a los ranchos que adquieren allá abajo, en Texas —interrumpió Mason.

Durante unos instantes, Tragg quedó cejijunto. Luego dijo con furia reprimida en la voz:

—Eso es lo malo, Mason, eso es lo que da lugar a que los policías decentes tengan un duro hueso que roer, por encontrarse con unas manzanas podridas en el cesto. Pero los ciudadanos no recuerdan en cambio al policía que da su vida tratando de impedir un atraco. Al único que recuerdan es al policía que tiene mala memoria y no es capaz de recordar por su propia vida el nombre del Banco en que ha depositado sus últimos cien mil dólares ganados.

—Solo estaba bromeando —dijo Mason.

—Pues yo no estoy bromeando —le replicó Tragg—. ¿Tiene

usted idea de lo que significa el ser un policía, Mason? Usted está fuera de servicio. Y se va a un mercado, a una estación de gasolina o a una tienda de licores. La puerta se abre. Y allí aparecen en pie tres hombres con ametralladoras. Es un atraco.

»Si usted es un ciudadano simple, corre a esconderse en el sótano. Y hasta sus amigos lo convertirán en un héroe porque no se desmayó del susto. Pero no, usted es un policía. Y si usted corre a esconderse en el sótano, los bandidos irán tras de usted para sacarle su revólver y su placa. Y entonces, los ciudadanos, furiosos, inundarán el Departamento de Policía con cartas de protesta.

»Así pues, en lugar de esconderse, usted echa mano a su revólver. Usted no tiene una posibilidad entre un millón. Usted está fuera de servicio. Se encuentra en desventaja, pero tiene sobre sus hombros la carga de la tradición de la policía. Y entonces hace uso de esa oportunidad favorable contra un millón de ellas adversas. Usted sacó su revólver y se lanza a enfrentar las mordeduras de las balas de los atracadores en sus intestinos a cambio de poder tirar un par de veces del gatillo antes de caer.

»Y luego los ciudadanos hacen chistes sobre los pozos de petróleo en Texas de los policías.

—Muy bien —dijo Mason—. Hay policías y policías. Usted está entre los buenos, Tragg. No me refería a usted cuando hablaba de los millonarios. Antes me había dicho usted que me ahorrase elementos para un discurso en un banquete cuando traté de hablarle sobre los abogados. Ya le he dejado hablar a usted ahora sobre los policías. Cuénteme, pues, lo de Claremont.

—Pues bien, Bob se hizo policía. Ascendió rápidamente. Todo el mundo le quería. Siempre estaba alerta en su trabajo, minuto a minuto, y si alguien le hubiera dicho que había gente corrompida entre las fuerzas policiacas, lo hubiera aplastado. La policía era su ideal. Representaba a la Ley, erguida en guardia para proteger a los desvalidos.

—¿Y qué le ocurrió? —preguntó Mason.

—Nadie lo sabe exactamente. Al parecer vio algo respecto a un automóvil que le resultó sospechoso. Seguramente detuvo el coche para interrogar al chófer. El porqué lo hizo, nadie lo sabe. No estaba en servicio de tráfico, y así pues, no hubiera detenido un coche sólo por una comprobación de rutina. Decididamente había

algo respecto a ese auto que despertó sus sospechas.

—Prosiga —dijo Mason.

—Debía haber cuando menos dos hombres en el auto, y quizá más —continuó Tragg—, porque indudablemente lo sorprendieron, obligándolo a subir al coche con ellos.

—¿Por qué habían de hacerlo así? —preguntó Mason.

Tragg sacudió la cabeza.

—Continúe —dijóle Mason.

—Por todo cuanto hemos podido conjeturar —dijo Tragg— fue obligado a subir al vehículo. Lo obligaron también a tenderse en el suelo. Le quitaron el revólver y salieron unas diez millas fuera de la ciudad. Y entonces, mientras estaba tendido en el piso del coche, le apuntaron con el revólver a la cabeza y dispararon a quema ropa. ¿Ha visto usted una herida de disparo a quema ropa, Mason?

Mason arqueó las cejas.

Tragg dijo:

—Son unas heridas muy desagradables de ver. El cañón del arma se mantiene pegado exactamente a la cabeza. Sale la bala y con ella los gases del disparo. Y cuando los gases penetran en el interior de la cabeza, se expanden dentro de ella.

—Continúe usted —dijo Mason—, pero no se torture a sí mismo, teniente.

—Demonios, no puedo pasarlo por alto —dijo Tragg con acritud —. Tenía usted que haber hablado con la mujer del muchacho y sus dos niños, una pareja de chicos magníficos, que se parecían muchísimo a su padre, con ojos azules, directos y honrados. El mayor de ellos ya tenía edad suficiente para darse cuenta de lo que había pasado. Pero el más pequeño, no.

—¿Y la mujer? —preguntó Della Street.

Tragg la miró por un momento, y luego apretó los labios y dijo:

—También ella comprendió lo ocurrido y lo afrontó… Una excelente muchacha. Ella y Bob Claremont habían sido novios durante años, pero vino la guerra y él marchó a servir a la otra orilla del mar. Usted ya sabe lo que significa el rezar por alguien cada noche, el esperar una carta suya en el correo, el temor de recibir un telegrama fatal, y el de oír sonar el teléfono… Pues bien, ella pasó por todo eso, como pasó muchísima otra gente. Eso es la guerra. Su hombre regresó. Pero muchísimos otros hombres nunca

regresaron.

»Hasta entonces, ella tuvo suerte. El vino con permiso. Se casaron. El no vio a su hijo hasta que la guerra terminó. El chico tenía ya más de un año entonces… Luego, Bob empezó a estudiar y a estudiar, para ser un orgullo dentro de su profesión. Tenía la idea de que la defensa de la Ley era una carrera. Proclamaba que el investigador científico debía ser tan importante a los ojos del público como el abogado o el médico. Gastaba todo el dinero de que podía disponer en libros de investigación criminal, criminología, medicina legal y de todo género en esa especialidad.

—¿Y usted dijo que fue un disparo a quema ropa? —preguntó Mason.

—Uno de ellos sí. Los otros no. Pero fue el disparo a quema ropa el que le causó la muerte. Después continuaron disparándole hasta vaciar en él el revólver, para estar seguros. O quizá también porque uno de los asesinos quería correr la pólvora y le gustaba oír el estampido de los disparos.

—Y luego, ¿qué ocurrió? —preguntó Mason.

—Después —dijo Tragg— empujaron el cadáver fuera del coche.

—¿Allí mismo donde lo habían matado? —preguntó Mason.

—Nadie sabe dónde lo mataron —continuó Tragg—. Al parecer fue en un coche corriendo a gran velocidad, del cual lo arrojaron luego. Ni siquiera se molestaron en detener el coche… Únicamente abrieron la portezuela y dejaron que el cuerpo cayese contra el pavimento y con el impulso de la velocidad el cuerpo salió rodando como un saco de paja, dejando manchas de sangre en la carretera cada vez que golpeaba contra ella. Y el coche continuaba corriendo.

Tragg aspiró pensativamente su puro por unos instantes y luego dijo:

—Hemos observado las balas, por supuesto… Y ahora, he aquí una cosa curiosa. Nosotros tenemos un técnico en balística que ha reunido una gran colección de modelos de balas. Cada policía tiene que disparar un tiro con su revólver dentro de un tubo acolchado. Después se recoge el proyectil y se archiva.

»Así pues, nosotros teníamos balas del revólver de Claremont. Las comparamos con las que lo mataron y hacían juego. Por tanto, Bob había sido muerto con seis tiros de su propio revólver.

—¿Y bien? —preguntó Mason.

Tragg sacudió la cabeza:

—Es que no puede haber ocurrido de esa forma. Bob Claremont jamás se hubiera tendido dentro del coche ni permitido que le arrebatasen su revólver. Es por eso que yo estuve hablándole a usted sobre los policías, Mason. Incluso, aunque no haya más que una posibilidad contra un millón, un policía tiene que aprovecharla. Y aunque no haya posibilidad ninguna, un policía tiene que luchar… Me refiero a los policías de la clase de Bob Claremont.

»Los asesinos no hubieran encontrado seis balas sin disparar en su revólver para dispararlas luego contra él. Hubiera disparado cuando menos una o dos… En el caso de que hubiese detenido a un coche para registrarlo.

—¿Y qué hay sobre el revólver? —preguntó Mason.

—Nunca fue encontrado. Y eso es extraño. Ordinariamente hubieran arrojado el revólver antes de alejarse cien metros del cadáver. Recuerde usted que el revólver estaba vacío. Era un revólver de la policía, y por lo tanto comprometedor para cualquiera.

—¿Y ustedes lo buscaron, claro está?

—¿Si lo buscamos? —contestó Tragg—. Registramos las orillas de la carretera, pulgada por pulgada. Después, utilizamos detectores de minas y registramos entre la maleza.

—¿Y no encontraron nada?

—Nada en absoluto.

—Supongo —dijo Mason— que usted me está contando esa historia por alguna razón especial.

—Por una razón especial —confirmó Tragg—. Bob Claremont fue asesinado el diecisiete de setiembre…, hace un año… Créame, Mason, hemos vuelto y revuelto todo de arriba abajo desde entonces. Teníamos un sospechoso.

—¿Quién? —preguntó Mason.

Tragg titubeó.

—No me lo diga si no quiere —dijo Mason—. Únicamente estaba tratando de trazarme un cuadro de este caso.

—No, se lo diré a usted —dijo Tragg—. Estoy poniendo todas mis cartas boca arriba sobre la mesa, porque esto puede ser de extraordinaria importancia, Mason. El sospechoso era un individuo llamado Sedgwick. Su nombre era Tomás E. Sedgwick, el cual se

dedicaba a asuntos de juego de carreras, clandestinos. Claremont le seguía la pista. Claremont esperaba poder detenerlo *in fraganti* y hacerlo condenar. Claremont no sabía todos los ángulos del asunto todavía. Es decir, los sabía, pero no quería utilizarlos. No quería trabajar el caso valiéndose de soplones. Quería obtener las pruebas por sí mismo. Y estaba operando en el caso de Sedgwick cuando fue asesinado.

»Nosotros queríamos detener a Sedgwick para interrogarlo sobre el asesinato, no porque tuviésemos acusaciones específicas contra él, sino porque sabíamos que Claremont estaba sobre sus huellas.

—Prosiga.

—Y —dijo Tragg— no pudimos encontrar a Sedgwick. Se había desvanecido, desaparecido. Se lo había tragado la tierra. Y nosotros deseamos mucho, muchísimo, saber dónde está Tomás E. Sedgwick.

—¿Y ustedes no tienen contra él otra cosa —preguntó Mason— más que el hecho de que ese policía lo andaba siguiendo?

—Sedgwick tenía un estanco —dijo Tragg—. Estaba haciendo buenos negocios. Estaba haciendo excelentes negocios, si usted ata todos los cabos. Y la noche que Claremont fue asesinado, Sedgwick se ausentó de la ciudad. Al día siguiente había un nuevo hombre al frente de su estanco. Este hombre dijo que Sedgwick le había vendido a él el establecimiento por mil dólares y tenía un recibo para demostrarlo. Dijo que había estado negociando con Sedgwick para la compra durante una semana o diez días y que a las dos de la madrugada, Sedgwick lo había llamado por teléfono y le dijo que si le entregaba mil dólares en moneda, le entregaría el estanco con todas las existencias y derechos de alquiler y demás.

»El individuo dio un salto ante semejante oportunidad. Pero Sedgwick se negaba a aceptarle cheques, y tenía que pagarle en moneda contante y sonante. Por fin, el individuo logró reunir ese dinero y a eso de las cuatro de la madrugada el trato quedó cerrado. Sedgwick firmó el documento de venta ante testigos, y esto es lo último que se ha sabido de él. No necesito decirle que el individuo que compró el estanco se limita a vender tabaco exclusivamente. Es un sitio excelente para el negocio. Vende cigarros y observa una conducta sin tacha. De lo contrario, si nos diese ocasión para detenerlo y llevarlo a la Jefatura, nuestros muchachos lo habrían exprimido para hacerlo hablar. Pero nunca ha dado ocasión para

ello. Lo hemos intentado todo para hacerlo caer, por medio de elementos provocadores. Pero, demonios, el individuo se mantiene limpio y honrado a carta cabal.

—¿Y qué le ha pasado a ese individuo? —preguntó Mason.

—Pues permaneció en el negocio durante unos dos meses; luego lo vendió a otro individuo que tenía antecedentes penales. Y este individuo empezó a actuar de agente clandestino en el juego de carreras, así es que caímos tan fulminantemente sobre él, que debió de creer que había sido un rayo lo que lo golpeó.

—¿Pero ése no era Sedgwick?

—No cazamos a Sedgwick.

—Supongo que lo que usted me está contando tiene alguna conclusión —comentó Mason.

—La noche pasada —dijo Tragg— se produjo ese suceso en el restaurante de Morris Alburg. Una camarera se sintió invadida de terror y salió huyendo por la calleja posterior. Y en seguida, alguien le apuntó con un revolver, pero ella no reaccionó en la forma que el pistolero esperaba probablemente que ella reaccionase y no logró que subiese al coche con él. Por el contrario, lanzó un grito y echó a correr hacia la salida de la calleja.

»A veces ocurren cosas extrañas como ésa. Un hombre tiene un revólver, que es un símbolo de fuerza. La mayoría de las personas sienten un miedo mortal ante un revólver. Miran a la boca del cañón y ven los cartuchos agrupados en torno al cilindro y las piernas comienzan a temblarles… Cuanto más se sabe sobre armas, más se descubre que no es el arma lo verdaderamente peligroso…, sino el hombre que está detrás de ella. Algunos hombres son capaces de disparar un arma, pero otros no pueden. Hay hombres valientes y serenos que no serían capaces de dar en un blanco del tamaño de un hombre a una distancia de quince pies sin pararse y apuntarle antes cuidadosamente; y hasta así fallan el tiro. El hacer disparos sólo por el placer de utilizar el arma, exige también mucha práctica.

—Prosiga —dijo Mason.

—Sea quien fuere, el hombre que iba conduciendo el coche no se dio cuenta del hecho que la puerta abierta le proporcionaba sólo un blanco muy estrecho y su primer disparo falló. No esperaba tener que disparar. Cuando la camarera saltó aterrorizada hacia

adelante, se apartó de la línea de tiro. El que conducía el coche pisó el acelerador para adelantarse a ella y cuando hizo eso, la puerta abierta del lado derecho se cerró violentamente por el impulso. Entonces el individuo hizo un segundo disparo, y según cuentan los testigos, ese tiro, que fue disparado en el momento en que la puerta del coche se cerraba, perforó ésta.

»La muchacha lanzó un grito y alcanzó la calle desembocando del callejón. Los balazos se habían perdido. Y un automovilista que pasaba, la atropelló. La boca de la calleja quedó obstruida por el tráfico paralizado y por los transeúntes curiosos.

»El individuo que disparó desde el coche sabía bien el arte de manejar un automóvil. No es fácil el retroceder con un coche a gran velocidad. No había espacio en el callejón para dar la vuelta, y el hombre se sintió atrapado. Precisaba, pues, salir de allí con toda rapidez. Podía abandonar el coche y mezclarse a los transeúntes para desaparecer. Pero, por alguna razón, no se atrevió a hacerlo así. Lo que hizo fue retroceder con el coche por el callejón a tanta velocidad como permitía el acelerador de la marcha atrás.

—¿Ustedes descubrieron eso? —preguntó Mason.

—Sí, lo descubrimos —dijo Tragg—. Hubo un par de testigos que vieron cómo el autor retrocedía. Pensaron que era que el conductor iba a apearse de él. Pero no fue así. Por el contrario, el coche tomó velocidad; retrocedió en línea recta sin desviarse un milímetro. Y ya sabe lo que eso significa, Mason. Significa que el individuo era un técnico en el manejo de coches. Un chófer corriente no es capaz de guiar de esa manera. Un hombre que está acostumbrado a manejar un auto de la policía, puede hacer eso, como puede hacerlo un individuo preparado especialmente para realizar el contrabando de licores o de drogas heroicas. Eso forma parte de sus ventajas en el negocio: el tomar un coche y volar con él por callejones y en medio del tráfico, más velozmente de lo que puedan guiar los demás.

—Muy bien —dijo Mason—. Y ahora vamos al grano.

—Pues el grano —dijo Tragg— es que usted me pidió el favor especial de que arreglase para que esa mujer fuera colocada en una clínica privada. Y así lo hice. En una clínica privada, esa mujer tenía más oportunidades de largarse. Y así lo hizo. Huyó y desapareció.

—¿Y soy yo responsable de eso? —preguntó Mason.

—Que me maten si lo sé exactamente —dijo Tragg—. Espere hasta que se encuentre usted en la línea de fuego.

—¿Y cuál es la línea de fuego?

Tragg dijo:

—Naturalmente, cuando ella huyó en esa forma, nosotros ya nos interesamos en su caso. Hasta entonces, era sólo un caso del Departamento de Tráfico. Y los de ese Departamento fueron al restaurante de Alburg e investigaron. Alburg no parecía estar ocultando nada en particular, y ciertamente no sabía gran cosa sobre esa mujer. Estaba ignorante respecto a ella.

Mason asintió y dijo:

—Prosiga usted.

—Sin embargo —dijo Tragg—, los agentes encontraron el bolso de la muchacha y lo registraron. Y en él había un recibo de una casa de empeños de Seattle. Los muchachos se pusieron en contacto con esa casa de empeños, fueron allí y recogieron el objeto empeñado, que era una sortija con un diamante y dos pequeñas esmeraldas. Una sortija muy bonita. Le habían dado de empeño por ella unos ciento veinticinco dólares. Pero valía mil.

—¿Y qué más? —preguntó Mason.

—Y —dijo Tragg— naturalmente, los muchachos se pusieron a hacer preguntas, a tratar de obtener los datos fisonómicos de la muchacha, así como todos los que pudiesen, y entonces el dueño de la tienda de empeños recordó que había habido dos operaciones de empeño al mismo tiempo y que además de la sortija, la muchacha había empeñado también un revólver.

»Nosotros no teníamos el boleto de empeño del revólver, así es que la policía de Seattle ignoraba que aquel estuviese empeñado. Pero el comerciante lo recordaba. Sacó, pues, el revólver, y la policía de Seattle nos comunicó por teléfono sus detalles, por si acaso. Y nos dieron también el número de serie del arma.

—¿Y qué más? —preguntó Mason.

—Y —continuó Tragg— ese resultó ser el revólver de Bob Claremont…, el mismo revólver que había desaparecido desde la misma noche en que alguien lo arrancó de la funda de Bob, le apoyó la boca del cañón en la cabeza, tiró del gatillo y le arrancó la vida. Y luego, disparó todavía cinco tiros más contra su cadáver, y

después con toda ferocidad lo arrojó del auto como un saco de paja.

Tragg paró de hablar. Miró al extremo de su puro pareciendo sorprendido de que se hubiese apagado. Sacó un fósforo del bolsillo, lo frotó contra la suela del zapato, y volvió a prender el puro, dándole vueltas junto a la llama, y arrojando luego el fósforo extinguido, en un cenicero. Se arrellanó en la butaca de cuero y empezó a aspirar y expeler humo, al parecer concentrado en meditar pensamientos y disfrutar el aroma del puro.

Mason y Della Street cambiaron miradas.

Había un silencio espeso y pesado en el ambiente.

Mason arrojó el resto de su cigarrillo, y lentamente comenzó a tamborilear en el borde de la mesa, utilizando sólo las puntas de los dedos y sin hacer apenas ruido.

Tragg continuaba fumando.

—¿Y cuándo descubrió usted todo eso? —preguntó Mason, al fin.

—Una media hora antes de haber venido aquí.

—¿Y dónde estuvo usted esa media hora? —preguntó Mason.

—¿Dónde demonios cree usted que había de estar? Tratando de encontrar a Alburg.

—¿Y dónde está Alburg?

Tragg se encogió de hombros, hizo un ligero ademán con las palmas de las manos abiertas, y después continuó fumando.

—¿Y exactamente, por qué me está usted contando todo eso? —preguntó Mason.

—Pues por una razón —replicó Tragg—. Porque le quiero a usted bien. Ya en otras ocasiones me la ha jugado usted. Se las ha arreglado para ganarme la partida y se lo perdoné, porque otras veces estaba usted en el terreno de la razón. Si no hubiera tenido usted razón, habría sido colgado del palo mayor. Pero tal como era, salió usted bien. Es agudo. Endiabladamente agudo. Tiene lógica, es un boxeador que pega y hace esgrima con ambas manos. Defiende a sus clientes hasta el último extremo… Pero no se ha encontrado usted nunca hasta ahora en un caso en que resultó asesinado un policía… en cumplimiento del deber. Siga mi consejo y no se envuelva en ningún caso de ese género. Podría usted resultar descalabrado. Resultará descalabrado si lo hace.

Tragg paró de hablar y volvió a fumar su puro. Luego,

volviéndose hacia Mason, dijo:

—Quiero que me entregue ese abrigo de pieles.

Mason arrugó el entrecejo meditando sobre ese problema, mientras de nuevo sus dedos tamborileaban en el borde de la mesa.

—¿Me lo entrega usted? —preguntó Tragg.

Mason, sin dejar de tamborilear con sus dedos, respondió:

—Déjeme pensarlo un minuto.

—Tómese el tiempo preciso —le dijo Tragg—. Nadie le está aplicando fuego en las plantas de los pies.

Se interpuso un intervalo de silencio. Los ojos aprensivos de Della Street estaban fijos en el rostro de Mason, de expresión pétrea.

Bruscamente, Mason paró de tamborilear con los dedos.

—¿Y no hay duda alguna de que se trata de la misma muchacha?

—Seguro, que hay duda —dijo Tragg—. Hay una duda respecto a todas las cosas. Y ésa es una de las razones por la que yo quería hablar otra vez con Morris… Pero la muchacha que empeñó la sortija es la misma muchacha que empeñó el revólver de Claremont.

De nuevo Mason comenzó a tamborilear con sus dedos, y luego dijo súbitamente:

—Lo que verdaderamente no puedo comprender, Tragg, es por qué demonios ella había de hacer eso. Quienquiera que haya matado a Claremont, sabía que el revólver llevaría inmediatamente a una persona a la cámara de gas. No existe abogado viviente, capaz de lograr la absolución, en el caso de una persona que apareciese con el revólver de Claremont. No la lograría, si existe la más ligera chispa de evidencia para cargarle el crimen.

—¿Y me lo dice usted a mí? —dijo Tragg.

—¿Y cuánto dinero recibió por el empeño del revólver?

—Dieciocho dólares.

—¿Y estaba en buen estado?

—En un estado tan perfecto, como el día en que Claremont besó a su mujer y a sus hijos despidiéndose de ellos, y lo colocó en la funda para marcharse de servicio por última vez.

—Pues el asesino verdadero no sería tan tonto como todo eso, Tragg.

—Pues el asesino fue así de tonto. Y le diré a usted algo más, Mason. Es muy difícil el obtener huellas dactilares en un revólver.

No se deje usted engañar por lo que lea en las novelas. Noventa y nueve veces de cada cien, no puede usted encontrar huellas dactilares en un revólver. Pero nosotros encontramos una en éste. Ese revólver había estado en algún sitio húmedo, y después alguien tocó la parte interior metálica del arma con un dedo mojado. Y el óxido se fue formando más fuerte en las líneas de la huella mojada.

—¿Y sabe usted de quién son esas huellas? —preguntó Mason.

—Pues son las huellas del dedo índice derecho de Tomás Sedgwick —dijo Tragg.

Bruscamente, Mason se volvió hacia Della Street preguntando:

—¿Qué hiciste con el abrigo de pieles, Della?

—Lo fui a guardar en un lugar seguro.

—¿Dónde?

—En un almacén de peletería.

—¿Dónde tienes el recibo?

—En mi bolso.

—Dáselo al teniente Tragg.

Della Street abrió su bolso, sacó un boleto de color azul y se lo tendió a Tragg.

Tragg se levantó, sacudió la ceniza de su puro y dijo:

—Gracias.

—Espere un momento —dijo Mason—. Queremos un recibo de usted.

—Escríbalo —le dijo Tragg a Della.

—Déjeme ver, por favor, ese boleto —pidió Della.

Tragg se lo entregó y Della comenzó a correr ágilmente sus dedos sobre el teclado de la máquina, sacó el papel y le entregó aquél a Tragg para que lo firmase.

Tragg se colocó el puro en un ángulo de la boca para que el humo no lo molestase en los ojos mientras permanecía inclinado y trazaba su nombre sobre la hoja de papel.

Despacio, cual si estuviese debatiendo alguna cosa dentro de su mente, sacó del bolsillo una fotografía cubierta con papel de celofán. Estaba montada sobre cartón Bristol y presentaba un rostro joven y ambicioso, de buenos rasgos, ojos agudos con un guiño humorístico, una boca llena de firmeza sin malicia, crueldad o dureza, un mentón bien formado, nariz recta y una frente regular, sobremontada por cabello negro ondulado.

—Verdaderamente guapo —exclamó.

—Lo mismo digo —exclamó Della—. ¿Quién es?

—No *es*. Fue. Fíjese usted en su juventud decidida, los ojos nobles… ¡Demonios! Empiezo a ponerme demasiado sentimental para ser un policía.

—¿Bob Claremont? —preguntó Mason.

—Bob Claremont —replicó Tragg, y seguidamente salió.

Capítulo 6

A las nueve y media, Mason llegó a la oficina de Drake.

—¿Nada todavía, Paul?

—Nada todavía —replicó el detective.

—¿Descubriste algo respecto a Fayette?

—Todavía no me siento seguro respecto a Fayette —dijo Drake —. Pero había un George Fayette detenido por dedicarse al juego clandestino, hace unos cinco años. Puede ser que fuesen la misma persona.

—Puede ser —dijo Mason—. ¿Y qué pasó con ese caso?

—Nada.

—¿Qué quiere decir, nada?

—Pues eso. Nada. El hombre fue detenido, fichado y dejado en libertad mediante fianza, y después no pasó nada. El caso se evaporó simplemente en el aire.

—¿De cuánto era la fianza?

Drake hizo un guiño y dijo:

—Cien dólares.

—Parece como si fuera una combinación —dijo Mason.

—Así pudo ser, en efecto. Ya sabe usted cómo son esas cosas.

—¿Y no pudiste averiguar dónde vive, o alguna cosa respecto a él?

—Nada en absoluto.

—¿Y quién puso la fianza por él?

—Un agente de fianzas… Un individuo que tiene propiedades valoradas en unos veinte mil dólares, con hipotecas de veinticinco mil sobre ellas, el cual ha firmado fianzas por unos cinco mil dólares, dando como garantía esas propiedades hipotecadas.

—¿Y podrías probar eso? —preguntó Mason.

—Demonios, no —contestó Drake con una mueca—. Tú me has

pedido que busque a Fayette. Pero si quieres que denuncie esa trapisonda sobre las fianzas entonces mejor será que me busque cinco ayudantes, diez guardaespaldas, un traje blindado, y te busque también para ti un sótano a prueba de ciclones. Lo que estoy haciendo, es proporcionarte informes sueltos.

—Muy bien —dijo Mason—. He estado manteniendo la esperanza de que Morris me llamaría. Le escribí una carta y se la mandé por un mensajero especial a su establecimiento. Le fue dejada a la cajera. Le dije que si Morris telefoneaba, le dijesen que estaba allí esa carta, y que se arreglasen para entregársela.

—¿Y qué le decías en la carta, Perry?

—Muchas cosa. Le decía también que me llamase a cualquier hora del día o de la noche. Le di este número de teléfono, diciéndole que me llamase aquí si no me encontraba en mi oficina… Que me llamase en el mismo instante en que recibiese mi carta, sin importar la hora que fuese… Déjame usar tu teléfono.

Mason tomó el auricular, comunicó a la telefonista de Drake el número del teléfono del restaurante de Morris, y cuando respondieron, dijo:

—El señor Alburg, por favor.

—No está aquí.

—Habla Mason. ¿Cuándo regresará?

—No lo sé, señor Mason.

—Déjeme hablar con la cajera.

—Espere un momento.

Cuando Mason oyó una voz femenina, dijo:

—Soy Perry Mason, el abogado. Dejé una carta ahí para el señor Alburg. Es decir, la envié por un mensajero, con instrucciones para que si llegaba el señor Alburg, o se ponía en comunicación con su oficina, entonces decía…

—Sí, señor Mason. Creo que ya la tiene.

—¿Qué tiene qué?

—La carta.

—¿Ha estado ahí entonces?

—No. El… Bien, sabe usted, no va a estar aquí esta noche. Ha telefoneado y… Bien, varias personas han venido preguntando por él.

—¿*Varias* personas? —preguntó Mason.

—*Varias* personas —replicó la voz femenina—. Están esperándolo en estas inmediaciones.

—Comprendo —dijo Mason.

—Le dije a él —continuó ella— que lo anda buscando bastante gente, y le dije también que tenía esa carta de usted, que yo suponía era muy importante. Así fue que me pidió que tomase un taxi y fuese a dejarle la carta en un bar. Dijo que él la recogería allí más tarde.

—¿Y no le dijo a qué hora más o menos?

—No.

—Si usted volviese a tener noticias de él, haga de forma de estar segura de que recibe esa carta. Dígale que es el asunto más importante en sus actividades actuales. Dígale que lea esa carta y que me llame.

—Lo haré, señor Mason.

—Y otra cosa —añadió Mason—. ¿A qué hora sale usted del trabajo?

—A la una.

—¿Dónde vive usted? ¿Cuál es el número de su teléfono?

—¡Señor Mason!

—No sea tonta —dijo Mason—. Esto es importante. Dígame el número de su teléfono.

—Exford 3-9827.

Mason escribió el número y después dijo:

—Es posible que tenga que llamarla. Y asegúrese de que Morris se ponga en contacto conmigo. Adiós.

Mason colgó el auricular y le dijo a Drake:

—Morris Alburg va a llamarme a este número. Y ahora, tan pronto como llame, quiero que tu telefonista llame a su vez al número secreto de mi apartamento, que no figura en el listín, y que me ponga en comunicación con la llamada de Alburg. ¿Puede hacerse esto en tu centralita?

—Seguro.

—Dile a tu telefonista que esto es muy, muy importante. Quiero estar seguro que esa llamada me llegue sin ninguna dificultad.

—¿Y cuándo llegará esa llamada, Perry?

—En cualquier momento de esta noche…, espero yo. Puede ser en cualquier minuto a partir de ahora.

—¿Cuándo te vas a marchar a tu apartamento?

—Ahora mismo.

—Pues voy a finalizar las cosas aquí yo también, y después marcharme. La telefonista que tengo de noche, es nueva, pero muy competente. Viene aquí a trabajar a medianoche. La muchacha que está ahora es una hechicera. Hablaré con las dos y les daré instrucciones precisas. Recibirás la transmisión de la llamada en el mismo instante en que ésta llegue.

—Magnífico —dijo Mason—. Ya me pongo en camino.

—Te acompañaré abajo —le dijo Drake.

El detective se detuvo al pasar frente a la centralita para transmitir las instrucciones de Mason, y luego acompañó al abogado hasta el parque de estacionamiento.

—¿Hasta qué punto quieres que yo fuerce las cosas en este asunto de Fayette? —preguntó Drake.

—Hasta el último extremo —le contestó Mason—. Continúa excavando y comprobando sus actividades. Si tienes a alguien verdaderamente competente y conocedor de este territorio, pregúntale respecto a Fayette.

—Deberé saber algo mañana, si en efecto Fayette se encuentra en la ciudad, y particularmente si el Fayette que fue detenido por cosas de juego es el mismo que yo creo que es… Bueno, hasta la vista.

—No habrá problema para recibir esa llamada que estoy esperando ¿verdad, Paul?

—Demonios, no. Será una cuestión de rutina. Mis operadores de la centralita están a la espera de ella.

Mason miró su reloj de pulsera y después puso en marcha el coche: eran las nueve y cuarenta y dos.

A las diez, Mason estaba encerrado en su apartamento y tratando de distraerse leyendo una revista. A las diez y cuarenta y cinco, cejijunto y aburrido, comenzó a pasear por el piso. A las once y diez agarró un libro. A las once y treinta arrojó el libro a un lado, se desvistió y se metió a la cama. Pasó más de una hora antes de que pudiera dormirse. Al principio, durmió tranquilamente, pero después le dominó la inquietud.

Mason dormía al fin profundamente, cuando el teléfono que había al lado de su cama, comenzó a sonar. Al tercer timbrazo, el

abogado se despertó lo suficiente para echar mano del auricular.

—¡Hola! —dijo.

Una aguda voz femenina dijo:

—Señor Mason, siento molestarle, pero ésas fueron sus instrucciones.

—Oh, sí, ¿es aquí la oficina de Drake?

—Exactamente. El señor Alburg está al teléfono. Dice que lo está llamando a usted, de acuerdo con su carta.

—Pues póngame la comunicación. ¿Puede conectar estas líneas?

—Sí, señor. Un momento. Voy a conectarlas por la centralita.

Se oyó el chasquido de las conexiones, y después Mason, un tanto irritado, dijo:

—Hola, Alburg. Esto le va a costar a usted un montón de dinero. ¿Por qué diablos no me llamó usted más temprano?

La voz de Alburg sonaba extraviada y ronca cuando dijo:

—No pude.

—¿Por qué no?

—No puedo decírselo.

—Muy bien. Pero ahora ya me está usted hablando —dijo Mason —. ¿Qué es lo que está ocurriendo con todo esto? La historia que usted me contó era verdadera o en realidad conocía usted a…

—No diga nombres, por favor —dijo Alburg.

—¡Oh, por amor del cielo! —respondió Mason, enfadado—. ¿Está usted acaso en algún sitio donde no pueda hablar? Si está, vaya a otro teléfono donde pueda hablarme. Quiero puntualizar todo este asunto. Yo estoy…

—Escuche, señor Mason: me encuentro en dificultades, muchas dificultades —dijo Alburg—. Lo necesito a usted extraordinariamente. Y escuche esto, Mason: no se trata de dinero. Me encuentro hundido muy profundamente en algo. Se lo diré a usted todo, cuando lo vea.

—¿Y cuándo va a ser eso? —preguntó Mason.

—Tan pronto como usted pueda venir aquí.

—¿Tan pronto *yo* pueda ir *ahí*? —exclamó Mason.

—Exacto —dijo Alburg—. Quiero que venga usted.

—Si es verdaderamente importante, puede usted venir a mi apartamento. Pero si no lo es, usted puede ir a mi oficina a las nueve y media, mañana por la mañana. Y si…

—Y ahora escuche, Mason —interrumpió Alburg en voz baja, pero llena de temores—. Esto es lo peor. Este es un caso endiablado. Preciso verle a usted. Tenemos que hablar muchísimo. Pero yo no voy a su apartamento. Ni tampoco iré a ninguna otra parte. No saldré de este cuarto. Por el contrario, venga usted aquí en seguida. Es preciso que venga. Yo le escribí una carta a usted. Le escribí antes de que usted me escribiese. En mi carta va un cheque por mil dólares. Eso es un anticipo. Pero habrá mucho más después. Le pagaré muy bien…, lo mejor.

—¿Y por qué no puede usted abandonar esa habitación? —preguntó Mason.

—Porque estoy en peligro.

—¿Y por qué no puede usted esperar hasta que yo vaya a mi oficina por la mañana?

—Porque mañana puede que yo ya no exista.

—Muy bien —dijo Mason fastidiado—, si usted hubiera jugado claro conmigo y me lo hubiera dicho todo en este asunto, quizá no se encontraría ahora en semejante atolladero.

—Yo ya estaba en el atolladero antes de haberlo visto a usted por primera vez, Mason.

—¿En dónde está usted?

—En el Hotel Keymont, habitación 721. Este hotel no es de lujo. Es una hospedería de paso. No se detenga usted a preguntar en la administración. Pase usted como si tuviera una habitación alquilada aquí. No le hable a nadie. Tome el ascensor, venga al piso séptimo y a la habitación 721. La puerta estará sin correr el cerrojo. Aquí estoy yo.

—Muy bien.

—Y, Mason…

—¿Sí?

—Haga esto rápidamente.

—Muy bien —dijo Mason—. Allá voy.

Colgó el auricular, arrojó a un lado los cobertores, telefoneó al garaje del edificio para que le llevasen el coche frente la puerta principal y se lo dejasen con el motor en marcha, se pasó los dedos frotándose la mandíbula para tantear la barba, se vistió rápidamente, y se anudó la corbata, dirigiéndose después hacia la puerta, pero regresó aún para recoger su abrigo; se detuvo para

llamar a la administración y asegurarse de que su coche estaba esperándolo, y a toda prisa se dirigió al ascensor.

El empleado de noche lo miró con curiosidad y dijo:

—Debe ser algo de mucha urgencia, señor Mason.

—Sí, debe serlo —contestó Mason vagamente, y miró al reloj que había encima de la mesa.

Eran las dos cincuenta.

El abogado miró a su vez su reloj de pulsera para comprobar la hora con el reloj de pared, caminó hacia la puerta giratoria y salió al exterior, al frío aire de la madrugada.

El sereno del garaje estaba sentado en el coche de Mason, junto a la acera. Hizo seña al abogado, le abrió la puerta y se apeó.

Mason se escurrió, sentándose detrás del volante, observó que ya el motor estaba caliente y que la calefacción templaba el interior del frío coche.

—Muchísimas gracias, Jake —le dijo.

—De nada, señor.

Mason miró el marcador de gasolina.

—Lo llené cuando usted lo trajo la noche pasada —le dijo el sereno—. Me dio usted instrucciones para que siempre le tenga el depósito lleno y…

—Excelente —le contestó Mason—. Nunca sé cuándo precisaré ir a un sitio con urgencia.

—Pues esta vez parece ser así.

—Y en efecto, lo es —confesó Mason.

Cerró la puerta del coche y sacó éste suavemente fuera de la orilla de la acera.

Le llevó unos quince minutos a Mason el llegar al Hotel Keymont. A esa hora de la madrugada había abundancia de sitios libres para estacionar coches, y Mason dejó el suyo en un sitio próximo, cerró con llave la portezuela y entró en el vestíbulo del hotel.

Era un vestíbulo sombrío, con sillas maltrechas y una atmósfera pesada. Al entrar en aquel sitio después de haber pasado un cuarto de hora en el frío exterior, Mason sintió más pronunciadamente el olor infecto del lugar. Las sillas vacías estaban alineadas ordenadamente y parecían muebles incongruentes. Para estar de acuerdo con la atmósfera del lugar, debieran haber estado ocupadas

por hombres tristones sentados quietamente leyendo periódicos, o mirando simplemente al espacio.

El empleado de la administración miró a Mason cuando entraba en el vestíbulo y lo siguió con la mirada hasta que el abogado llegó frente al ascensor.

—¿Busca usted a alguien? —le preguntó el empleado cuando Mason apretaba el botón del ascensor.

—Me busco a mí mismo —le contestó Mason.

—¿Quiere usted decir…?

—Exactamente.

—¿Es usted huésped de aquí?

Mason contestó:

—Seguro. Y mejor será que usted se ocupe de llamarme a las siete y media de la mañana… No, espere un momento. Antes tengo que hacer un par de llamadas. Pero esperaré a llegar a mi habitación y desde allí lo llamaré a usted para decirle a la hora que quiero que me llamen. Puede que me sea posible quedarme durmiendo hasta más tarde de las siete y media.

El ascensor que bajaba se detuvo. Mason abrió la puerta. Era, a esta hora de la noche, de funcionamiento automático, y Mason, una vez dentro, apretó el último botón, que correspondía al piso octavo. Esperó lo que parecía un tiempo interminable hasta que el ascensor, traqueteando y chirriando, se detuvo titubeante.

Mason abrió la puerta, salió y volvió a cerrarla y caminó por el pasillo hasta donde había una luz roja que marcaba la puerta de salida para la escalera. Bajó la escalera hasta el séptimo piso, buscó la habitación 721 y golpeó suavemente en la puerta.

No hubo respuesta.

Mason esperó unos momentos y volvió a llamar, esta vez con mayor insistencia.

Pero tampoco hubo respuesta alguna, ni se oyó el más ligero sonido en el interior de la habitación.

Mason probó de abrir dando vuelta al picaporte. Este giró y Mason abrió un poco la puerta. La luz estaba encendida en el interior.

Mason, de pie aún en el pasillo, empujó la puerta con el pie hasta abrirla completamente.

La habitación estaba vacía, pero parecía haber estado ocupada

recientemente, pues había un fuerte olor fresco a humo de cigarrillo.

Con precaución, Mason cruzó el umbral.

Era una habitación corriente de hotel barato. La delgada alfombra estaba muy desgastada, teniendo una especie de camino trazado por el uso, desde la puerta, alrededor de la cama, hasta la ventana. Había un lavabo y un espejo en una esquina, y la alfombra junto a aquél se hallaba gastada hasta casi estar rota.

Los ojos de Mason realizaron un rápido inventario.

Vio una silla mecedora de imitación de cuero, otras dos sillas con los asientos de rejilla, una mesa cuadrada que parecía como si primitivamente hubiese sido destinada a tener encima una jarra de porcelana blanca y una palangana, en tiempos anteriores a que hubiese sido instalada en esa habitación el agua corriente.

Mason dejó la puerta abierta y dio dos pasos rápidos pero precavidos hacia aquélla, empujándola hacia sí para asegurarse que no había nadie oculto tras ella. Se dirigió hacia otra puerta y la abrió, descubriendo un estrecho armario. La puerta inmediata correspondía a un W. C. y una ducha colocados juntos en un espacio que era escasamente el de un armario grande.

Convencido ya de que allí no había nadie, Mason volvió y cerró la puerta. Seguidamente realizó un examen más cuidadoso de la habitación.

Estaba iluminada con la luz rojiza de un globo de cristal que pendía del techo en el centro de la habitación y sostenida por una cadena de eslabones de bronce coloreados, a través de los cuales había cables eléctricos tendidos hasta la simple bombilla.

La cama era de hierro con un delgado colchón, cubierto sin embargo cuidadosamente con una suave pero ya estropeada colcha blanca. Había una lámpara, conectada a la cabecera de la cama, para leer.

Mason observó el hueco formado a la cabecera de la cama, donde evidentemente alguien había estado sentado. Después observó otra huella igual cerca del centro de la cama.

El abogado se situó en posición para observar mejor esta huella.

Parecía cual si alguien hubiese arrojado un revólver encima de la cama. El revólver había sido recogido de nuevo, pero había dejado su huella impresa sobre la blanca colcha.

Algo de color dorado brillando bajo la luz llamó la atención de la mirada de Mason. Se agachó y recogió un lápiz, de labios.

El lápiz de labios estaba muy gastado y parecía, por los bordes, como si hubiese sido utilizado para marcar sobre una superficie dura.

El abogado buscó cuidadosamente por toda la habitación, examinó la barra de labios una vez más, y después volvió boca arriba la pequeña mesa cuadrada. En la parte inferior estaba escrito con el lápiz de labios: «Mason Auxilio 262 V-3-L-15-izquierda».

Mason estaba de pie mirando alternativamente al lápiz de labios y al mensaje escrito en el dorso de la mesa, cuando oyó un leve ruido al otro lado de la habitación. El picaporte de la puerta estaba girando lentamente.

Con rapidez, Mason guardó en su bolsillo el lápiz de labios y volvió a colocar la mesa en su sitio, quedándose erguido con expresión pensativa y con un pie colocado sobre la silla en la actitud de sacar un cigarrillo de su pitillera cuando se abrió lenta y cautelosamente la puerta.

La mujer que se hallaba en el umbral, tenía unos veinticinco años de edad, una buena figura, el cabello negro como ala de cuervo, grandes ojos negros y un cutis color oliva, sobre el cual el rojo vivo de su boca era como el resplandor de un clavel.

La mujer retrocedió con un rápido aspirar, y medio lanzó un grito.

Mason, mirándola con ojos tranquilos y fijos, no dijo nada.

La mujer, titubeante en el umbral, entró después en la habitación y dijo:

—Usted… ¿Quién es usted?

—¿Es ésta su habitación? —preguntó Mason.

—Yo…, yo vine aquí para ver a alguien. ¿Quién es usted?

—Yo vine aquí para ver a alguien. ¿Quién es usted? —replicó a su vez Mason.

—Yo…, yo no tengo por qué decirle a usted mi nombre.

Mason, observándola, dijo lentamente:

—Mi nombre es Perry Mason. Soy abogado. He venido aquí para encontrarme con un cliente. El cliente me dijo que estaba hospedado en esta habitación. Y ahora dígame, ¿a quién venía usted a ver aquí?

—¡Oh! Gracias a Dios. Usted es el señor Mason. ¿Dónde está Morris? Yo soy… Dixie Dayton. Vine aquí para encontrarme con Morris Alburg. Morris Alburg me telefoneó diciendo que usted venía aquí, pero me dijo que estaría aquí con nosotros. Me dijo que usted iba a representarme a mí, por eso quiero decirle a usted francamente…

Mason se sentó y le indicó una silla, diciendo:

—Ahora espere un momento, pues puede que no sea todo tan simple.

—¿Qué quiere usted decir?

—En primer lugar, usted puede haber tenido una falsa impresión de lo que Alburg quería decirme.

—No, no la tuve, señor Mason. Yo sabía que era eso, honradamente fue así.

—En segundo lugar —añadió Mason—, independientemente de lo que cualquier otro pueda decir, puede ser que yo no quiera representarla a usted.

—¿Por qué? Morris…, el señor Alburg le pagará a usted cuanto sea preciso.

—¿Qué le hace a usted creer eso?

—Me prometió que así lo haría.

—Pero es que puede resultar que sea usted culpable de algo.

—Señor Mason, no deje usted que le pongan la venda sobre los ojos.

—Procuraré que no lo hagan —dijo Mason—, pero a fin de cuentas, yo tengo que escoger mis casos. No hay posibilidad alguna de que yo pueda encargarme de todos los trabajos que me ofrecen. Preciso saber mucho sobre los hechos en cualquier caso que se me confíe antes de que lo acepte. Y frecuentemente los rechazo.

Ella se arrojó de rodillas a sus pies diciendo:

—Señor Mason, si usted supiera lo que yo quiero decir; si usted supiera sólo contra lo que yo lucho…

Mason no dijo nada.

—Señor Mason, dígame, ¿qué es lo que usted sabe? ¿Qué es lo que el señor Alburg le ha dicho a usted?

—No mucho —contestó él.

Ella dijo:

—Muy bien, yo le diré a usted la verdad, señor Mason. Le diré a

usted los hechos en este caso.

—Puede ser que no tenga libertad para escucharla —le dijo Mason—. Por el momento no estoy libre para recibir de usted ninguna comunicación confidencial. Si usted me dice algo yo no puedo escucharla ni considerarla como una confidencia profesional.

—¡Oh, no sea usted tan suspicaz! —dijo—. Después de todo, ¿por qué habremos de estar aquí sentados los dos discutiendo? Vayamos a los hechos.

Rápidamente ella se puso en pie y tomó la mano de Mason entre las suyas, diciendo:

—Creo que he sido terriblemente impulsiva y usted habrá creído que soy una loca, pero me encuentro en una situación espantosa, señor Mason, y usted tendrá que sacarme de ella.

—Ya le he explicado a usted —dijo Mason— que no puedo hablar con usted y que prefiero no oírla hasta que haya visto a Morris Alburg. Preciso saber el terreno que piso antes de que…

—¡Oh, señor Mason! —suplicó—. Por favor…, voy a poner las cartas boca arriba sobre la mesa, señor Mason.

—Ni siquiera puedo dejar por el momento que haga eso —dijo Mason.

Ella permaneció silenciosa por unos minutos, pensando. Todavía tenía entre las suyas la mano del abogado, y oprimiéndosela, dijo:

—Usted significa tanto para mí, señor Mason… Ni siquiera tengo palabras para empezar a decirle lo que significa el tenerlo a usted a cargo de este asunto.

—Yo no estoy encargado de él.

Ella lo miró a los ojos con una sonrisa desafiadora y dijo:

—Todavía no.

—Todavía no —le contestó Mason, sonriendo a medias.

—Y verdaderamente es usted un abogado cauteloso.

—Preciso ser así.

Ella besó suavemente el dorso de la mano de Mason y dijo:

—Por el momento, esto le servirá de garantía. Usted se queda aquí. Y yo voy a ver si puedo comunicarme con Morris Alburg. Usted no tiene más que esperar aquí, y dentro de quince minutos lo traeré. Y entonces podremos empezar.

La muchacha caminó rápida a través de la habitación, abrió la puerta y se esfumó.

Casi al mismo tiempo, Mason se levantó de la silla, corrió al teléfono y llamó al número secreto y privado de Paul Drake.

Le pareció una eternidad antes de que pudiese oír la voz soñolienta de Drake.

—Despierta, Paul —dijo Mason—. Esto es muy importante. Ponte en marcha rápidamente.

—¡Oh, Dios mío, tú otra vez! —dijo Drake con desaliento—. Cada vez que trato de lograr dormir un poco…

—Olvídate del sueño —vociferó Mason en el teléfono—. Despiértate de una vez. Estoy en el Hotel Keymont, habitación 721. Hay una muchacha morena, de unos cinco pies y dos pulgadas de estatura, que pesa unas ciento quince libras, de unos veinticinco o veintiséis años, cutis aceitunado, grandes ojos redondos y una boca al rojo vivo, que está aquí conmigo…, es decir, estará aquí dentro de un par de minutos y…

—Bueno, felicitaciones —contestó Drake—. Eres un hombre afortunado.

—Guárdate los chistes ahora —replicó Mason—. Consigue algunos ayudantes y mándalos aquí… Primero, quiero una mujer, si puedes encontrar una, para que realice el contacto previo. Ensaya a ver si la tienes ya situada vigilando en el pasillo, cuando esta muchacha salga de esta habitación. Tendrás que trabajar rápido, Paul. Esa mujer ayudante tuya, podrá señalar después a esta muchacha e identificarla de forma que los hombres que estén fuera vigilando puedan seguirla cuando se marche. Quiero que le sigan la pista y saber adónde va.

—Ten compasión, Perry —imploró Drake—. Son las tres de la mañana. Santo Dios, yo no puedo sacar ayudantes de la manga. Me llevará por lo menos una hora o dos el poner agentes a trabajar. Tendré que sacar algunos de la cama, esperar a que se vistan, darles tiempo a que lleguen hasta ahí…

—¿Quién está en tu oficina? —preguntó Mason.

—Un pequeño equipo de reserva. Tengo allí la operadora nocturna de la centralita, un vigilante de noche y también un agente ya dispuesto…

Mason lo interrumpió:

—¿El operador de la centralita es un hombre o una mujer?

—Una mujer.

—¿Competente?

—Mucho.

—Pues ponla en acción —dijo Mason—. Que cierre la centralita durante una hora. Es la madrugada, así que no perderás grandes negocios. Mándame esa mujer aquí, y hazlo ahora mismo. Dispones sólo de unos minutos, así es que apresúrate. Si es preciso, cierra tu oficina durante una hora, pero estate preparado para seguir a esta muchacha en el momento que salga del hotel.

Mason no esperó a oír los desahogos de Drake. Colgó de un golpe el receptor y volvió a sentarse en la silla que había ocupado antes.

Sacando un pañuelo blanco del bolsillo limpió con una punta de él la huella de pintura de labios del dorso de su mano derecha. Después, moviendo la mesa para ponerla en posición invertida, utilizó otro ángulo del pañuelo para recoger una pequeña parte, como de muestra, del rojo de labios del fondo de la mesa.

Después de colocar la mesa en la posición original, sacó del bolsillo el recipiente del lápiz de labios y cuidadosamente tocó con el pañuelo la punta de aquél, para extraer también una muestra más de la pintura. Con la pluma estilográfica, escribió marcas en el pañuelo, señalando con los números 1, 2 y 3 las muestras recogidas. Después dobló el pañuelo, volvió a guardarlo en el bolsillo y se sentó nuevamente en la silla.

Fue una larga espera.

Al principio, Mason observaba el minutero de su reloj de pulsera contando los minutos y con la esperanza de que pasaría tiempo suficiente antes de que la muchacha regresase, de forma que los agentes de Drake pudiesen entrar en acción. Después, pasados quince minutos, arrugó el entrecejo con impaciencia y empezó a pasear por la habitación. Había, claro está, la posibilidad de que la muchacha lo hubiese engañado para entretenerlo y situarlo en una posición de completa inactividad en unos momentos tan críticos mediante esa deliberada argucia.

Bruscamente y sin previa llamada, el picaporte comenzó a girar. La puerta se abrió con prisa y sin cautela, y la muchacha morena apareció en el umbral. Tenía las mejillas encendidas y sus ojos brillaban de excitación. Era evidente que había corrido tanto como le había sido posible.

Al ver allí aún a Mason, se serenó súbitamente y dijo:

—Oh, gracias a Dios que está usted todavía aquí. Tenía un miedo tan terrible de que no hubiese tenido usted suficiente confianza en mí para esperar…

Mason arqueó las cejas.

—No pensaba tardar tanto —dijo la muchacha—. Y temía que usted se marchase sin esperarme.

—Ya no iba a esperar mucho más tiempo. ¿Qué ha pasado?

—*Tenía* que ver a Morris. Eso es todo lo que ha pasado. Simplemente precisaba verlo. Ya sabía eso.

—¿Y lo ha visto usted? —preguntó Mason.

—Sí. Y tengo una nota de él para usted.

Metió la mano en el pecho hasta el fondo de su blusa, y extrajo una nota, cruzó la habitación rápidamente y la puso en manos de Mason diciéndole:

—Aquí está. Léala.

La nota estaba escrita a máquina y decía:

Señor Mason:

Dixie me dice que fue usted a la habitación del hotel, en efecto, pero que no habló con ella y está usted esperando por mí para autorizarlo a hacerlo.

Ya le di a usted una autorización por teléfono. Le dije a usted que le había mandado una carta con un cheque como garantía, y que deseaba que usted representase a Dixie. Es un lío muy malo. Dixie se lo contará todo a usted.

Deseo que considere a Dixie, la portadora de esta carta, exactamente lo mismo que me considera a mí. Es su cliente. He acudido a usted en busca de ayuda, porque necesito ayuda. La necesito en gran extremo e inmediatamente. Esperaba poder aguardarlo a usted en la habitación del hotel hasta que usted llegase, pero tuve que ausentarme por causa de esta parte del caso en que estoy trabajando. No me atrevo a decirle a usted de lo que se trata porque no quiero colocarlo en una situación comprometedora.

Y ahora, por favor, continúe y ayúdenos a salir de este lío. Le pagaremos a usted, y le pagaremos muy bien.

Suyo,

Morris.

La carta entera estaba escrita a máquina, y la firma estaba garrapateada con lápiz. Podía ser la firma de Morris. Mason trató de recordar si había visto alguna vez la firma de Alburg, pero no pudo rememorar ninguna ocasión específica en que así fuese.

La muchacha irradiaba confianza en sí misma y dijo:

—*Ahora* ya podemos hablar.

Mason guardó silencio.

—Bueno…, ¿*no podemos* hablar?

—Quiero saber por qué Morris no está presente aquí —dijo Mason—. Me prometió estar aquí para encontrarse conmigo.

—Es que tuvo que cambiar sus planes.

—¿Por qué?

—Porque está ocupado haciendo algo que es de una terrible importancia.

—¿Qué es ello?

—Protegiéndome a mí y… también a sí mismo.

La muchacha se acercó una silla, se sentó y dijo:

—Señor Mason: ¿cuándo puede una persona matar a otra y… estar justificada en hacerlo?

—En legítima defensa —replicó Mason.

—¿Tiene una persona que esperar para defenderse a que la otra empiece a disparar contra ella?

—Tiene que esperar a ser atacada, o hasta que un hombre razonable en circunstancias similares deba creer que se encuentra en grave peligro físico, o amenazado de muerte.

—¿Y entonces ya podría disparar?

Mason asintió:

—Esa es, en general, la eximente de legítima defensa. Hay un cúmulo de diversas consideraciones sobre el deber del hombre de retirarse, y sobre quién provocó el conflicto en primer lugar. Pero ésa es la ley en términos generales.

—Entonces —dijo Dixie— supongamos que usted sabía que un asesino de sangre fría, premeditado y eficiente, se hallaba siguiéndole los pasos a usted decidido a asesinarlo. ¿Tiene usted el derecho de matarlo antes de que él lo matase a usted?

—Sí, dentro de las circunstancias que le he explicado.

—Comprendo —dijo ella—. Pero supongamos que usted sabe que un hombre va a matarlo. Supongamos que está acechando cerca de donde se encuentra, sentado en un coche, con una ametralladora preparada sobre su regazo, y usted se las arregla para huir por la puerta trasera sin que él lo sepa. ¿Podría usted, dentro de la ley, coger un rifle y volarle la cabeza sin que resulte culpable de asesinato?

Mason movió la cabeza negativamente.

—¿Y por qué no? —preguntó la muchacha.

—Porque en esas circunstancias —añadió Mason—, usted hubiera tenido tiempo para llamar a la policía y pedirle su protección.

Ella rió sarcástica y dijo:

—Tratar de obtener la protección de la policía contra un hombre como el que yo estoy diciendo, es como pedirle a la policía protección contra la viruela negra o la peste bubónica… Vamos, el hombre simplemente se escurriría entre los dedos de la policía, como si se evaporase, y usted estaría muerto a sus manos antes de la mañana siguiente.

—Usted me pidió que le dijese los términos de la ley. Ya se los he dicho. Y no soy yo quien hace las leyes, sino que me limito a estudiarlas.

—Eso es exactamente lo mismo que Morris me dijo, pero no pude creérselo. No me parece justo, pero eso es lo que me dijo que era de ley, y así, manifestó que usted no aprobará lo que está haciendo.

—¿Y qué es lo que *está* haciendo?

—¿Oyó usted hablar alguna vez de George Fayette?

—¿Por qué? ¿Lo conoce usted? Me gustaría averiguar algo respecto a él.

La muchacha rió con amargura. Después dijo:

—Muchísimas personas quisieran averiguar algo sobre este individuo. Es un asesino.

—Prosiga usted —dijo Mason.

—Y exactamente ahora está tratando de matarnos a Morris y a mí.

—¿Por qué?

—Esa es una de las cosas que me gustaría saber. Supongo que es

porque soy la novia de Tomás Sedgwick.

—¿Y quién es Tomás Sedgwick?

—Alguien a quien la policía anda buscando. Están tratando de cargarle un asesinato.

—Entonces, ¿quieren matarlos a usted y a Morris?

—Exactamente.

—Pero, ¿por qué? Eso no parece tener mucho sentido.

—Usted habla igual que si no me creyese.

—No estoy muy seguro de creerla.

—Escuche. Usted no puede discutir contra los hechos reales. Fayette trató de que me asesinasen en la calleja de la parte de atrás del restaurante de Alburg.

—¿Y exactamente qué fue lo que ocurrió?

—Fayette me seguía la pista con el objeto de matarme. Vino al restaurante sólo con un propósito en su cabeza, y éste era el de asustarme y obligarme a huir por el callejón de la parte de atrás.

»Si yo hubiera tenido sólo un ápice de sentido, hubiera comprendido que eso era precisamente lo que él pretendía. Incluso un hombre con la audacia y las agallas de Fayette, no es fácil que se decida a matar a una muchacha en un restaurante público y después marcharse de allí tranquilamente.

»Y sin embargo, él ha realizado cosas tan disparatadas como ésa…, y consiguió salir bien de ellas, también. Pero sea como quiera, nadie se detiene a pensar cuando ve ante sí a George Fayette mirándolo fijamente. Es algo así como agacharse para agarrar una piedra y encontrar bajo ella un reptil.

—Prosiga usted —dijo Mason cuando ella se detuvo—. Quiero saber exactamente lo que ha ocurrido.

—Salí huyendo del restaurante, y eso era precisamente lo que Fayette quería. Tenía un cómplice afuera en un auto, esperando por mí.

»Todo lo que Fayette tenía que hacer era sentarse rígido y aparentar ser un inocente ciudadano disfrutando de su cena, y así yo iría a caer de cabeza en sus garras.

—¿Y qué ocurrió exactamente cuando usted salió y alcanzó el callejón?

—Pues bien, el cómplice de Fayette trató de obligarme a subir en su coche con él. Pero yo me hallaba demasiado aterrada para

someterme a su imposición. Y esto creo que desbarató los planes de todos. Nunca se le había ocurrido a nadie pensar que no iba a doblarme como un acordeón y que no subiría directamente a aquel auto como una niña buena y obediente.

»Pero tal como ocurrió, hice en realidad lo más inesperado: eché a correr.

»Y cuando el individuo logró dispararme un tiro, yo ya estaba fuera de la línea de fuego a través de la portezuela abierta del auto. Pisó el acelerador para alcanzarme, y el auto dio un brusco salto cerrando la portezuela de un golpe. El individuo disparó otra vez, pero la bala chocó con la portezuela y la atravesó.

»En ese momento yo estaba corriendo cegada por el pánico. Alcancé la calle principal y fui a meterme delante de un coche que cruzaba.

»Y bien: ésa es virtualmente toda la historia. Recobré el conocimiento en el hospital, y yo sabía, claro está, que dondequiera que yo estuviese, sería del dominio público, y Fayette podría encontrarme sin dificultad alguna. Así pues, me levanté y exploré la habitación en que me habían internado. Encontré mis ropas en el armario, y aunque me sentía débil, conseguí vestirme y salir de allí. Claro está que inmediatamente me puse en comunicación con Morris.

—¿Y qué fue lo que hizo Morris?

—Me procuró nuevos vestidos y me dio los medios para ocultarme. Pero, claro está, Morris estaba sumamente asustado porque comprendía que Fayette andaba a su caza al mismo tiempo que a la mía.

—Entonces, ¿Alburg está actuando ahora para quitar de en medio a Fayette?

—Probablemente yo debiera haberle dicho a usted eso. De hecho, no voy a decírselo. Estoy diciéndole simplemente que por el momento Morris está ocupado en un asunto de la más grande importancia y que no va a tener ocasión de comunicarse con usted hasta que…, bueno, diría yo que hasta dentro de tres o cuatro horas al máximo, pero ya le ha escrito a usted esa nota para que lo comprenda.

—Muy bien —dijo Mason—. ¿Y qué quiere que haga yo?

—Eso es más bien difícil de decir. Usted no se muestra muy

cooperador, todavía se mantiene con sospechas.

—¿Y me critica usted que sea así?

—Sí.

Mason se echó a reír.

—Morris…, el señor Alburg, le escribió a usted una nota, ¿no es así?

—No.

—¿Qué quiere usted decir con eso?

—Que la firma no es más que un garabato. Yo no estoy seguro de que sea su firma. No estoy muy familiarizado con los rasgos de la firma de él.

—Pues es la suya. Yo mismo le vi firmar.

—No es más que un garabato.

—Es que tenía mucha prisa. Tenía muchas cosas en la cabeza.

—La nota está escrita a máquina. Podía haberla escrito de su puño y letra muchísimo más fácilmente que escribiéndola a máquina, y con mucha más rapidez.

—¿Cómo lo sabe usted? Quizá él escriba más rápido a máquina que con pluma.

—No sea usted tonta —dijo Mason—. Quienquiera que haya escrito a máquina esa nota, lo hizo con mucho trabajo y con sólo dos dedos.

—Quizá el señor Alburg se encontraba en una situación en que le sería imposible escribir. Puede que estuviese oculto en alguna parte. Y entonces le dijo a alguien lo que quería comunicarle a usted, y ese alguien escribió a máquina una nota y se la llevó a Alburg para que la firmase.

—O quizá el otro individuo garrapateó una imitación de la firma de Morris —comentó Mason.

—¡Oh, ustedes los abogados están llenos de eternas sospechas! Usted me da náuseas.

—Pues lo siento. No puedo representar con éxito a Morris hasta que yo sepa muchísimas más cosas sobre usted de las que sé ahora. ¿Tiene usted aquí, quizá, un permiso de conducir?

—No. El señor Alburg específicamente me identifica en esa carta.

—Pero no hay nadie aquí para identificar la carta.

—Oh, diablos. Ya le dije a Morris que le apostaba que usted

adoptaría esta actitud. Por lo menos, creo que usted tiene que ver cara a cara a Morris, y que le diga a usted que yo soy Dixie Dayton, y que deberá usted representarme a mí, y enseñarle a usted la marca de nacimiento en mi nalga izquierda y ofrecerle además la garantía de un banquero para… Oh, muy bien, iré entonces a buscar al señor Alburg y traérselo aquí…, aunque eso va a resultar peligroso…

»Si no se la gana primero a Fayette, éste lo matará. Pero, ¿qué le importa a usted, con su escepticismo de abogado…? Si el cliente de usted resulta muerto al procurar venir aquí para identificarme ante usted, ya sabe a quién habrá que achacarle la culpa.

»Muy bien. Espere entonces aquí.

—Bueno, y si usted ve a Morris Alburg —dijo Mason—, dígale que venga a verme inmediatamente y antes de tratar de entendérselas con Fayette o con cualquier otro. Dígale que yo voy a esperarlo aquí y que voy a decirle entonces cómo ha de enfrentar la situación.

La muchacha estaba de pie en el umbral, con una mano colocada en el picaporte mirando a Mason por encima del hombro y con los ojos ensombrecidos de emoción.

—Entonces eso es lo que usted quiere —dijo ella sarcástica—. Maldito si no estoy arrepentida de haber abierto la boca y haberle dicho todo, tal cual hice. Yo creía que usted era un abogado criminalista muy agudo y que conocía sus recursos. Pero habla usted igual que un reformista. Me valdría lo mismo escribirle a la señorita *Prudencia Barata* y decirle: «Querida señorita Barata: ¿Qué debo hacer? Hay un pistolero que quiere matarme. Ya casi lo ha logrado en dos ocasiones en las últimas veinticuatro horas, y ahora sé cómo puedo hacerlo apresar. ¿Qué debo hacer?».

»Y en lugar de contestarme simplemente: «Machaque a ese individuo», Prudencia Barata me dijese: «Mi querida señorita Fulanita: Debe usted recordar que nosotros tenemos leyes para habérnoslas con individuos así. Debe usted consultar a las autoridades y exponerles el peligro en que está. Ellas sabrán lo que deben hacer».

»Perry Mason —añadió ella sarcástica—, el gran abogado… o la señorita Prudencia Barata. ¿Por qué demonios no echa usted mano a una de esas enciclopedias sobre etiqueta social y una *Biblia*

Gedeón, y arroja sus libros de Derecho a un lado y se va a predicar?

La muchacha cerró violentamente la puerta tras sí al marcharse dando un golpe tan fuerte que el espejo que estaba colgado encima del lavabo dio un salto y comenzó a vibrar.

Perry Mason se sentó rígido con los ojos fijos en su reloj de pulsera, preguntándose si Drake habría o no tenido tiempo bastante para situar a sus ayudantes, y si éstos tendrían éxito en seguir a la muchacha.

Capítulo 7

Una vez más, Mason se puso a pasear por el cuarto del hotel, jugando a tener paciencia.

Tenía ya que esperar sólo unos minutos.

Exactamente siete minutos y cinco segundos después que la puerta se había cerrado tras la muchacha, al marcharse ésta, se oyeron unos suaves golpes de nudillos en aquélla y un golpe más, casi imperceptible.

Mason desvió sus pasos para acudir a abrir la puerta.

Drake, bastante desaliñado, y necesitando con urgencia un afeitado, hizo una mueca al ver a Mason y le dijo en voz baja:

—Muy bien, Perry.

Mason dijo:

—¿Conseguiste…?

Pero no continuó la pregunta cuando vio a Drake colocarse un dedo sobre sus labios y abrirse paso al interior de la habitación.

—¿Qué es lo que hay? —preguntó Mason en voz baja.

—La muchacha está todavía aquí, en el hotel —respondió Drake.

—¿Realizaste el trabajo por ti mismo?

—Tenía que hacerlo así, Perry. No podía conseguir ayudantes y enviarlos aquí a tiempo, así es que salté dentro de mis ropas y salí para aquí a toda velocidad. Y en eso no te hice ningún bien…

—¿Cómo es eso?

—Pues puse de vigilancia a la operadora de mi centralita en el pasillo. Tuvo que registrarse en el hotel y tomar una habitación para que pudiese realizar el trabajo que nosotros queríamos. Se disfrazó con un gorro de camarera y un delantal, y se hallaba en el pasillo cuando la muchacha que estaba contigo salió de aquí. En lugar de tomar el ascensor para bajar al vestíbulo, como nosotros esperábamos que hiciese, tomó el ascensor para *arriba*.

—¡Oh, oh! —exclamó Mason.

—Pero resulta que no hay más que otro piso arriba —dijo Drake—, y así pues, mi ayudante pensó que podía subir por la escalera y no llegar arriba mucho después que la otra. Claro está, ya se había planteado todas las posibilidades y explorado el terreno antes de que ocurriese eso, así es que sabía el camino a seguir.

Mason asintió.

—Corrió escaleras arriba, abrió la puerta de entrada al pasillo y llegó a éste sólo un par de segundos después que el ascensor. Y la muchacha iba ya caminando por el pasillo hacia el fondo. Se detuvo frente a la habitación número 815, sacó una llave del bolso, abrió la puerta y entró. Mi ayudante fue de puntillas corriendo por el pasillo y llegó a tiempo frente a aquella habitación para oír que la cerraban con llave por dentro.

—Y luego, ¿qué?

—Pues después se puso a escuchar largo tiempo junto a la puerta, y oyó voces dentro, una de ellas de hombre. Evidentemente, esa mujer está registrada como huésped de esa habitación 815. Como no podíamos haber previsto eso, mi ayudante se escabulló silenciosamente y bajó a sentarse en mi coche y contarme lo ocurrido y pedirme nuevas instrucciones. Me pareció que la dirección de la muchacha era todo lo que necesitabas, y además, yo no puedo dejar mi teléfono mucho tiempo desatendido; así pues, mandé a la muchacha de nuevo a mi oficina, y yo vine aquí a informarte. Paré en la administración lo suficiente para averiguar que la habitación 815 está alquilada a una señora Madison Kerby.

—¿Tiene el empleado de abajo sospechas de ti? —preguntó Mason.

—Que se vaya al diablo —contestó Drake—. Es un perfecto idiota. Si me hubiera llamado la atención, ya sé adónde lo habría mandado… Supongo que ya están más o menos acostumbrados a tener aquí detectives privados husmeando por el edificio.

—¿Quieres decir que ya sabe que eres un detective privado?

—Diablos, no. Lo dejé más bien que creyese que estoy en activo. Le escurrí entre los dedos un par de dólares. Francamente, Perry, no creo que le importase un bledo.

—Así pues, ella está aquí, en el hotel —dijo Mason.

Drake asintió y dijo:

—Esto a la vez simplifica y complica las cosas. Como ya estaba tratando de demostrarte, no tenemos gente bastante. Había dado instrucciones a mi ayudante para que me señalase a esa mujer cuando saliese de esa habitación, de forma que yo pudiese…

—¿Y cómo iba a hacer eso tu ayudante?

—Pues muy sencillo. Mi ayudante se registró en el hotel e insistió en pedir una habitación que diese a la calle, por el lado de la fachada principal. Y tan pronto como esa mujer saliese y tomase el ascensor, mi ayudante correría a su habitación, abriría la ventana y enfocaría una linterna sobre mi coche, abajo en la calle. Yo tenía el espejo retrovisor de mi coche ajustado de forma que tan pronto el resplandor de la linterna diese sobre él, reflejaría la luz sobre mis ojos.

—Una bonita estratagema —dijo Mason.

—No es más que pura rutina —comentó Drake con un bostezo.

—Bien —dijo Mason—, hemos puesto en tierra a nuestra sujeta.

—Ella es Dixie…

Mason hizo un guiño:

—Ella *dice* que es Dixie…

—¿Y entonces? —preguntó Drake.

Mason sacudió la cabeza.

—¿Qué es lo que has logrado?

Mason sacó un pañuelo del bolsillo y dijo:

—Aquí hay tres manchas de labios, marcadas con los números 1, 2 y 3. ¿Qué harías con ellas?

—Debes haber tenido una noche muy activa —dijo Drake con ironía.

—Déjate de bromas ahora. ¿Qué harías con esas tres muestras de lápiz de labios? ¿Te parecen lo mismo?

—Dos de ellas son del mismo. Una puede ser ligeramente más suave que la otra. Yo diría… No, espera un instante… Todas son iguales. Aseguraría que son las tres del mismo tono.

—Lo mismo diría yo —confirmó Mason.

—¿Quieres decir que te has estado besando con tres mujeres diferentes? —preguntó Drake.

Mason sacó la barra de lápiz del bolsillo y dijo:

—La primera muestra fue sacada de los labios de la muchacha que afirma ser Dixie Dayton. La número 2, fue extraída de un

escrito que está en el fondo de esa mesa, y la número 3, fue sacada de esta barra.

—¿Un escrito en el fondo de la mesa? —preguntó Drake.

—Así es.

Mason cogió la mesa y suavemente la volteó. Paul Drake miró y vio los caracteres allí escritos, lanzó un silbido y luego dijo:

—¿Cómo demonios fuiste capaz de descubrir eso, Perry?

—Eso es elemental, querido Paul —dijo Mason con una mueca —. Este lápiz de labios estaba caído en el suelo. Como verás, es un lápiz con el recipiente de metal dorado. Así pues, reflejó la luz y sólo un ciego no lo hubiera visto inmediatamente.

—Muy bien —dijo Drake—. Pero lo que todavía no comprendo es por qué miraste en el fondo de la mesa.

—Eché un vistazo a este lápiz —dijo Mason—. Los labios de una mujer son blandos. Y este lápiz había sido apoyado fuertemente sobre una superficie plana y dura, arrastrándolo sobre ella, lo que hizo que la pintura se saliese por los bordes.

»Así pues, naturalmente, empecé a mirar alrededor para ver sobre dónde había sido utilizado el lápiz, además de unos labios femeninos.

—Y entonces, viste la mesa —dijo Drake.

Mason asintió.

—Y ahora, espera un momento —dijo Drake—. Esto puede que concuerde. Tú tenías convenido encontrarte aquí con Morris Alburg, ¿no?

—Eso es.

—Y…, qué demonios, Alburg y alguna mujer, quizá Dixie Dayton, estaban aquí en esta habitación. Y entonces se deslizó alguien aquí dentro y apuntándoles con un revólver…

—Puedes ver la huella del revólver sobre la colcha —dijo Mason —. Es bastante evidente.

Drake siguió con la mirada la dirección a la que señalaba el dedo de Mason y dijo:

—Demonios, que es así, Perry… Caramba, eso lo explica todo… Es el eslabón de enlace. Estuvieron aquí sentados. Y sabían que iban a ser sacados de aquí para darles el paseo. Quisieron dejarte un mensaje, pero no tenían oportunidad de hacerlo. Mas la muchacha actuó como si quisiera estar lo mejor presentable cuando la

matasen, y así pues, sacó del bolso el lápiz de labios y empezó a maquillarse con él. Era cosa muy natural y nadie se fijó cuando subrepticiamente escribió este mensaje. Pero temió que tú no llegases a verlo a tiempo para que fuese útil, y así arrojó el lápiz al suelo segura de que lo encontrarías. Después la encañonaron con el revólver y le dijeron que era hora de partir.

—Eso parece estar lleno de lógica —comentó Mason sin entusiasmo.

—Caramba —exclamó Drake—. No puedo comprender cómo mantienes tanta calma en este asunto, Perry. Diablos, vamos a actuar con prontitud en este caso. Primero, imaginémonos lo que quiere decir ese mensaje… Vamos… ¿Qué piensas? ¿Crees que haríamos mejor en avisar a la policía?

—Así me parece.

Drake lo miró y dijo:

—Eres el hombre más absurdo que he conocido. Algunas veces te cansas de operar sobre un asunto y me sacas de la cama a las tres de la mañana, y después te abandonas y tomas una cosa como ésta con la mayor tranquilidad y no pareces apurarte lo más mínimo por ello. Esos amigos están en peligro. El que los encontremos o no con vida, depende del tiempo que nos lleve el descifrar ese mensaje y acudir en su ayuda.

—Pudiera ser así —dijo Mason.

—¿Y qué diablos es lo que no está acorde? —preguntó Drake.

—Ese mensaje —contestó Mason—. Suponemos que ha sido escrito subrepticiamente en el dorso de la mesa por una mujer que estaba jugando indiferente con su lápiz de labios y se las arregló para, en un momento que sus raptores estaban distraídos, escribir algo en el fondo de la mesa. ¿No es ésa tu idea?

—Bien, así es, ciertamente, como a mí me parece —dijo Drake.

Mason sacó una libreta de notas del bolsillo, la colocó sobre su rodilla y dijo:

—Ahora veamos; esto representa la superficie de la mesa. Toma un lápiz y escribe encima la palabra «Auxilio».

—Muy bien —dijo Drake—. ¿Y eso qué demuestra?

—Vamos a verlo —dijo Mason—. Vuelve la libreta boca abajo. Suponte que éste es el fondo de la mesa. Y tú estás sentado en la mesa. Aquí, si eso te sirve de ayuda; sostén esta libreta contra el

lado del fondo de la mesa. Y ahora toma el lápiz y escribe la palabra «Auxilio» en el lado de abajo de la mesa.

—Muy bien —dijo Drake sarcástico—. Vamos a complacerte. Pero me parece una forma tonta de malgastar el tiempo.

Drake se sentó en la silla y Mason sostuvo la libreta de notas firmemente contra el reverso de la mesa. Drake escribió la palabra «Auxilio».

Después, Mason sacó nuevamente la libreta y la puso sobre la mesa.

—Caramba, que me lleve el diablo —dijo Drake. Y luego añadió, súbitamente—. Vamos a hacerlo de nuevo, Perry.

Repitieron la operación y Drake escribió otra vez la palabra «Auxilio». Y nuevamente colocó después la libreta sobre la mesa, sacudió dudosamente la cabeza y dijo:

—Es una novedad para mí. Claro es que resulta bastante lógico cuando se medita sobre ello. La verdad es que nunca se me había ocurrido, eso es todo.

—Cada vez que escribas algo en la parte interior de una mesa *tienes* que escribirlo así —dijo Mason—. Pon ahora esta libreta frente a un espejo y la palabra «Auxilio» aparece escrita correctamente, pero cuando la miras de esta forma, resulta lo que es un buen ejemplo de lo que entre los chicos se llama «escritura de espejo».

—Por consiguiente —dijo Drake—, crees que este mensaje no fue escrito por la persona sentada sobre la mesa.

—Este mensaje —dijo Mason con certidumbre— fue escrito por alguien que no precisaba para nada ocultar lo que estaba haciendo. Se limitó a voltear la mesa y escribió la palabra «Auxilio» y esa línea de números.

Drake asintió.

—Ese mensaje —continuó Mason— puede ser muy bien una trampa.

—¿En qué sentido?

Mason dio por no oída la pregunta y continuó pensando en voz alta:

—Estamos seguros de que el mensaje es falso porque no podía haber sido escrito en la forma en que era de suponer que lo estuviese. Por lo tanto, debe haber alguna razón para que

escribiesen ese mensaje.

Drake lo observaba en silencio.

Mason alzó dos dedos, y uniendo la punta del pulgar con la del índice, dijo:

—Primero, el mensaje es una trampa. Segundo, el mensaje no indica nada.

—¿Qué quieres decir con eso?

Mason replicó impaciente:

—Sabemos que Morris Alburg estaba en esta habitación. Por lo menos, dijo que estaba.

—¿Era realmente su voz?

Mason asintió y dijo:

—Reconocí su voz. El hombre estaba terriblemente excitado. Estaba en esta habitación, o por lo menos dijo que estaba aquí, y no había razón alguna para que mintiese.

—Entonces, ¿qué es lo que le ha ocurrido?

—Pues —dijo Mason— que alguien le estaba apuntando con un revólver y él dejó un mensaje. Quizá estaba una muchacha con él y ella dejó un mensaje escrito con el lápiz de labios.

—Pero yo creía que tú acababas de decir que ella no pudo haber hecho eso, que era…

Mason le hizo un ademán imponiéndole silencio:

—Los individuos que se apoderaron de Morris, llevándoselo de esta habitación, descubrieron que había dejado un mensaje. Quizá no tuvieron tiempo para buscar el mensaje verdadero, y entonces escribieron otro para desorientarme… Y ahora vamos a echarle otro vistazo a la mesa, Paul.

Entre ambos estudiaron el fondo de la mesa.

—A mí no me parece que haya habido aquí ningún otro mensaje —dijo Drake.

—Aparentemente, no. Miremos en otros lugares. Quizá el mensaje estaba en otro lugar y no pudieron encontrarlo, y entonces trataron de desorientarme para que yo no lo buscase. Los individuos que se llevaron a Morris debían de tener mucha prisa.

—¿No estarás obsesionándote demasiado con esa cuestión? —preguntó Drake.

Mason dijo, impaciente:

—Hay una razón para cada cosa. Hay un mensaje en el fondo de

la mesa. Y para que sea así, hay una razón. Y yo quiero descubrir qué razón es ésa.

—Pero, ¿por qué habría de dejar nadie un mensaje con el objeto de invalidar otro si no sabía lo que éste decía?

—Porque deben haber tenido sospechas de que había otro mensaje, pero no sabían dónde se encontraba. Y entonces decidieron dejar uno falso para despistarme… Empieza a buscar por ahí, Paul. Vamos a ver lo que *nosotros* conseguimos encontrar.

Mason abrió la puerta del ropero y miró en el interior del quicio; después, en el espacio del lado interior de la puerta que quedaba a la vista al estar aquélla oscilando sobre los goznes.

Buscó en el interior del armario y después dentro del cuarto de baño.

—¿Encontraste algo? —preguntó Drake.

Mason se asomó a la puerta del cuarto de baño y movió la cabeza con ademán negativo.

Drake, que había estado realizando su búsqueda sin ilusión alguna, dijo:

—Supongamos que exploramos la idea de que se trata de una trampa, Perry. ¿En qué consistiría?

—Pues constituiría una trampa preparada para nosotros. Pudiera ser algo destinado a hacernos perder gran cantidad de tiempo valioso. Puesto que estoy convencido de que todo es una falsedad, no quiero perder el tiempo en ello.

—Pero eso significa *algo*, Perry.

—Claro que significa —dijo Mason—. Probablemente, un libro. Tomemos las palabras «262-V-3». Eso probablemente significa la página doscientos sesenta y dos del volumen tercero.

—Exactamente —exclamó Drake—, y luego «L-15 izquierda» debe significar la línea quince de la columna izquierda.

—Indudablemente —dijo Mason— es un libro con una serie de tres volúmenes que tiene las páginas divididas en columnas. ¿Qué querrá decir eso, Paul?

Drake arrugó el entrecejo pensativo y dijo:

—¿No será acaso una obra de Derecho?

Mason dijo:

—Más posiblemente serán los volúmenes que estás mirando ahora mismo.

—No comprendo… Oh, te refieres a los de la guía telefónica. Pero no están marcados por volúmenes.

—Estos, sí. Mira ese papel pegado en el reverso.

Drake tomó uno de los volúmenes. Leyó:

—«Hotel Keymont. — Guía Telefónica número 1. — Habitación 721». Indudablemente se trata del tipo de fonda donde los huéspedes roban todo lo que no esté amarrado con cadenas… Caramba, Perry, veamos esto.

Drake tomó el volumen tercero de la guía telefónica, volvió las páginas, contó las quince líneas de arriba abajo, y después leyó:

—«Herbert Sidney Granton, 1024 Avenida Colinda».

—¿Significa esto algo? —preguntó Mason.

—Diablos, sí —dijo Drake excitado—. Es un nombre que yo he oído. Es… Espera un momento, Perry.

Sacó del bolsillo rápidamente una libreta de notas, buscó entre las páginas y dijo:

—Seguro. Es uno de los nombres falsos de George Fayette, que fue detenido por juego clandestino y cuyo proceso parece haberse evaporado en el aire… Caramba, Perry, vayamos y…

Mason meneó la cabeza.

—¿Quieres decir que no vamos a seguir esta pista? —preguntó Drake.

—Todavía no —dijo Mason—; primero terminemos de buscar.

Mason miró en la parte interior de las sillas y debajo de una cama y dijo:

—Paul, ese espejo que está encima del lavabo es movible. Échale un vistazo a la parte posterior, ¿quieres?

Mason estaba todavía buscando debajo de la cama, cuando Drake lo llamó excitado:

—Aquí hay algo, Perry.

Rápidamente, Mason salió a gatas, se sacudió el polvo del traje y fue adonde estaba Drake, que había descolgado el espejo de la pared.

En la parte posterior del espejo estaban escritos con lápiz de labios los siguientes caracteres: 5N20862.

—Esto —dijo Mason— es probablemente el número de matrícula de un automóvil.

Los dos hombres permanecieron estudiando el grupo de cifras

que habían sido escritas con lápiz de labios en el respaldo del espejo.

—No comprendo lo que es esto —dijo Drake.

—Pues yo sí —dijo Mason—. Morris y una mujer estuvieron en esta habitación. Alguien vino a sacarlos de aquí, o por alguna razón tuvieron que marcharse. Y querían dejar un mensaje para mí. La muchacha utilizó su lápiz de labios y escribió el mensaje al dorso del espejo, mientras estaba de pie frente a él simulando que se estaba maquillando el rostro. Y nadie le prestó atención en ese momento. Pero cuando abandonaban la habitación, algo les sugirió que ella había dejado un mensaje escrito con lápiz de labios. Tuvieron miedo de que yo lo encontrase y entonces regresaron y pusieron ese cebo de trampa, dejándome otro mensaje en forma que hasta un ciego pudiera verlo.

—¿Entonces crees que éste es el verdadero mensaje original y que es genuino? —preguntó Drake señalando a lo escrito con lápiz de labios en el dorso del espejo.

Mason asintió.

—Y creo que éste que hay en el fondo de la mesa es una trampa.

—Pues éste parece efectivamente el número de la matrícula de un automóvil.

—¿Cuánto tiempo te llevará el encontrar la pista del automóvil correspondiente a ese número? —preguntó Mason.

—Déjame hablar por teléfono —le contestó Drake—. No deberá llevarme más que unos minutos.

—Espera un momento; no desde aquí, Paul.

—¿No?

—No. La única persona que está de servicio abajo es el empleado nocturno. Y tengo la impresión de que está demasiado interesado en todo lo que ocurre. Si escucha mientras hablas para encontrar la pista de ese coche, esto le proporcionará una buena idea de adónde vamos cuando salgamos de aquí. Y nadie está vigilando a la muchacha que estuvo aquí… ¿Cuánto tiempo te llevará el reunir algunos de tus ayudantes y ponerle un servicio de vigilancia a esa muchacha del número 815, Paul?

—No *demasiado* tiempo.

—Mejor es que aplacemos las cosas, Paul, pues creo que éste es un caso para la policía. Creo que estamos pasándonos de la medida.

—¿Quieres hacer una llamada a la policía?

—No tanto como eso —dijo Mason—, pero quisiera contar con cierta acción de la policía si logramos planear una forma acertada de conseguirlo… y cómo controlarlo una vez que lo hayamos logrado… Y hay todavía algo extraño respecto a esto.

—¿Qué quieres decir?

—Me refiero a ese número de matrícula al dorso del espejo —dijo Mason.

—¿Qué pasa con eso?

—¿Quién lo dejó ahí?

—Probablemente la verdadera Dixie Dayton —dijo Drake—. Estaba aquí con Morris. Estaban esperándote. Pero alguien los tenía señalados. Dejaron la puerta sin cerrar con llave por dentro, para que tú pudieras entrar sin llamar la atención.

—Esa parte del asunto corresponde a los hechos —dijo Mason—. Hasta ahí voy de acuerdo contigo, pero continúa hablando, Paul. ¿Y qué ocurrió después de eso?

—Alguien que sabía dónde estaban, alguien que quería que no se pusiesen en contacto contigo, abrió la puerta y entró. Y cuando entró traía un revólver en la mano.

—Y después, ¿qué?

—Después les dijo que iban a tener que marcharse, pues iban a darles el paseo, y probablemente Dixie Dayton dijo: «Muy bien, muchachos, déjenme ustedes primero que me arregle el maquillaje», y se dirigió hacia el espejo, sacó el lápiz de labios y empezó a pintárselos y a expandir el rojo en torno a aquéllos con la punta del dedo meñique. Mientras hacía esto estaba observando por el espejo lo que ocurría detrás de ella.

»Quizá Morris ofreció resistencia, o quizá ellos pensaban que iba a ofrecerla, y así lo rodearon, y Dixie se fue inmediatamente al espejo, lo apartó una pulgada de la pared y marcó el número de licencia de matrícula del automóvil.

—¿De qué automóvil? —preguntó Mason.

—De uno que nos daría la clave de adonde eran llevados.

—¿Quieres decir que ella sabía el número del coche que los estaba esperando?

Drake frunció el ceño.

—No, creo que eso no es así.

—¿Y luego fueron obligados a acompañar a aquellos individuos que habían entrado en la habitación? —preguntó Mason.

—Seguro.

—¿Bajando por el ascensor, cruzando por el vestíbulo y saliendo después a la noche?

Repentinamente, Drake se puso pensativo.

—Todo esto me suena a una de esas cosas que hacen en las películas —dijo Mason.

—Bueno, *pudo* haber ocurrido así —dijo Drake—. Maldita sea, Perry, *ha* ocurrido así.

—¿Y ese número de matrícula? —preguntó Mason.

—Eso me deja atónito —confesó Drake.

Repentinamente, Mason castañeteó los dedos.

—¿Qué pasa? —preguntó Drake.

—Que estamos buscando un automóvil —dijo Mason—. Y éste puede que sea el número del automóvil que conducía el secuestrador en potencia, el automóvil que tiene un agujero de proyectil en la puerta delantera derecha.

—Puede ser —dijo Drake, contrayendo el ceño, pensativo.

—Esto nos deja con dos mensajes, Paul. Uno de ellos puede ser el mensaje genuino dejado por la mujer que acompañaba a Morris, quienquiera que sea, y el otro un mensaje falso dejado por los otros individuos. Pero el falso mensaje apunta directamente a George Fayette. ¿Qué significa esto?

Drake dijo:

—Me inclino a seguir la pista de éste, ese Herbert Sidney Granton, que figura en la guía telefónica. En nada nos perjudicará el ir hasta allí.

—Pues yo me temo que sí, Paul.

—¿Por qué?

—Porque estamos trabajando contra el tiempo. Hay alguien que quiere enviarnos a cazar patos donde no los hay. Lo que yo no puedo comprender es cómo esa caza iba a llevarnos hasta Fayette, que es precisamente uno de los conspiradores, a menos que por alguna razón hayan decidido los otros que ya no quieren más a Fayette. Quizá van a sacrificar a Fayette. Pero si es así… Espera un poco, todo eso no tiene sentido, Paul.

—No van a sacrificarlo, porque en ese caso Fayette los

descubriría —dijo Drake.

—A menos que —dijo Mason súbitamente— él se encuentre en una posición en que ya no pueda hablar… Paul, averigüemos más de lo que pueda haber en la habitación 815. Vamos…

La puerta de la habitación se abrió bruscamente. El teniente Tragg, de la Brigada de Homicidios, acompañado por otro policía a quien Mason no conocía, apareció en el umbral y dijo:

—¿Qué demonios sabe usted sobre la habitación 815?

—Caramba —dijo Mason—, henos aquí honrados por unos visitantes inesperados, Paul. ¿Qué es lo que los trae a ustedes por aquí a estas horas de la madrugada, teniente?

—El cumplimiento del deber —respondió Tragg—. ¿Qué pasa con la habitación 815?

—¡Oh! —dijo Mason—. Estábamos hablando de ir a dormir un poco y ordenar que nos llamasen a las *ocho quince*.

El rostro de Tragg se ensombreció:

—Mason, si usted continúa endosándose esa clase de tonterías, lo pondré en un lugar donde no tendrá necesidad de pedir que lo llamen. Se levantará usted a las seis y media de la mañana, y recibirá a través de las rejas su café, lo que le gustará mucho. ¿Ya conoce usted al sargento Jaffrey?

Tragg lo presentó y Mason saludó al sargento diciendo:

—Yo creía que conocía a la mayor parte de los muchachos de la Brigada de Homicidios.

—No pertenece a Homicidios —dijo Drake en voz baja—. Yo lo conozco, Perry. Pertenece a la Brigada de Vicios.

Jaffrey saludó con un movimiento de cabeza a Drake.

El teniente Tragg dijo:

—El sargento Jaffrey tiene a su cargo una sección de la Brigada de Vicios. Y Bob Claremont trabajaba a sus órdenes cuando fue asesinado, y este maldito asunto está por completo ligado con el asesinato de Claremont. Mason, está usted en mala posición. Y ahora, dígame, ¿qué demonios tiene usted que ver con la habitación número 815? Deme usted una respuesta directa y clara, porque en esta ocasión los triunfos están en nuestras manos.

—Francamente —dijo Mason—, yo quería que Paul Drake vigilase a la ocupante de la habitación 815 porque deseo más informes sobre ella.

—¿Sobre *ella*?

Mason asintió.

Tragg dijo:

—¿Y qué es lo que está usted haciendo aquí?

—Vine a entrevistarme con un cliente.

—Escuche, Mason. Yo voy a colaborar enteramente con usted. Nosotros sabemos todo lo que…

—Yo no haría eso, teniente —interrumpió el sargento Jaffrey—. Déjelo a *él* que responda primero a las preguntas.

Tragg no hizo caso de la interrupción y añadió:

—Voy a hacerle a usted una buena proposición, Mason, con las cartas boca arriba y sin tratar de engañarlo. Este hotel es un antro. Corrientemente, lo que pueda ocurrir aquí no llama la atención, pero el huésped de la habitación número 813 escuchó el ruido de una disputa y lo que le pareció ser un disparo. Llamó a la policía.

—¿Cuánto tiempo hace de eso? —preguntó Mason.

—No hace mucho tiempo —replicó Tragg—. Nosotros acabamos de llegar aquí. Un coche con radio de la policía llegó aquí dos minutos después que había sido hecha la llamada telefónica. Encontraron la puerta de la habitación 815 sin cerrar con llave, y un cadáver sobre la cama, y lo notificaron a la Brigada de Homicidios. Dio la casualidad que yo estaba trabajando en ese momento con el sargento Jaffrey en otro aspecto de este caso y nos vinimos aquí inmediatamente.

»El hombre que estaba muerto en la habitación 815, es más bien un tipo corpulento, de piel morena y con unas cejas excesivamente espesas. El carnet de conducir que había en su bolsillo está a nombre de Herbert Sydney Granton, y como domicilio suyo aparece el de 1024 Avenida Colinda. Puse a mis hombres a cargo de este suceso y comencé a interrogar al empleado nocturno del hotel. Se trata de uno de esos individuos cuya memoria para retener caras es una máquina fotográfica. Le pregunté si algo extraño estaba ocurriendo en el hotel, y me dijo que Perry Mason estaba aquí, que creía que Mason había subido a la habitación 721, y que se le había sumado un detective privado, y que se había registrado en el hotel una mujer que él creía que era un agente. Y ahora, dígame, ¿qué demonios es lo que pasa aquí?

Mason miró significativamente a Paul Drake y dijo:

—Nuestras investigaciones nos llevan a creer que Sydney Granton es un falso nombre de George Fayette, y que George Fayette debe haber tenido algo que ver con el intento de secuestrar y asesinar a Dixie Dayton. Aparte eso, no puedo decirle otra cosa.

—Aparte eso —replicó Tragg— tampoco tiene que hacerlo. Si quiere usted que juguemos juego duro, así será. No se le permitirá a usted salir del hotel. Vaya usted abajo al vestíbulo y espere allí hasta que yo disponga de tiempo para interrogarlo a usted.

—¿Quiere usted decir que nos detiene como testigos materiales? —preguntó Mason.

El sargento Jaffrey, individuo de anchas espaldas, dio un paso agresivo en vanguardia y dijo:

—No se les detiene como testigos sino como sospechosos del asesinato de Herbert Sidney Granton. Y ahora, lárguense de aquí.

Capítulo 8

El vestíbulo del Hotel Keymont era escenario de una extraordinaria actividad. Reporteros de los periódicos y fotógrafos hicieron acto de presencia y tomaron fotografías al magnesio y después subieron en el ascensor a los pisos altos.

Un policía uniformado se hallaba sentado tras la mesa de recepción. Por orden de la policía no se permitía que se estacionasen frente a la puerta sino un reducido número de automóviles. Desde la calle, el Hotel Keymont parecía ofrecer la perfecta y normal apariencia de un hotel de segunda categoría. Era esa hora muerta de la noche que sobreviene mucho antes de que los primeros rayos de luz diurna compongan la silueta de la ciudad y sus edificios, sobre el fondo de un cielo pálido. Era demasiado temprano para el tráfico matutino, y a la vez demasiado tarde para los últimos trasnochadores. Algunos chóferes de taxi, en busca de clientes, cruzaban desalentados por la ausencia de perspectivas de ganancias, deslizándose por la calle desierta. Pero los ojos de los taxistas, hábiles en descubrir los matices de la ciudad, sorprendieron que algo anormal estaba ocurriendo en el vestíbulo del hotel. Y entonces comenzaron a detenerse ante él, prosiguiendo después la marcha. El Hotel Keymont era…, el Hotel Keymont…, algo poco común…

La trampa tendida laboriosamente por la policía no había, hasta ahora, dado el más mínimo resultado. Nadie, excepto policías y periodistas, había entrado en el hotel. Ni tampoco había intentado salir de él.

El empleado nocturno, detenido provisionalmente por la policía, estaba sentado al otro lado del vestíbulo, frente a Mason y Drake, y de vez en cuando miraba a éstos. En su rostro no había otra expresión que la que pueda ostentar un buen jugador de póquer

cuando toma su mano.

Los reporteros de Prensa, que intentaban entrevistar a Mason, recibían sólo una denegación de cabeza por toda respuesta.

—¿Y por qué no? —preguntó uno de ellos.

—Pues porque estoy cooperando con la policía —dijo Mason—. Quieren que les cuente lo que sé a ellos solos y a nadie más.

—Está muy bien. Ya lo sabremos entonces por la policía.

—Es la mejor forma de obtenerlo.

—¿Ha hablado usted ya con ellos?

—Algo.

—Pues parece que ellos no lo creen así.

—Yo no puedo influir en lo que quieran creer.

—Supongamos que usted nos dice a nosotros lo mismo que les dijo a ellos, y…

Mason sonrió y movió la cabeza negativamente.

Un periodista señaló con el dedo a Paul.

—Nada tengo que decirles —manifestó Drake.

—Demonios, es usted muy cooperador.

—Tengo que serlo —respondió Drake.

Se oyó un zumbido de llamada en la centralita telefónica.

El policía uniformado que se encontraba detrás de la mesa conectó una línea y dijo:

—Hola… Muy bien, teniente.

Volvió a desconectar, hizo una seña con la cabeza a uno de los policías de paisano que estaban en el vestíbulo y cambió con él unas breves palabras en voz baja.

El policía de paisano se acercó adonde estaban Mason y Drake, y les dijo:

—Muy bien, muchachos. El teniente Tragg va a hablar con ustedes ahora. Vamos por aquí.

El policía de paisano se acercó adonde estaban Mason y Drake, y les condujo a las escaleras, subieron unos peldaños y se internaron por un pasillo, cruzándose con un guardia uniformado; el policía abrió una puerta de lo que evidentemente era el más presuntuoso apartamento de varias habitaciones del hotel.

El teniente Tragg, fumando un puro, estaba arrellenado en una butaca confortable, al extremo de la estancia. Un poco a un lado se hallaba el sargento Jaffrey sentado en otra butaca acolchonada,

fumando un cigarrillo. Al otro lado del teniente Tragg, había una mesa y sobre ella una luz de piano. Sentado a la mesa estaba un taquígrafo de la policía, teniendo una libreta de taquigrafía al frente y la pluma estilográfica colocada sobre las páginas.

Mason echó una rápida ojeada a la libreta cuando entró en la habitación y observó que doce o quince páginas habían sido ya cubiertas con notas taquigráficas.

—Vengan aquí y siéntense —dijo Tragg invitativo—. Siento el haber tenido que retenerlos a ustedes, muchachos, pero así son las cosas.

Drake y Mason se sentaron.

—Y ahora, veamos —dijo Tragg—. Cuéntennos su historia.

Mason dijo:

—Un cliente me telefoneó para pedirme que viniese a entrevistarme con él en la habitación 721. Me dijo que me dirigiese a esa habitación y entrase sin llamar. Así lo hice; fui a la 721 y entré.

—¿Había alguien allí? —preguntó Tragg.

—Nadie.

Tragg dijo:

—Pero poco después usted le telefoneó a Paul Drake. La centralita del hotel registra que se hizo una llamada desde la habitación 721 a la oficina de Drake.

—Así fue.

Tragg se volvió hacia Drake:

—¿Y qué hizo *usted*, Drake?

—Seguí las instrucciones que me dio Mason.

Suavemente, Tragg dijo:

—Mason es un hombre muy agudo, Paul. Es muy habilidoso, muy diestro y se sabe cada punto y cada coma de la ley. Nunca ha sido suspendido en el ejercicio de la abogacía.

»Y lo lleva a usted a remolque. Usted no sabe los puntos de la ley. Tiene una licencia para ejercer como detective privado. Pero esa licencia puede serle retirada y perderla usted con suma facilidad. Por consiguiente, vamos a escuchar lo que usted nos diga.

Drake miró con aprensión a Mason, como buscando que éste le hiciese alguna seña. Pero el rostro de Mason se mantuvo inexpresivo.

El sargento Jaffrey dijo:
—Y ahora, amigos, voy a decirles algo. Este caso está eslabonado con el asesinato de Bob Claremont. Bob era un estupendo muchacho. Y era un policía. Fue asesinado por un puñado de hampones de baja ralea que creían tener a la ciudad en su poder, y Bob estaba sobre su pista. Pero ustedes no van a decirme a mí que fue asesinado simplemente porque estaba a punto de apresar a un maleante cualquiera por juego ilegal. Ahora, quizá ustedes crean que ya han dicho mucho, pero eso a mí ni me convence ni me basta. A mí no me importa un bledo quiénes sean ustedes, y no me impedirá de llevármelos detenidos a la Jefatura y apretarles las clavijas para que hablen, si así es preciso. Son ustedes dos pájaros a quienes quiero oír cantar, y quiero que sus respuestas sean claras.
El teniente Tragg, alarmado por estas amenazas, hizo una seña de advertencia a Jaffrey y dirigió una mirada al taquígrafo, diciendo, presuroso:
—Queda entendido que no estamos haciéndoles amenazas de ninguna clase, pero creemos que ustedes dos, caballeros, nos deben una declaración voluntaria. Y queríamos que esa declaración sea verídica. Y que sea precisa, exacta. Y también completa. Y les advierto que si ustedes empiezan a ofrecer resistencia, nos encontramos en condiciones de caerles encima con todo el peso de la autoridad. Y ahora, dígannos lo que ocurrió.
—Un cliente me telefoneó para que viniese a verlo a su habitación.
—¿Quién era ese cliente?
—No puedo decírselo.
—¿Y qué ocurrió?
—Que alguien vino a la habitación.
—¿El cliente?
—No el que me había llamado por teléfono, no.
—Y luego, ¿qué sucedió?
—La persona que vino volvió a marcharse durante algunos minutos. Y yo quería que Drake se pusiese en acción y le siguiese la pista a aquella mujer. Le telefoneé. Eso es todo lo que yo sé.
El sargento Jaffrey se levantó de su asiento.
—Espere un momento, sargento —intervino Tragg presuroso, y

esta vez hizo seña ostensible al taquígrafo—. Vamos a interrogar a Paul Drake. Este no tiene ni la inmunidad ni los privilegios que tiene un abogado, y creo que en las presentes circunstancias va a ser un poco más cooperador…, mucho más cooperador.

El teniente Tragg se volvió hacia Paul Drake y dijo:

—Muy bien, Drake, esto es un caso de asesinato. Tenemos todas las razones para creer que usted posee pruebas relacionadas con el crimen. No intento inmiscuirme en sus relaciones privadas con Perry Mason, pero quiero que usted me diga cuanto sepa de lo ocurrido que pueda tener alguna posible relación con este crimen. Y ahora, empiece usted a hablar.

Drake tosió nerviosamente y cambió de postura en su asiento.

—Y no quiero que ande con rodeos —dijo el sargento Jaffrey—. No se los admitiré a usted. Esto es un ajuste de cuentas. El que usted siga ganándose la vida dirigiendo una agencia de detectives privados, o que se achicharre usted y quede amarrado, quedará decidido en los próximos minutos aquí mismo, en esta habitación; por lo tanto, empiece a hablar.

—Perry —dijo Paul Drake con voz de agonizante—, tengo que decirles cuanto sé y que constituyen pruebas.

Mason no replicó absolutamente nada.

—Y tenga en cuenta de que no disponemos de toda la noche —añadió el sargento Jaffrey.

—Pero, en cambio, ustedes nos tuvieron esperando más de una hora —les recordó Mason.

—Eso es cuenta de ustedes —dijo el sargento—. Los tuvimos esperando porque estábamos reuniendo pruebas, y no crea usted que no lo conseguimos. Podemos controlarles a ustedes, muchachos. Esta es una oportunidad para que sepamos de qué lado de la valla están ustedes. Empiece a hablar, Drake.

Drake dijo:

—Yo estaba en mi casa durmiendo. Sonó el teléfono. Mason me solicitaba para averiguar quién estaba en la habitación 721 con él.

—¿Hombre o mujer?

—Mujer.

—¿Le dijo algún nombre Mason?

—Si lo dijo, no lo recuerdo. Yo estaba más bien dormido en ese momento. Me dijo que esa mujer había estado en esta habitación y

que iba a regresar. Me pidió que la siguiese y averiguase quién era.

—Muy bien. Ya se está usted portando mejor —dijo Jaffrey adoptando una actitud que era un poco menos agresiva—. Oigamos el resto.

—Disponía sólo de unos minutos para actuar —dijo Drake—. Sabía que tenía que situar a alguien en el exterior del hotel, y también a alguien más en el pasillo, para que pudiese señalarle la mujer al otro, cuando ésta saliese de la habitación 721. Estaba seguro que era imposible que una sola persona realizase las dos cosas. La mujer sentiría sospechas si encontrase a alguien en el pasillo cuando saliese de la habitación 721 y se sentiría doblemente sospechosa de cualquiera que bajase con ella en el ascensor a esa hora de la madrugada.

Tragg asintió con un ademán de cabeza.

Drake añadió:

—Estaba, pues, en una situación apurada. Quizá ya saben cómo es Perry Mason cuando está trabajando en un caso. Quiere que se haga todo, y además que se haga rápidamente. Y Mason es un importante cliente mío. Un gran porcentaje de mi negocio se lo debo a él. Y por ello trato de servirle lo mejor posible.

—No se preocupe de eso. ¿Qué *hizo* usted? —interrumpió Tragg.

—Telefoneé a mi oficina para saber si había algún ayudante disponible. No había ninguno. Pero tengo una telefonista que me parece muy competente.

—¿Cómo se llama? —preguntó el sargento.

—Minerva Hamlin.

—Prosiga.

—Le telefoneé a Minerva para que cerrase momentáneamente la oficina, que buscase en los armarios donde guardamos disfraces profesionales y que tomase allí un gorro de camarera y un delantal, los colocase en un maletín y corriese al Hotel Keymont, y allí se registrase, diciéndole al empleado que quería una habitación que estuviese en el lado de la fachada principal.

—¿Y por qué en la fachada principal? —preguntó Tragg.

—Para que pudiese hacerme señales —dijo Drake—. La telefonista debería ponerse el uniforme de camarera y deambular por el pasillo de forma que pudiese ver quién salía de la habitación 721. Y cuando la mujer que estábamos vigilando tomase el

ascensor, Minerva debería correr a su habitación y hacerme señales con una lámpara eléctrica. Yo estaba estacionado enfrente, con mi coche. A esa hora de la noche no habría muchas probabilidades de equivocarse. Sabiendo yo cuando la mujer tomaba el ascensor para bajar, estaría en posición de observarla cuando cruzase el vestíbulo y después seguirla afuera cuando saliese… Estacioné mi coche en un lugar desde donde podía ver el interior del vestíbulo y la salida del ascensor. Tenía mi espejo retrovisor externo ajustado de forma que podía recoger una señal hecha con una lámpara eléctrica desde una ventana del edificio.

—Diablos, es un excelente trabajo —confesó, gruñendo, Jaffrey.

—¿Y qué ocurrió después? —preguntó Tragg.

—Acudí a mi oficina y recogí allí a Minerva y nos vinimos aquí a una velocidad récord. Estacioné mi coche, ajusté el espejo retrovisor para poder recoger señales luminosas, y me senté a esperar junto al volante. Minerva entró en el hotel, pidió una habitación, se inscribió, y la llevaron a la habitación que le había sido destinada. Claro está, ella se puso en seguida el uniforme de camarera y salió al pasillo para situarse donde pudiera ver la habitación 721.

—Y después, ¿qué?

—Después no ocurrió nada —dijo Drake—, hasta que vi a Minerva en persona saliendo del ascensor. Parecía más bien asombrada respecto a algo.

—Continúe —dijo Tragg.

—Minerva cruzó el vestíbulo y salió al exterior a comunicarme directamente sus informes. Y eso es algo que no debió haber hecho. Sin embargo, habíamos procedido con demasiada prisa y no habíamos tenido tiempo para ponernos de acuerdo sobre las señales que debería hacerme en caso de que ocurriesen cosas inesperadas. Ella pensó que debía informarme de lo sucedido, y bajó para decírmelo. No había otra forma de comunicarme los informes.

—Muy bien, ¿qué pasó?

Drake relató las actividades de Minerva hasta el punto en que la muchacha a quien estaba espiando fue a la habitación 815.

—Y luego, ¿qué? —preguntó Tragg.

—Entonces, Minerva esperó un rato, comprendió que Mason estaría poniéndose nervioso, que yo podría querer cambiar

enteramente mi plan de operaciones, y así, pues, bajó corriendo, cruzó el vestíbulo y fue a encontrarme en mi coche estacionado.

—¿Y qué hizo usted?

—Subí a la habitación donde estaba Perry Mason para comunicarle todo.

—Y Minerva, ¿qué hizo?

—Regresó a mi oficina —contestó Drake.

—¿No se quedó vigilando la habitación 815?

Drake denegó con la cabeza y dijo:

—Recuerden que yo tenía mi coche estacionado donde podía ver el ascensor. Eso quiere decir que el empleado nocturno del hotel vio todo lo ocurrido. Cuando Minerva salió corriendo para informarme, el empleado ya sabía que yo estaba esperando allí para seguirle las huellas a alguien. Me pareció que la utilidad de Minerva en el caso, había terminado. Ella no podía conducir el coche y seguir a la muchacha. Eso me correspondía a mí. Además, tenía la certidumbre de que la muchacha desconocida se quedaría en la habitación 815, por lo menos hasta que yo tuviese tiempo suficiente de obtener nuevas instrucciones de Mason… Entretanto llamamos a un par de ayudantes que suponíamos estarían en camino de la oficina. Le dije a Minerva que los enviase abajo y se presentasen a mí tan pronto llegasen… Y ahora, caballeros, ésa es toda la historia.

—Una historia verdaderamente endiablada —comentó Jaffrey.

—Es la pura verdad —le contestó malhumorado Drake.

—Pero, ¿es *toda* la verdad? —preguntó Tragg.

—Es la verdad en cuanto se refiere a la habitación 815.

—Nosotros tenemos interés en averiguar lo posible sobre esa mujer.

—Desde luego, yo nunca la he visto —dijo Drake.

Jaffrey se levantó de su asiento, miró significativamente a Tragg y abandonó la estancia.

Tragg dijo:

—Bien, y cuando usted se reunió a Mason en la habitación 721, ¿encontró allí algo que tuviera significación?

Drake miró nuevamente a Mason. Había en sus ojos una pregunta angustiosa.

Mason dijo suavemente:

—Supongo que usted ha realizado un minucioso registro de esa

habitación, teniente.

—Estoy haciéndole preguntas a Paul Drake —replicó Tragg.

Mason se encogió de hombros y dijo:

—Dígale usted todo cuanto quiera saber, Paul. Es decir —añadió rápido—, cualquier cosa que usted haya encontrado o descubierto.

—¿Quiere usted decir algo que yo encontrase? —preguntó Drake.

Tragg asintió.

—Eso es una cosa —dijo Drake—; pero, ¿y en cuanto a conversaciones?

—Quiero saber todas las conversaciones —exigió Tragg.

—¿Por qué?

—Porque queremos comprobar si Drake está diciendo la verdad.

Los ojos de Mason se entornaron pensativamente por un momento, y luego dijo de repente:

—Cuando entré en esa habitación, teniente, advertí una huella sobre la cama, que parecía como si alguien hubiese estado sentado allí. Y había otra huella sobre la cama. Esta parecía como si hubiese sido colocado sobre ella un revólver.

—Ya lo sé —dijo Tragg.

—Y encontré algo más —añadió Mason observándolo fijamente —: Una barra de labios.

—¿Dónde está?

Mason echó mano a su bolsillo, sacó el lápiz de labios y se lo tendió al teniente Tragg.

—Usted la ha manoseado ya demasiado —dijo el teniente Tragg — y no hay en ella huellas dactilares.

—Verdaderamente, eso fue un descuido mío —replicó Mason.

—Maldito si no lo fue —dijo Tragg irritado.

—Claro que —añadió Mason— si el Departamento de Homicidios me hubiese telefoneado y dicho: «Oiga, Mason, no estamos dispuestos a anunciarlo ahora mismo, pero dentro de unos quince minutos se va a cometer un asesinato en la habitación 815», entonces, claro está, yo hubiera tomado las precauciones necesarias para conservar las huellas dactilares.

—No necesitamos sarcasmos —dijo Tragg—, lo que queremos son hechos.

—Pues eso es lo que está usted obteniendo.

—¿Y qué hay de la barra de labios? —preguntó el teniente Tragg.

Mason, observando el rostro de Tragg en busca de alguna expresión, como el halcón puede mirar a la boca de la madriguera de un conejo, dijo:

—Usted observará que la punta de esa barra de labios parece como si hubiera sido frotada contra una superficie relativamente dura, más bien que haber sido utilizada solamente para decorar los labios de una boca femenina.

—¿Y qué deduce usted de eso?

Mason, con los ojos cautos e interrogantes de observación, dijo:

—Supuse que alguien debía haber usado ese lápiz para escribir un mensaje.

—¿Y qué descubrió usted?

—Encontramos un mensaje —replicó Mason.

—¿Dónde estaba ese mensaje?

—En la parte interior de una mesa.

—¿Y eso era todo? —preguntó Tragg.

—¿Qué quiere usted decir si eso era todo?

—¿Ustedes encontraron sólo un mensaje?

Mason replicó:

—Estaba tratando solamente de explicar las cosas para salvar a Paul Drake de su turbación.

—No salve a nadie de su turbación —dijo Tragg—. ¿Encontró usted más de un mensaje?

Mason permaneció en silencio.

Tragg se abalanzó hacia Drake:

—¿Encontró usted más de un mensaje?

Drake miró a Mason.

El abogado asintió con la cabeza.

—Sí —dijo Drake.

—¿Dónde estaba el otro mensaje? —preguntó Tragg.

—En el dorso del espejo.

—¿Qué decían esos mensajes?

—No puedo recordarlos verbalmente —dijo Drake—. Están todavía allí.

—¿Trató usted de descifrarlos? El que estaba escrito debajo de la mesa, ¿cree usted que estaba en clave, y descifró usted la clave?

—Seguro —intervino Mason—. No era una clave muy difícil. Se refería a los volúmenes de la guía telefónica que había en la habitación. Al volumen tercero, página doscientas sesenta y dos, línea quince de la columna de la izquierda. Y esa línea correspondía a Herbert Sidney Granton.

La puerta de la habitación se abrió. El sargento Jaffrey regresó y le hizo una seña con la cabeza al teniente Tragg.

—¿Y el otro mensaje? —preguntó Tragg.

—Estaba en el respaldo del espejo —dijo Drake—. Ese no lo desciframos. Pensamos si sería el número de matrícula de un automóvil. Estábamos discutiendo sobre eso cuando ustedes llegaron, caballeros.

—Y ahora diga, ¿hay algo que les hizo sospechar a ustedes que uno de esos mensajes fuese una trampa? —preguntó Tragg a Drake.

—Creo que Mason y yo discutimos algo sobre esos mensajes y sobre si… ambos serían…, bueno, por qué razón habían sido escritos.

—¿Cómo fue esa discusión?

—Caramba, no puedo recordarla toda.

—Recuerde algo de ella, entonces.

—Voy a interponer una pregunta —dijo el sargento—. ¿Le comunicó a usted Mason el nombre del cliente que le telefoneó y le dijo que viniese aquí, a esa habitación?

Drake cambió de postura.

—Quiero que me conteste sí o no —dijo Jaffrey.

Drake titubeó y luego dijo:

—Creo que sí.

—¿Quién era?

—No creo que tenga que contestar a eso.

El rostro de Tragg estaba sin expresión, pero había como un destello de triunfo en el del sargento Jaffrey.

Bruscamente, Mason dijo:

—Sigue, Paul, y díselo todo. Diles los nombres de los clientes, diles cuanto ocurrió en esa habitación.

Drake lo miró sorprendido.

—¿No lo comprendes? —añadió Mason—. Están intentando atraparte de forma que puedan retirarte tu licencia. Estaban a la puerta de la habitación durante toda nuestra conversación, o bien

hay en esa habitación una ranura, y ya están en posesión de todo el asunto. Todo lo que están tratando de lograr ahora es atraparte y así poder suprimirte la licencia.

El sargento dio un salto en su silla. Caminó hacia Mason y lo agarró por las solapas de la chaqueta, alzando al abogado de su asiento. Sus anchos hombros estaban dotados de gran fuerza. Una mano enorme sujetó por la chaqueta al abogado, mientras la otra retrocedió para lanzarle un puñetazo.

Tragg se apresuró a levantarse del asiento y ordenó con voz cortante:

—Alto, no haga eso. Ya un taquígrafo está tomando toda la conversación. —Luego añadió, suavemente—: Claro que el taquígrafo no toma nota de los movimientos de nadie, ni describe lo que está ocurriendo cada vez que alguien se levanta de su asiento.

Y el teniente dirigió su mirada al taquígrafo para que éste interpretase lo que acababa de decir.

Lentamente, el sargento soltó su presa de la chaqueta de Mason.

Mason se ajustó las solapas y dijo:

—Creo que el sargento Jaffrey perdió su temple, Paul. Ya has visto cómo me agarró y me descompuso la chaqueta y la corbata, y estaba a punto de golpearme cuando…

—Eso es exclusivamente una opinión del señor Mason —dijo Jaffrey—. Yo no hice semejante cosa. Únicamente puse mi mano sobre su hombro.

El teniente Tragg dijo, fastidiado:

—Ya le dije a usted, sargento, que hubiéramos hecho mejor interrogando a estos hombres por separado. Creo que mejor será que lo hagamos así ahora.

—Muy bien, mi agudo amigo —le dijo el sargento a Mason—. Vuélvase usted al vestíbulo y espere allí.

—Y yo hago constar —dijo Mason— que mientras el sargento Jaffrey estuvo ausente de esta habitación, envió a un policía a la oficina de Drake para traer aquí a Minerva Hamlin.

—Fuera, individuo inteligente —gritó Jaffrey manteniendo abierta la puerta—, y si no sale usted rápido, ésta es una ocasión en que yo realmente puedo *echarle la mano encima*, y el testimonio taquigráfico revelará que estuve plenamente justificado.

—Ya salgo inmediatamente, sargento —dijo Mason sonriendo—,

y a ti, Paul, te aconsejo que contestes a todas las preguntas sobre cuanto tuvo lugar en esa habitación.

Y con esto, Mason abandonó la estancia.

Pero apenas había cruzado el umbral, cuando la puerta se cerró de un golpe tras él, con tal fuerza que pareció derribar la pared.

El policía uniformado que montaba guardia en el pasillo, le dijo:

—Vuelva usted al vestíbulo, señor Mason.

Capítulo 9

Mason tomó el ascensor hasta el vestíbulo y echó a andar hacia la puerta de la calle.

Un agente uniformado le cerró el paso.

—Ya he sido interrogado y dejado en libertad —dijo Mason.

—Nadie *me* ha dicho que esté usted en libertad —dijo el policía.

—Ya les he dicho todo cuanto sé. Ya he sido interrogado por los dos, el teniente Tragg y el sargento Jaffrey. ¿Qué más quieren? Yo tengo trabajo que hacer.

—Quizá quieran interrogarlo a usted nuevamente.

—No me dijeron eso.

—Pero no dijeron tampoco nada de dejarle irse. Eso no va conmigo.

—Me echaron fuera.

—Pues entonces espere en el vestíbulo.

Mason se dirigió a la oficina del hotel. El empleado había sido sustituido por un agente de paisano que parecía afable, pero que demostró no tener el más mínimo deseo de ayudar a Mason en su problema. Dijo:

—Hay abundancia de sillas allí, abogado. Y el diario de la mañana ya ha llegado, en el caso de que usted quiera leerlo.

—Gracias —le dijo Mason—. ¿Hay alguna prohibición de telefonear?

—Ninguna hasta ahora.

Mason buscó la cabina telefónica más solitaria, se dirigió a ella, echó una moneda y marcó el número del departamento de Della Street.

Oyó sonar el timbre de llamada repetidamente, y después la voz de Della, cargada de sueño, diciendo:

—Hola, sí… ¿Quién es, por favor?

—Despiértate, Della —le dijo Mason—. El tocino está ya al fuego para el desayuno.

—¡Oh, eres tú, jefe!

—Exactamente. ¿El teléfono está al lado de tu cama?

—Sí.

—Entonces, salta fuera de la cama —continuó Mason—. Ve a echarte agua fría en la cara, y después vuelve al teléfono. Quiero que estés bien despierta para esto, y no puedo correr el riesgo de que te vuelvas a dormir. Pueden cortarme en pedazos de un momento a otro.

—Espera un instante —dijo ella.

Por el teléfono, Mason pudo oír los pies de la muchacha sobre el suelo. Un momento después estaba de regreso al teléfono diciendo:

—Ya estoy completamente despierta. ¿De qué se trata?

Mason dijo:

—Estoy en el Hotel Keymont. Morris Alburg me llamó y me pidió que viniese a verlo aquí, en su habitación, la 721. No lo encontré aquí. Pero encontré a otra persona.

—¿Hombre o mujer? —preguntó ella.

—Mujer.

—¿Era…?

—¡Cuidado! —la advirtió Mason—. No digas nombres. Limítate a escuchar, Della.

—Muy bien, continúa.

Mason dijo:

—¿Recuerdas la primera noche, cuando hablamos con Morris, que mencionó que en una época había utilizado una agencia de detectives más bien que un abogado?

—Sí, me parece recordarlo… Sí, lo recuerdo. ¿Porqué? ¿Es importante eso?

—Tenemos el número del teléfono del domicilio de la cajera del restaurante de Morris. Evidentemente, ella sabe algo sobre sus negocios y Morris tiene confianza en ella.

»Vístete, Della, toma un taxi y empieza a actuar por teléfono. Consigue que la cajera de Morris te diga el nombre de la agencia de detectives que Morris utilizó. En caso de que no lo sepa, consigue que se vea contigo en el restaurante de Morris. Que te abra la caja de seguridad de su oficina y examina sus libros. Después toma la

guía de teléfonos clasificada y consigue los números de todos los detectives privados con licencia de esta ciudad. Luego vuelve otra vez a examinar los libros de Morris. Probablemente encontrarás una relación alfabética, o quizá los encuentres anotados de otra manera…, no sé cómo lleva sus libros… ¿Me has entendido?

—Completamente.

—Toma sus libros —añadió Mason— y comprueba cualquier pago que haya hecho con los nombres de la lista de agencias de detectives.

—Muy bien. Y supongamos que encuentro una. Entonces, ¿qué hago?

—Me esperas —dijo Mason—. Estaré allí tan pronto como me sea posible.

—Tú quieres sólo esa información. ¿No quieres que nos pongamos en contacto con la agencia?

—Ese no es un trabajo para mujeres —dijo Mason—. Va a ser una propuesta dura, de perro contra perro… En caso de que suene el teléfono en la oficina de Morris, contesta tú. Puede que yo te llame.

—Ya empiezo a actuar ahora —dijo la voz de la muchacha, alerta.

—Buena muchacha —contestó Mason.

Colgó el auricular, volvió al vestíbulo y se sentó en una butaca a leer durante un rato el periódico; luego se dirigió a hablar con el policía de paisano que estaba en la oficina del hotel.

—Supongo que habré faltado al permitirle a usted enviar mensajes telefónicos sin previa censura —dijo el policía, con la voz expresando cierta ansiedad—. Nadie me dijo que no lo permitiese, ni tampoco que lo permitiese.

—¡Oh! Seguramente —dijo Mason— nadie tendrá interés en interferirse en mis negocios. Después de todo, un ciudadano todavía tiene *ciertos* derechos.

El policía hizo un guiño, y luego, repentinamente, miró hacia la puerta.

Mason siguió la dirección de su mirada, y vio a una eficiente y bien vestida joven, que llevaba un traje sastre, apeándose de un coche y siendo escoltada por un policía uniformado hasta el interior del hotel.

Mason esperó hasta que se encontraron a mitad del vestíbulo, y entonces se adelantó con una sonrisa y dijo:

—Es usted Minerva Hamlin, creo yo…

Los ojos de la joven se iluminaron y respondió:

—Oh, sí… Y usted debe ser el señor Mason. Yo estoy…

El policía uniformado se interpuso entre ellos y dijo:

—A callarse. Nada de hablar. Nada de conversaciones.

—¡Santo Dios! —protestó Mason—. ¿Qué clase de inquisición es ésta?

—Ya me ha oído usted —dijo el policía—. Nada de conversaciones.

El policía tomó a Minerva por el brazo y se la llevó presuroso hacia el ascensor.

El policía de paisano que estaba detrás de la mesa de la oficina del hotel salió de ésta al vestíbulo y dijo:

—Lo siento, señor Mason, pero está entendido que usted no puede hablar con los testigos todavía.

—¡Santo Dios! —dijo Mason—. Esta joven es una de las ayudantes de Paul Drake. La tengo a mi servicio. Estoy pagando la cuenta de su tiempo ahora mismo.

—Lo sé, pero las órdenes son órdenes. Estamos trabajando en un caso de asesinato.

—¿Puede usted decirme el porqué de todo este aire de misterio? ¿Por qué toda esta complicada trama? ¿Por qué tienen detenida a la gente aquí sin permitirle salir del hotel? —preguntó Mason indignado.

El policía de paisano le hizo un guiño lento y amistoso y dijo:

—Caramba, no es tanto. —Y luego añadió—: Usted es un abogado lo bastante bueno para saberlo. Vuelva a sentarse.

Mason observó la aguja indicadora del ascensor que giraba lentamente, hasta que llegó al segundo piso y se paró.

—Los jefes deben de haber tomado el apartamento para recién casados para hacer allí sus interrogatorios —dijo Mason.

El policía de paisano rió y dijo:

—¡Una habitación para recién casados en un basurero como éste!

—Pero, ¿y no es así en realidad? —preguntó Mason.

—Demonios, *todas* son habitaciones para novios.

—¿Han tenido ustedes muchos problemas con este lugar?

—Pregúntele al sargento Jafrey la próxima vez que usted lo vea, pertenece a la brigada de Vicios. Conoce este sitio como un libro abierto.

—¿Ha habido crímenes aquí? —preguntó Mason.

—No es una fonda de ese género. Es solo un tugurio. Es…

Se encendió una luz en la centralita, y el policía se colocó los auriculares en la cabeza y dijo:

—Sí. ¿Qué pasa…? ¿Ahora mismo…? Muy bien, se lo envío arriba.

Se volvió nacía Mason y dijo:

—Lo solicitan a usted arriba en la misma habitación. Ya sabe usted, la «habitación para recién casados».

—Muy bien —dijo Mason.

—¿Puedo confiar en que irá usted directamente arriba, sin meterse a hacer exploraciones, o tendré que enviar a un agente para que lo acompañe…?

—Iré directamente —dijo Mason.

—Muy bien, ya sabe usted donde es.

—Seguro —dijo Mason.

—Pues adelante. Lo están esperando.

Mason oprimió el botón de llamada del ascensor. Cuando éste llego a la planta baja, Mason entró, cerró la puerta, apretó el botón del segundo piso, y al llegar a este salió: un agente uniformado que estaba en el pasillo le señaló con el dedo el apartamento.

—Lo están esperando a usted, señor Mason.

Mason asintió, entró en el apartamento y, al hacerlo, advirtió que la libreta de notas del taquígrafo estaba ya con la mitad de las páginas escritas, lo cual indicaba que el maltrecho Paul Drake, que parecía tan mustio como una hoja de lechuga marchita, había sido sometido a un crudo interrogatorio.

Drake hizo un ademan hacia la muchacha que estaba allí y dijo:

—Perry, ésta es la telefonista nocturna de mi centralita, Minerva Hamlin.

—¿Cómo está usted, señor Mason? —dijo ella con el acento de una joven que está orgullosa de su eficiencia en los negocios.

Mason dijo:

—Tragg, ya le he dicho a usted que yo soy responsable de que la

señorita Hamlin fuese enviada aquí. Quería saber la identidad de la persona que estaba en la habitación 721 conmigo.

—Ya sabemos todo eso —dijo el sargento Jaffrey.

El teniente Tragg mostró una fotografía y dijo:

—Ahora, señorita Hamlin, vamos a hacerle a usted una pregunta. Es una pregunta muy importante, tanto para usted como para su jefe. Quiero que tenga usted sumo cuidado en cómo contesta.

—Oh, claro —dijo ella—. Siempre tengo sumo cuidado.

—Creo que debo decirle a usted —continuó Tragg— que fue cometido un asesinato en este hotel. Nosotros estamos investigando ese crimen, y ciertos detalles indican que estamos trabajando contra el tiempo. No quiero amenazarla a usted, pero sí quiero advertirla de que cualquier intento de empantanarnos o de dilatar las cuestiones puede ser causa de una gran diferencia. Creo que usted ya sabe cuáles son las penas legales por ocultar pruebas.

Minerva asintió con un movimiento de cabeza suave pero decidido.

—Espere un momento —dijo el sargento—, vamos a hacer esto a derechas, Tragg.

—¿Qué quiere usted decir?

—Vamos a realizar la identificación de una fotografía. Esta chica puede ser una buena muchacha. Pero puede también no serlo. Yo podría decirle a usted un montón de cosas sobre esta covacha. He estado en ella un centenar de veces. Han metido aquí de todo, desde mujeres de la calle, hasta los dos extremos, arriba y abajo, como usted quiera considerarlo. Pero, Frank Hoxie, el empleado nocturno, tiene una gran virtud. Nunca olvida una cara. Usted le enseña una fotografía, y si alguna vez vio ese rostro, lo recordará, incluso aunque hayan pasado semanas, y aunque haya sido sólo alguien que cruzó casualmente por el vestíbulo del hotel.

—Muy bien —dijo Tragg—, que venga aquí, pero también podemos preguntarle a la señorita Hamlin…

Jaffrey, haciendo un significativo movimiento de cabeza dijo:

—Traigamos aquí *primero* a Hoxie. Enséñele la fotografía. Sepamos definitivamente quién es esta dama.

El teniente Tragg dudó un momento, y luego tomó el teléfono y dijo al policía que estaba abajo en la centralita:

—Envíeme aquí a Frank Hoxie, el empleado nocturno…, eso es. Mándelo aquí inmediatamente.

Tragg colgó el auricular.

Jaffrey dijo, hablando para todos:

—Desde luego, en cierto sentido no puede criticarse a este hotel. Es una covacha en decadencia, y a nadie se le ocurriría emplear en ella dinero para reconstruirla, dado el lugar en que está situada y con la mala reputación que tiene, y menos aún con los precios que tiene ahora el mobiliario para hoteles. Me han dicho los dueños que han tratado de hacer lo mejor posible para que el hotel no tenga tan mal nombre, y yo me inclino a creerlo así, pero una vez que un hotel adquiere mala fama, hay una cierta clase de clientela que gravita y acude a él, y ya no se puede hacer nada para evitarlo.

Tragg asintió.

Mason dijo vagamente:

—Y ese retrato que nos van a mostrar, ¿es de alguien a quien yo conozco?

—No lo sabemos —replicó Jaffrey.

—Pues quizá yo pudiera decírselo.

—Usted no nos ha dicho todavía el nombre de la mujer que estaba con usted en la habitación.

—Ni yo mismo lo sé —contestó Mason.

—Ella le dijo a usted que era Dixie Dayton, ¿no fue así?

Mason iba a decir algo, pero luego cambió de idea y se quedó silencioso.

—Dentro de unos instantes ya nos ocuparemos de usted —dijo Jaffrey—. Todavía tenemos un par de triunfos en la bocamanga en este asunto… No crea usted, Mason, que éste es un caso ordinario y corriente de asesinato. Esto retrocede al asesinato de un policía. Esa Dixie Dayton lleva tanto fuego en sí como un petardo. Está liada con Tomás Sedgwick, el cual, por lo que nosotros podemos decir, disparó los tiros que mataron a Claremont. Desde luego, nada tenemos que decir sobre los casos que un abogado tenga que aceptar para defenderlos, pero tan cierto como que hay infierno, nosotros podemos aplicarle los tornillos a un detective privado, si así tenemos que hacerlo…, y así lo tuvimos que hacer.

—Yo creo que el teniente Tragg sabe perfectamente mi manera de sentir sobre ese asunto —dijo Mason—. No apoyo a nadie que

mate a un policía.

—¡Diablos que no lo hace usted! —gruñó Jaffrey.

—Pero —añadió Mason—, ¿cómo sabe *usted* quién es el culpable? Usted no tiene una confesión del asesino, ¿o acaso la tiene usted?

—Ya comprendo —dijo Jaffrey—, eso es el viejo estilo de la desaprobación disimulada. Ustedes los abogados siempre lo utilizan. Se estima que una persona es inocente hasta que se demuestre que es culpable. Cada ciudadano tiene el derecho a que se le juzgue por un jurado, y a un abogado que lo defienda. Usted no se encargaría de defender a una persona culpable… ¡Oh, no…! ¡Usted, no! La ley supone que su cliente es inocente hasta que usted se agota en defenderlo, o hasta…

Había síntomas de irritación en la voz del teniente Tragg, cuando interrumpió, diciendo:

—Procuremos en cuanto sea posible limitar nuestra conversación a las investigaciones, si a usted no le importa, sargento. Sabe usted, quiero que el taquígrafo pueda atestiguar que tomó nota textual de cada palabra que fue dicha en esta habitación, y no quiero que la transcripción resulte demasiado larga.

—Tampoco quiero que el sargento Jaffrey aparezca en ese texto como el villano de la tragedia —dijo Mason con una mueca.

—Bueno —dijo Tragg a Mason—, usted sabe tan bien como yo que si usted le hace morder el anzuelo para que diga algo que no debiera, después usted empleará eso ante el tribunal y tendrá un verdadero día de fiesta interrogándolo a su capricho y trayéndolo y llevándolo a puntapiés por la sala del tribunal.

—Usted me juzga mal —dijo Mason con meticulosa delicadeza.

—¿Oh, sí…? —comentó sarcástico el sargento.

El policía uniformado abrió la puerta. El flaco empleado nocturno, con el rostro empalidecido, a quien Mason había visto en la oficina del hotel cuando entró en éste, penetró en la habitación y se sintió en una posición desagradable ante la presencia de los agentes de la autoridad.

El sargento Jaffrey dijo:

—Y ahora, Frank, sepa que no tiene nada de que atemorizarse. Este es un asunto en el que usted personalmente no está mezclado. Esto no es igual que un registro por la Brigada de Vicios. Esto es un

asesinato, y queremos que usted coopere con nosotros.

El empleado asintió.

Jaffrey añadió:

—Quiero que sepa usted que aquí lo vamos a interrogar a fondo. Y trataré de que usted coopere. Nadie va a tratarlo mal ni a forzarlo. Este es el teniente Tragg, de la Brigada de Homicidios, y quiere que usted identifique una fotografía. Yo le he dicho que tiene usted una memoria de máquina fotográfica, que nunca olvida una cara que ha visto, y maldito también si raras veces olvida un nombre.

En los labios de Hoxie se dibujó una ligera sonrisa cuando dijo:

—Trato de ser eficiente, y creo que forma parte de los deberes de un empleado de hotel el poder llamar a los huéspedes por sus nombres… cuando en efecto quieren que los llamen por sus nombres.

—Bien lo sé —comentó Jaffrey con un guiño—. Todo lo que usted tiene que hacer, es recordar el nombre de John Smith, y seguro que nueve de cada diez huéspedes de este hotel se registran bajo ese nombre…

—Perdóneme, sargento, pero nosotros hacemos todo lo posible porque éste sea un hotel decente. Incluso desde aquella última vez cuando…, y aun entonces no fue culpa nuestra.

—Oh, sí, ya lo *sé*; estaba sólo bromeando —dijo el sargento Jaffrey—. Olvidemos eso. Eche una mirada a esa fotografía, ¿quiere usted, Frank?

El teniente Tragg le tendió la fotografía.

Hoxie la tomó y la observó durante un momento; luego hizo un ademán afirmativo con la cabeza.

—¿La ha visto usted antes?

—Esta es la muchacha que estaba registrada en la habitación número 815.

—¿La inscribió usted? —preguntó Tragg.

—No, la inscribió un hombre que la acompañaba. El hombre dijo que era su cuñada, que había venido para visitar la ciudad. El nombre era señora Madison Kerby.

—Pero, ¿es ésta la misma mujer que estaba en la habitación 815?

—Es la misma. Recuerdo haberle dado la llave.

—¿No tiene usted duda alguna?

—Ninguna, en absoluto.

El teniente Tragg hizo un ademán repentino de triunfo y dijo:

—¿Quiere usted echarle una mirada a esa fotografía, señorita Hamlin? Nosotros creemos que ésta es, efectivamente, la mujer que buscamos, pero queremos que la identifique usted.

—Desde luego —señaló Mason—, hay multitud de maneras diferentes de hacer una identificación. Esta forma acumulativa…

—Basta —dijo Tragg—. No queremos comentarios de los espectadores, Mason… Señorita Hamlin, limítese a ver la fotografía. No quiero que sea usted influenciada en uno u otro sentido por lo que alguien pueda decir. Quiero simplemente que nos diga si ésa es la mujer que usted vio salir de la habitación número 721, sacar una llave de su bolso y entrar en la habitación 815.

Minerva Hamlin tomó la fotografía, la examinó cuidadosamente, frunció el ceño y dijo:

—Desde luego. Yo…

—Y ahora recuerde —interpuso el sargento Jaffrey— que en infinidad de ocasiones una fotografía no se parece mucho a una persona hasta que se la estudia cuidadosamente. Mírela bien. Esto es importante. Es importante para todos. No diga que sí de buenas a primeras, ni tampoco diga que no. No queremos que nos diga que sí es esa mujer a menos que lo sea; pero tampoco queremos que malogre la identificación y haga usted algo que después lamente…

—Yo creo…, yo…, yo creo que sí lo es.

—Mírela con detenimiento —insistió Jaffrey—. Estudie esa fotografía con cuidado.

—Ya lo he hecho. Creo que es esa mujer.

—Esa no es la manera más completa de hacer una identificación —dijo el teniente Tragg—. ¿No puede hacerlo usted mejor?

—Le he dicho que creo que es esa mujer.

—Usted no comete errores de ordinario, ¿verdad? Usted me parece más bien una joven eficiente.

—Procuro no cometer errores.

—Y en su manera de pensar, no es vaga, ¿verdad?

—Creo que no.

—Muy bien —dijo el sargento Jaffrey—, no se preocupe por su manera de pensar. ¿Es ésta la mujer, o no lo es?

—Yo creo…

La muchacha hizo una pausa al ver la mueca que había en el rostro del sargento Jaffrey.

—Continúe —dijo el teniente Tragg.

—Esta es la mujer —dijo Minerva.

—Entonces —preguntó Mason—, ¿puedo ver yo ahora esa fotografía? Ya saben ustedes que tuve más oportunidad que nadie de ver a esa mujer que estuvo en la 721. Necesariamente, la señorita Hamlin sólo pudo verla de manera fugaz cuando…

—¿Y quién era la mujer que estuvo en la 721 con usted? —preguntó el teniente Tragg.

—No lo sé —contestó Mason.

El sargento Jaffrey le dijo a Minerva:

—Escriba su nombre al respaldo de esa fotografía.

—Y la fecha —interpuso Tragg.

Minerva lo hizo así, y después el teniente Tragg le pasó la fotografía a Frank Hoxie.

—Escriba su nombre aquí.

Hoxie obedeció.

—Y la fecha —ordenó el sargento.

—Si usted me permite verla, teniente, yo… —dijo Mason.

El sargento se puso en pie y dijo:

—Escuche, Mason: usted tiene una cierta inmunidad como abogado. La ley le concede a usted una guarida. Usted puede abstenerse de darnos informaciones. Usted puede alegar que las cosas que le fueron dichas a usted, fueron dichas bajo el privilegio de comunicaciones de un cliente. Nosotros no podemos apremiarlo. Y ahora, voy a preguntarle sin rodeos si la mujer que estaba con usted en esa habitación era Dixie Dayton, y también si no le dijo a usted que Morris Alburg iba a matar a George Fayette.

Mason contestó:

—Permítame señalarle dos cosas, sargento. Si la mujer que estaba en esa habitación *no* era Dixie Dayton, entonces todo cuanto ella haya dicho no tiene valor alguno como prueba testifical contra nadie. Si *era* Dixie Dayton, pero no estaba actuando de acuerdo con Morris Alburg, nada de cuanto dijese puede ser utilizado contra Morris. Y si esa persona *era* Dixie Dayton y era *mi* cliente, todo cuanto me dijese a mí concerniente a su caso, sería una

comunicación confidencial y privilegiada.

—Eso es exactamente lo que yo he pensado —dijo Jaffrey—. Déjeme la fotografía, teniente.

El teniente le alargó la fotografía.

El sargento se la echó rápidamente al bolsillo interior de su chaqueta.

—Creo que eso es todo, Mason —dijo el sargento—. Usted, Drake, ha estado gruñendo que tenía que volver a su oficina a atender sus negocios. Márchese. Mason, creo que ya podemos pasarnos sin más ayuda de usted.

—¿Y podré ver esa fotografía? —preguntó Mason.

Jaffrey se limitó a hacer una mueca.

—Le diré a usted esto, Mason —dijo Tragg—. Esta es una fotografía auténtica de Dixie Dayton, la muchacha que salió de la ciudad al mismo tiempo que Tomás Sedgwick en la noche en que Bob Claremont fue asesinado.

—¿Por qué darle informaciones cuando él no nos ha dado ninguna? —preguntó Jaffrey.

—Quiero ser generoso con él —contestó Tragg.

Jaffrey replicó:

—Pues que sea él generoso con nosotros primero.

Tragg se volvió hacia el taquígrafo y le dijo:

—¿Tomó usted nota de mi manifestación de que ésta es una fotografía auténtica de Dixie Dayton?

El taquígrafo asintió.

—Pues creo que eso es todo —dijo Tragg—. Esta vez, Mason, ya puede usted salir del hotel.

—¿Puedo echarle un nuevo vistazo a la habitación número 721? —preguntó Mason.

El teniente Tragg se limitó a sonreír.

La respuesta verbal la dio el sargento Jaffrey diciendo:

—Demonios, no.

Tragg dijo:

—Volviendo a pensar en ello, sargento, quizá sea mejor que retengamos aquí a Mason y Drake, hasta que nosotros hayamos localizado esa…, esa cosa que andamos buscando.

Jaffrey asintió enfáticamente.

—Usted puede marcharse, señorita Hamlin —dijo el teniente

Tragg—. Drake, usted y Mason pueden esperar en el vestíbulo.

El sargento Jaffrey les abrió la puerta y dijo:

—Salgan por aquí.

Mason esperó en el pasillo a Minerva.

Bruscamente, Jaffrey salió al pasillo y le dijo al agente uniformado que estaba de guardia allí:

—Venga, acompañe a esta muchacha, y métala en un taxi. Mándela de vuelta a la oficina. No le permita a nadie hablar con ella.

—Escuche usted —dijo Drake—, esta muchacha es mi empleada. Tengo que darle instrucciones sobre la forma de atender la oficina hasta que yo pueda regresar y…

—Démelas usted a mí —contestó Jaffrey— y yo se las comunicaré a ella…

Capítulo 10

Drake y Mason se sentaron en el vestíbulo del hotel, observando impacientes la marcha de las agujas del reloj. La luz de amanecer había comenzado a filtrarse a través de las grandes cristaleras de los ventanales del vestíbulo. Por la calle empezaron a pasar camiones madrugadores, así como un camión de reparto de leche.

—¿Qué demonios será lo que andan buscando? —preguntó Drake a Mason.

El abogado se encogió de hombros y dijo:

—Paul, supongo que te exprimieron.

—Sí, me exprimieron —contestó Drake, y luego añadió con pasión—: ¡Y de qué forma!

—¿Qué les dijiste?

—Seguí las instrucciones que me habías dado. No traté de ocultar nada.

—Es más que seguro —dijo Mason— que en esa habitación había una instalación de aparatos de sonido para registrar lo que allí se hablaba. Por cuanto yo puedo imaginarme, Morris Alburg esperaba reunir allí a algunos testigos. Seguramente quería que yo interrogase a esos testigos y quería igualmente que cuanto dijesen quedase registrado sin que lo supieran. Estoy dispuesto a apostar lo que sea de que la habitación inmediata o en alguna otra próxima tenían instalados aparatos completos de registro de sonido.

—Tengo la impresión de que ha sido como tú dices —comentó Drake.

—Sus preguntas eran demasiado directas y acertadas para ser así por simple casualidad —dijo Mason—. El tener ya allí a un taquígrafo preparado y hacer esas preguntas específicas, y relacionarse de forma tan directa contigo cual ellos hicieron, significa que estaban en posesión de importantes elementos y que

iban con el propósito de quitarte la licencia. Es por eso que yo te dije que les contases todo cuanto sabías.

—Bien, indudablemente sabían todo cuanto había ocurrido en esa habitación —dijo Drake—. Estoy satisfecho de que tengas razón, Perry. Al principio yo no estaba muy seguro de ello, pero desde el punto y hora en que ya me hicieron preguntas sobre los mensajes escritos con lápiz de labios, comprendí que estabas en el camino acertado.

—La cuestión —dijo Mason— es hasta qué extremo en el pasado alcanzan los registros de conversaciones que cayeron en su poder.

—Creo que hay una falla o un bache de algún género en ellos —dijo Drake—. Seguramente quieren averiguar lo que ocurrió cuando tú entraste en la habitación y lo que fue dicho allí. Me presionaron para descubrir y sacarme lo que sabía sobre eso.

—¿Y qué les dijiste?

—Todo lo que sabía, lo cual, en verdad, no era mucho.

Mason dijo:

—Escucha, Paul, no hay un gran número de agencias de detectives privados autorizadas en esta ciudad. Por eso, supongamos que tú tuvieses un trabajo a realizar y quisieras que se hiciera de él una grabación en disco. Entonces, ¿a quién acudirías?

Drake dijo:

—Todas las agencias poseen aparatos de registro y grabación de conversaciones, Perry. Nosotros precisamos tener sumo cuidado en la forma de usarlo, pero tenemos grabadores de discos, micrófonos y demás, y las mejores agencias tienen las instalaciones más perfectas y modernas.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Me refiero —dijo Drake— a esas máquinas de registro de sonido que puedes plantar disimuladas en un sitio, y que operan automáticamente, sin necesidad de que tú en persona las hagas funcionar. Su funcionamiento y alimentación son automáticos. Tienen una provisión de discos de acetato, de forma que cuando un disco está lleno de palabras, el otro entra inmediatamente en funcionamiento por sí mismo. Hay un mecanismo de relojería mediante el cual la máquina para instantáneamente de funcionar cuando se produce un silencio en la habitación donde está instalada, durante un período de unos diez segundos. Luego, tan

pronto como el sonido vuelve a correr por los alambres, la máquina vuelve también a empezar a registrar… O también puede instalarse para que funcione constantemente. A menudo, cuando queremos averiguar lo que pasa en una habitación durante las veinticuatro horas del día, ajustamos la máquina para que funcione automáticamente sin parar durante ese período. En esa forma, el disco gira sólo cuando la gente está hablando.

—¿Y funcionan con perfección?

—Sí, muy bien —dijo Drake—. Desde luego, éstos son los aparatos más modernos, y las conversaciones obtenidas de esa forma no constituyen gran cosa como pruebas ante los tribunales, porque no hay posibilidad de demostrar cuánto tiempo transcurre entre una conversación y otra, y no hay nadie para testificar el hecho de que la conversación se realizó exactamente en el lugar donde estaba instalado el micrófono. Teóricamente, es posible para una persona el entrar dentro de la habitación donde el mecanismo de grabación ha sido instalado y falsificar todo el asunto.

—Comprendo —dijo Mason—. Pero, a pesar de eso, es una forma excelente para comprobar cosas… Oh, aquí viene Tragg. Tiene una expresión muy divertida.

El teniente Tragg salía del ascensor, y se encaminó hacia Mason y Drake, diciéndoles:

—Lamento mucho el haber tenido que molestarles, amigos, pero ya saben lo que son estas cosas. Este es un caso de asesinato… Todo marcha bien. Ahora pueden ustedes irse.

—Muchas gracias —dijo Drake, y echó a andar hacia la salida del hotel.

Mason se quedó retrasado y dijo:

—Su amigo, el sargento Jaffrey, parece pertenecer a la vieja escuela de policías.

—Si tuviera usted que luchar contra los problemas que tiene que afrontar él, también estaría usted curado de espantos —contestó Tragg.

—¿Ya consiguió usted resolver todo el caso, teniente?

Tragg dudó un momento, y luego dijo:

—Voy a decirle a usted una cosa, Mason. Al fin y al cabo la leerá usted en los periódicos, de forma que lo mismo da el decírsela ahora.

—Pues dispare usted.

—Ese número que estaba escrito con lápiz de labios en el respaldo del espejo, era el número de matrícula del coche de George Fayette. Estaba registrado a nombre de Herbert Sidney Granton. Ese es el último nombre supuesto que estaba utilizando. Y cuando encontramos el coche, lo cual al fin logramos, descubrimos un bonito agujero de bala en la puerta derecha. Un balazo que había sido disparado desde el interior. Parece, pues, seguro el creer que ése fue el auto utilizado en el intento de secuestrar a Dixie Dayton.

—Pero no era Fayette quien lo conducía —dijo Perry Mason.

—Fayette no lo conducía —añadió Tragg—. Estamos sometiendo el coche a un minucioso examen para descubrir huellas dactilares, y antes de que pase mucho tiempo ya podremos quizá saber quién lo conducía.

Mason se quedó pensativo y cejijunto.

—Y personalmente, no seré yo quien critique a Morris Alburg por habérsele adelantado a Fayette —dijo Tragg—. En realidad, resultaría un caso de defensa propia. Fayette era pura dinamita. Pero Alburg es un blanco muy evidente para disparar contra él la ley, no a causa de Fayette, sino porque está ligado a Dixie Dayton, y hasta que Dixie Dayton nos entregue a Tomás Sedgwick, nosotros vamos a envolver en un infierno a sus clientes, Mason. He creído que convenía que usted lo supiese así.

—Usted no creyó que eso fuese ningún secreto, ¿verdad? —dijo Mason, y seguidamente se dirigió a la puerta de salida.

Capítulo 11

Mason dijo a Drake:

—Sube a tu oficina, Paul. Habla con esa empleada tuya y averigua si está realmente segura de la identificación que hizo de aquella fotografía.

Drake se detuvo un momento poniendo un pie en el estribo de su automóvil.

—¿Crees que ha realizado una identificación equivocada? —preguntó.

—Estoy completamente seguro de ello.

—Pues es una muchacha muy eficiente, Perry.

—Mira las cosas de esta manera —dijo Mason—. Esa habitación tenía una instalación secreta de grabación de sonidos. Había un enchufe en algún lugar que nosotros no encontramos. Y eso significa que fue realizada la instalación con gran habilidad y que era trabajo de un profesional.

—¿Y qué? —preguntó Drake.

—Entonces es que Morris Alburg quería que yo me entrevistase con él en esa habitación…, y así, lo que falta por aclarar es si fue o no Morris el que hizo la instalación.

—Pues bien, supongamos que no fue él —dijo Drake.

Mason sacudió la cabeza y dijo:

—No sé por qué, pero esa idea no me seduce, Paul. Los hechos están contra esa suposición.

—¿Por qué?

—Morris quería que yo me encontrase con él en esa habitación. Había algo que él quería resolver, había testigos que quería interrogar, y algo que también quería que quedase grabado. Y a la vez quería que yo hiciese el interrogatorio. Se sentía envuelto en un gran crimen, o bien quería resolver de una vez por todas algo

decisivo. Y entonces le ocurrió alguna cosa.

—¿Qué pudo ser?

—Puedes imaginártelo —contestó Mason—. Aparentemente, Morris está jugando mano a mano con esta Dixie Dayton. Pero si esa mujer con quien estuve hablando yo, fuese la verdadera Dixie Dayton, tendría necesariamente de hallarse en contacto con Morris, y por lo tanto hubiera tenido que saber que en la habitación había una instalación de grabaciones.

»En ese caso me lo hubiera dicho a mí probablemente, porque se supone que yo estaba trabajando para ellos; pero aunque no lo hubiera hecho, jamás habría hecho tampoco la declaración de que Morris iba a matar a George Fayette.

—Eso me suena muy lógico —confesó Drake.

—Por otra parte —dijo Mason— si algo le ha ocurrido a la verdadera Dixie Dayton, si Morris está retenido en alguna parte contra su voluntad, y esa mujer me fue enviada para entretenerme y retrasar mi acción, sabiendo que yo nunca he visto a Dixie Dayton, y si ésta sabía que George Fayette había sido liquidado, o estaba a punto de serlo, y querían establecer una trampa perfecta para mis clientes, en ese caso esa mujer habría dicho lo que exactamente dijo.

—Entonces no crees que esa mujer fuese Dixie Dayton.

Mason denegó con la cabeza.

—Eso me suena razonable —añadió Drake—. Me gustaría que tú hubieras visto aquella fotografía.

—No puedo evitarlo, pero presiento que estamos realizando un juego de grandes proporciones, en el que se ocultan grandes personajes, Paul. Fayette no era más que un instrumento. Y cuando Fayette fracasó en la misión de secuestrar a Dixie Dayton, esto no le hizo ningún provecho, y después, cuando cometió la equivocación de venir a mi oficina y tratar de obtener información, fingiéndose agente de seguros, así como cuando comprendió que la mujer que había estado tratando de seguirlo la noche precedente era mi secretaria, entonces, con todo eso, se condenó a sí mismo.

»Y hay que añadir a eso que el automóvil usado para el intento del secuestro era su propio automóvil y que estaba registrado a su nombre. Había alguien que tenía el número de su matrícula. Todo esto convertía a Fayette en un individuo propicio para ser

capturado e interrogado por la policía.

—¿Quieres decir que fueron los miembros de su propia banda los que lo mataron?

Mason dijo:

—No puedo imaginarme a Morris entrando en ese hotel, llegando a aquella habitación y matando a Fayette a sangre fría.

—Nunca puede predecirse lo que elementos de esa clase harán cuando se ven acorralados —señaló Drake.

—Bien lo sé —replicó Mason—, pero veamos las cosas de esta manera, Paul. Supongamos que todo esto era una magnífica trampa. Supongamos que Morris y Dixie Dayton se encontraban, en efecto, en la habitación 721, esperándome, y supongamos también que llegó alguien, los sorprendió, y bajo amenaza los sacó del hotel.

—Eso me suena más bien melodramático —dijo Drake—. Ya te dije antes que eso me parece cosa de película.

—Bueno, es que puede haber habido más de un hombre —dijo Mason—. Pueden haber sido dos, y tú no sabes si éstos cruzaron por el vestíbulo del hotel.

—Eso es verdad, desde luego.

—Pero —dijo Mason—, analicémoslo desde un punto de vista como si el caso estuviese ya ante el tribunal. Supongamos que una falsa persona, simulando ser otra, está en esa habitación conmigo y me dice que Morris Alburg, el cual colabora con ella en una causa común, se halla en esos momentos matando a George Fayette, para que Fayette no lo mate a él. Y que ella dice eso de forma que parezca una cosa razonable. Que esto sea un intento de defensa propia, lanzando primero una contraofensiva.

—¿Y bien? —preguntó Drake.

—Entonces —dijo Mason— esa conversación es grabada en discos de acetato, y la policía se apodera de esos discos. Después, tu secretaria y el empleado del hotel identifican a esa mujer que ha estado hablando conmigo como Dixie Dayton. El cadáver es encontrado en su habitación. ¿Qué oportunidades de defensa le ofrecerían todos esos hechos a un abogado defensor?

Drake lanzó un ligero silbido y dijo:

—No había pensado de esa forma. Pues tú tendrás como defensor, en un caso así, las mismas probabilidades que la proverbial bola de nieve.

—Exactamente, así es —dijo Mason—. Ahora ya no creo que esa mujer fuese Dixie Dayton, y no quiero que tu empleada tampoco se aparte en forma alguna del camino errado en que se metió. Sube, habla con ella y luego subiré yo.

—¿No vienes en mi coche?

—Tú te vas en tu coche y yo me iré en el mío. Tengo que ir a varios sitios y hacer varias cosas. Quiero averiguar quién fue la persona que realizó la instalación de ese equipo de sonido. Quiero averiguar también qué elementos ha logrado obtener la policía y qué otros elementos no ha conseguido obtener.

—La policía te ganará todas las ventajas —dijo Drake—. Si la habitación tenía una instalación secreta de sonido, serán ellos quienes descubrirán quién la instaló…

—Puede que lo descubran y puede que no —contestó Mason—. Nosotros estamos trabajando contra el tiempo, y la policía también lo está. Vete a tu oficina, Paul, y allí me reuniré contigo dentro de unos minutos.

Drake asintió, saltó dentro de su coche y apretó el acelerador.

Mason fue a buscar su propio coche, se dirigió con él calle abajo hasta que llegó a un restaurante abierto toda la noche y que tenía cabina telefónica pública, y se detuvo allí para llamar al restaurante de Morris.

Della Street fue quien le contestó al teléfono.

—¿Estás con ese trabajo, Della?

—Acabo de llegar aquí —dijo ella—. Tengo aquí a la cajera… Me costó gran trabajo hacerla levantar de la cama y traerla aquí, y…

—¿Has logrado abrir la caja fuerte?

—Sí. La cajera no recuerda nada referente a una agencia de detectives. Y Morris no guardaba registro de los cheques que expedía. Pero hemos encontrado un montón de matrices de cheques, y estamos revisándolas y comparando éstas con nombres de detectives privados que figuran en la guía telefónica clasificada. Es un trabajo terrible. ¿Dónde puedo encontrarte si descubrimos algún pago turbio?

—Permanece ahí hasta que yo vaya —dijo Mason—, a menos que, desde luego, descubrieses algo dentro de algunos minutos. En ese caso me llamas a la oficina de Drake. Permaneceré allí algún

tiempo, y después iré a verte dentro de quince o veinte minutos.

—Muy bien. Vamos a continuar excavando, jefe, pero es un trabajo horrendo. Aquí hay cuentas de pagos realizados a carnicerías y tiendas de comestibles, pagos retenidos y cuentas de personal, todo mezclado en una sola cuenta de cheques. Y aquí tenemos montones de matrices de cheques.

—Pues continúa con eso —dijo Mason—. Estaré ahí para ayudarte tan pronto como pueda atar algunos cabos sueltos. Pórtate bien.

—Entonces, hasta luego —contestó Della.

Mason se dirigió en su coche al edificio de su oficina, y después de dejar aquél en el parque de estacionamiento, tocó el timbre del ascensor.

El ascensorista nocturno le dijo:

—Buenos días, señor Mason. En verdad que es usted un pájaro tempranero esta mañana.

—No tempranero, sino tardío. ¿Ha subido ya Paul Drake?

—Hace unos cinco o diez minutos que subió.

—Magnífico —dijo Mason—. Súbame usted.

—Debe estar usted trabajando en algo verdaderamente grande —dijo el ascensorista con aire esperanzado.

—Puede que sí —dijo Mason, firmando en el registro del ascensor.

Cuando el ascensor se detuvo, Mason salió y se dirigió a la «Agencia de Detectives Drake», empujó la puerta del salón de espera y vio a Paul Drake de pie, con una expresión más bien de sorpresa, mirando a Minerva, que estaba sentada rígida y con un gesto de enfado en la boca.

Drake miró a Mason y le dijo:

—Hola, Perry. No estoy haciéndolo muy bien.

—¿Acaso el objeto de su visita —preguntó con acidez Minerva— es influir en mi testimonio? ¿Acaso debo yo cometer perjurio, como parte de los deberes comunes de esta oficina?

—Espere un momento —dijo Mason—. Tómelo con calma. Nadie quiere que usted sea perjura.

—Pues bien, el señor Drake parece desmentir la identificación que yo hice.

—Espere un momento —dijo Mason—, no nos salgamos del

camino recto. La identificación de la mujer que fue a la habitación 721, puede ser cuestión de la más grande importancia.

—Yo no soy enteramente tonta, señor Mason. Creo que ya comprendo eso.

Mason dijo:

—Esa mujer me dijo que ella era Dixie Dayton.

—Bueno, ella debe saber bien quién es ella misma.

—Pero —añadió Mason— hay razones por las cuales puede haber sido ventajoso para ciertas gentes el mandar allí a una embustera.

Minerva se sentó frente a la mesa de la centralita, fría y rígida, y manteniendo un terco silencio.

—Al principio —prosiguió Mason— usted realizó un excelente trabajo. Usted intervino en un caso de emergencia con estilo maravilloso y…

—Puede usted ahorrarse los halagos, señor Mason.

—No la estoy halagando a usted. Le estoy diciendo que usted se puso al trabajo y lo hizo de forma magnífica, pero persiste el hecho de que usted tuvo que disfrazarse de camarera con objeto de seguir la pista de la mujer que fue a la habitación 721. Usted no se atrevió a realizar nada que la hiciese aparecer sospechosa. Su plan completo de operaciones era precisamente el hacerse lo menos sospechosa posible.

—Estoy de acuerdo completamente con usted hasta aquí.

—Pero por ello mismo —dijo Mason— no estaba usted en posición de mirar fijamente a la mujer que salió de la habitación.

—No tenía que mirarla.

—Usted la siguió por el pasillo.

—Así fue.

—Por consiguiente, usted sólo pudo tener una visión momentánea de ella.

—Señor Mason, ¿está usted intentando hacer de mí una tonta, una mentirosa, o ambas cosas?

—Estoy simplemente señalándole ciertos hechos obvios —dijo Mason—. Por lo tanto, es difícil para usted el hacer una identificación de ese rostro por medio de una fotografía. Si en lugar de la fotografía le presentaron a usted a la propia persona, entonces sería diferente, pero…

—Estoy completamente segura de que la mujer cuya fotografía me enseñaron, era la misma mujer que salió de la habitación 721. Además, fue directamente a la habitación 815 y sacó una llave de su bolso. Usted ya oyó el testimonio del empleado nocturno, el cual se muestra seguro de que esa mujer es la misma que alquiló la habitación 815.

—Esa es precisamente la cuestión —dijo Mason—. La tenían a usted en una posición en que pudieran echarle encima una gran cantidad de sutil influencia. Primero, hicieron que fuese el empleado quien identificase la fotografía como correspondiente a la mujer que alquiló la habitación 815. Por consiguiente, era completamente natural que usted creyese…

—A mí no me influencian fácilmente, señor Mason. Creo que estoy capacitada para pensar por cuenta propia, y creo que soy más bien eficiente en lo que pienso. ¿Me permiten decirles que me desagrada este intento de hacerme cambiar mi testimonio?

—¡Dios Santo! —dijo Mason exasperado—. No *estoy* tratando de hacerle cambiar su testimonio. Estoy solamente tratando de señalarle a usted la importancia de estar segura, y el hecho de que era extraordinariamente difícil para usted el haber logrado una buena imagen del rostro de aquella mujer, para que pueda ahora hacer una identificación positiva de ella.

—Me juzgo más bien capacitada para tomar mis propias decisiones, señor Mason. Soy una persona muy decidida.

—No cabe duda que lo es —dijo Mason, y volviéndose sobre sus talones, dijo—: Vámonos, Paul, que tenemos que ir a varios sitios.

—¿Adonde?

—Te lo diré cuando salgamos.

Drake dijo:

—Tengo algunas llamadas de larga distancia procedentes del Este…

—Olvídate de eso.

—Deduzco de eso —interpuso Minerva con acidez— que no quieren ustedes decirme dónde podría localizar al señor Drake en el caso de que lleguen esas llamadas.

—Es que no sé dónde podrá ser localizado —replicó Mason.

La telefonista se volvió, haciendo un agresivo encogimiento de hombros.

Drake siguió a Mason al pasillo.

—¡Santo Dios, qué mujer! —dijo Mason—. ¿Dónde demonios la has conseguido, Paul?

—Por medio de una agencia de colocaciones. Es verdaderamente eficiente, Perry.

—Cree que es eficiente —dijo Mason—. Es una mujer que quiere pensar por cuenta propia y para sí misma, y al mismo tiempo quiere pensar también por ti… Vámonos, Paul, vamos a casa de Morris.

—No habrá nadie allí a esta hora tan temprana de la mañana.

—Olvídate de eso —dijo Mason—. Della Street está allí comprobando los libros. Si Morris es el responsable por la instalación de grabación de sonido en la habitación 721, creo que podremos descubrir algo. Quisiera batir a la policía en este asunto, cuando menos una vez en este caso.

—Desde luego —dijo Drake—, porque hasta ahora no tienes prueba evidente alguna de que había una instalación de grabación de sonido en aquella habitación y…

—Pues ésa es la prueba que ando buscando —dijo Mason—. Vámonos, vendrás en mi coche.

—¿Por qué no vas en el mío, Perry?

—No puedo detenerme ya más. Ven, que vamos a varios sitios.

Drake gruñó:

—Por lo menos, Perry, ten alguna consideración humana para mi seguridad personal, aunque no la tengas por las leyes de la velocidad. A esta hora de la mañana el tráfico comienza a ser denso y…, bueno, peligroso…

—Lo sé —contestó Mason—. Sube.

Mason arrancó rápido su coche del parque de estacionamiento y bajó por la calle ganando velocidad. Paul Drake, respirando rígido, miraba aprensivo al llegar a cada esquina, viendo a Mason sortear el tráfico mañanero, hasta que metió los frenos al llegar frente a la puerta del restaurante de Morris.

Mason llamó a la puerta y Della abrió.

—¿Conseguiste algo, Della? —le preguntó.

—Acabamos de dar con un pago turbio, jefe —dijo Della—. Es un cheque por ciento veinticinco dólares pagados hace año y medio a un tal Arturo Leroy Fulda, que figura inscrito como detective privado…

—¿Lo conoces? —preguntó Mason, volviéndose a Paul Drake.

—Claro que lo conozco —dijo Drake.

—¿Qué clase de individuo es ése?

—No tiene duda. Creo que actúa con rectitud. El os… Caramba, Perry, apostaría a que es eso, en efecto.

—¿Que es qué?

—Pues Fulda, precisamente, adquirió en tiempos recientes un equipo ultramoderno de sonido. Me habló sobre ello. Es uno de los aparatos automáticos más eficaces.

—¿Dónde vive? —preguntó Mason.

Drake dijo:

—Su oficina está…

—¿Dónde vive?

—Ya he buscado en la guía telefónica —interpuso Della— y una de sus direcciones es avenida Colter-Este, 1325. Lo que ignoro es si eso es una casa de apartamentos o…

—Colter-Este —murmuró Mason—. Probablemente eso debe ser una residencia privada… Telefonea a su oficina, Della, para asegurarnos que no está allí… No, no estará allí. Tiene que estar en su casa si la policía no lo ha tomado ya como testigo, y claro está, nosotros no tenemos manera de saber eso hasta que podamos llegar allí. Vamos, Paul, vámonos.

—¿Quieres que yo espere aquí? —preguntó Della.

Mason sacudió la cabeza y dijo:

—Esa era la información que nosotros queríamos. Cierra el establecimiento, manda a la cajera a su casa, apaga las luces y olvídate de todo, Della. Llévate a la cajera contigo a tomar un café y unos huevos con jamón, si ella quiere. Y haz que mantenga la boca cerrada.

—Es una buena muchacha. Creo que lo hará. Ella…

—Muy bien —dijo Mason—. Nosotros nos vamos a averiguar lo de Fulda. Muchas gracias, Della.

—Espero que sea el individuo que buscas, jefe.

—Tiene que ser —dijo Mason—. Todos los datos corresponden. Vuelve a poner todos los libros en la caja de seguridad y cierra el establecimiento. La policía puede venir de un momento a otro. Vámonos, Paul.

Capítulo 12

Las luces del tráfico en todo el bulevar cambiaron del estático ámbar de atención a las luces rojas y verdes de parada y marcha, respectivamente, cuando Mason y Paul se encontraban a media milla de la avenida Colter-Este.

Mason aminoró la velocidad con objeto de hacer más fácil su paso conforme a las luces del tráfico, y luego entró en la avenida Colter y encontró el número que buscaba.

—No parece que haya nadie levantado todavía —dijo Drake.

Mason estacionó el coche junto a la acera y subió rápido las escaleras exteriores de la residencia, llamando al timbre.

Cuando había llamado por tercera vez se escucharon en el interior pasos que se deslizaban, y un hombre de ojos soñolientos, con una bata, pijama y zapatillas, abrió la puerta y parpadeó mirando a los visitantes.

—¿Qué es lo que ocurre? —preguntó.

Paul Drake dijo:

—Usted me conoce, Fulda. He hablado con usted un par de veces y…

—Oh, sí, señor Drake. ¿Cómo está usted?

—Este señor es Perry Mason —dijo Drake presentándolo.

—Encantado de conocerle, señor Mason. Perdóneme la forma de presentarme… ¿Qué es lo que ocurre? ¿Hay algo que pueda hacer por ustedes?

—Queremos hablar con usted —le dijo Mason.

—¿Ahora mismo? —preguntó Fulda.

—Ahora es el momento más favorable —dijo Perry Mason—. Aunque yo hubiera preferido que hubiese sido hace ya una hora.

Fulda alzó las cejas con expresión interrogante, empezó a decir algo, se detuvo y luego se limitó a decir:

—Pasen ustedes.

Una voz femenina llamó con ansiedad desde el interior de un dormitorio:

—Arturo, ¿qué es lo que pasa?

—No hay novedad, querida —dijo Fulda con tono de impaciencia en la voz—. Vuelve a dormirte. Son dos señores que…

—¿Quiénes son?

—Un detective a quien conozco y…

Se escuchó el ruido de unos pies descalzos sobre el piso, luego otro sonido, y un momento después una mujer, con una bata de casa y camisón de algodón, apareció en el umbral del dormitorio.

La voz de Fulda contuvo el tono de reprobación violenta cuando dijo:

—Siento que te haya molestado esto, querida. *Vuélvete a la cama.*

Pero la mujer continuó de pie en el umbral.

—Mi esposa —dijo Fulda—. Estos son el señor Mason y Paul Drake, querida. El señor Drake es un detective que tiene sus oficinas…

—Oh, un detective *privado*…

—Sí —dijo Fulda—. No te preocupes. Vuélvete simplemente a la cama.

La mujer titubeó unos instantes, luego sonrió y dijo:

—Están ustedes *en* su casa. ¿Puedo prepararles un poco de café?

—No tienes por qué levantarte, querida.

—No tiene importancia. Prepararé un poco de café. Estará en unos minutos. Siéntense.

Fulda oprimió un botón que encendió el gas en una estufa y dijo:

—Siéntense, señores. Me imagino que su asunto es cosa de urgencia.

—En efecto —dijo Mason—. No disponemos de mucho tiempo.

—¿De cuánto tiempo disponen?

—Oh, no lo sé. Dígame usted lo que sepa de esa instalación de grabación de sonido realizada en el Hotel Keymont.

Fulda que estaba encendiendo un cigarrillo, hizo una pausa, mantuvo el fósforo cerca de la punta de aquél y dijo:

—¿El Hotel Keymont?

—En la habitación 721 —dijo Mason—. Vamos, no ande con rodeos.

—No sé de qué diablos está usted hablando, señor Mason.

La señora Fulda, que se estaba encaminando a la cocina, se detuvo en la puerta de vaivén, manteniéndola parcialmente abierta, esperando y a la escucha.

Mason dijo:

—No sea usted terco, Fulda. Usted fue quien realizó ese trabajo. Usted instaló un aparato de registro de sonido en esta habitación. Y ahora quiero saber cuánto tiempo estuvo usted allí. Quiero saber si estuvo usted allí personalmente, o si usted hizo que otra persona realizase el trabajo…

—¡Santo Dios! —exclamó Fulda—. ¿Quiere usted decir que ustedes dos han venido aquí y me han sacado de la cama para hacerme una pregunta tan tonta como ésa?

—Exactamente.

Fulda adquirió una expresión irritada y dijo:

—Bueno, pues eso me disgusta. Nada en absoluto tengo que decirles a ustedes, caballeros. Si quieren ustedes hacerme preguntas sobre asuntos comunes de mi trabajo, pueden ustedes acudir a mi oficina después de las nueve de la mañana. Además de eso, no veo razón para que ustedes me interroguen. Y ahora, puesto que ustedes, caballeros, parecen tener mucha prisa y hallarse trabajando en un caso urgente, no voy a retenerles más.

Mason dijo:

—¿Es ésa su decisión?

—Esa es mi decisión.

—¿Y no quiere usted cambiarla?

—No.

Mason dijo:

—Creo que está usted encubriéndose, Fulda. Yo tengo la creencia de que fue usted quien realizó ese trabajo. Y si fue usted, es sumamente importante que nosotros averigüemos exactamente lo que…

—Lo conozco a usted, señor Mason, y conozco también su fama, pero no voy a consentir que me azoten en mi propia casa. Ya le he dado mi respuesta y eso es definitivo. Y ahora, caballeros, ¿quieren ustedes acudir a mi oficina a las nueve de la mañana?

—No —contestó Mason.

—Muy bien. Tampoco es preciso que vayan.

—Vamos a hablar aquí mismo.

—Ya hemos hablado.

—Claro que sí —dijo Mason—. Ya hemos dicho la mitad de lo que aún tenemos que decir.

—Me parece haberme expresado ya con suficiente claridad. Ya he dicho cuanto tenía que decir.

—Muy bien. Pues ahora le diré *yo* a *usted algo*.

—No tiene usted que decirme nada, señor Mason.

—Lo sé —dijo Mason—. Usted es uno de esos individuos inteligentes que lo saben todo.

—Señor Mason, eso me ofende.

—Continúe usted —dijo Mason—. Oféndase. Pero si fuese verdaderamente inteligente, por lo menos escucharía usted hasta que supiera de qué se trata.

—Ya sé de lo que se trata de antemano.

—Claro que lo sabe, como el diablo —dijo Mason—. Se cometió un asesinato en el Hotel Keymont.

Fulda hizo un afectado ademán de encogerse de hombros y dijo:

—Supongo que esas cosas ocurren hasta en los mejores hoteles.

—Pero el Keymont no es de los mejores —le recordó Mason.

Fulda se quedó callado.

—La Brigada de Homicidios ha entrado en acción —añadió Mason—. Y descubrieron que en la habitación 721 había sido instalado un aparato de grabación de sonido. Los cables de ese aparato se prolongaban a otra habitación. Probablemente fue utilizada una instalación de gran valor; un equipo completo para registrar conversaciones, aparatos automáticos que por sí solos se detienen y funcionan…

—¿Y simplemente sobre esa base han venido ustedes a verme?

—Y —continuó Mason sin dar la menor importancia a la interrupción— el teniente Tragg, de la Brigada de Homicidios, está muy ansioso por descubrir quién realizó esa instalación.

—Es natural que lo esté.

—Pues bien —prosiguió Mason—, el teniente Tragg nada me dijo, pero adivino que ya ha comenzado a encontrar huellas de ese equipo, lo que no será cosa difícil. Tengo entendido que es muy moderno, muy nuevo, muy costoso, y completamente al día. Quienquiera que haya comprado ese equipo, no lo pagó contante y

sonante en su totalidad. Ha sido probablemente comprado con contrato y a plazos. En los aparatos hay el número de serie. El teniente Tragg obtendrá esos números de serie. Llamará a los fabricantes. Estos lo enviarán a su representante local. Y la agencia local le presentará esos contratos…

—¡Oh, Dios mío! —dijo Fulda, y se arrellanó en su butaca como si alguien le hubiera quitado de repente las bases en que se apoyaba.

Mason asintió hacia la señora Fulda y dijo:

—Creo, señora, que su marido va a necesitar un poco de ese café.

La mujer permaneció en el umbral por un momento, y luego se deslizó silenciosamente dentro de la cocina. La puerta de vaivén se cerró y después de un momento la mujer la abrió y la dejó así.

Fulda dijo:

—Nunca se me ocurrió pensar en los números de la serie.

—Pues debió usted haberlo pensado —le dijo Mason—. Usted debió de haber pensado primero en eso que en otra cosa.

—Yo creía…, yo creía que podría… Bueno, no comprendí que encontrarían mi pista de esa forma, ni tan pronto.

—Cuéntenos usted lo ocurrido.

—Preciso tiempo para pensar.

—Lo sé —dijo Mason—, usted se vino a casa, se desnudó, se peinó el cabello y quedó convencido de que engañaría a todo el mundo. Asustó a su mujer hasta medio morirse y ahora usted mismo se encuentra aterrado. ¿Qué es lo que ocurrió para que se asuste usted tanto?

—Yo… no lo sé.

—Muy bien, pues averigüémoslo. Díganos su relato y hágalo pronto. Hay una posibilidad de que podamos ayudarlo.

—Yo…, yo no sé qué hacer.

—Pues empezar a hablar.

—Yo me especialicé en equipo sonoro…

—Sí, lo sé.

—Me especialicé en la grabación de conversaciones…, de conversaciones de chantajes y cosas de esa especie, en el campo de la delincuencia, así como en registrar discursos y declaraciones, procedimientos ante los tribunales y otras cosas en el campo de la

no delincuencia.

—Díganos lo que ocurrió en el Hotel Keymont —dijo Mason.

—No hace mucho tiempo —dijo Fulda— hice un trabajo para Morris Alburg. Era…, bueno, era confidencial.

—Ya no lo será —comentó Mason.

—Bueno, pero lo es aún ahora.

—Tan pronto como el fiscal del Distrito empiece a hacer preguntas…

—Eso es diferente.

—Lo leeré en el periódico cuando así sea —dijo Perry Mason.

—Muy bien —continuó Fulda—, ya lo leerá usted en los periódicos, pero hasta que así lo haga, esto es confidencial. Todo lo que puedo decir es que era un trabajo de chantaje, y fue llevado a cabo con gran éxito.

—¿Cuánto tiempo hace?

—Hace poco más de un año.

—Y entonces, ¿qué?

—Pues que ayer por la tarde Morris vino a verme; Me pidió que le preparase una instalación de grabación en el Hotel Keymont, y…, bueno, claro está, tenía que ser muy confidencial y…

—Continúe —dijo Mason—, eso no es lo que tiene que preocuparlo. Díganos más bien lo que le preocupa.

—Bueno —dijo Fulda—, ese estúpido me dijo que lo andaba buscando la policía, y esto venía a comprometerme a mí.

—¿Le dijo por qué lo buscaba la policía?

—Dijo que lo andaban buscando y que él trataba de ocultarse.

—¿Y fue sobre esas bases que usted aceptó el trabajo?

Fulda asintió con morosidad.

—Muy bien —dijo Mason—, no necesita decirle usted a la policía *toda* la conversación que tuvo con su cliente. Por lo que a usted concierne, se trataba de un trabajo ordinario. ¿Qué hizo usted?

—Pues recogí mi equipo de sonido, fui al hotel, le dije al empleado que una hermana mía iba a llegar esa tarde en avión y que precisaba dos habitaciones, de preferencia que estuviesen juntas.

—¿Y no se las dio a usted?

—Dijo que no tenía dos habitaciones juntas, aunque sí disponía

de dos en el mismo piso. Le pregunté dónde estaban situadas y me contestó que eran la 721 y la 725; por lo tanto, le dije que quería verlas.

—Entonces, ¿usted subió a verlas?

Fulda asintió.

—Estaban situadas idealmente cerca. Le dije que iba a mudarme allí, que iba a dormir un poco antes de la cena y no quería que me molestasen, pues precisaba ir a recibir a mi hermana que llegaba en el avión de la noche.

—¿Y cómo tomó esto el empleado?

—Pues me dirigió un guiño significativo y nada más.

—Entonces, ¿qué hizo usted?

—Todo este moderno equipo sonoro está hecho de forma que puede llevarse en cajas de sombreros y maletas.

—Lo sé —dijo Mason.

—El mozo del hotel tomó una carretilla y llevó todo ese equipaje arriba. Lo distribuimos. Una parte lo dejé en la habitación 721 y el resto en la 725.

—Y después, ¿qué?

—Después que el mozo se fue, me lo llevé todo a la habitación 725 para reunir allí todo el instrumental de grabación y demás, y no dejé en la 721 nada más que un micrófono. Realicé un magnífico trabajo para dejar oculto aquél.

—¿Y cómo lo hizo usted? ¿Lo escondió en la pared?

—No. Estos nuevos aparatos son extraordinarios. El micrófono quedó disimulado en una lámpara de mesa que yo incrusté en la cabecera de la cama. Aparte del hecho de que parecía demasiado lujosa en medio del desastroso mobiliario de la habitación, resultaba perfecto. Pasé los hilos de contacto alrededor del marco de un cuadro, y luego a través del montante de la puerta y por el pasillo hasta la habitación 725. Tuve que trabajar muy rápido, pero ya estaba preparado para ello y realicé una obra magnífica.

—Y después, ¿qué ocurrió?

—Después probé el equipo para ver si funcionaba, y seguidamente avisé a Morris para que viniese a la habitación 721, diciéndole que todo estaba a punto.

—¿Y cómo lo avisó usted?

—Llamé al número que me había dado y dije que si Morris

llegaba, le comunicasen que Art le avisaba que todo marchaba bien.

—¿Y eso es todo?

—Eso fue todo.

—Y luego, ¿qué hizo?

—Pues luego me recluí en la 721.

—¿Y el equipo no era automático?

—En efecto lo era, pero yo quise asegurarme de que estaba funcionando. Y pensé también que Alburg querría un testigo. Era un equipo nuevo de sonido y yo quería controlar por mí mismo las conversaciones. Es preciso que uno haga eso si después ha de servir de testigo. Usted no puede presentar prueba si simplemente demuestra que dejó la habitación y se marchó y después cuando regresó encontró allí unos cuantos discos de acetato en el aparato…

—No se moleste en tratar de darme lecciones de leyes sobre pruebas —dijo Mason—. Dígame lo que hizo usted, Fulda.

—Pues bien, me acosté en la cama de la 725 y me quedé dormido.

—¿Cuándo se despertó usted?

—Me desperté a eso de las ocho y media o nueve, creo yo. Salí y comí algo y volví a llamar a aquel número para preguntar si Morris había llegado. Me contestaron que sí y que ya había recibido mi mensaje.

—¿Usted no les dijo quién era?

—Les dije simplemente que era Art.

—Muy bien, ¿y después, qué?

—Me tomé una buena cena. Compré unos bocadillos y un termo de café caliente y me fui con todo al hotel.

—Y luego, ¿qué ocurrió?

—Leí durante un rato, dormité un poco y me desperté súbitamente por el ruido de mi equipo de sonido que se había puesto a funcionar.

—¿Y qué ocurrió?

—Bueno, esos aparatos están equipados de forma que cuando se producen voces en la habitación donde están conectados, la maquinaria gira la llave automática y hay una luz verde que se enciende sobre la máquina de grabar cuando todo está funcionando bien. Salté de la cama, me fui junto al aparato y comprobé que todo funcionaba a la perfección. Me puse unos auriculares y pude oír la

conversación.

—¿Qué conversación era ésa?

—Morris Alburg y una mujer estaban hablando y…, bueno, no pude comprender lo que decían.

—¿Qué es lo que no pudo comprender? ¿Quiere usted decir que la grabación no se estaba realizando con claridad, o qué?

—Oh, el equipo estaba trabajando muy bien. Es la conversación lo que yo no podía interpretar. Era una conversación muy peculiar.

—¿Qué había de peculiar en ella?

—Bueno, evidentemente Morris y una mujer estaban allí dentro y esperaban a que usted llegase, y Alburg dijo: «El estará aquí de un momento a otro. Le telefoneé y me dijo que venía en seguida», y entonces la muchacha dijo algo sobre que había llegado un poco tarde, y repentinamente la conversación pareció cambiar de tono, adquiriendo una derivación extraña.

—¿Qué derivación fue ésa?

—Bien, por unos momentos habían estado hablando *en* una forma corriente. Alburg dijo: «Quiero que le digas exactamente lo que me has dicho a mí. Quiero que seas franca con él. Es mi abogado y todo irá bien. Te aseguro que todo irá bien. Se cuidará de ti y de todo lo demás».

—Y luego, ¿qué pasó?

—Luego, Alburg comenzó a preocuparse y dijo que a lo mejor usted se había vuelto a quedar dormido, y entonces le dijo a la muchacha que lo llamase a usted, con lo cual se produjo silencio por unos momentos, y después la muchacha dijo en voz baja: «Llame a la policía».

»Un segundo después, sonó el teléfono y la muchacha rió y dijo, al parecer hablando por teléfono: «Oh, desde luego que no…, era una broma. Olvídese de eso», y colgó el auricular.

»Después de eso, oí ruido de movimiento de gente. Alguien pareció que iba a decir algo y se detuvo repentinamente a mitad de la frase.

—¿Qué clase de ruidos oyó usted? —preguntó Perry Mason.

—No puedo describirlos muy bien.

—¿Ruidos de lucha?

—No llegaré a decir que fuese tanto como eso…, eran ruidos peculiares.

—Y luego, ¿qué?

—Oí a la mujer decir: «Es ponerme sólo un poco de pintura en los labios. Usted me la estropeó», y un poco después oí una puerta que se abría y después se cerraba.

—¿Y después?

—Después no se oyó nada más. Hubo unos segundos de silencio y el aparato registrador de sonido se quedó parado.

—Y después, ¿qué?

—Después de diez o quince minutos, volví a oír voces. Pero éstas ya eran de otras personas. Había una mujer y un hombre, y aquélla decía: «Te digo que dejó un mensaje en alguna parte», y el hombre dijo. «Nosotros no tenemos tiempo para buscarlo. ¿De qué forma dejó ese mensaje?», y la mujer respondió: «Probablemente lo escribió con lápiz de labios», y el hombre dijo: «Dame tu lápiz de labios y yo arreglaré eso».

—Y luego, ¿qué pasó?

—Después se oyeron nuevos sonidos y luego el equipo de registro volvió a quedar parado.

—¿Y después de eso?

—Después vino usted a esa habitación, señor Mason, y supongo que ya sabe usted todo lo que ocurrió a partir de ahí, como cualquier otro. Cuando le oí a usted telefonear a Paul Drake y decirle que pusiese algún ayudante en acción, entonces me pareció oportuno para mí el largarme. Las cosas empezaban a ponerse un tanto excesivamente calientes. Aquello no era ya la clase de trabajo ordinario para el cual me habían llamado, y le oí a usted hablar de cosas que me inquietaron mucho. Yo…, bueno, me pareció que si me marchaba en seguida, nadie sabría que había estado allí. Creerían que el equipo había estado realizando las grabaciones por sí solo.

Mason asintió.

—No fue sino cuando llegué a mi casa —prosiguió Fulda— que comprobé la extraordinaria tontería que acababa de hacer. Debía haberme traído los discos conmigo.

—¿Quiere usted decir que llenó más de un disco?

—No, pero sin pensarlo puse un disco nuevo cuando salí de la habitación y por lo tanto el aparato estaba cargado con uno fresco. Los que trabajamos en esto lo hacemos así por la fuerza de la

costumbre. Hacemos eso para que el aparato esté siempre cargado para todas las eventualidades. Ese disco tiene espacio para recoger sonidos durante hora y media cuando está cargado el aparato y…, bien…, yo no quería descuidarme nada.

»Ese es un problema relacionado con el aparato, que los inventores todavía no han sido capaces de vencer. Supongamos que es automático, y usted llega y tiene una conversación con alguien a las diez de la noche. Después, usted sale y cierra la puerta. Cinco segundos después la máquina se para. Luego, a las tres de la mañana, alguien llega, abre la puerta y empieza a hablar. Y el sonido, incluso los movimientos de las personas dentro de la habitación, inmediatamente actúa sobre el resorte de puesta en marcha y hace que el aparato funcione y empiece a grabar… Mas, he aquí que cuando yo pongo a reproducir ese disco ante un cliente, suena como si fuese una conversación continua, excepto en la pausa de los cinco segundos. Nada demuestra en el disco que una conversación tuvo lugar a las diez de la noche, y que la conversación siguiente, que en el disco aparentemente sigue a la otra, tuvo lugar a las tres de la madrugada. Esa es una de las razones por las que uno debe estar al pie del aparato para controlarlo…, y… ésa es toda la historia.

—¿Y por qué está usted entonces tan atemorizado?

—Pues creía que si nadie se daba cuenta de que había instalado allí, en la habitación, un equipo de grabación de sonido, podía volver allí a recogerlo, pero que si se descubría que estaba allí…, bueno, Morris me había dicho que se estaba ocultando…, por lo tanto se producirían complicaciones. Algunas veces a la policía no le gusta que vayamos a un hotel en esa forma y que instalemos un equipo de sonido. Siempre es más aconsejable, cuando sea posible, utilizar para ello una oficina privada en cualquier parte más bien que un hotel…, y yo creí que si se transformaba en un caso para la policía, ésta averiguaría que yo había estado allí, porque oirían la reproducción de los discos y descubrirían cuándo había comenzado la conversación.

»Pensé, por ejemplo, que la policía sabría que usted había entrado en esa habitación, así como la hora en que lo hizo… Y también que el empleado nocturno del hotel me había visto marcharme. Y si yo me transformaba en un caso policíaco, me vería

envuelto en un gran problema.

—Muy bien —le dijo Mason—, pues éste es un caso policíaco. Y usted está envuelto en un gran problema.

El aroma de café recién hecho llegó desde la cocina y penetró en toda la sala.

Mason señaló hacia el teléfono y dijo:

—Llame usted a la Jefatura de Policía.

Fulda titubeó, replicando:

—Estoy en una situación tan comprometida ahora, que yo…

—Llame a la Jefatura de Policía. Pida por la Brigada de Homicidios. Vea si el teniente Tragg está todavía trabajando. Y entonces cuéntele su historia.

—¿Y cómo voy a explicar el hecho de mi llamada a esa Brigada?

—Dígales que yo le dije que lo hiciese —contestó Mason.

Fulda siguió titubeando.

Desde la puerta que separaba la cocina del comedor, se oyó la voz de la esposa de Fulda diciendo con acritud:

—Ya oyes lo que dice el señor Mason, Arturo. Él sabe mejor que tú lo que has de hacer.

Fulda miró a Paul Drake. La expresión de éste era completamente impasible.

—Bueno… —dijo Fulda con reluctancia, y se dirigió al teléfono y dijo:

—Dígale al teniente Tragg que me llame tan pronto regrese. El…, bueno, prefiero hablar con el teniente Tragg. Se trata de un equipo de grabación de sonido y… Exactamente ése es el sitio. El Hotel Keymont… Exacto, estaré aquí. Dígale que me llame. Estaré esperando cerca del teléfono.

Colgó el auricular y le dijo a Mason:

—Espero que esto sea, en efecto, lo más acertado que debía hacer.

Mason, que había estado de pie junto a la ventana del frente, se volvió y dijo por encima del hombro:

—Acabo de salvarle a usted su licencia, tonto. El teniente Tragg está precisamente en este momento estacionando su coche allí, en la acera. Esa llamada le salvará a usted la vida.

—¡El teniente Tragg! —exclamó Fulda—. ¿Cómo es posible que haya llegado aquí tan pronto?

—Probablemente lo localizó a usted en la forma que yo le dije que él haría —contestó Mason.

Se oyeron pasos en el pórtico. Después hubo una llamada, y Mason giró la manecilla de la puerta y abrió ésta diciendo:

—Pase, teniente. Llega usted a punto para el café.

El rostro de Tragg se ensombreció:

—¿Qué demonios está usted haciendo aquí, Mason?

—Pues haciendo preguntas.

—Muy bien —dijo Tragg—, usted ha hecho las preguntas y yo tendré las respuestas… ¿Usted se llama Fulda? —preguntó el teniente al hombre que estaba detrás de Mason.

—Así es —dijo Fulda.

—¿Usted instaló un equipo de grabación de sonido en las habitaciones 721 y 725, en el Hotel Keymont?

Fulda asintió y dijo:

—He estado tratando de ponerme en comunicación con usted, teniente. Llamé a la Brigada de Homicidios y dejé un recado para usted.

Tragg, con una mueca en los labios, dijo:

—Esperemos para el bien de usted, que lo hizo así. Porque eso va a ser la diferencia entre una forma de tratarlo y otra.

—Puede usted llamar allí y ya verá como efectivamente lo hice —dijo Fulda.

—En ese caso, eso ha sido lo único realmente bueno que ha hecho usted hasta ahora —dijo Tragg.

La señora Fulda apareció, surgiendo de la cocina, sonriendo un tanto nerviosa y diciendo:

—Buenos días, teniente. Soy la señora Fulda. Estaba precisamente haciendo café para estos caballeros y quizá si usted…

—Me lo beberé todo yo —dijo Tragg—. Porque estos caballeros se marcharán ahora mismo. Si quieren café, que vayan a tomarlo al restaurante.

La señora Fulda rió vagamente como si se tratase de una broma.

—Lo digo muy en serio —afirmó Tragg—. ¿Qué es lo que estaban haciendo aquí estos señores, Fulda?

—Pues estaban preguntándome unas cuantas cosas.

—Magnífico —exclamó Tragg—. Ellos le hicieron las preguntas y ahora déme usted a mí las respuestas, aunque yo también le haré

un par de preguntas sobre cuestiones que ellos ignoran. Y créame usted, *ésas* son las cuestiones que van a contar y tener importancia.

Capítulo 13

En el correo de la mañana, llegó una carta de Morris Alburg, e incluido en ella un cheque por mil dólares.

La carta, sin embargo, como el nervioso y fastidiado Mason le señaló a su secretaria, era algo menos que una pieza maestra de claridad. Decía simplemente:

Querido señor Mason:

Recordará usted el asunto del abrigo de pieles. Quiero que me represente a mí y a la muchacha en esta cuestión. Le envío adjuntos mil dólares como garantía, y hay más todavía para pagarle, si usted lo necesita.

Con toda premura,

Morris Alburg.

Indignado, Mason golpeó la carta con su dedo pulgar y dijo:

—Representarle a él en «ese asunto»… Eso tiene amplitud bastante para incluir en ello todos los crímenes que figuran en el Código Penal.

—Y probablemente los incluye —comentó Della.

A las tres y media de esa tarde, Paul Drake, que parecía muy cansado, dio los golpecitos clave en la puerta de la oficina privada de Mason.

Della abrió y le hizo entrar. Drake se dejó caer en la ampulosa butaca, cansado, bostezando y meneando la cabeza, y dijo:

—Ya no puedo resistir más esto, Perry.

Mason hizo un guiño y dijo:

—No ocurre más que el hecho de que estás falto de ejercicio, Paul. Hace algún tiempo que no has estado trabajando para mí

bastante. Lo que necesitas son unas noches más sin dormir para ponerte en forma.

—De hecho, Perry, acostumbraba a ser capaz de sostenerme la noche entera de pie y continuar alerta al día siguiente. Ahora, a ratos tengo la sensación de quedarme inconsciente.

Mason se limitó a hacer un guiño.

—¿Y qué me dices del jefe? —preguntó Della—. Esta mañana tenía un millón de problemas por resolver y…

—¡Oh, él! —dijo Drake—. Tú nunca necesitas preocuparte por él. Es una dínamo humana. Manufactura energía más rápidamente que un ser humano pueda gastarla. Si le soldásemos alambres, obtendríamos energía eléctrica en exceso para venderla y hacernos millonarios.

—¿Qué traes en la cabeza, aparte de esas cosas? —preguntó Mason.

—Esa muchacha —respondió Drake—. Minerva.

—¿Qué ocurre con ella?

—Llamé a su casa por teléfono y le dije a su madre que quería hablar con Minerva tan pronto como se despertase. Le indiqué que me llamara.

—¿Y qué?

—No estaba en casa.

—Continúa.

—Estaba en la Jefatura de Policía. La madre, fíjate en esto, Perry, la madre dijo que había sido llamada allí hace una media hora para realizar una identificación.

Mason lanzó un silbido.

—¿Quiere eso decir que ya han capturado a Dixie Dayton? —preguntó Della.

—Eso podría querer decir muchas cosas —dijo Mason, echando para atrás su butaca, apartándola de la mesa y poniéndose en pie—. Caramba, eso no me gusta, Paul.

Mason comenzó a pasearse de un extremo a otro de la estancia.

—Pues a mí tampoco me gusta.

—En circunstancias ordinarias, ¿te hubiera llamado y te hubiera informado, o por lo menos te hubiera dicho lo que alegaron para qué la querían?

—Eso depende de lo que quieras significar por «circunstancias

ordinarias», Perry. Esa muchacha es una de esas mujeres autosuficientes que quieren que se comprenda definitivamente que ellas no van a solidarizarse con ninguna locura. Está tan satisfecha de sí misma que hasta yo he llegado a sentirme en la misma forma.

—Pues yo dudo que sea realmente eficiente —dijo Mason—. Lo que ella hizo ha sido cultivar simplemente unas maneras de eficiencia. Está representando un papel, el papel de la extrema competencia; probablemente está imitando a una secretaria que vio en cualquier película, y que no era ni más ni menos que una actriz representando un papel que creía que era un verdadero retrato de un personaje.

—Últimamente he investigado un poco sobre ella…

—Continúa —dijo Mason al ver que Drake titubeaba.

—Pues bien, a mí siempre me había parecido muy competente, pero he descubierto que las otras empleadas no la tienen en mucha estima. Parece que siempre tiene la situación dominada, pero la realidad es que comete muchos errores. Lo he comprobado así. La muchacha que entra a trabajar por la mañana y se encarga de la centralita después que Minerva se va, le ha estado tapando muchas faltas.

—¿Qué clase de faltas?

—Cuestiones menores. Dos ayudantes que han estado trabajando de noche han tratado de bromear con ella, pero los ha dejado helados en el camino.

—¿La estaban galanteando? —preguntó Mason.

—Diablos, no —dijo Drake—, sólo lo que de ordinario ocurre en una oficina… O debiera ocurrir en una oficina, donde la gente se presupone que trabaja junta con un cierto grado de cooperación mutua.

»Ya sabes lo que ocurre, Perry, en un negocio como el mío, donde las cosas son más o menos sin rigor, y donde tú adquieres unas relaciones familiares. Desde luego, la muchacha que trabaja en el turno de noche se presta más o menos a flirteos. Empieza a trabajar a medianoche y sale a las ocho de la mañana. La mayor parte del tiempo la centralita y el terminar el trabajo a esas horas no significa nada; así, para tenerla un poco ocupada, acostumbramos a hacer que realice un poco de trabajo a máquina en la mayoría de nuestros casos. Archiva cartas que han sido

escritas durante el día y escribe a máquina los informes de nuestros ayudantes.

»Por ejemplo, llega un hombre a las cinco o a las seis de la tarde. Ha estado trabajando todo el día en un caso. La mayor parte de estos ayudantes apenas si pueden escribir su informe con dos dedos en una máquina, si tuvieran que hacerlo. Pero esto sería un trabajo malo e inacabable, por lo cual yo les he aconsejado que se sienten ante una máquina de dictar y digan allí su historia…, sin necesidad de entrar en grandes detalles, pero con los suficientes para que tengamos un cuadro de la situación, de modo que el cliente sepa en realidad cómo van las cosas; y de esa forma también mantenemos mejor los archivos.

Mason asintió.

—La muchacha que llega a las cuatro y trabaja hasta la medianoche, transcribe parte de esos informes, y la que entra a trabajar a la medianoche y trabaja hasta las ocho de la mañana transcribe el resto de ellos, hace el archivo y otros pequeños trabajos.

»Minerva ha estado trabajando en esas cosas, y al parecer ha cometido grandes errores. Por ejemplo, ha habido confusiones con los ficheros, y probablemente esto se debe a equivocaciones que cometió Minerva. Además, algunos de esos informes tienen mucha sustancia, como tú sabes, Perry, y algunas veces nuestros agentes, cuando ocurre que han estado trabajando de noche y llegan para hacer su informe antes de abandonar el servicio, se ponen a bromear sobre los casos que traen entre manos. Generalmente, las muchachas devuelven la broma…, que por lo regular no es otra cosa sino el mismo género de broma habitual en una oficina… Pues bien, Minerva no acepta nada de eso. Es una especie de Gran Reina por lo que a los agentes nuestros se refiere; es pura eficiencia y agua helada.

Mason comentó:

—Supongo que a fin de cuentas una muchacha llega a cansarse tanto de oír esas historias una vez y otra que…

—Oh, ya sé —dijo Drake—, pero una muchacha realmente humana se las arreglará para reír como si se tratase de un chiste nuevo…, precisamente para que las cosas no vayan demasiado lejos… Qué diablos, Perry, tú sabes lo que yo quiero decirte.

Podemos llegar a tener problemas con esta muchacha. Y me fastidia que no me haya llamado para advertirme.

—¿Y por qué la llamaste? —preguntó Mason.

—Pues tomé la decisión de despedirla —dijo Drake.

—Por el amor del cielo, no hagas eso. En forma alguna no lo hagas ahora.

—¿Y por qué no?

—Porque dará la impresión de que estamos vengándonos de ella por haber identificado aquella fotografía. Esto nos atraería la antipatía del Jurado.

—Desde luego —señaló Drake—, la muchacha de la fotografía pudiera ser realmente Dixie.

—Sí —admitió dubitativo Mason—. Pudiera serlo.

El teléfono sonó agudo.

—Ve quién es —dijo Mason.

Della Street tomó el auricular, contestó y dijo:

—Sí, Gertie… ¿Por qué, qué dices…? Espera un momento.

Hizo seña a Perry Mason, con verdadero nerviosismo, y le dijo:

—Morris Alburg está al teléfono.

—Bueno, gracias a Dios —dijo Mason—. Ya era hora de que ese muchacho diese señales de vida.

Mason tomó el auricular y dijo:

—Hola, Morris. ¿Qué demonios es todo eso y en dónde está usted?

—Estoy en la cárcel —dijo Morris.

—¿Qué?

—En la cárcel.

—Usted es el diablo. ¿Cuánto tiempo lleva usted ahí?

—Desde las nueve de esta mañana.

—¡Oh, oh! —exclamó Mason, añadiendo luego—: ¿Y por qué no me telefoneó usted antes?

—Porque no me dejaron.

—¿Les dijo usted que quería hablar con su abogado?

—Les dije todo cuanto hay que decir. Pero no llevo mucho tiempo en esta cárcel. Han estado llevándome de un lado para otro, viajando en automóvil, y llevándome de una estación de policía a otra…

—¿Y en cuál se encuentra usted ahora?

—Pues ahora estoy en el Precinto Central.

—Salgo para ahí —dijo Mason.

Mason colgó el auricular, corrió al guardarropa y cogió su sombrero.

—¿Qué es lo que ocurre? —preguntó Drake, cuando vio a Mason dirigiéndose hacia la puerta.

—Las mismas correterías de siempre —replicó Mason—. Tienen preso a Morris desde las nueve de esta mañana, y lo han mantenido enterrado. Sólo ahora le han permitido que llamase a su abogado. Eso significa que lo han exprimido y le han sacado todo cuanto les ha sido posible… Quédate aquí esperando, Paul, de forma que yo pueda utilizarte si te necesito. Sí, te necesitaré y… no despidas a Minerva…, todavía.

Capítulo 14

—Muy bien —dijo Mason al mismo tiempo que se sentaba en la butaca de respaldo del salón de visitantes—; dígame lo que ocurrió.

Alburg apoyó la cabeza en sus manos y replicó:

—De verdad, señor Mason, estoy metido en un lío, un lío infernal… ¿Recibió usted mi carta con el cheque?

—Sí, recibí su carta con el cheque —dijo Mason— y sabía tanto cuando terminé de leerla como antes de recibirla. ¿Cómo lo apresaron a usted?

—Estaba en camino de la oficina de usted.

—¿De mi oficina?

—Así fue.

—¿Y qué ocurrió?

—Llegué a la entrada de su edificio. Un policía de paisano surgió de entre la multitud y me echó la mano. Me metieron en un automóvil. Me llevaron de allí con tanta rapidez, que ni siquiera pude darme cuenta de lo que estaba ocurriendo.

Mason dijo, indignado:

—¿Y por qué no se paró usted en algún lugar para telefonearme? Ya le tenía dicho que se mantuviese alejado de la oficina. Debía usted saber que habían de tener a un hombre vigilando allí. Mi oficina y su restaurante eran los primeros sitios donde lo buscarían… Y ahora, ¿qué ocurrió? Prosiga y cuénteme su historia.

—No ha oído usted todavía la parte peor de ella.

—Muy bien —dijo Mason—, pues cuénteme esa parte peor.

—Yo tenía el revólver.

—¿*El* revólver?

—Exacto.

—¿Qué revólver?

—El revólver con el que la policía dice que fue muerto Fayette.

Mason lo miró cejijunto y reprobador.

—Pero no es lo que usted piensa, señor Mason. Es una historia larga y…

—Pues bien, cuéntela y hágala lo más corta posible —dijo Mason—. ¿Qué relación tiene usted con Dixie Dayton?

—Está emparentada conmigo por matrimonio.

—¿Cómo es eso?

—Tomás Sedgwick es medio hermano mío. ¿Significa esto algo para usted?

—Eso significa mucho —dijo Mason.

—Sedgwick se dedicaba al juego clandestino. Era uno de esos individuos despreocupados. Y yo se lo advertí. Estaba en relaciones amorosas con Dixie Dayton. Y ella también lo puso en guardia. Nosotros tratamos de encarrilar por el buen camino a ese muchacho. Pero fue inútil.

»El se creía muy listo. Cierto que ganaba mucho. ¿Y qué? Creía que tenía permiso para permitírselo todo, pero de eso sólo se sacan problemas. Es verdad que durante algún tiempo se gana dinero. Pero después vienen los problemas.

»Muy bien. Tomás se vio envuelto en problemas. No escuchaba consejos. Un nuevo policía empieza a seguirle la pista. Alguien le da informes sobre Tomás. Y este policía hace cuánto puede para obtener pruebas contra Tomás. Las cosas se ponen endemoniadas.

—¿Y Claremont tenía las pruebas?

—Creo que sí las tenía contra Tomás.

—Me refiero a pruebas de apuestas clandestinas.

—Bueno, creo que tenía sólo sospechas en cuanto al pago de apuestas. Y era por eso que quería atrapar a Tomás. Y pretendía que Tomás cantase y lo dijese todo a un gran Jurado. ¡Qué lío…! Al principio, Tomás no comprendía las cosas. Pero al fin, aquel policía consiguió las pruebas. Tenía a Tomás a su merced. Pero no hacía nada. Tomás creyó que el policía quería que le diese una parte de las ganancias. Pero el policía no quería eso. Lo que quería era que Tomás lo delatase todo.

»Tomás era tonto. Cual yo le digo a usted, señor Mason, ese muchacho creía que todo iba bien. Pero no era así. El policía lo avisó. Y le dijo a Tomás que suspendiese sus actividades y se ocultase hasta que todo diese el estallido. Era un policía muy agudo.

Tenía ya las pruebas de todo y de quién hacía los pagos. Y de quién actuaba de banquero.

—¿Quién era el banquero?

—Fayette. Este era el primer elemento en ese negocio.

—¿Y qué ocurrió?

—Pues que Tomás no pudo soportar el recibir una citación para el juzgado. Ya sabe usted lo que ocurre si se recibe una citación para el Gran Jurado. Tomás suspendió sus actividades. Se batió en retirada.

—Y después, ¿qué?

—Dicen que este policía era muy agudo. Estaba acechando para que Tomás hiciese eso. Tan pronto como Tomás realizó eso, el policía lo tenía aún más en sus manos. Dicen que Tomás lo mató. Yo no lo sé. Tomás jura que no. Y Dixie cree que dice la verdad.

—Oh, sí —dijo Mason—. ¿Y en qué forma le explicó a usted Dixie el hecho de que Tomás tuviese el revólver de servicio de Claremont entre sus cosas más queridas?

Alburg dio un salto como si en su silla hubiese habido una descarga eléctrica y gritó:

—¿Que *tenía* qué?

—Cálmese —dijo Mason—. Ella tenía el revólver de Claremont.

Morris apoyó la cabeza en sus manos y exclamó:

—Eso era lo que faltaba; ahora estamos en un lío completo. Entonces es que Tomás lo mató.

—Todo parece confirmar que así fue —dijo Mason.

—Oh, qué lío, y por todos los demonios, yo estoy mezclado en él con Tomás y Dixie.

—¡Maldito si no lo está usted! —dijo Mason—. Y también puede usted incluirme a mí ya que está usted haciendo el inventario.

—¡Oh, qué lío! —volvió a exclamar Morris.

—Déjese de sentirse apenado sólo por usted ahora, Morris. No hay tiempo para eso. ¿Y qué me dice de Fayette? ¿Lo mató usted?

—No, no, claro que no. No soy capaz de matar a nadie.

—Pues usted dice que la policía le encontró el revólver.

—Sí.

—¿Y cómo sabe usted que ése fue el revólver que mató a Fayette?

—La policía dijo eso.

—¿Cuándo?

—Hace unos quince minutos. Es por eso que yo estoy aquí. Quieren hacer una prueba balística. Cuando consiguieron el revólver me procesaron y ya me permitieron llamarlo a usted.

—¿Cuánto tiempo hace que tenía usted ese revólver?

—Esa es la cosa. Lo tenía sólo desde después del tiroteo.

—Cuénteme usted la historia completa.

—¿Por dónde empiezo? —preguntó Alburg.

—Comience por el principio. Y esté seguro de que es, en efecto, el principio.

—Ya le he dicho lo que había sobre Tomás Sedgwick…

—No se preocupe de él. Cuénteme respecto a Dixie. Todo lo que sepa sobre ella.

—Tomás y Dixie…

—¿Están casados?

—Esa es una de esas cosas, señor Mason… Tomás había estado casado. Había dificultades para que obtuviese el divorcio. Por lo tanto, usted no puede criticarlos a él y a Dixie…

Mason dijo:

—No sea tonto. Lo que menos puedo pensar en estos momentos es en la moral de ellos. Si están casados, uno no puede testimoniar en contra del otro. Pero si no lo están…

—No están casados.

—Bueno, entonces, cuénteme respecto a Dixie; cuénteme sobre cuando ella vino de regreso.

—Bueno, yo no he tenido noticias de Tomás, o de Dixie. Y hasta tengo miedo de recibirlas. ¡Un asesinato de un policía, señor Mason! Ya sabe usted lo que es eso. De pronto, Dixie entró en mi restaurante. Tuve que apoyarme en una mesa. Las piernas no me sostenían. Me echó una mirada significativa, indicándome que tenía que tratarla como si nunca la hubiera visto. Y luego me dice que quiere un empleo.

—¿Y qué hizo usted?

—Le di el empleo. Tenía que hacerlo. Tomás estaba sin dinero y enfermo. Y perseguido. Pero la policía no sabía nada sobre Dixie.

—¿Y Dixie Dayton no es su nombre verdadero?

—Dixie, sí es su nombre. El apellido, no. Claro que no.

—¿Y el número de su seguro social era falsificado?

—Sí.

—¿Y qué hay de ese abrigo de pieles?

—Estoy terriblemente apenado sobre eso. Me lo dejó a mí y yo lo envolví en un papel y lo guardé en un armario. No pensé en la polilla. Yo pensaba en mí. Ella estaba en una situación peligrosa, y yo tenía miedo. Guardé el abrigo donde nadie pudiera verlo. Pero Dixie volvió. Quería su abrigo. Lo saqué… Bueno, usted ya lo vio.

—¿Y qué dijo Dixie?

—No dijo nada. Se lo puso. Cuando creía que no la veía, lloraba desconsoladamente.

—¿Y por qué volvió aquí?

—Ya se lo he dicho a usted. Tomás está tuberculoso. Se encontraba en Seattle. En invierno, allí llueve y hace mucho frío. Tomás no podía resistirlo. Dixie dijo que tenían que regresar. Aquí, Tomás podía aún ir tirando, pero allí hubiera muerto, sin duda alguna. Dixie tiene ideas. Cuando se le ocurre una cosa, no hay manera de convencerla de que desista de ella. Mi médico le dijo que Seattle era muy malo en invierno, pero que la gente allí vive muchísimo tiempo. Pero Dixie cree que Tomás morirá si permanece allí otro invierno más. Quizá tuviese razón. Quizá no. Cree que está en lo cierto. Yo no sé.

»Dixie cree que todo está arreglado, ella puede venir, nadie la conoce. Tomás permanecerá oculto por ella… Pero estará bueno. Dixie es muy aguda, una mujer muy aguda… De lo mejor.

—Pero no era lo suficientemente aguda para no verse, envuelta en…

—Oh, seguro. Se refiere usted a Fayette. Él sabía sobre Dixie. Pero la policía no. Fayette debió estar vigilando mi restaurante…, pero la policía no… Fayette, sí.

—Exactamente, ¿quién es Fayette? —preguntó Mason.

—Fayette —dijo Morris— era el que manejaba los pagos. Yo no lo conozco en absoluto. Sólo conozco el nombre. Nada más. Dixie salió de la cocina para atender a los clientes. Y lo vio sentado allí a una mesa, él solo. Dixie casi cayó desmayada sobre él… Fayette la hubiera matado. Le había dicho a Tomás que si alguna vez regresaba, o que si recibía una citación para el Gran Jurado, todo se habría acabado para él y…

—Y entonces, ¿Dixie huyó?

Morris asintió y dijo:

—Seguro. Ella pensó que la torturaría para obligarla a decir donde estaba Tomás.

—Maldito si lo comprendo —dijo Mason—. Si había un banquero, tenía que haber cientos de ayudantes y…

—Sí, pero hubo el asesinato de un policía, señor Mason. Yo no puedo probar nada. Dixie no puede probar nada. Pero tanto ella como yo creemos que Fayette fue quien mató a ese policía. Si Tomás regresa aquí y consigue un buen abogado…, entonces, ¿qué demonios pasará?

—Muy bien —dijo Mason—, continúe y dígame lo que ocurrió.

—¿Lo que ocurrió? —exclamó Morris—. Ocurrió todo. Primero, es como si yo estuviera sentado muy tranquilo, y de pronto el techo me cae encima. Dixie dijo que nadie sabía que Tomás estaba de regreso. Nadie puede averiguar donde se encuentra. Y luego, súbitamente, vienen a por ella. Dixie echa a correr; casi resulta muerta. Los policías llegan. Los policías no saben que Tomás es medio hermano mío. Pero saben que ocurre algo extraño. No saben quién es Dixie. Pero se preparan para averiguarlo. Empiezo a ocultarme. Hay un bar donde tengo un amigo. Me protegerá. Dixie sabe de ese sitio. Me llama. Y yo le digo que permanezca oculta. Yo también estoy oculto. Es un infierno.

—Continúe —dijo Mason.

—Y luego, una mujer va a mi restaurante. Le dice a mi cajera, en la cual puedo confiar, que tiene que enviarme un mensaje. La cajera es aguda. Y le dice a la mujer que le dé el mensaje a ella. Entonces la mujer le dice que yo llame a cierto número y pregunte por Margarita.

—¿Y lo hizo usted?

—Seguro. Fui a un teléfono público y llamé a ese número. Dije: «¿Quién demonios es Margarita?».

—¿Y qué ocurrió?

—Creo que es una trampa. Quizá los policías están llegando a mi puerta. Me encuentro en una cabina telefónica pública y puedo largarme rápidamente.

—Prosiga.

—Esa muchacha, Margarita, quiere que hablemos. Le digo que se olvide de eso. No tengo tiempo para hablar. Rápido, ¿qué

hacemos?

»Ella dice: «No sea usted idiota. Está muy comprometido. Dixie está comprometida. Yo sé quién mató al policía».

»Yo pienso que es una trampa. Y le digo: «Sí. Usted es muy aguda. ¿Quién mató al policía?». Ella contesta: «George Fayette». Le pregunté qué es lo que sabe. ¿Qué tiene que ver con Fayette? Dice que Fayette la traicionó. Anda con otra mujer. Y ella no aceptará eso. Al diablo con Fayette. Me promete que si voy a encontrarme con ella en el Hotel Keymont me contará toda la historia. Me proporcionará todas las pruebas. ¿Qué demonios haría usted?

—¿Qué haría yo? —preguntó Mason—. Le hubiera telefoneado inmediatamente a mi abogado.

—No tan inmediatamente —dijo Alburg—. Ya he estado demasiado tiempo en el teléfono. Y no quiero que puedan descubrir desde dónde estoy hablando. Entonces le digo: «Muy bien. Usted continúe en ese sitio y la llamaré de nuevo a ese número». Entonces, ¿qué hago? Un poco antes, una camarera intentó hacerme víctima de un chantaje. Busqué un detective privado inteligente. Y el policía consiguió obtener toda la conversación de propuesta de chantaje de la camarera grabada en un disco. La camarera se vio, pues, descubierta y le fracasó el negocio. Entonces fui y me dije: «Actuaré de manera inteligente. Me buscaré un aparato de grabación de sonido. Y llamaré al señor Mason».

Mason arrugó el ceño:

—Supóngase que aquello hubiera sido una trampa de la policía.

—¡Y qué demonios! Tenía que correr el riesgo. Estaba comprometido. No podía ir a mi restaurante. Y el restaurante es mi medio de vida. Si no voy a él, pierdo mi negocio. Tengo que hacer algo. Y una cosa más, que usted no sabe. Esa Dixie le echa una mirada relámpago a un número y ya se le queda grabado en la memoria. Cuando Dixie trabaja para mí, no necesito guía telefónica. Le enseño un número una vez. Y ella lo recuerda. Esa muchacha es muy inteligente para los números. Para todo lo que sean números.

—Continúe —dijo Mason.

—Cuando ella corrió por la puerta trasera del restaurante huyendo de Fayette vio llegar el coche que la perseguía. Miró al coche. Vio el número de matrícula. Y vio también dentro a un hombre con un revólver. Corrió, y el individuo le disparó, pero

Dixie recordaba el número de matrícula.

—Prosiga —dijo Mason.

—Dixie me lo dijo. Y yo soy agudo y tengo relaciones. Pienso las cosas. Ese coche está registrado a nombre de Herbert Granton. Dixie recuerda que Granton es un nombre que Fayette usa algunas veces cuando quiere aparecer como hombre respetable. Muy bien, así tenemos un triunfo en la mano. Quizá un buen abogado pueda ayudarnos, si encuentra ese automóvil y hay en él un agujero de un balazo.

—Prosiga —dijo Mason.

—Entonces busqué a ese detective para que fuese primero al Hotel Keymont. Que tomase dos habitaciones adjuntas. E instaló los aparatos de grabación de sonido. Me dijo que estaría en un lugar desde donde pudiese oír. Todo estaba preparado. Esperé hasta medianoche, y entonces llamé por teléfono a la muchacha y le dije: «Muy bien, Margarita. Venga usted al "Keymont". Habitación 721».

—¿Y la muchacha ya le había hablado a usted antes del Hotel Keymont?

—Así fue.

—¿Y no tuvo usted sospechas respecto a acudir allí?

—Seguro. Yo tenía sospechas; pero, ¿qué iba a hacer? Le dije: «No quiero ir al "Keymont". Dígame otro sitio». Ella contestó: «No, yo estoy comprometida. Fayette me matará. Si sospecha que voy a traicionarlo, nos matará. Estoy en el "Keymont" y no me atrevo a salir. Tomé usted una habitación en el "Keymont". Y luego usted me dice qué habitación es. Iré a verlo a usted y le daré las pruebas». Así pues, tomé aquella habitación 815. La tomé para Dixie. La inscribí con el nombre de señora Madison Kerby, y pagué la cuenta.

—Ahora empiezo a comprenderlo todo —dijo Mason—. Pero, ¿por qué…? Bueno, no se preocupe. Dígame lo que ocurrió.

—Después le llamé a usted. Me puse en comunicación con usted. Tenía la habitación con la instalación de grabación de sonido. Me cité con la muchacha. Fuimos a la habitación.

—¿Tenía usted un revólver? —preguntó Mason.

—Seguro que tenía un revólver. ¡Qué diablos!

—Muy bien, prosiga.

—Yo quería que estuviese usted allí todo el tiempo. Si se trataba de una trampa de la policía, usted es un abogado inteligente para

enfrentarse a ellos. Si era un testimonio y esa mujer poseía pruebas, usted podía interrogarla y eslabonar las cosas.

—¿Y qué ocurrió? —preguntó Mason.

—Estaba preocupado. Preocupado todo el tiempo. Cuanto más viejo me hago, más me preocupo. Pienso en esto. Y pienso en aquello. Siempre preocupado. Demasiados problemas con los empleados. El costo de sostener el negocio es demasiado elevado. Preocupación, preocupación, preocupación. Siempre preocupación.

—Continúe.

—Así pues, yo estaba preocupado porque usted recibiese mi llamada y no fuese a quedarse dormido otra vez. Esto hubiera sido malo. Después que nos encontramos en el «Keymont», yo le dije a Dixie que le llamara a usted. Y le ordené que se asegurase de que usted no iba a dormirse otra vez.

—¿Le dio usted a Dixie mi número?

—Seguro. Dixie tiene su número. Ella estaba conmigo. Ya le dije a usted que recuerda los números, aunque sólo los vea como un relámpago.

—Continúe.

—Así pues, Dixie se puso al teléfono. Llamó al empleado nocturno. Y ya estaba a punto de comunicarle el número de usted cuando se abrió la puerta. Dos hombres y una mujer entraron, e inmediatamente comprendí que estaba perdido. Eché mano a mi revólver. Dixie actuó con agudeza y dijo por el teléfono: «Llame a la policía». Es decir, se lo dijo al empleado nocturno del hotel.

—¿Y qué ocurrió? —preguntó Mason.

—Uno de los hombres sujetó a Dixie. Le puso una mano sobre la boca.

—¿Y qué pasó con su revólver?

—Mi revólver… —dijo Alburg, y rió sarcástico—. Mi revólver estaba sobre la cama. Y los dos hombres tenían revólveres en sus manos. Un revólver sobre la cama no sirve de nada contra dos revólveres apuntándole a uno.

—¿Y por qué no le dio usted al detective que estaba escuchando en la otra habitación alguna señal de alarma?

—Porque los intrusos eran muy agudos. Sabían que la habitación tenía una instalación de registro de sonido. Y cada vez que yo intentaba decir algo uno de los hombres se ponía un dedo sobre los

labios y me apretaba el revólver contra el vientre. Entonces procuré actuar con agudeza y decir algo, pero me golpearon con una matraca en un lado de la cabeza. Sentí mareos y dolores en el estómago. Mis piernas se aflojaron y ya no podía moverme. Esa es la historia.

—Esa no es la historia —dijo Mason—. Continúe. Dígame lo que ocurrió.

—¿Qué demonios ocurrió? Pues que tomamos un ascensor de carga. Nos bajaron en él. Y en la calleja inmediata había un auto. Me mandaron ponerme en el asiento de atrás, y después tenderme en el suelo. Me pusieron los pies encima. Fue de esa manera que mataron al policía. Lo metieron en un coche y luego lo sujetaron poniéndole los pies encima y en seguida le volaron los sesos.

—Prosiga usted —dijo Mason.

—Fuimos a un apartamento en un hotel. Utilizamos para subir un ascensor de la parte trasera, pero yo soy agudo y dije que tenía que ir al cuarto de baño. En el cuarto de baño había una toalla. Y el nombre del hotel estaba inscrito en ella.

—¿Lo recuerda usted?

—Claro que lo recuerdo. Es el Hotel Bonsal. *B-o-n-s-a-l*. Estábamos en el apartamento 609-B.

—Y después, ¿qué?

—Después, tras algún tiempo, regresé. Iban a llevarme para darme el paseo. Salimos a una carretera de segundo orden, fuera de la ciudad. Y yo siempre tendido en el suelo. Un hombre sacó un revólver y lo colocó contra mi cabeza. Ya me disponía a morir, cuando el que conducía gritó: «Cuidado», y al mismo tiempo echó los frenos.

—¿Qué había ocurrido?

—No sé lo que había ocurrido. Sólo sé lo que ocurrió después. Yo seguía en el suelo. El hombre que apoyaba el cañón del revólver contra mi cabeza fue lanzado de cabeza, por la fuerza del frenazo, contra el respaldo del asiento delantero. Yo me apoderé del revólver. El coche paró. Abrí la puerta con toda rapidez, con la rapidez del rayo. Les apunté con el revólver y dije: «Manos arriba, mocitos», y retrocediendo me interné en la maleza cercana rápido como un venado.

—¿Había mucho matorral allí?

—Habíamos parado en una colina de un bosque. Había allí mucho matorral y el coche estaba al borde mismo del camino. Salté de él como un venado, se lo aseguro, y ¡cómo corría…!

—¿Y después?

—Después caminé, caminé y caminé. Conseguí tomar un autobús. Al llegar a la ciudad esperé un poco para asegurarme de si estaría usted en su oficina. Quería llamarle a usted por teléfono, pero yo no soy como Dixie. No recuerdo el número que usted me dio para llamarle. Entonces me senté en un restaurante barato. Esperé. Luego tomé un taxi. Fui a su oficina y al llegar a la puerta del edificio me capturaron.

Mason analizó la situación y después preguntó:

—¿Lo contó todo a la policía?

—Claro que se lo conté todo. Los llevé al propio lugar donde salté del auto. Les mostré las huellas de mis pisadas.

—¿Y vieron esas huellas?

—Seguro que las vieron. Vieron donde yo salté y corrí por la colina abajo como un venado, dando saltos de cuarenta pies de largo. Se rieron. Me dijeron que yo podía dejar huellas en cualquier parte.

—Y después, ¿qué?

—Después fuimos al «Hotel de Apartamentos Bonsal».

—¿Y qué ocurrió?

—No lo sé. La policía subió el apartamento 609-B. Pero sobre eso nada me dijeron. Creo que hay algo que no marcha. Actúan como si me tuvieran ya enganchado.

—¿Y usted le contó esa historia a la policía, lo mismo que me la ha estado contando a mí ahora?

—Exactamente igual. Esa es mi historia.

—¿La policía recogió en taquigrafía lo que usted le dijo?

—Sí.

—Pues entonces no es su historia solamente, sino que está usted mismo enredado en ella como en una red.

Capítulo 15

Mason estaba pasando el control para abandonar la cárcel cuando el hombre que se encontraba ante la mesa dijo:

—Hay una llamada telefónica para usted, señor Mason. ¿Quiere usted contestarla?

—Probablemente no —dijo Mason.

—Es de alguien que está aquí mismo en la cárcel.

—Ustedes tienen aquí a más de dos mil personas. Y supongo que mil quinientas de ellas quieren hablar conmigo con la esperanza de que yo encontraré algún medio de sacarlos libres. ¿Puede usted averiguar el nombre del que llama?

—Es una mujer —dijo el otro—. Está en la sección de mujeres. Dice que se llama Dayton.

Mason frunció el ceño por un momento y luego dijo:

—Deme usted ese teléfono.

—Hola —dijo Mason al teléfono—. ¿Quién es?

—Soy Dixie Dayton.

—¿Cuál de ellas?

—¿Qué quiere usted decir?

—Yo ya he hablado una vez con una mujer joven que dijo que era Dixie Dayton, la cual…

—Oh, señor Mason. Eso fue una trampa que le tendieron a usted, después de haberme secuestrado. Yo le vi a usted en el restaurante de Morris, y usted también me vio a mí…, aunque quizá no se fijó. Pero me reconocerá cuando me vea. Usted y la señorita Street pasaron a mi lado cuando traté de huir y fui atropellada por…

—¿En dónde está ahora?

—En la Prevención para mujeres.

—¿Cuánto tiempo lleva usted ahí?

—Desde las nueve de esta mañana, aproximadamente.
—¿Y qué quiere usted?
—Quiero hablar con usted sobre… Sobre lo que ha ocurrido.
—¿Y por qué no me llamó más temprano?
—Porque no me lo permitieron. Me estuvieron llevando de un sitio a otro y me pusieron en una rueda de detenidos para que alguien me identificase.
—Ya voy para ahí —dijo Mason.
Colgó el auricular, dio las gracias al hombre que estaba a la mesa, tomó el ascensor, caminó después hasta la Prevención de mujeres y allí dijo:
—Ya me conoce usted. Soy abogado. Quiero hablar con Dixie Dayton. ¿Necesito un pase?
—Todo está resuelto para usted, señor Mason. Yo sabía que Dixie quería verle, y cuando me enteré de que estaba usted en el edificio hice que me enviasen un pase. Ya está aquí. Puede usted pasar.
—Caramba, qué cooperadores son ustedes —dijo Perry Mason.
—Siempre tratamos de serlo.
Mason iba a decir algo, pero cambió de idea y se dirigió hacia donde estaba una mujer que había permanecido esperando impaciente y que se adelantó ansiosa.
—¡Oh, señor Mason! Estoy tan contenta de verle a usted…, tan contenta…
Mason la interrumpió diciendo:
—Le llevó a usted mucho tiempo en ponerse en contacto conmigo.
—Lo hice tan pronto como me lo permitieron.
—No me refiero a después que usted fue detenida. ¿Qué estuvieron haciendo todos ustedes la noche pasada?
—¡Oh, señor Mason! Fue terrible. Morris y yo fuimos secuestrados, a punta de revólver, en el Hotel Keymont.
—¿Quién lo hizo?
—No sé quiénes fueron, pero George Fayette estaba detrás de todo eso.
—Y Fayette está muerto —dijo Mason—, así es que él no puede negarlo.
—¿No me cree usted a mí? —preguntó Dixie, súbitamente

molesta por lo que Mason había dicho.

—Nunca dejo de creer a un cliente. Pero siempre que escucho una historia de un cliente, estoy constantemente preguntándome cómo reaccionará un Jurado ante esa misma historia… Acabo ahora mismo de hablar con Morris Alburg. Y no hay nadie capaz de creer su historia.

—¿Qué hay de malo en ella?

—Todo.

—Bueno, entonces tampoco creerá la mía. Su propio testigo de usted, me identificó.

—¿Qué testigo? —preguntó Mason agudamente.

—La señorita que trabaja para la «Agencia de Detectives Drake». La que utilizó para seguir a la mujer que estaba en la habitación del hotel con usted.

—¿Y ella la identificó a usted?

—Así fue.

—Ahora, escuche esto —dijo Mason porque es importante. ¿Fue traída ella a su celda para hacer la identificación, o la señaló a usted en una rueda de presos o…?

—Me señaló en una rueda de presos.

Mason frunció el ceño, y dijo:

—He hablado con Morris Alburg. Me ha explicado todo lo ocurrido. Dígame lo que ocurrió después que usted y Morris fueron separados.

—Fui llevada a un apartamento en…

—Ya sé: los «Apartamentos Bonsal».

—Bueno, eso es lo que yo *creí* que era. Ese era el nombre que había en las toallas, pero no creo que fuesen los «Apartamentos Bonsal».

—¿Por qué?

—Porque… Bueno, cuando fui llevada a los «Apartamentos Bonsal» por la policía… No era lo mismo.

—Y entonces, ¿qué? —preguntó Mason.

—Me trataron bastante bien. Me dieron café, jamón y huevos, y me permitieron andar por el apartamento libremente, excepto que las cortinas de las ventanas estaban completamente corridas y que me fue ordenado no tocarlas si no quería pasarlo mal.

—Ya sé —dijo Mason—, después se le presentó una oportunidad

para entrar en el cuarto de baño y encontró allí toallas. Estas tenían el nombre de «Hotel de Apartamentos Bonsal» inscrito en ellas. Usted tomó una para utilizarla como prueba.

—No, no tomé ninguna. Tenía miedo de que las contasen y descubriesen que faltaba una, pero recuerdo el nombre.

—Siga —dijo Mason—. Y después, ¿qué?

—Después, a eso del amanecer, me llevaron por la entrada posterior y me bajaron en el ascensor de carga hasta una calleja. Me obligaron a subir a un coche y a tenderme en el piso y…

—Ya sé —dijo Mason—, después se le presentó una oportunidad para escapar. Iban a llevar a usted a darle el paseo y matarla, pero se descuidaron…

Dixie empezó a mover la cabeza negativamente.

—¿No? —preguntó Mason.

—No.

—Bueno, supongamos que usted me cuenta lo que ocurrió.

—Me llevaron en el coche al aeropuerto. Me dijeron que lo sentían, que habían cometido una terrible equivocación en mi caso, que habían descubierto que todo estaba en regla conmigo y que lo mejor que yo podía hacer era abandonar la ciudad, sin embargo, porque la policía me andaba buscando.

—¿Y quién hizo todo eso? —preguntó Mason.

—Dos personas a quienes yo nunca había visto.

—¿Hombres?

—Sí.

—¿Trataron de molestarla a usted en alguna forma?

—No. Se portaron como perfectos caballeros.

—¿Y usted estuvo como prisionera en el apartamento?

—Así fue.

—¿Y después la sacaron a usted y le dijeron que había un error?

—Bueno, algo semejante a eso. Dijeron que todo estaba en regla conmigo y que iban a dejarme marchar y…

—¿Y el resto de todo eso? —preguntó Mason.

—Me dieron un billete para Ciudad de Méjico, me dijeron que había un avión que salía dentro de quince minutos y que mejor sería que me marchase en él.

—¿Y qué hizo usted?

—Todo eso me parecía una excelente idea. Yo quería alejarme

tanto como pudiese, y Ciudad de Méjico me pareció un excelente sitio para irme.

—¿Le dijeron ellos algo respecto a Morris, o les preguntó usted algo sobre él?

—Me dijeron que habían dejado a Morris marcharse también, y que éste se reuniría conmigo en Ciudad de Méjico. Me ordenaron que allí fuese a determinado hotel y que Morris estaría allí cuando yo llegase, o bien que el llegaría en el próximo avión, o que incluso, posiblemente, tomaría el mismo avión que yo.

—¿Les pidió usted algunas explicaciones?

—Señor Mason —dijo ella—, yo acababa de estar prisionera. Creía que ya nunca volvería a verme libre y viva. El avión iba a salir dentro de quince minutos. Tenía una oportunidad de alejarme de esas gentes. Temía que cambiasen de idea. Cinco minutos antes, ya me hubiera considerado satisfecha de estar viva, aunque sólo fuera por unas horas… ¿Qué hubiera hecho usted en mi caso?

—Hubiera ido a la terminal y hubiera subido al avión para Ciudad de Méjico.

—Eso fue exactamente lo que traté de hacer.

—¿Y qué fue lo que se lo impidió?

—Un policía de paisano.

—¿Dónde estaba?

—Esperando en la puerta de salida para el avión.

—¿Y qué hizo?

—Me llevó detenida. Me condujo a la cárcel. Y allí me preguntaron infinidad de cosas.

—¿Y qué les dijo usted?

—No mucho. Estaba tratando de proteger…, bien, ya sabe usted a quién —dijo Dixie titubeante.

Mason empezó a decir algo.

—No diga nombres, por favor —dijo Dixie.

—¿Es alguien a quien usted quiere?

—Sí.

—Muy bien —dijo Mason—. ¿Qué le dijo usted a la policía?

—Les conté lo que había ocurrido.

—¿Y todo lo del Hotel Bonsal?

—Sí.

—¿Y la llevaron allí?

—Sí.

—¿Sabe usted el número del apartamento donde usted estuvo?

—No sé el número, pero podría señalar el sitio. Sé que salimos en el piso catorce y fuimos al primer apartamento a la derecha.

—Continúe. ¿Qué ocurrió?

—El ascensor no parecía ser exactamente el mismo y… el primer apartamento a la derecha estaba ocupado por un viejo matrimonio que llevaba viviendo allí diez años. Parecían personas enteramente de confiar y juraron que no habían salido en toda la noche, que habían estado viendo la televisión y se habían acostado a las diez.

—¿La policía le preguntó sobre ese revólver?

—¿Sobre cuál revólver?

—Sobre el de Seattle.

Dixie puso apresuradamente un dedo sobre los labios con los ojos llenos de pánico y dijo:

—¿Un revólver en Seattle? Realmente, señor Mason, no sé de lo que habla usted. No tengo la más ligera idea.

—¿De qué está usted acusada? —preguntó Mason.

—Creo que es…, bueno, no estoy exactamente acusada todavía. Pero creo que estoy detenida por sospechas por la muerte de George Fayette, como cómplice o algo así. Creen que Morris y yo lo matamos.

—¿Le dijeron algo sobre las pruebas que tienen contra usted, trataron de echar abajo su historia, le dijeron que usted había sido vista aquí, allí o en algún otro lugar?

Ella negó con la cabeza y dijo:

—Nada de eso.

—¿Y le preguntaron a usted sobre qué…?

Una vez más, Dixie se puso el dedo sobre los labios. Parecía aprensiva respecto a las paredes de la habitación y dijo:

—Señor Mason, por favor.

—Muy bien —dijo Mason.

—Señor Mason, ¿va usted a defenderme?

—Probablemente.

—¿Y cree usted que todo saldrá bien?

—Eso —le contestó Mason—, dependerá de que el Jurado crea o no su historia.

—Bueno —preguntó ella—. ¿Y no me creerá el Jurado?

—Diablos, no —contestó Mason—. No le creerá esa historia.

Capítulo 16

Mason, paseando de un extremo a otro de su oficina, dijo:

—Todo esto es una pesadilla para un abogado.

Della Street asintió con simpatía.

—Ponlos en el estrado ante el Tribunal y déjalos que cuenten sus historias —dijo Mason— y entonces mis clientes irán de allí a la celda de los condenados a muerte, y yo seré el hazmerreír de la ciudad.

—Bien —dijo desafiadora Della—. ¿Cómo sabes que su historia no es verdad?

—No sé. Puede que sea verdad. El problema es que no suena como verdad. Suena exactamente como una historia cocinada por un abogado. Es una de esas historías que dan razón de todo, pero cuyo contenido, sin embargo, es improbable.

Paul Drake dijo:

—Y supongamos que tú no los dejas que cuenten esa historia, Perry…

—Diablos —dijo Mason disgustado—, ya la han contado. Dos periódicos están llenos con ella.

—Lo sé. Pero me refiero a que no la cuenten en el estrado de los testigos.

—El público sabe en términos generales cuál es la historia. Si yo mantengo a mis clientes fuera del estrado de los testigos y declaro que le corresponde al acusador el probar la acusación más allá de toda duda razonable, ya sabes lo que la gente pensará. Pensará que la historia de los acusados es tan terrible que su propio defensor ha tenido miedo de llevarlos al estrado para ser interrogados.

—Entonces, ¿qué vas a hacer? —preguntó Drake.

—Maldito si yo mismo lo sé —dijo Mason—. Quizá la historia podría ser la verdad. Quizá un habilísimo asesino lo planeó

cuidadosamente todo, de forma que estos individuos fuesen detenidos por la policía y que tuviesen que contar una historia que sonase exactamente como fabricada por un abogado mediocre y lo suficientemente malo para dejarlos indefensos ante un Jurado, bajo la acusación de asesinato en primer grado.

—¿Y no podrías convencer a un Jurado de que eso fue realmente lo que ocurrió? —preguntó Della.

—No lo sé —dijo Mason—. Dudo que yo sea suficientemente bueno para eso.

Se volvió hacia Drake y dijo:

—Paul, tenemos sólo una posibilidad, una pequeñísima posibilidad, y ésa radica en encontrar a la muchacha que estuvo en la habitación conmigo, la muchacha que afirmaba ser Dixie Dayton.

—Bueno —dijo Drake—, ¿y dónde empiezo a buscarla?

—Empieza por averiguar toda la vida pasada de George Fayette. Averigua todo sobre él. Busca a cada mujer que haya estado conectada con él… Y luego, no encontrarás nada.

—¿Y por qué no? —preguntó Della—. Todo eso suena muy lógico.

—Si la historia que nos están contando es verdad —dijo Mason —, los individuos que están al fondo de ella tienen que ser demasiado inteligentes para haber utilizado a una muchacha que hubiese estado en forma alguna ligada a Fayette. La que utilizaron tiene que ser absolutamente extraña. Alguien en la que nadie pueda pensar. Probablemente alguien de otra ciudad.

—¿Y qué hacemos si la encontramos? —preguntó Drake—. Tú subes al estrado de los testigos y juras que tuviste una conversación con ella, ella jura que no es cierto, y luego Minerva declara que tú estás equivocado.

—No quiero actuar como testigo, Paul.

—¿Y por qué no?

—Porque me coloco en la posición de ser a la vez abogado defensor y testigo, lo cual no es ético.

—¿Y por qué no es ético?

—Porque a la «Asociación Americana de Abogados de Tribunales» le parece así.

—No te importe lo que le parezca —dijo Drake—. Los pareceres no hacen mal.

—No les agrada.

—¿Es acaso ilegal?

—No.

—Creo que nosotros estamos haciéndole a Minerva una injusticia —dijo Drake—. Probablemente procedió bien. No fue más que una equivocación ordinaria que cometió y…

—Habló demasiado de prisa —dijo Mason—. Tú ya has visto lo que ocurrió. Le mostraron la fotografía, e inmediatamente se lanzó a juzgar que creía que ésa era la muchacha. Luego le dijeron que estudiase la fotografía, y se puso a mirarla y mirarla. Así es que cuando vio a Dixie Dayton en la ronda de presos ya se había hecho tan familiar con su rostro a fuerza de verlo en la fotografía, que también la muchacha le pareció familiar y se adelantó a identificarla.

—Cosas de ésas ocurren muchas veces —dijo Drake—. Ya sabemos que eso fastidia a la policía. Con ello reciben multitud de identificaciones falsas que nunca llegan a oídos del público. Hay personas que estudian tanto una fotografía de un sospechoso que sus facciones se les hacen familiares.

»Hace un par de semanas la policía tuvo un caso en que tres personas, a fuerza de examinar la fotografía de un sospechoso, lo señalaron en una ronda de presos, e hicieron su identificación positiva. Luego resultó que el individuo estaba preso en San Francisco cuando se cometió el crimen. He ahí uno de esos casos de identificación por fotografía.

Mason asintió y empezó a decir algo, pero se calló cuando comenzó a sonar el teléfono.

Della descolgó el receptor, se volvió hacia Drake y dijo:

—Es para ti, Paul.

Drake tomó el receptor y dijo:

—Hola… Sí, él habla… ¿Qué es…? Oh, espere usted un momento. No se haga falsas ideas… ¿Es eso definitivo? ¿Está absolutamente cierta…? Usted lo ha interpretado mal… Espere un momento. ¿Quién es…? ¿Qué…? No, nada tengo que decir sino que la muchacha está equivocada. Tenemos pruebas positivas de ello… No. Pruebas absolutamente positivas… No voy a revelar cuáles son. Puede usted llamar al señor Mason si quiere detalles.

Drake colgó de un golpe el teléfono, se volvió a Mason y dijo:

—Ese maldito y traidor fiscal del Distrito.

—¿Qué ha hecho? —preguntó Mason.

—Espera a oír lo que ha hecho —dijo Drake indignado.

—Ya escucho.

—Ha llevado a Minerva a su oficina. Era ella la que hablaba por teléfono. Llamaba desde la oficina del fiscal del Distrito.

—Muy bien. ¿Y qué?

—Ella me dijo en un estilo como si estuviera leyendo una declaración preparada, y que ha sido cuidadosamente escrita, teniéndola enfrente de sus ojos sobre la mesa, que renuncia a su empleo conmigo porque cree que se la ha presionado indebidamente para hacerle decir una falsedad en relación con la identificación de Dixie Dayton.

—Una bella farsante —dijo Mason.

—Espera un momento. Todavía no has oído la mitad —dijo Drake—. Empecé a discutir con ella, pero me contestó: «Esto es definitivo, señor Drake. Mi dimisión tiene efecto inmediatamente, y he aceptado un puesto en una de las oficinas del Condado, con un sueldo mayor. Y aquí hay alguien que quiere hablar con usted».

»Y el individuo se puso al teléfono… Era un reportero de Prensa. Quería que hiciese comentarios. Ya oíste lo que le dije.

—Yo también oí lo que dijiste —observó Della.

—Pero debieras haber oído lo que estaba pensando —añadió Drake, y luego terminó, apresuradamente—: No, mejor es que no lo oyeses.

Mason dijo:

—Bueno, sólo hay una cosa que podemos hacer ahora. Tendré que atenerme a los preliminares y utilizar todos los trucos de las repreguntas a los testigos para ver si encuentro un punto débil en el caso del acusador. Es un fastidio que el caso de los acusados carezca de una base sólida.

Capítulo 17

Hamilton Burger, el fiscal del Distrito, corpulento y con ancho pecho, que se las arreglaba para adornarse con un aire de untuosa dignidad, para estar en armonía con su concepto del cargo que ocupaba, se levantó tan pronto como el caso fue llamado a juicio y dijo al juez:

—Deseo hacer unas observaciones preliminares, señor presidente.

—Muy bien —contestó el juez Lennox.

—Deseo oponerme a Perry Mason como abogado de la defensa en este caso. Creo que el Tribunal debe descalificarlo de que se presente como tal defensor.

—¿Por qué causas?

—El señor Mason es testigo para la acusación. Fue citado por la acusación pública como testigo. Espero llamarlo e interrogarlo como testigo.

—¿Que el señor Mason es testigo de la acusación? —preguntó incrédulo el juez Lennox.

—Sí, señor presidente.

—Nunca se ha oído cosa igual de un abogado para la defensa…

—Sin embargo, señor presidente, he examinado cuidadosamente los aspectos legales de esto —dijo Hamilton Burger—, y el señor Mason está capacitado completamente para ser testigo. Es el principal testigo en quien yo he de apoyarme para probar un importante eslabón en la cadena de la prueba testifical. Espero llamarlo como testigo mío. Está bajo citación, y es, por lo tanto, un testigo necesario para este caso. Puedo asegurarle al Tribunal y al defensor, que lo considero un testigo de la mayor importancia.

—¿Ha sido citado usted como testigo, señor Mason? —preguntó el juez Lennox.

—Sí, señor presidente. Me enviaron una citación.

—¿Y aparece usted como defensor de ambos acusados?

—Así es.

—Señor presidente —dijo Burger—, estoy procediendo a acusar también a los dos, a Morris Alburg y Dixie Dayton, con los cargos de asesinato en primer grado, y espero poder probar que ellos no sólo conspiraron para causarle la muerte a George Fayette, sino que cometieron un acto abierto en la realización de esa conspiración, y por lo tanto, en realidad mataron a George Fayette.

»No siento pena alguna particular por el muerto. Su historial, como los acusados probablemente intentarán demostrar, no era el de un ciudadano estimable, sino que, por el contrario, está intercalado con tropiezos frecuentes con la ley. Hay también intervalos durante los cuales no podemos saber dónde ha estado ni lo que hacía. Es muy posible que los acusados pensaron que Fayette podía estar preparándose para chantajearlos en relación con otro crimen, el cual, claro está, señor presidente, está por entero separado del presente caso, excepto que se presentará como prueba para demostrar una motivación.

—Usted, señor fiscal del Distrito, está al corriente del hecho de que no puede aportarse prueba de otro crimen para surtir efectos en éste. Los acusados son llamados a responder de una acusación y…

—Y esa regla, señor presidente —interrumpió firme y positivo Burger— está sujeta a la bien conocida excepción de que cuando la prueba de motivo tiene relación con otro crimen, esa prueba es perfectamente admisible.

El juez Lennox dijo:

—Yo siempre he sostenido esa regla estrictamente en este Tribunal. Creo que hay una tendencia a veces a abandonar esta regla demasiado. Con frecuencia excesiva, bajo el disfraz de probar los motivos, o algo similar, de crímenes, se hacen intentos de perjudicar a los acusados.

—Lo comprendo, señor presidente, pero cuando usted oiga las pruebas en este caso, creo que comprobará que cae perfectamente dentro de la excepción, y que la acusación está ampliamente justificada al presentar la prueba de otro crimen, que fue el asesinato de un policía, el cual…

—¿Otro asesinato? —interpuso el juez Lennox.

—Sí, señor presidente.

—¿Por ambos acusados?

—No, señor presidente. Por la acusada Dayton. Es decir, ella estaba complicada en el asesinato de un joven oficial de policía, y fue a causa de un intento de ocultar su relación con ese crimen, que tuvo lugar este nuevo asesinato… Puede muy bien ser que el muerto, George Fayette, estuviese chantajeándola en relación con ese otro crimen.

—Bien —dijo el juez—, esto presenta una situación interesante. Y ahora discutamos cada cosa a su tiempo. ¿Usted se opone a que Perry Mason actúe como abogado de los acusados?

—Sí, señor presidente.

—¿Qué tiene usted que decir referente a esto, señor Mason?

—Yo digo que esto no es cosa de la incumbencia del acusador — dijo Mason cortante.

El juez Lennox asintió.

—Sin que esto signifique desconsideración para el Tribunal — añadió Mason—, realizaré mi propia misión, y el fiscal del Distrito puede desempeñar la suya.

—Eso no es ético —dijo Burger.

—Usted vigile su propia ética y yo cuidaré de la mía —descargó Mason.

—Vamos, vamos, caballeros —dijo el juez Lennox—. No mezclemos las personalizaciones en este caso. Señor fiscal del Distrito: ¿cree usted que el señor Mason está descalificado?

—Creo que debiera descalificarse por sí mismo.

—¿Y no hay estatuto específico contra eso?

—Es una cuestión de buen gusto y buena ética.

—Nosotros discutiremos sobre ética en tiempo oportuno y en el lugar adecuado —replicó Mason—. En cuanto a lo que concierne al buen gusto, ahora tengo una cuestión propia para presentar. Someto a la consideración del señor presidente, que cuando un fiscal del Distrito influencia a una mujer joven, que es una de mis testigos, para que dimita el cargo que desempeña, lance una acusación contra su patrono diciendo que está tratando de lograr que ella cometa perjurio, y arregla las cosas para tener presentes a los representantes de la Prensa, mientras ella lanza esa acusación contra su patrono en una conversación telefónica…, que soborna a

esa joven para que dé dicho paso, arreglando la situación en forma que le ofrezcan un empleo con mucho mayor salario en las oficinas del Condado…

—Me opongo al uso de la palabra «soborno» —dijo Burger.

—Perdóneme —replicó Mason con metódico sarcasmo—. Quizá yo debí de haber dicho sólo que usted la influenció para que realizase eso.

—No hice semejante cosa —alegó Burger—. Todo todo cuanto ella hizo, lo hizo de su propia y libre voluntad y decisión.

—Usted había preparado para ella el empleo en la oficina del Condado antes de que tomase el teléfono y presentase la dimisión del empleo que tenía antes —replicó Mason.

Burger contestó:

—Tonterías.

—Niéguelo usted —le dijo Mason desafiante.

—No tengo por qué hacerlo.

—Es que no se atreve a hacerlo.

El juez golpeó con el mazo sobre la mesa y dijo:

—Vamos, caballeros. Yo no sé de lo que se trata en todo esto. No he leído los periódicos en relación con este caso. Pero obviamente, hay un sentimiento de acrimonia entre el acusador y el defensor. Y quiero que ustedes se dominen. Quiero que uno y otro se limiten al juicio del caso. Usted empieza, señor fiscal del Distrito, y haga comparecer a su primer testigo, y el Tribunal dictará reglas sobre los casos que vayan presentándose.

—Específicamente, me opongo a que el señor Mason actúe como abogado en este caso.

—¿Existe quizá alguna ley que me descalifique? —preguntó Perry Mason.

—Como ya indiqué previamente al Tribunal, esto es una cuestión de ética.

Mason dijo, dirigiéndose al juez:

—Si el fiscal del Distrito quiere presentarse a sí mismo como un árbitro del buen gusto y la buena ética, yo alego que el utilizar una oferta de empleo en el Condado a una joven para que abandone su empleo anterior y haga una acusación pública…

—No vamos a meternos en todo eso, señor Mason —dijo el juez —, y por lo que a este Tribunal concierne, señor fiscal del Distrito,

el señor Mason no está en verdad descalificado. Si usted lo ha hecho citar como testigo y si es llamado a declarar, tendrá que presentarse, y al comparecer estará sujeto a las mismas reglas de interrogatorio como cualquier otro testigo. Y ahora prosiga usted con su caso.

—Muy bien, señor presidente —dijo Burger—. Mi primer testigo será el médico forense.

Con suave y caleidoscópica secuencia de rutina con los testigos, Burger preparó las bases de la acusación de asesinato: el descubrimiento del cadáver de Fayette, la clase de la herida de bala, la recuperación de la bala, las características microscópicas de aquélla para la identificación subsiguientes del arma de fuego.

—Ahora llamaré a Carlyle E. Mott.

Mott compareció en el estrado de los testigos y el fiscal del Distrito lo declaró un técnico en armas de fuego y en pruebas de balística.

—Señor Mott: llamo la atención de usted sobre la bala, prueba de la acusación pública, que ha sido identificada como la bala fatal que produjo la muerte de George Fayette. Le pregunto si examinó usted esa bala.

—La examiné.

—¿Con un microscopio?

—Sí señor.

—¿Hizo usted fotografías de esa bala?

—Sí, señor.

—¿Fue usted capaz de determinar el tipo de arma con la cual fue disparada esa bala?

—Así lo hice.

—¿Y qué arma fue?

—El arma que tengo aquí en mi mano. Un revólver «Smith y Wesson», del modelo especial para la policía, calibre 38, con un cañón de tres pulgadas.

—Pido que esta arma sea presentada como prueba de la acusación —dijo Burger.

—No hay objeción a eso —intervino Mason.

—Puede usted repreguntar al testigo —manifestó Burger.

—Nada tengo que preguntarle —dijo Mason.

Burger, tomado completamente de sorpresa, saltó:

—¿Quiere usted decir que no va a preguntarle sobre…?

Se detuvo bruscamente, conteniéndose a sí mismo cuando se dio cuenta de lo que estaba diciendo.

—Llame al siguiente testigo —ordenó el juez.

Burger, evidentemente contrariado, llamó al siguiente testigo, que era el agente que había detenido a Morris Alburg cuando éste se dirigía desde un taxi a la entrada del edificio de la oficina de Mason.

El agente declaró haber hecho la detención y haber encontrado en poder de Morris Alburg el revólver con el cual había sido disparada la bala que mató a Fayette.

—Puede usted preguntar —dijo Burger a Mason.

—¿Y cómo sabe usted que éste es el mismo revólver? —preguntó Mason al agente.

—Porque tomé el número del arma, señor.

—¿Y tomó nota de ese número por escrito?

—Ciertamente.

—¿Dónde?

—En mi libreta de notas, una libreta que llevo siempre conmigo.

—¿Y sabe usted qué número es?

—Ciertamente.

—¿Puede usted decirnos ese número?

—Sí, señor. Es el S64805.

—¿Y lo ha recordado usted siempre?

—Sí, señor.

—Entonces, no necesitaba usted escribirlo, ¿no es así?

—Lo escribí con objeto de estar seguro.

—¿Y es éste el mismo número que usted escribió?

—Sí, señor.

—Puede que usted sepa que es el mismo número que figura en el arma; pero, ¿cómo sabe usted que es el mismo número que escribió en su libreta?

—Porque yo miré en ella precisamente cuando vine al Tribunal, para estar seguro.

—Oh, entonces no estaba usted seguro.

—Bueno, es que me estaba previniendo contra la posibilidad de un error.

—¿Y usted detuvo a Morris Alburg en la mañana del tres?

—Sí, señor. A eso de las nueve.

—¿Y le sacó el revólver a esa hora?

—Sí, señor.

—¿Cuándo escribió usted el número en su libreta de notas?

—Ya se lo he dicho a usted. Ese es el número del revólver. Lo escribí para que no hubiese error.

—¿Lo escribió cuando detuvo a Morris Alburg?

—Aproximadamente, sí.

—¿Qué quiere decir con aproximadamente?

—Pues que fue casi al mismo tiempo.

—¿Pasados cinco segundos del momento en que hizo la detención?

—Ciertamente, no.

—¿Cuántos segundos?

—No puedo responder a eso. No llevo cuenta del tiempo en esa forma. Ese es el número del revólver que le quité al acusado Morris Alburg.

—¿Y qué hizo usted con el revólver?

—Lo puse en mi bolsillo como prueba.

—Y luego, ¿qué?

—Se lo entregué al fiscal del Distrito, quien a su vez lo entregó al perito en balística, Carlyle E. Mott.

—¿Y fue por sugestión de Mott que usted escribió los números en la libreta de notas? —preguntó Mason con el tono más natural y sin darle importancia.

—Así fue.

—¿En el momento en que el revólver le fue entregado a él?

—No, cuando él lo devolvió al fiscal del Distrito con su informe. Dijo que sería necesario identificar este revólver en todos los momentos del proceso.

—Así entonces, usted escribió los números de un revólver que Mott le entregó a usted.

—Bueno, era el mismo revólver.

—¿Y cómo lo sabe usted?

—Podía decirlo con sólo mirarlo.

—¿Qué marcas distintivas había en este revólver preciso que le permitían a usted distinguirlo de otro «Smith y Wesson», de un calibre y forma similares?

El testigo se quedó callado.

—¿No lo sabe usted?

—Si pudiese echarle un vistazo al revólver —dijo— creo que podría decírselo a usted.

—Ciertamente —dijo Mason sarcástico—. Usted tomaría el revólver y le daría vueltas y más vueltas con la esperanza de poder encontrar en él algún rasguño u otra huella que lo identificase; pero díganos usted *ahora*, ¿qué marcas de identificación había en el revólver?

El policía pareció desorientado durante un minuto antes de contestar:

—No puedo recordarlo.

El juez se volvió hacia el desconcertado testigo y le dijo:

—Usted le sacó un revólver al acusado Alburg, ¿no es así?

—Sí, señor.

—Y usted se lo entregó a su vez al fiscal del Distrito.

—Sí, señor.

—¿El a su vez lo entregó al experto en balística?

—Sí, señor.

—Y tiempo después, cuando el experto en balística le devolvió el arma al fiscal del Distrito, con un informe de que esa era el arma que había disparado la bala fatal, ¿le fue sugerido por el experto en balística que sería necesario el poseer una absoluta identificación de esa arma, al objeto de ser presentada como prueba?

—Sí, señor.

—Y le fue preguntado a usted entonces cómo podría identificar esa arma. ¿Es eso cierto?

—Bien, en general lo es.

—¿Es cierto o no lo es?

—El señor Mott sugirió que yo escribiese el número en mi libreta de notas.

—¿Así pues, usted tomó su libreta y escribió en ese momento el número en ella?

—Sí, señor.

—¿Y hubo entonces allí alguna discusión respecto a lo que debía usted declarar?

—Bien, no en esa ocasión. Fue más tarde.

—Llame a su próximo testigo —dijo el juez a Burger con un tono

evidentemente glacial—. Este testigo queda eliminado.

Burger se rehízo para lanzar un nuevo ataque y dijo:

—Mi próximo testigo será Arturo Leroy Fulda.

Fulda llegó al estrado, hizo su juramento y declaró sobre su conversación con Morris Alburg, la instalación del equipo de sonido en el Hotel Keymont, la conversación que oyó allí y los discos que fueron grabados.

El testigo identificó media docena de discos plásticos, explicó cómo eran colocados dentro del aparato, coordinados en forma de que hubiese una transcripción continua de la conversación.

—Y ahora, señor presidente, pido que se presenten estos discos como prueba —dijo Burger.

—Quisiera examinar al testigo brevemente sobre este punto particular —dijo Mason.

—Muy bien —dijo el juez—, hágalo usted.

—¿Como sabe usted que ésos son los mismos discos que quedaron en la habitación del hotel?

—En realidad, señor Mason, puedo sólo testificar respecto al primero. En cuanto a los otros, todo lo que puedo decir es que parecen los discos que yo dejé en el aparato. Se me ha informado que fueron recogidos de la habitación del hotel en la cual yo había dejado mi equipo.

—Eso es todo —dijo Mason—. No hay objeción a que esos discos sean presentados como prueba.

—¿Entiendo que se refiere usted al disco número uno? —dijo el juez Lennox.

—No. Todos ellos —contestó Mason—. Un testigo que es tan de fiar como éste, cabe suponer que tenga una opinión en la que yo confíe. Si él cree que ésos son los mismos discos, yo estoy dispuesto a aceptarlos, aunque sujetos siempre a mi derecho de oponerme a cualquier conversación que pueda figurar en esos discos, como incompetente, irrelevante e inmaterial; pero por lo que afecta a los propios discos, pueden ser presentados como prueba.

El juez Lennox sonrió y dijo:

—Bueno; eso es un rasgo de sinceridad muy agradable por parte del defensor… y por parte del testigo. Muy bien, los discos serán recibidos como prueba.

—Ahora, respecto a esos discos —dijo Burger— hay una

conversación en la cual Dixie Dayton declara en palabras textuales a Perry Mason que su coacusado, Morris Alburg, se halla fuera para matar a George Fayette. Quiero que el Tribunal escuche esa conversación. Quiero que el Tribunal observe que el señor Mason aceptó esta información pero que no hizo nada absolutamente a su respecto. No se puso en comunicación con la policía. El no…

—¿Está usted tratando ahora de demostrar que yo soy un cómplice? —preguntó Mason.

—Usted ha criticado mis métodos en la preparación de la acusación —dijo Burger—, y quiero que el Tribunal compruebe exactamente lo que ocurrió.

Mason dijo:

—Entonces hará usted mejor en demostrarlo con pruebas, no con manifestaciones.

—Usted no niega que esa conversación figure en el disco. ¿O sí lo niega?

—Yo niego que Dixie Dayton me haya dicho en ningún momento que su coacusado, Morris Alburg, estuviese planeando matar a George Fayette.

—Pero el disco está aquí mismo. Usted puede oír la voz de Dixie Dayton.

—¿Y cómo sabe usted que ésa es la voz de Dixie Dayton? —preguntó Mason.

—Estoy seguro de que lo es.

—Entonces, pase usted al estrado de los testigos y testimonie que lo es, y yo le preguntaré, y entonces el juez puede formarse una opinión sobre la alegación de usted de que es la misma persona.

—No tengo por qué hacer eso —dijo Burger—. Puedo hacerlo de otra manera.

—Pues entonces, hágalo.

Burger dijo:

—La señorita Minerva Hamlin será mi próximo testigo… Por favor, que venga la señorita Hamlin y haga el juramento.

Minerva Hamlin se dirigió al estrado de los testigos, con unas maneras propias de una mujer joven que está dispuesta a dar la impresión de extraordinaria competencia.

Interrogada por Burger, declaró con palabras ajustadas, precisas y bien articuladas, contando su historia en un estilo que

incuestionablemente impresionó al juez Lennox.

Describió la urgencia con que fue llamada, el hecho de que la retiraron de la centralita y fue inmediatamente al Hotel Keymont, y los arreglos que ella hizo con Paul Drake, mediante los cuales le haría una señal luminosa de identificación, cuando la mujer de referencia fuese a salir del hotel; su ficción del papel de camarera del hotel, y el tiempo que empleó en vigilar la habitación 721, con objeto de ver quién salía de ella.

—Y finalmente —preguntó Burger—, ¿salió alguien de ella?

—Sí, señor.

—¿Era un hombre o una mujer?

—Una mujer.

—¿Tuvo usted ocasión de verla?

—Para eso es para lo que yo estaba allí.

—Eso no es exactamente una respuesta a la pregunta —señaló Burger—. Usted…

—Sí, yo la vi.

—¿La observó usted particularmente?

—Sí, señor.

—¿Y vio usted a esa mujer salir de la habitación 721?

—Sí, la vi.

—¿Y quién era esa mujer?

—La señorita Dixie Dayton, uno de los acusados en este caso.

—¿Quiere usted, por favor, señalar a esa mujer?

—Es esa a quien estoy señalando.

—El expediente no revela a quien está usted señalando. ¿Puedo pedirle a la acusada, señorita Dayton, que se ponga en pie?

—Póngase en pie —dijo Mason.

Dixie Dayton se incorporó.

—¿Es ésa la mujer?

—Esa es la mujer.

Burger dijo:

—Que conste en acta que la identificación es la de la mujer que se puso en pie, y que la mujer que se puso en pie, es Dixie Dayton, uno de los acusados en este caso.

—¿Y qué hizo usted cuando esa mujer salió de la habitación? —preguntó Burger.

—La seguí.

—¿Adonde?

—Tomó el ascensor. El ascensor subió. Corrí, mientras tanto, al piso superior, por la escalera. Estaba en el piso séptimo. En el hotel hay sólo ocho pisos. Sabía, por lo tanto, que no podía ir más arriba de un piso. Pensé que podía llegar al piso superior casi tan pronto como el ascensor.

—¿Y lo hizo usted?

—Sí.

—¿Y adonde fue esa mujer?

—Fue a la habitación 815, la habitación donde después fue descubierto por la policía el cadáver de George Fayette.

—¿Y era esta misma mujer? —preguntó Burger.

—Esta misma mujer.

—¿Está usted segura?

—Segura.

—¿Y quién era esta mujer?

—Ya se lo he dicho a usted.

—Quiere decir, ¿quién era la mujer que subió a la habitación 815?

—La acusada, Dixie Dayton.

—¿La misma persona que se puso en pie? ¿La misma persona que identificó usted antes?

—Sí, señor.

Burger dijo a Perry Mason:

—Puede usted repreguntar.

Minerva Hamlin se volvió de cara a Perry Mason con unos ojos que despedían resplandores de hostilidad y unas maneras que revelaban plenamente que estaba dispuesta a luchar ojo por ojo y diente por diente, y que no habría repregunta, por muy diestra que fuese, que hubiera de confundirla a *ella*.

La actitud de Mason era la de un hermano mayor pidiéndole a una impulsiva hermana más joven que le comunicase sus confidencias.

—Señorita Hamlin —dijo él—: usted no conocía a Dixie Dayton, ¿verdad?

—Nunca la había visto hasta que salió de aquella habitación.

—¿Y usted no sabía entonces quién era?

—La vi, pero no sabía su nombre, no.

—Y la policía le mostró a usted una fotografía de Dixie Dayton y le preguntó si aquélla era la misma mujer, ¿no es eso?

—Sí.

—¿Y qué les dijo usted?

—Les dije que era ella.

—¿No les dijo usted que *creía* que parecía la misma mujer?

—Bien, si era la misma mujer, lo parecería. ¿No es eso?

Hubo una corriente de risa en la sala del tribunal ante esa respuesta.

—Eso —dijo Mason— es una verdad. Y puesto que usted me pregunta, yo me sentiré encantado de contestarle, señorita Hamlin. ¿Puede usted perdonarme también si señalo que si no hubiera habido una fotografía de la señorita Dayton, ésta le hubiera aún parecido la otra mujer? Porque las fotografías dan lugar con frecuencia a confusiones.

—Pero a mí no me confunden. Tengo una vista muy aguda.

—Y sin embargo, usted no pudo realizar una identificación absolutamente positiva la primera vez que vio esa fotografía, ¿no es así?

—Bien…, les dije… Bien, eso depende de lo que usted quiera decir con «positivo».

—Bueno —dijo Mason sonriendo—. ¿Y qué quiere usted significar con ello?

—Que cuando soy positiva, soy positiva.

—Según eso —dijo Mason—, usted, entonces, no era tan positiva como lo es ahora.

—Bueno, es que tuve oportunidad de ver a la propia mujer desde entonces. La fotografía no…, bueno…

—¿Quiere usted decir que no se parecía a ella?

—No, sí se parecía a ella.

—¿Pero usted estaba todavía un poco dudosa?

—Quería ser perfectamente justa, señor Mason.

—Y todavía lo quiere ser usted, ¿no es así?

—Sí, señor.

—Y ahora —dijo Mason— resulta que cuando usted vio primero esa fotografía, no pudo ser absolutamente positiva. Usted no era positiva. Usted dijo que creía que podía ser la misma mujer. Pero usted no podía estar segura de ello.

—Eso fue cuando le eché la primera ojeada.

—Así pues, usted estudió la fotografía, ¿no es así?

—Sí, señor.

—¿Y usted se sintió más positiva a medida que estudió la fotografía?

—Sí, señor.

—Sin embargo, usted no estaba completamente convencida con el solo hecho de mirar a la fotografía, ¿o lo estaba usted?

—No, señor. Lo que me convenció completamente fue cuando vi a la acusada en una rueda policíaca de presos, o una «plataforma de sombras», o como llamen a eso.

—¿Y entonces ya estuvo segura?

—La señalé entre otras cinco mujeres que estaban en la misma plataforma. La señalé sin dudar un instante.

—¿Y eso fue después que había estado usted estudiando su fotografía?

—Sí, señor.

—Entonces, seamos francos, señorita Hamlin, ¿no hay en eso una evidente posibilidad de que usted hubiese estudiado esa fotografía tan cuidadosamente para realizar un intento consciente con objeto de determinar si era o no la fotografía de la persona que usted había visto salir de la habitación, de forma que cuando usted vio a la acusada, su mente, de manera casi inconsciente, la identificó con la fotografía, y como resultado de eso la identificó a ella?

—Cuando vi a esa mujer en la línea de identificación, estaba absolutamente segura de que era la mujer que había salido de la habitación del hotel.

—Y ahora, ¿sería usted tan bondadosa de explicarle al Tribunal dónde se encontraba usted exactamente cuando la mujer salió de aquella habitación?

—¿Quiere usted decir la habitación 721?

—Sí.

—Estaba al final del pasillo, junto a la escalera de incendios, simulando hallarme entregada a mis labores de camarera.

—¿Y qué labores, en particular, estaba usted haciendo?

—Simulaba estar llamando a una puerta como si estuviese cambiando las toallas de las habitaciones.

—Deduzco por sus maneras que es usted una joven extraordinariamente eficiente. ¿No es así, señorita Hamlin?

—Trato de serlo.

—Y al representar el papel de una camarera lo hacía lo mejor posible para actuar igual que una camarera lo hubiera hecho en circunstancias similares.

—Señor Mason, estoy interesada en el teatro de aficionados. He estudiado para actriz. Creo que tengo habilidad para ser una buena actriz. Trato de ser eficiente en todo cuanto hago. Comprendo que para imitar a una persona y representar un papel con éxito, uno tiene que imaginarse que en realidad uno es esa persona.

—¿Entonces usted se imaginó que era una camarera?

—Sí, señor.

—¿Y se dedicó a realizar las labores igual que una camarera?

—Sí, señor.

—Y una camarera mostraría un interés muy agudo hacia una mujer que saliese de una habitación y caminase por el pasillo abajo, ¿no es así?

—No, le dedicaría una mirada; eso es todo.

—Así usted, realizando una buena representación de un papel de camarera, ¿le dirigió solo una ojeada?

—Sí, señor.

—Pero entonces, ¿cómo fue usted al fondo del pasillo junto a la puerta de incendios?

—A mí me parece que eso está claro, señor Mason. No quería que la persona que saliese de aquella habitación me inspeccionase desde demasiado cerca. Por lo tanto, me fui al final del pasillo. Sabía que cuando saliese de la habitación, no importa adonde fuera que se dirigiese, al ascensor o a las escaleras, tenía que caminar a lo largo del pasillo. Bajo esas circunstancias, no podía encontrarme cara a cara.

—En otras palabras, ¿se volvió de espaldas a usted?

—Sí, pero no antes de que yo le hubiese visto la cara, cuando salió de la habitación.

—¿Qué distancia había desde la puerta de esa habitación donde usted se encontraba al final del pasillo?

—No lo sé. Quizá veinte o treinta pies de distancia.

—¿Cómo estaba iluminado el pasillo? ¿Qué clase de luces había?

—Había poca iluminación. Pero yo la vi bien a ella, señor Mason. La miré. Me convencí de que le había echado una buena mirada, y así fue.

—¿Pero usted le dirigió una ojeada, igual que una camarera puede mirar con naturalidad a un cliente desde donde se encuentra trabajando?

—Bueno, yo…, yo la vi bien.

—Hace unos momentos —dijo Mason— usted declaró que le dirigió una ligera mirada.

—Sí, pero para mí una ligera mirada es una buena mirada.

—¡Ah, ya veo! ¿Pero ésa no fue una *suficiente* buena mirada para que pudiese identificarla *positivamente* cuando usted vio por primera vez aquella fotografía?

—Una persona duda en hacer una identificación *positiva* por una fotografía.

—Eso es todo —dijo Mason.

—Y ahora —dijo Burger—, llamaré a mi principal testigo. Señor Perry Mason, pase usted al estrado, por favor.

Sin un titubeo, Mason avanzó, alzó su mano, hizo el juramento y se sentó en la silla de los testigos.

—Esto, desde luego, es un procedimiento completamente fuera de lo común —dijo el juez Lennox.

—Es una situación que yo traté de evitar —señaló Burger—. Traté de evitarla por todos los medios.

El juez Lennox observó, dubitativo:

—Pedirle al defensor de los acusados que presente testimonio que puede ayudar a declararlos convictos, es una situación completamente anómala.

—Esa es la razón de que se considere sin ética el que un abogado actúe en una doble capacidad —dijo Burger—. Traté de evitarle al señor Mason el compromiso de verse situado en esa posición.

—¿Y es un testigo necesario? —preguntó el juez.

—Absolutamente, señor presidente. Como el Tribunal comprobará con el examen de la prueba tal cual se halla en este caso, es necesario para mí el probar la identidad de las personas que estuvieron participando en la conversación que tuvo lugar en aquella habitación.

—En verdad —dijo el juez—, la propia conversación todavía no ha sido admitida como prueba.

—Es para eso para lo que estoy estableciendo las bases, señor presidente.

—Desde luego —señaló el juez— la situación sería simplificada si los acusados tuviesen otro defensor, asociado con el señor Mason, que podría asumir la defensa de los acusados en este punto.

—Eso no sería satisfactorio ni para los acusados ni para mí, señor presidente —dijo Mason—. Hemos oído hablar mucho sobre ética. Quizá si el Tribunal lo estimase conveniente, podría citar una decisión dada en California, donde el Tribunal dice:

> *»Es nuestra opinión, que se ha dado demasiada importancia y se ha provocado demasiada irritación sobre el hecho de que mucha de la evidencia en favor de la demandante, fue dada por uno de sus abogados en nombre de ella, actuando como testigo en el caso. Por lo tanto, en lo que al Tribunal concierne, tal testimonio debe ser recibido y considerado como el de cualquier otro testigo, en vista de la inherente cualidad de su testimonio, su interés en el caso y su comparecencia en el estrado de los testigos.*
>
> *»La pertinencia o no de un abogado ocupando la doble capacidad de defensor y de testigo, es puramente de ética legal, que debe ser determinada exclusivamente por la propia conciencia del abogado. Aun cuando no es una práctica que deba ser estimulada, puede con frecuencia ocurrir que existan condiciones en las cuales un defensor no pueda exactamente o con amplitud, retirarle a su cliente, ya sean sus servicios legales, o su testimonio como testigo.*

El juez Lennox pareció impresionado por esta cita y dijo:

—Muy bien, señor Mason. Su posición parece ser legalmente buena. De hecho, de vez en cuando parece hallarse usted en situaciones de las cuales usted mismo se libera por métodos poco usuales, pero que siempre resultan ser buenos legalmente. El Tribunal cree que usted está enteramente capacitado para protegerse a sí mismo, no menos que a los intereses de sus clientes. Quizá estemos haciendo historia judicial, por lo que a este Tribunal concierne.

—Señor Mason —dijo Burger—, voy a preguntarle a usted si en la madrugada del día 3 de este mes se hallaba o no presente en la habitación 721 del Hotel Keymont.

—Estaba allí.

—¿Y estaba usted solo?

—No.

—¿Estaba con usted una mujer joven?

—Estuvo durante una parte del tiempo.

—Creo que entró en la habitación después que llegó usted allí.

—Sí, señor.

—¿Fue usted al hotel?

—Sí, señor.

—¿Fue a esa habitación?

—Sí, señor.

—¿Entró en esa habitación?

—Sí, señor.

—Y poco después, ¿llegó esa mujer joven?

—Sí, señor.

—¿Fue usted a esa habitación a instancia de Morris Alburg, uno de los acusados en este caso?

—Esa pregunta —dijo Mason— es impropia. Por su contenido constituye una comunicación privilegiada entre un defensor y su cliente.

—Creo que el Tribunal tiene que aceptar esa objeción —dijo el juez Lennox.

—No estoy preguntándole por la conversación. Estoy simplemente preguntándole si fue allí a causa de tal conversación —dijo Burger.

—Eso equivale a la misma cosa —dijo el juez—. Usted le está preguntando, en efecto, si su cliente le dijo que fuese a esa habitación en el hotel. Eso, en mi opinión, constituye una comunicación privilegiada. Después de todo, señor Burger, usted debe comprender que hay ciertos aspectos peculiares en esta situación que le obligan a usted tanto como al defensor.

—Lo comprendo, señor Presidente.

—El señor Mason desempeña el doble papel de testigo contra sus clientes, y de abogado defensor de esos clientes. El Tribunal permitirá interrogar al señor Mason como testigo, pero también el

Tribunal va a estar muy alerta para salvaguardar los intereses de los acusados.

—Muy bien, señor presidente. Y ahora, señor Mason, voy a preguntarle si mientras usted estaba presente en esa habitación, la mujer joven que se hallaba allí, ¿no le manifestó a usted que Morris Alburg estaba en esos momentos sobre la pista de George Fayette, con el propósito de matarlo?

—En cuanto a esa pregunta —dijo Mason— como abogado defensor de Alburg, interpongo la objeción de que la pregunta es incorrecta, irrelevante e inmaterial. Como abogado defensor de Dixie Dayton, interpongo la declaración de que si por el hecho de que esa mujer no era Dixie Dayton, la declaración sería completamente irrelevante y sin base, y si la mujer era Dixie Dayton, sería una comunicación privilegiada.

Burger dijo:

—Con permiso del Tribunal, yo ya había anticipado esas dos objeciones. Pero la evidencia muestra que esa mujer era Dixie Dayton. Y puesto que la conversación se refiere a un crimen que todavía no había sido cometido pero que estaba a punto de cometerse, la conversación no era una comunicación privilegiada. Desde luego, yo estoy preparado para demostrar esa conversación. En otras palabras, si el señor Mason negase que esa manifestación fue hecha, puedo descalificarlo a él irrefutablemente, presentando los discos que han sido traídos como prueba, y haciendo reproducir esa parte de la conversación para que Mason oiga su propia voz y la voz de la persona que estaba con él en la habitación.

—Usted no puede descalificar a su propio testigo —replicó Mason.

—Puedo hacerlo sobre un punto material aunque no en la persona —replicó Burger.

—¿Y suponga usted que esa persona no era Dixie Dayton? —preguntó el juez Lennox al acusador.

—Minerva Hamlin ha testificado positivamente que era Dixie Dayton.

—Ese es el testimonio de un solo testigo.

—Pero ése es el testimonio único que puede presentarse hasta ahora ante el Tribunal —señaló Burger.

El juez se pasó la mano por la frente, alargó los labios, se volvió

a medias en su silla giratoria, como si quisiera evitar la mirada del defensor, tratando al parecer de concentrarse.

Durante unos momentos, se produjo un tenso silencio en la sala.

Después, el juez dijo:

—Pregúntele a él esa cuestión. Pero hágalo en forma directa: «¿Era esa mujer Dixie Dayton, o no lo era?».

—¡Oh, no! —replicó Burger—. Esa es una pregunta que yo no tengo intención de hacerle.

—¿Y por qué no? —preguntó el juez Lennox.

—Porque si el señor Mason negase que era Dixie Dayton, él lo haría en su condición de testigo mío. Yo solamente voy a preguntarle al señor Mason cuestionéis a las cuales yo ya tengo las respuestas, y las respuestas exactas, en forma que si el señor Mason pretende crucificarme traicionando mi caso en su testimonio, yo tengo el poder para enviarlo a prisión por perjuro.

—Me parece —dijo el juez sonriendo— que yo he abierto la puerta para eso, señor fiscal del Distrito. Tengo la impresión de que usted quiere plantearle esa amenaza al señor Mason, y yo le di a usted una buena oportunidad para hacerlo así.

Burger estaba desencajado. Dijo:

—El hecho es que yo he expuesto mi opinión.

—En efecto, lo hizo —dijo el juez.

Hubo otro período de silencio; después, el juez se volvió hacia Perry Mason y le dijo:

—Creo que me gustaría saber cuál es la posición de usted en esto, señor defensor.

—Como abogado defensor de Morris Alburg —dijo Mason—, señalaré que él no está afectado por ninguna declaración hecha por Dixie Dayton.

—Como coacusado y conspirador en el crimen, yo declaro que sí lo está —replicó Burger.

Mason sonrió y dijo:

—¿No aceptaría usted que cualquier individuo puede entrar en un cuarto de hotel y manifestar que el señor presidente por ejemplo, se encontraba fuera cometiendo un asesinato, y luego querer probar que el señor presidente era culpable del asesinato, con sólo presentar un cadáver y un disco reproduciendo esa conversación?

—Eso es diferente —contestó Burger.

—Entonces, ¿no tendría usted inconveniente en manifestar cuál es la diferencia, según usted?

—Pero, ajustémonos a la acusada Dixie Dayton —pidió el juez Lennox.

Mason dijo:

—Señor presidente, si Dixie Dayton *hubiera* estado en ese cuarto y si *hubiera* dicho qué Morris Alburg se hallaba fuera cometiendo un asesinato, aun así no estaría sujeta a procesamiento y no podría presentarse prueba en ese sentido, a menos que ella hubiese tomado parte en el asesinato.

—Pero ella tomó parte —dijo Burger.

—Pruébelo —replicó Mason.

—Eso es lo que estoy tratando de hacer.

—Entonces, hágalo de una manera ordenada. Ponga primero el carro y delante de él el caballo. Pero no ponga el caballo detrás del carro.

—Vamos, un momento —intervino el juez—. Aquí se presenta una situación peculiar. Comprendo el punto de vista del señor Mason. Es un punto de vista cuidadosamente meditado y parece razonable.

—Pero, señor presidente —protestó Burger—, ¿no comprende Su Señoría la situación? Perry Mason estaba en ese cuarto con Dixie Dayton. Dixie Dayton manifestó textualmente —y yo puedo asegurarle a Su Señoría que eso es un hecho, porque tenemos esas palabras grabadas en disco— que Morris Alburg estaba asesinando, o iba a asesinar, a George Fayette. Y poco después, George Fayette fue encontrado asesinado, y hay amplia evidencia relacionando a Morris Alburg con ese crimen.

—Todo eso está muy bien —dijo el juez Lennox—, pero primero no sólo tiene usted que probar que fue la acusada Dixie Dayton quien hizo tal manifestación, sino también, como señala el señor Mason, debe haber cierto privilegio privado, alguna relación y alguna complicidad.

—Desde luego, por lo que a efectos de elementos de complicidad concierne, vamos a probarlo con evidencia circunstancial. No podemos presentar prueba grabada de los dos acusados sentados y diciendo en efecto: «Vamos a matar a George Fayette». Tenemos que probar eso por medio de declaraciones y de la conducta de los

individuos.

—Desde luego —dijo el juez— usted podría simplificar la situación preguntándole al señor Mason si en cierta fecha, Dixie Dayton, la acusada en este caso, no le dijo esto y esto otro y aquello.

—No sé cuál sería la respuesta del señor Mason a esa pregunta. Él podría denegarlo, y luego yo me encontraría en situación de tener que descalificar a mi propio testigo. Y no quiero hacer eso. Quiero mantener los puntos esenciales en los más estrechos límites de prueba, de forma que el señor Mason tendrá que responder a las preguntas de acuerdo con los hechos, tal cual yo los interpreto, o el señor Mason se arriesgará a ser acusado por perjuro.

—Sí —dijo el Juez—, ya veo su punto. Reconozco la situación (puedo decir, el dilema), pero subsiste el hecho de que debe ser resuelto de conformidad con reglas ya establecidas en el procedimiento legal. Creo que voy a tener que sustentar que este testigo no puede ser forzado a contestar esa pregunta con la objeción del abogado defensor de ambos acusados. Entiendo que debe haber mayor prueba de complicidad y conspiración, antes de que esa conversación pueda ser admitida. ¿Tiene usted alguna pregunta más que hacerle a este testigo?

—No por el momento —dijo Burger.

—Muy bien, señor Mason, puede retirarse del estrado de los testigos —dijo el juez— y puede asumir otra vez su cargo como abogado defensor de los acusados.

—Pero quedando sujeto a ser llamado de nuevo cuando haya nuevas bases para ello —dijo Burger.

—Así es como yo interpreto la situación —dijo el juez—. Continúe con su caso.

—Quiero llamar a mi próximo testigo, Frank Hoxie.

Frank Hoxie, el empleado nocturno del Hotel Keymont, hizo el juramento, compareció en el estrado de los testigos y dio su nombre, dirección y empleo, en un tono de voz fastidiado.

—¿Conoce usted a alguno de los acusados?

—Sí, señor.

—¿A cuál de ellos?

—A los dos.

—¿Qué estaba usted haciendo los días dos y tres del presente

mes?

—Trabajando como empleado nocturno en el «Hotel Keymont».

—¿A qué hora entró usted de servicio?

—A las nueve de la noche.

—¿A qué hora salió usted de servicio?

—A las ocho de la mañana.

—¿Cuándo vio usted por primera vez al acusado Morris Alburg?

—Un par de días antes.

—Procure responder diciendo la fecha exacta.

—En el primero de mes.

—¿Dónde lo conoció usted?

—Yo estaba en el hotel.

—¿En la mesa de recepción?

—Sí, señor.

—¿Cumpliendo sus deberes de empleado nocturno?

—Sí, señor.

—¿Y qué conversación tuvo usted con el señor Alburg?

—Él llegó y me pidió un cuarto. Dijo que su cuñada iba a llegar para hacerle una visita sorpresa y que quería alquilar una habitación para que ella la ocupara.

—¿Y bajo qué nombre se registró?

—Bajo el nombre de señora Madison Kerby.

—¿Y le dio usted una habitación?

—Sí, señor.

—¿Qué habitación?

—La número 815.

—¿Fue esa habitación en la cual después fue descubierto el cadáver de George Fayette?

—Sí, señor.

—¿Vio usted posteriormente alguna vez a la persona que Morris Alburg dijo que era su cuñada?

—Sí, señor.

—¿Y cuándo la conoció usted?

—La acusada, señorita Dayton, vino a mi mesa y dijo que ella era la señora Madison Kerby, y pidió la llave de la habitación 815. Yo le di la llave.

—¿Y esa mujer era la acusada?

—Era Dixie Dayton, uno de los acusados. La misma que hace

poco se puso en pie.

—¿Cuándo fue abandonada la habitación?

—¿Quiere decir cuándo la dejaron los acusados?

—Sí.

—Nunca la dejaron. Ellos la conservaron hasta la fecha del crimen, cuando fueron detenidos.

—¿Comunicó usted a la policía a quién había alquilado esa habitación?

—La policía ya se anticipó para interrogarme sobre quien la había alquilado.

—¿Qué les dijo usted?

—Les dije que nunca había visto a esas personas y que no sabía quiénes eran.

—¿Y eso era verdad, o mentira?

—Era verdad.

—¿Quizá —dijo Burger— pueda usted decirnos algo sobre lo que ocurrió en la noche del dos y la madrugada del tres?

—Fue en la madrugada del tres cuando Perry Mason vino al hotel.

—¿A qué hora aproximada de la madrugada?

—A eso de las dos y media de la madrugada, me parece.

—¿Estaba la acusada Dixie Dayton en el hotel a esa hora?

—Sí, señor.

—¿Y cómo lo sabe usted?

—Porque la había visto llegar al hotel y no la había visto salir.

—¿A qué hora llegó?

—Una media hora antes de que llegase el señor Mason.

—¿Y el acusado Morris Alburg estaba en el hotel?

—Sí, señor.

—¿Cuándo llegó él?

—Una hora aproximadamente antes de que llegase el señor Mason.

—¿Está usted seguro de haberlos identificado bien?

—Estoy muy seguro.

Burger se volvió hacia Mason y le dijo:

—¿Tiene usted interés en repreguntar a este testigo?

—Creo que sí —dijo Mason.

Mason echó para atrás su silla, se levantó y se encaró al joven,

cuyos ojos azules realizaron un valiente intento para sostener la mirada del abogado, y luego se desviaron, para después volver a mirarlo y desviarse otra vez.

Mason sostuvo fija su mirada en el testigo.

Una vez más el testigo intentó sostener esa mirada, pero tras un segundo bajó los ojos y cambió intranquilo de postura.

—¿Cuánto tiempo lleva usted empleado en el Hotel Keymont?

—Tres años.

—¿Dónde trabajó usted antes?

—En varios sitios.

—¿Puede usted citarlos?

—Vendí artículos a comisión.

—¿Qué clase de artículos?

—Novedades.

—¿Puede usted recordar el nombre de la firma?

—No. Era un producto para utilizar en vuelos nocturnos.

—¿Sirvió alguna vez en las fuerzas armadas?

—No.

—¿Tuvo usted algún otro empleo a sueldo durante estos tres años?

—No.

—¿Tenía usted dos semanas de vacaciones cada año como parte de su compensación de empleado nocturno?

—No.

—¿No tenía vacaciones?

—No tenía vacaciones.

—¿Trabajaba usted allí con regularidad cada noche?

—Bien, una vez fui enviado a Ciudad de Méjico por negocios. No fueron en realidad unas vacaciones. Fue un cambio.

—¿Qué clase de negocios?

—Para cobrar una suma de dinero.

—¿Le debían al hotel ese dinero?

—Sí.

—¿Cobró usted ese dinero?

—Me dieron un recibo prometiendo pagar y esto fue suficiente. La dirección del hotel me telegrafió diciendo que lo aceptaba.

—¿Cuánto tiempo estuvo usted ausente?

—Casi un mes. Era una gestión muy difícil. Tenía muchos

ángulos.

—¿Y por qué era esa deuda?

—No lo sé.

—¿Cuándo ocurrió eso?

—Hace aproximadamente un año.

—Exactamente, ¿en qué fecha marchó usted? ¿Lo recuerda?

—Cierto que lo recuerdo. Marché en un avión nocturno el 17 de… No, si usted quiere que sea exacto, fue el 18 de setiembre del año pasado.

—¿En qué forma ha determinado usted la fecha?

—Si usted trabajase en el Hotel Keymont no tendría ninguna dificultad en recordar cuándo hizo un viaje gratuito a Ciudad de Méjico. El gerente me llamó y me habló de este asunto, y me dijo que precisaba de alguien que lo llevase a cabo. Me dio dinero, me dijo que subiese a mi habitación, preparase una maleta y me fuese al aeropuerto.

—¿Y a qué hora fue eso?

—Poco antes de medianoche del día 17.

—¿Y a qué hora salió el avión?

—Exactamente a eso de la una y media de la madrugada del 18.

—¿Era un avión directo?

—No. Cambié de avión en El Paso, y si quiere usted más detalles, le diré que fui sentado junto a una hermosa rubia que me había hecho un guiño, pero que luego se quedó dormida cuando supo que yo cambiaba de avión en El Paso. Desde El Paso me senté junto a una mujer que había comido ajos, que llevaba un niño y que se mareaba.

El público de la sala rompió a reír.

Mason ni siquiera sonrió.

—¿Hubo algunas dificultades para usted a su llegada a Méjico?

—Muchísimas.

—¿Pero fueron unas vacaciones?

—Fue un cambio en la rutina del trabajo.

—¿Ha tratado usted alguna vez de dejar su empleo en el Hotel Keymont y buscarse otro en otro hotel?

—Oh, señor presidente —exclamó Burger—. No hay razón para que este testigo sea cortado en pedazos con todos los detalles de su vida pasada. Que el defensor se limite a repreguntar cosas que han

sido preguntadas en el interrogatorio directo.

El juez Lennox dijo:

—En mi opinión, hay algo poco común en el fondo de todo esto y no voy a limitarle a la defensa sus preguntas. Esa objeción queda rechazada.

—¿Trató usted de cambiar de empleo? —preguntó Mason.

El testigo intentó enfrentarse con la mirada de Mason, pero fracasó y en voz baja dijo:

—No.

Mason preguntó:

—¿Ha sido usted condenado alguna vez por felonía?

El testigo comenzó a levantarse de la silla, luego se contuvo y volvió a sentarse.

—Oh, señor presidente —dijo Burger—, esto es un disparo a ciegas. Esto es un intento de manchar la reputación de un testigo cuyo único delito ha sido el que ha testimoniado contra los clientes del señor Mason.

—Yo mismo creo que la pregunta en estas circunstancias es más bien brutal —dijo el juez—. Sin embargo, es una pregunta perfectamente permisible. Es uno de los terrenos para incapacitar a un testigo y es obvio que la pregunta no fue contestada con una negativa inmediata. Por lo tanto tendré que rechazar su objeción aun en contra de mis deseos.

—¿Ha sido usted procesado y condenado por felonía? —preguntó Mason.

—Sí.

—¿Cómo fue? ¿Dónde cumplió usted la condena?

—Cumplí una condena en el presidio de San Quintín por robo a mano armada. Y ahora ya lo sabe usted todo. Continúe y arruíneme. Azóteme usted en la espalda si así lo desea.

Mason observó, estudiándolo por un momento, el rostro del joven, después movió su silla contorneando la mesa, se sentó y con un tono de genuino interés dijo:

—No creo que yo quiera eso, señor Hoxie. Pienso, al contrario, que quizá podemos utilizar esto como un punto de partida más bien que como un final. ¿Acaso sabían sus patronos que usted había sido condenado por robo?

—¿Por qué cree usted que yo estaba desempeñando un empleo

de segunda categoría en un hotel de tercera clase? —preguntó enfurecido Hoxie.

—¿Está usted seguro de sus identificaciones de los testigos? —preguntó Mason.

—Completamente seguro. Tengo la virtud de no olvidar nunca un rostro. Una vez he visto una persona, nunca más la olvido… Lo cual es la razón, posiblemente, de que mis servicios sean de cierto valor para el hotel.

—¿Cuándo fue usted condenado, Frank?

—Hace diez años.

—¿Y cuánto tiempo cumplió?

—Cinco años.

—Y luego, ¿qué?

—Después tuve cuatro o cinco empleos diferentes, pero siempre ocurría algo. Mi pasado resurgía y me echaban.

—Y luego, ¿qué?

—Luego fui detenido por sospechoso. No por nada que yo hubiese hecho, sino por mis antecedentes penales. Fui puesto por la policía en una rueda de presos para ser identificados, y yo sabía que eso significaba la pérdida de mi nuevo empleo. Esto me causó mucha amargura.

—Continúe —dijo Mason.

—Un sargento de la policía vino a mí después de una de esas exhibiciones. Me tomó simpatía y me dijo que comprendía lo que yo experimentaba. Dijo que tenía un amigo que administraba el Hotel Keymont. Que era un lugar que había tenido problemas con la policía y que el gerente sabia, por lo tanto, mi manera de sentir y la situación en que me encontraba. Este agente de policía sabía que yo tenía gran facilidad para recordar personas, y sabía que el Hotel Keymont estaba buscando un empleado nocturno, porque este policía había intervenido precisamente en el proceso para mandar al que acababa de ocupar ese empleo allí a presidio.

»Me dijo que había tenido que amenazar con cerrarles el hotel definitivamente, y el nuevo gerente le había prometido hacer todo lo posible para mantener ese establecimiento dentro de la ley. El oficial de policía me aconsejó que fuese a ver al nuevo gerente y le contase mi pasado. Me dijo que lo único que me quedaba era obtener un empleo en un sitio donde el patrón lo supiese todo sobre

mi pasado, de forma que yo tuviese una verdadera oportunidad para prosperar. Me sugirió que fuese allí y le contase francamente mi historia entera, y me advirtió que si no estaba decidido a portarme bien, no intentase obtener el empleo, pues ese hotel tenía una mala reputación y la Brigada de Vicios lo vigilaba especialmente.

—¿Y usted lo hizo así?

—Sí. Fue el mejor consejo que jamás me dieron.

—¿Y lo tratan a usted bien en ese empleo?

—Mis horas de trabajo son el doble de lo que debieran ser. Me pagan la mitad de lo que debiera ganar. Soy tratado cortésmente. Se me ha ordenado mantener la boca cerrada. No es el mejor hotel de la ciudad. Es un hotel de tercera categoría, y sus clientes son también de tercera categoría, con todo lo que eso significa. Mantengo los ojos alerta y los oídos a la escucha, la boca cerrada y la nariz limpia, y por eso todavía estoy allí. Y ahora, creo que ya he respondido a todo lo que usted quería, señor Mason, y ya se ha divertido usted conmigo. Mañana los inquilinos fijos del hotel sabrán que el empleado nocturno es un ex presidiario.

—Para que usted esté informado —le dijo Mason— creo que ésta es la única vez en mi carrera en los Tribunales que le he preguntado a un testigo si había sido procesado y condenado por robo. Creo que cuando un hombre ha pagado su deuda a la sociedad, la deuda debe ser borrada de los libros de cuentas. Sin embargo…

—Oh, señor presidente —dijo Burger—, objeto a toda esa auto justificación por parte del defensor. Se subió al carro de las manzanas y ha arruinado la carrera de este joven, y ahora está tratando de presentar una excusa en forma untuosa…

El juez Lennox golpeó con su mazo sobre la mesa y dijo:

—El señor fiscal del Distrito debe abstenerse de hacer ofensas personales. El señor Mason está dentro de su derecho legal y el Tribunal cree que son propósitos generales lo que encierran las preguntas del señor Mason. Si tiene usted alguna objeción específica que hacer, hágala cuando el defensor haya terminado de hacer sus preguntas… Continúe, señor Mason.

Mason dijo:

—Gracias, señor presidente.

Se volvió hacia el testigo y le dijo:

—Ese sargento de la policía que le ayudó, ¿le ha vigilado a usted?

—Oh, sí. Es el jefe de la Brigada de Vicios.

—¿Mantiene un control sobre usted?

—Sí.

—¿Frecuentemente?

—Seguro. Mantienen una vigilancia sobre el hotel. Allí ocurren cosas. No podemos evitarlas, pero la gerencia no tiene arte ni parte en ello. No pedimos el certificado de matrimonio a una pareja cuando llega y pide una habitación, pero eso tampoco lo hacen los hoteles de primera categoría. Tratamos de impedir que los botones del hotel les proporcionen mujeres de mala nota a los clientes, y no les alquilamos habitaciones a los que se dedican al tráfico de drogas.

»Ahí es donde mi facilidad para recordar rostros es de mayor utilidad. El hotel estaba en mala posición y el fiscal del Distrito estaba amenazando con cerrarlo. Los propietarios tenían que hacer una limpieza de la clientela o perder el dinero que habían invertido.

Y el testigo hizo una inclinación hacia el fiscal Burger, quien pareció mostrarse virtuosamente desdeñoso.

—¿Y por causa de eso la gerencia está ansiosa por servir al fiscal del Distrito? —preguntó Mason.

—Me opongo a esa pregunta por requerir una conclusión del testigo —intervino Burger.

—Aceptada la objeción.

—¿Y en cuanto a usted mismo? —preguntó Mason al testigo—. ¿Quiere usted también servir al fiscal del Distrito?

—No lo quiero tener por enemigo. Cada vez que las autoridades me señalan con el dedo, yo pierdo mi empleo. Pero eso tampoco me ha llevado a decir ninguna mentira. Estoy diciendo exactamente lo que ha ocurrido.

—Sin embargo, ¿usted se sintió muy satisfecho de la oportunidad que se le presentaba para servir al fiscal del Distrito?

—Por el contrario, lamento el que jamás me hubiera llamado como testigo.

—¿Pero usted dio por bien venida la ocasión de ser de utilidad al fiscal del Distrito?

—Pensé que me podía ser beneficioso en alguna ocasión, si

hemos de poner las cosas en su punto.

Mason se volvió hacia el fiscal Burger y dijo:

—Creo que es ya hora, señor fiscal del Distrito, que ponga usted en conocimiento del Tribunal lo que creo que es en general el fondo de su caso.

—Llevaré mi caso por mi propia cuenta —replicó Burger.

—Sin embargo, conforme lo entiendo en general —dijo Mason al juez—, la policía tiene en su poder un revólver que fue empeñado en Seattle. El dueño de la casa de empeños está aquí en la sala e identificará a la acusada Dixie Dayton como la persona que empeñó esa arma. Y esa arma fue, conforme a los peritos en balística del Departamento de Policía, como ha sido afirmado por el señor Mott, el arma que fue utilizada para matar a Robert Claremont, crimen que tuvo lugar en esta ciudad, y según entiendo, la acusación afirma que fue a causa de un intento de ocultar ese crimen que Morris Alburg y Dixie Dayton planearon matar a George Fayette.

El rostro del fiscal Burger mostró súbita y gran sorpresa.

—¿No son ésas, en términos generales, las bases del caso para el acusador? —preguntó Mason.

—Bueno, plantee usted su propio caso —replicó Burger.

El juez Lennox dijo:

—Puede usted plantear su propio caso, señor Burger, pero el Tribunal tiene derecho a saber de manera general si las líneas del fondo del caso, tal cual las ha planteado el abogado de la defensa, son exactas.

—Sustancialmente, son exactas, señor presidente —dijo Burger contrariado—. Yo había supuesto que el abogado de la defensa mantendría fuera esta prueba. Sus manifestaciones me causan la mayor sorpresa.

El juez Lennox frunció el entrecejo y dijo:

—Ahora puedo comprender las razones de los comentarios del fiscal del Distrito relativos a los testimonios referentes a otros crímenes, los cuales pueden suministrar en cierta forma un motivo para el crimen de que se acusa en este caso a los procesados.

Mason se sentó en la silla de caoba de los defensores, con las largas piernas cruzadas frente a sí, y con la mirada pensativa y especulativa, dirigida al joven que se encontraba en el estrado de los testigos.

—¿En la noche en cuestión usted estaba actuando simultáneamente como empleado nocturno y como operador de la centralita?

—Sí.

—¿Y hubo una llamada desde la habitación 721…, una mujer que decía: «Llame a la policía»?

—Sí.

—¿Sin embargo, no hizo usted nada después de eso?

—Ciertamente que hice. La mujer colgó el auricular. Inmediatamente llamé a la habitación por teléfono y pregunté qué era lo que ocurría. La mujer rió y me dijo que fuese más perspicaz y que todo era una broma.

—¿Y no hizo usted nada más?

—Ciertamente no. Pensé que el hombre que estaba con ella quizá se había puesto un poco violento, y entonces ella quiso asustarlo. Pero evidentemente, no pareció estar preocupada.

—¿Y no pensó usted que pudiese ser *otra* mujer diferente de la primera la que después contestó a su llamada?

—No se me ocurrió en ese momento. En el Hotel Keymont no llamamos a la policía como no sea ya por un verdadero tumulto. Resolvemos los incidentes por nosotros mismos.

—Sin embargo, ¿llamó usted a la policía más tarde?

—Sí, cuando dijeron que se había oído un tiro de revólver. No se puede callar un tiro de revólver.

Una vez más, Mason miró al testigo con expresión especulativa.

—¿Sus patronos conocen sus antecedentes penales, señor Hoxie?

—Ya le he dicho a usted que sí los conocen.

—¿Y se lo recuerdan a usted de vez en cuando?

—¿Qué quiere usted decir con eso?

—Si cuando es usted llamado para hacer algo que a lo mejor es un tanto irregular se lo recuerdan.

—No tiene usted derecho a interrogarme sobre nada, excepto los hechos relativos a este caso —replicó el testigo.

—Exacto —dijo Mason, y sin siquiera volver la cabeza dijo, por encima del hombro—: ¿Está el teniente Tragg en la sala?

—Aquí —dijo el teniente Tragg.

Mason dijo:

—Teniente, usted tiene una fotografía de Robert Claremont, el

policía que fue asesinado en esta ciudad hace aproximadamente un año. ¿No tiene usted inconveniente en adelantarse y mostrarle esa fotografía al testigo?

—¿Que tiene todo eso que ver con el presente caso? —interrumpió irritado el fiscal Burger.

—Puede tener muchísimo que ver con él —contestó Mason sin siquiera volverse hacia la fuente de la interrupción, pero manteniendo los ojos fijos en el testigo—. Tengo la seguridad de que ustedes, caballeros, desearían realmente resolver el misterio del asesinato de Claremont.

—Yo lo quisiera —dijo el teniente Tragg avanzando hacia el estrado de los testigos.

El teniente Tragg le tendió una fotografía a Perry Mason.

—Muéstresela usted al testigo —dijo Mason.

El teniente Tragg avanzó con la fotografía al frente.

El testigo la miró, empezó a sacudir la cabeza, luego extendió la mano, tomó la fotografía, la miró y la sostuvo por unos momentos.

Era bien claro que su mano temblaba.

—Usted dijo que nunca olvida un rostro que ha visto, aunque sea sólo una vez —dijo Mason—. Por lo tanto, usted es un valioso elemento para el Hotel Keymont. ¿Ha visto usted alguna vez el rostro de ese hombre que aparece en la fotografía?

—Si el Tribunal lo permite —dijo Burger—, diré que ésta no es una forma adecuada de repreguntar. Si el defensor quiere convertir a este hombre en su propio testigo, entonces…

—Ciertamente tiene el derecho de comprobar la memoria de un testigo —dijo el juez Lennox—. Cualquier testigo que haga la poco usual afirmación de que *nunca* olvida un rostro que haya visto, está testimoniando que posee una memoria que es mucho mejor que la de la mayoría de las personas. Por lo tanto, en tales circunstancias el defensor tiene derecho a poner a prueba esa memoria. Responda el testigo a la pregunta.

—Yo no puedo…

—Tenga cuidado —le advirtió seriamente Mason—. Recuerde que está usted declarando bajo juramento.

El testigo, una vez más, alzó la fotografía. Esta vez, el temblor de su mano era tan evidente que rápidamente bajó la mano poniéndola sobre el regazo.

—¿Bien? —preguntó Mason—. ¿Cuál es la respuesta? ¿Sí o no?

—Sí —dijo Hoxie con una voz casi imperceptible.

—¿Cuándo lo vio usted?

—Oh, señor presidente —dijo Burger—, eso es preguntar demasiado…

El teniente Tragg se volvió para mirar irritado al fiscal.

—Retiro la objeción —dijo Burger.

—¿Cuándo lo vio usted? —repitió Mason.

—Si ésta es una fotografía verdadera de Claremont, creo que fue la misma noche que yo salí para Méjico.

—¿A qué hora de esa noche?

—A hora temprana. Hubo en el hotel cierto desorden.

—¿Qué clase de desorden?

—El subió a un piso a ver a un huésped. Habían dado una queja sobre una pelea. Yo le telefoneé al huésped a su habitación. El desorden se aquietó.

—Y después, ¿qué ocurrió?

—Nada.

—¿Hubo llamadas telefónicas para esa habitación?

—No puedo recordarlo.

—Usted ha dicho que nunca olvida un rostro. ¿Quién era el huésped de esa habitación?

—Un huésped fijo.

—¿Quién?

—George Fayette, el hombre que fue asesinado el día tres de este mes.

Perry Mason echó atrás su silla y dijo:

—Gracias, señor Hoxie.

Luego, dirigiéndose al asombrado Tribunal, añadió:

—Esas son todas las preguntas que tenía que hacer.

—¿Quiere usted decir que abandona el interrogatorio? —preguntó incrédulo el juez Lennox.

—Sí —dijo Mason, y luego añadió, con una sonrisa—, y creo que si el Tribunal toma un descanso de media hora, el interrogatorio puede ser completado mucho mejor por el teniente Tragg, y en privado.

El juez Lennox titubeó, frunció el entrecejo, echó mano a su mazo y dijo:

—Creo que comprendo lo que usted quiere decir, señor Mason. La audiencia se suspende por treinta minutos. Los acusados permanecerán en custodia.

Y el juez Lennox, con una significativa mirada al teniente Tragg, dejó prontamente la sala para dirigirse a su despacho personal.

Capítulo 18

Mason se sentó frente a Dixie Dayton y Morris Alburg en una habitación para testigos del juzgado.

—Muy bien —dijo—, quiero algunos hechos. ¿Dónde puedo encontrar a Tomás E. Sedgwick?

Alburg miró a Dixie Dayton.

Ella meneó la cabeza:

—No se lo diré a nadie…

—Usted va a decírmelo a mí —dijo Mason—. Precisamos presentarlo aquí tan pronto como el teniente Tragg acabe de interrogar a Frank Hoxie.

—Señor Mason: ¿sabe usted lo que está diciendo? —preguntó con indignación Dixie Dayton—. Eso fue un asesinato de un policía. Y la policía no le va a prestar apoyo alguno para defenderse. No tiene la más mínima posibilidad para salir bien. Lo llevarán a la cámara de las ejecuciones tan rápidamente que ni siquiera va a tener ocasión de darse cuenta de lo ocurrido.

—¿Por qué? —preguntó Mason.

—¿Por qué? —preguntó Morris—. ¿Qué es lo que está usted diciendo? ¿Es usted tonto?

—No soy tonto ni sordo —dijo Mason—. ¿Por qué habían de llevarlo fulminantemente a la cámara de las ejecuciones?

—Porque así es como procede la policía. Cuando usted mata a un policía, todos se le echan al cuello para estrangularlo.

—¿Por qué?

—Porque quieren venganza, claro está, y también supongo que quieren que la gente sepa que no se puede matar policías impunemente. Lo hacen para su propia protección.

—¿Contra quién quieren vengarse?

—Contra cualquiera que crean que es el culpable.

—Exactamente —dijo Mason—. Han estado creyendo que Tomás Sedgwick era el culpable. Pero no creo que piensen *ahora* que es el culpable.

Dixie Dayton dijo:

—Está tuberculoso. No puede hacer trabajo ordinario. Necesita descanso. Está realizando una lenta y larga lucha para mejorar. Es por eso que hizo lo que hizo. Es por eso por lo que se mezcló en juegos clandestinos. Pensaba que si podía obtener dinero suficiente, le sería posible descansar por algún tiempo. No es malo, señor Mason, es… humano. Hizo las mismas cosas que muchas otras gentes estaban haciendo. Y entonces…, entonces le achacaron la muerte de ese policía, sólo porque ese policía lo estaba siguiendo y acorralando.

—¿Lo ha estado usted protegiendo? —preguntó Mason a Dixie Dayton.

Ella asintió.

—¿Ha estado usted viviendo con él, lavándole la ropa, cocinando para él, cosiendo para él y tratando de darle una oportunidad?

Ella asintió y después dijo:

—Le he entregado mi vida.

—Muy bien —le dijo Mason—. Deme su dirección, el sitio donde pueda encontrarlo ahora mismo, y usted podrá salvarle la vida y la de usted también.

Morris Alburg se volvió repentinamente hacia Dixie y le dijo:

—Dásela, Dixie.

Capítulo 19

Mason, Della y Drake estaban en la oficina del primero, cuando la telefonista tocó tres timbrazos al teléfono.

—Ese —dijo Mason— es el teniente Tragg.

No bien había terminado de decir esas palabras cuando Tragg, sin ceremonia alguna, abrió la puerta de la oficina, saludó brevemente con la cabeza y dijo:

—Hola, amigos.

Y caminó para ir a sentarse en el otro lado de la mesa.

—¿Y bien? —preguntó Mason.

—Todo bien —dijo Tragg.

—¿Va usted a contárnoslo ahora?

—Preferiría no hacerlo.

—Pues tenemos derecho a ello.

—Lo sé. Es por eso que vine aquí.

Tragg buscó un cigarro puro en su bolsillo, le cortó un extremo, lo encendió, miró a Mason investigadoramente a través de las nubes de humo, y dijo:

—¿Qué fue lo que le dio a usted el presentimiento de todo esto, Mason?

—Me enfrentaba con clientes cuyo pasado era desastroso. No había Jurado capaz de creer esa historia. Sin embargo, empecé a pensar que bien podía ser cierta.

—No veo por qué eso le dio a usted el presentimiento.

—Cualquiera que obligue a un defensor a presentar pruebas que van a comprometer y hacer culpable a su cliente, pero que, sin embargo, cree que son verdad, tiene que ser alguien que conoce mucho sobre pruebas. La historia que cada uno de los acusados contaba era tan absurda, que si esas historias hubieran sido dichas en el estrado de los testigos, los acusados hubieran sido declarados

culpables.

»En un solo caso, eso podía haber sido un accidente. Pero en dos casos, demostraba premeditación. Y entonces, súbitamente, comprendí que yo estaba operando sobre un modelo hecho. Tomás Sedgwick había sido puesto en esa situación. Por lo tanto, su única alternativa era refugiarse en la huida.

»En el caso de Sedgwick, éste tenía una historia muy fea que contar, y tenía en su poder un arma asesina. Morris Alburg también tenía una fea historia y un arma asesina.

»Entonces se me ocurrió pensar que, puesto que era aparente que Claremont había estado trabajando para cazar a sujetos de la alta delincuencia, tenía que haber hecho contactos previos para ello.

»Había un aspecto a mi favor en el caso. Que el empleado nocturno del hotel nunca olvidaba un rostro.

»Y entonces decidí encarrilar el caso divagando con una gran cantidad de repreguntas, y luego deslizar como con toda naturalidad una pregunta para saber si Hoxie podía recordar haber visto a Claremont en el hotel la noche en que fue asesinado.

»Cuando Hoxie contó su repentino viaje a Ciudad de Méjico, comprendí exactamente lo que había ocurrido. Había una pregunta más, la cual podía haber dejado en claro el caso. Pero pensé que sería mejor dejar que usted hiciese esa pregunta en privado.

»Cuando observé la mano de Hoxie que empezaba a temblar, pensé que ya tenía la respuesta… La pregunta, claro está, era si Fayette tenía algún otro visitante en su habitación cuando Claremont subió a verlo.

—Usted no perdió nada de la trama —dijo Tragg—. Lo endiablado de todo esto es que la gente recibe la impresión de que toda la policía está corrompida, simplemente porque de vez en cuando algún jefazo acumula una gran fortuna. Esa es la forma en que ocurrió en este caso. Diablos, el individuo era propietario del Hotel Keymont. ¿Qué sabe usted de todo esto?

—Estaba convencido de que lo era —dijo Mason— y de que era también dueño del «Hotel de Apartamentos Bonsal», y probablemente de algún otro hotel de apartamentos adonde eran llevados los cautivos, y donde éstos pudiesen ver las toallas marcadas.

—Bob Claremont no era tan tonto ni tan ingenuo. Él sabía que Sedgwick estaba operando en juegos clandestinos, y que éste pagaba para tener protección. Sabía que Fayette era el intermediario en todo esto. Y Claremont andaba a la caza de las fuentes de esa protección. Y también las encontró. La pista lo llevó al Hotel Keymont. Y después, cabe suponer que Claremont recibió una gran sorpresa. Reconoció entonces al hombre a quien andaba persiguiendo. Por eso ya no salió del hotel con vida. Lo sacaron en el montacargas y lo metieron en un coche. Después mandaron a buscar a Sedgwick.

—¿Quién lo hizo?

—¿Quién cree usted que lo hizo? El hombre que le había estado sacando dinero para protegerlo. Le dijo a Sedgwick que estaba mortalmente comprometido, que había gentes que sabían el hecho de que había estado pagando para que lo protegieran, que tenía doce horas de tiempo para largarse de la ciudad, vender todo cuanto tuviese por lo que pudiera, y huir.

—Es así como me lo había figurado todo —dijo Mason.

—¿Y sabe usted lo que ocurrió después de eso? Sedgwick hizo lo que se suponía que debía hacer, y al hacerlo metió irrevocablemente el cuello en el nudo mortal.

—¿Y qué me dice usted del revólver?

—Eso fue una estratagema —dijo Tragg—. Le dieron a entender a Sedgwick que lo único que le cabía hacer para salvarse, era permanecer fuera de este Estado hasta que las cosas se enfriasen, pero al mismo tiempo le indicaron que le hiciese saber siempre a esa persona dónde se encontraba. Sedgwick tenía un revólver. Era un «Smith y Wesson», pero no era el mismo revólver que Dixie empeñó. Este era el revólver de Claremont. De alguna manera se arreglaron para cambiarle el revólver a Sedgwick por el otro, con el que habían cometido el asesinato. Sedgwick y Dixie debieron de recibir algún visitante que les pareció de confianza, y ése fue el que hizo la sustitución de los revólveres.

—¿Por qué? —preguntó Mason.

—Por que ésa era la póliza de seguro de vida de la banda. Ellos no sabían que Dixie Dayton regresaría alguna vez. Pero pensaron que lo haría. Pero yo preferiría grandemente no hablar sobre eso.

—Lo sé —dijo Mason—, pero tiene usted que hacerlo, Tragg.

Usted nos debe esa explicación por entero.

—Lo sé —dijo Tragg, contrariado—. ¿Por qué demonios creen que he venido aquí?

—¿Consiguió usted una declaración de Hoxie?

—Claro que conseguí una declaración de Hoxie. Usted lo hizo todo, excepto el envolver el caso en papel de celofán y presentármelo en una bandeja de plata. Supe desde el principio que había algo feo en torno a la muerte de Claremont. Sabía que él no se metería en un automóvil. Sabía que no dejaría que nadie le sacase su propio revólver. La cosa estaba muy enredada. Pero no podía imaginarme el aspecto complicado de todo eso.

»Y entonces, claro está, cuando usted le preguntó a Hoxie, todo pareció reventar como un dedo inflamado. El Hotel Keymont estaba mezclado en un asunto de juego clandestino. El fiscal del Distrito estaba a punto de iniciar una investigación. Había sido puesto un nuevo gerente. Un muchacho con antecedentes penales fue colocado como empleado nocturno. Tenía una gran memoria para los rostros. Y si él hubiera permanecido en la ciudad, hubiera leído los periódicos a la mañana siguiente relatando el asesinato de Claremont y publicando su fotografía. Y entonces hubiera reconocido en ella al policía. Y entonces las tornas hubieran cambiado. Hoxie hubiera estado en posición de dominar a los dueños del hotel… Así, éstos urdieron un negocio con el hombre que era jefe del contrabando de drogas en Méjico, y le enviaron a Hoxie por avión, y aquel agente mejicano entretuvo a Hoxie hasta que el asunto de Claremont y la fotografía dejaron de aparecer en los periódicos, y después le fue permitido a Hoxie el regresar.

»Todo hubiera quedado en eso si Dixie no hubiera traído de regreso a Sedgwick. Fayette intentó precipitarla al interior de una calleja donde podían atraparla y llevarla para darle el paseo. Pero ella no reaccionó como esperaban, y Fayette estaba tan confiado en el éxito, que dejó a su ayudante que utilizase su propio coche para ello. Pensó que en cuanto a sí mismo, podía ser descubierto, y entonces alquiló un coche para su propio uso.

»Después, Dixie corrió, había un agujero de bala en el coche de Fayette, y luego se descubrió que Dixie había empeñado el revólver de Claremont.

»Eso colmó la medida. Fayette estaba en extremo comprometido.

Y entonces se decidió matarle y hacer caer la responsabilidad del crimen sobre Alburg y Dixie, dejándolos envueltos en la más comprometedora historia. Pero usted hizo tambalear el carro de las manzanas excavando la parte floja de todo el esquema. Algo que hasta ellos mismos habían olvidado: que Hoxie había sido expedido a Ciudad de Méjico para que no pudiera ver la fotografía de Claremont en los periódicos.

»Desde luego, puesto que era una gran organización de juego clandestino manejando mucho dinero, el cabecilla de todo disponía de abundancia de agentes, a los cuales podía apelar, gentes que tenían que prestar su colaboración en el asunto, pero que a la vez eran extraños para todos los envueltos en él.

—¿Y ese jefe era el verdadero dueño del hotel? ¿El verdadero cabecilla de la organización de juego?

—¿Por qué me obliga usted a decir eso? —contestó Tragg con tono salvaje—. Usted quiere crucificarme…

—No quiero nada de eso —interrumpió Mason—. Sólo quiero que el caso quede completamente aclarado.

—Ya está completamente aclarado. Usted ya sabe quién era el cabecilla —dijo Tragg—. Era el sargento Jaffrey, de la Brigada de Vicios. Era propietario del hotel con todo su contenido, y de otra media docena de establecimientos, y tenía tres o cuatro cajas de seguridad en los Bancos. Queda por saber lo que hay en ellas.

—¿Y dónde está ahora? —preguntó Mason.

—Está muerto.

Mason se levantó casi de su asiento y exclamó:

—Muerto…

—Exactamente. Fue muerto cuando hizo resistencia al ir a detenerlo.

—¡Santo Dios! ¿Y quién lo mató?

Tragg se incorporó en su silla, se quedó inmóvil de pie unos momentos y después su mano derecha se crispó estrujando en ella el cigarro que había estado fumando.

—¿Quién diablos cree que lo mató? Fui yo.